3 1761 07802924 6

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elgrantorbellino00baro

AGONÍAS DE NUESTRO TIEMPO

EL GRAN TORBELLINO DEL MUNDO

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

Establecimiento tipográfico de Rafael Caro Raggio. Madrid

PÍO BAROJA

LS
B264g

AGONÍAS DE NUESTRO TIEMPO

EL GRAN TORBELLINO DEL MUNDO

NOVELA

356004
14.10.38.

RAFAEL CARO RAGGIO
MENDIZÁBAL, 34. — MADRID

PRÓLOGO

Joe iba solo en el vagón, cansado. Llevaba ya horas en el tren, un mixto lento, de una lentitud y de una pesadez cómica. Cruzaba una llanura seca, con algunos barbechos dorados e iluminada por el sol del crepúsculo de la tarde. Rendido cerró los ojos, y por contraste, sin duda, se vió en Rotterdam, donde había estado años antes por la misma época. Se hallaba delante de un malecón, entre canales, un día lluvioso, húmedo y triste.

Al mirar alrededor se encontró en un cuarto.

El cuarto hacía esquina al Canal de Leuven (Leuvenhaven) y a una calleja con un canal, quizá la calle del Pelícano. Era el cuarto cuadrado, bastante grande, bajo de techo, de un tercer piso, con dos ventanas de guillotina. Una, pequeña, daba sobre el canal angosto de la calleja; la otra, mayor, de tres cuerpos, sobre la confluencia de Leuvenhaven con el río Mosa.

La habitación se hallaba tapizada de papel rojo oscuro. Cerca de la ventana, adornada con dos jarrones de tulipanes granates, y que daba a la callejuela, había

un buró antiguo de caoba, con cajoncillos y tablero negro para escribir.

Delante de la otra ventana, apaisada y dividida en tres partes, se veía una mesa pequeña y dos silloncitos, colocados como para dos personas que quisieran conversar y contemplar el panorama de tejados y de torres divisado desde allí.

En la pared principal, en medio, se levantaba una chimenea pequeña; a los lados, dos estanterías de madera roja, con libros, y sobre ellas, algunas estatuítas de colores y una esfera terrestre.

Encima de la chimenea había el retrato al óleo de una muchacha. No era un retrato bueno ni de un pintor hábil. Se notaba torpeza en el dibujo y que el artista había buscado con insistencia el parecido. Sin embargo, el color era bonito.

La pared de la entrada tenía un piano, un atril, un violoncelo y cuatro grabados antiguos, de algún valor: "Las tentaciones de San Antonio", de Martín Schongauer; unas escenas campestres de Brueghel el viejo, y una estampa alemana antigua que representaba el Arbol de la Muerte, con sus ramas; un hombre moribundo y esta leyenda en latín: *Mors. O quam amara est memoria tua.*

El suelo se hallaba encerado y muy brillante. En un rincón colgaba del techo un barco de juguete, viejo, de madera negra y marfil.

El cuarto era bonito y confortable; el carbón de piedra ardía en el hogar e iba esparciendo suave calor por la estancia. Al lado de la chimenea había dos sillones rojos y un quinqué alto con pantalla también roja.

Era un cuarto de solterón, con detalles que parecían demostrar que había vivido allí una mujer; los almohadones, bordados; el pequeño biombo, en colores, puesto al lado de la chimenea, y las puntillas de las cortinas. Los detalles diversos indicaban, al mismo tiempo, el solitario con un sentido robinsoniano, y la mujer cuidadosa y casera.

Los libros eran, en su mayor parte, de literatura y de historia; en francés, en inglés y en castellano. Dickens, Shakespeare, Carlyle, Molière, Gonzalo de Berceo, Cervantes y el Arcipreste de Hita.

Al encontrarse Joe de pronto en aquel cuarto sintió curiosidad de detective. ¿Quién vivía en aquella habitación? ¿Qué clase de pájaro ocupaba aquella jaula?

Con audacia e imprudencia, en él poco acostumbradas, abrió el buró y registró uno a uno los cajones.

Halló varias cartas de mujeres, con letras distintas En un paquete, flores secas y un mechón de cabellos rubios. Había también un guante y dos fotografías: una, de mujer joven, guapa, fuerte, con dedicatoria en holandés, y otra, de la niña retratada en el cuadro de encima de la chimenea. Encontró en el buró, en un cajón secreto, cuatro o cinco cuadernos de impresiones literarias; algunos, escritos hasta la mitad; otros, sólo empezados, y dos o tres que no tenían más que título y un par de páginas escritas.

Entre los títulos vió las *Estampas Iluminadas,* las *Sorpresas de Joe,* las *Evocaciones, Fantasías de la época, Croquis sentimentales, En voz baja,* etc., etc.

En otro cajón, las cuartillas recién escritas de recuerdos mostraban la tinta aún fresca.

Ya decidido, Joe se sentó en el sillón, sin temor ni preocupaciones de ser visto, y comenzó a leer despacio, como si estuviera en su casa o en una biblioteca pública.

A medida que leía iba apareciendo ante sus ojos la personalidad de José Larrañaga, en sus varios aspectos de piloto, pintor, empleado de Banco y aficionado a escribir.

Después de leer las cuartillas de recuerdos, leyó también las impresiones literarias de Larrañaga, escritas en los varios cuadernos, la mayoría no terminados. Joe pensó en copiarlo todo, en aprovecharlo todo.

Encontraba cierta correspondencia entre las impresiones literarias y la narración de los recuerdos, y se le

ocurrió mezclarlas, aunque dejando a un lado lo más estático y al otro lo más dinámico.

Luego, lo que había leído, se convirtió en algo visual. Tenía delante una feria que se llamaba las *Agonías de nuestro tiempo,* y en la feria, *El gran torbellino del Mundo.*

El gran torbellino del Mundo era una barraca pintarrajeada y dorada, con carteles, espejos y tiros al blanco.

El gran torbellino del Mundo era una barraca repleta.

Había en ellas figuras de todas clases; militares, marineros, filósofos y mujeres elegantes; damas pálidas, vestidas de negro; desesperados, con ojos fuera de las órbitas, próximos al suicidio; asesinos, bandidos, niñas espirituales..., todos agitándose vertiginosamente como un mar de olas encrespadas. Había también paisajes tristes y paisajes alegres...

* * *

Cuando Joe se despertó comprendió que, en vez de soñar con los recuerdos de la realidad, soñaba con lo que estaba imaginando; es decir, con las escenas de su próximo libro...

El tren seguía por las llanuras secas. Había oscurecido y brillaba la luna en el cielo...

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA VIDA Y DE LOS HECHOS DE JOSÉ LARRAÑAGA

I

Al muelle de la orilla izquierda del Sena; después de la parte de aire político y diplomático del Palacio Borbón, del de Orsay y del tumulto de la estación del Mediodía; los edificios viejos y grises, las tiendas de antigüedades, las librerías y casas editoriales y los cajones de libros de los pretiles del río, le dan aspecto viejo y marchito.

El Instituto, negro, con su reloj dorado y sus jarrones de piedra; su aire pesado, y al mismo tiempo coquetón, nos recuerda—dice Joe—párrafos de prosa francesa, académica, también pesados y coquetones.

A un lado del Instituto, Voltaire, en bronce y en toga, ríe de mala gana; al otro, Condorcet, luciendo las pantorrillas, no se sabe si reflexiona o estudia un paso de baile.

Cerca, todo es viejo; la calle Saint-Peres, la calle del Sena, la de Bonaparte y los callejones intermedios están repletos de tiendas, anticuarios, estamperos, libreros de ocasión, comerciantes de porcelanas y cuadros.

La Casa de la Moneda, seria, triste y negra, parece

desdeñar con su especialidad práctica todas estas vejeces amables, históricas, académicas y eruditas.

El río se muestra quieto e hipócrita; las gabarras pasan llenas de piedra y arena. Los remolcadores silban y resuellan fatigosos, echando nubes espesas de humo. Los árboles de las orillas, desnudos o con hojas, según las estaciones, ocultan casi por completo el Louvre con su follaje, en verano; o lo velan a las miradas con las ramas negras entrecruzadas, el invierno.

Al acercarse hacia la isla aparece el Puente Nuevo, con la estatua cabezona de Enrique IV, y después, la vista clásica de París de las estampas y de los grabados; las torres de Nuestra Señora y de la Santa Capilla, en un cielo pálido y nebuloso...

El muelle del Sena.—*Las Estampas Iluminadas*

ENCUENTRO EN EL HOTEL

Era el mes de mayo cuando José Larrañaga, representante en Rotterdam de una casa naviera bilbaína, recibió el telegrama de su tío don Juan Larrañaga, rico comerciante de Bilbao, que le decía:

"Vete a París y espera a Pepita y a Soledad en el Hotel D'Orsay."

José conocía a su tío, hombre que pretendía ser obedecido al pie de la letra. Miró la hora. Las cinco de la tarde. Hizo la maleta, cenó y dijo a su patrona:

—Me marcho a París por tres o cuatro días. Díganselo usted a don Cosme.

Después se fué a tomar el tren.

Llegó a París por la mañana a la estación del Norte. Tomó un auto; fué al hotel indicado y se dispuso a esperar nuevas instrucciones de su tío y un tanto despótico jefe.

Mientras llenaba la hoja de identificación para la Policía, pensaba en las varias veces que tuvo que dar explicaciones en el extranjero por la letra *ñ* de su apellido Larrañaga. Como ya no sentía la menor gana de discutir ni de explicar, puso Larranaga, sin *ñ*.

—¡Siquiera vinieran pronto!—murmuró cuando terminó de firmar la hoja—. Esta vida de hotel es para mí una cosa desagradable. Me siento misántropo. Estas mujeres que hacen un ruido al andar con los tacones de los zapatos que se mete en el cerebro; estos hombres bestias que parece que van a hundir la casa con sus pisadas, que golpean las puertas y echan la llave con la violencia del carcelero que cierra la poterna de un calabozo, todo eso me molesta lo indecible. Me voy haciendo un solterón insoportable. Estos hoteles me son muy antipáticos.

Era mayo y hacía calor en París. En el pasillo del hotel, a pesar de ser un edificio enorme, el termómetro marcaba veinticinco grados y medio; temperatura respetable para un interior en día de primavera.

José Larrañaga fué matando la mañana y la tarde como pudo, aburriéndose a ratos, distrayéndose en otros. Pasó revista a los libros de los muelles; compró un tomo titulado *Vasconiana,* con anécdotas de los gascones; cenó en un restaurante próximo y se sentó en el vestíbulo del hotel para hacer tiempo.

En esto vió que entraba su prima Pepita.

—¡Pepita!—exclamó.

—¡Hola, Joshé!—le dijo ella, sonriendo con una pronunciación llena de gracia cariñosa.

—Pero ¿cómo? ¿Habéis venido?—le preguntó tontamente Larrañaga.

—Sí.

—Y yo que iba a esperaros.

—Adelantamos el viaje. ¿Estás en este hotel?

—Sí; me telegrafió tu padre diciéndome que vi-

niera aquí y os esperara. ¿Soledad, viene contigo?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Se ha quedado en el cuarto. Está un poco delicada, porque ha tenido unas fiebres largas. Ya se encuentra bien; pero el médico ha dicho que, después de comer, repose un poco para engordar.

—¿Y tu marido?

—Vendrá dentro de dos o tres días.

—¿Qué vais a hacer?

—Vamos a ir a Alemania. Anda, ven con nosotros.

—Yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo dejar la oficina de Rotterdam. ¡Menudo es tu padre para sus empleados, sean o no parientes!

—¿Has llegado hoy?

—Sí.

—Estarás cansado.

—No mucho.

—Siéntante. Charlaremos un poco.

Se sentó Pepita y luego se sentó Larrañaga a su lado.

—Estás gordo, hermoso, Joshecho—dijo Pepita.

—Sí; viejo. La que está guapa eres tú, chica. ¡Qué color! ¡Qué pelo! ¡Despanpanante! Ya puede andar tu marido con cuidado.

—¡Bah!..., los maridos... La que está bien es Soledad; un poco delgada todavía.

—Ahora es la moda.

—Sí; pero ella está demasiado delgada.

—Pues me alegro de verte tan rozagante.

—¿Hacia dónde estás en el hotel, Joshé?

—Tengo el número 104.

—Pues yo tengo el 204, y Soledad, el 205.

—Pues debéis de estar encima de mí.

—Emplea otra frase un poco más apropiada.

—¡Bah! Yo no soy malicioso.

—Ya lo sé. Es una broma. Mi cuarto está muy lejos. Hay que pasar un corredor larguísimo. Da a la calle de atrás.

—Sí, a la calle de Lille. ¿Qué, nos vamos?

—Vamos. Mira, sal al balcón cuando vayas a tu cuarto. A ver si estamos uno arriba y otro abajo.

—Bueno, ya saldré.

Larrañaga subió a su cuarto, encendió la luz y se asomó al balcón. En el de arriba se veía una silueta de mujer.

—¿Estás ahí?

—Sí. Aquí estoy.

—¡Qué noche! ¡Qué calor! Parece que nos encontramos en Sevilla.

—Y pelando la pava.

—Es verdad. Siento que tengas un galanteador nocturno un poco viejo como yo; pero hazte la ilusión de que tengo veinte años.

—No quiero hacerme ninguna ilusión, chico.

—Así, vestida de claro y a la luz de la luna, me pareces Doña Inés, del *Tenorio*. Me dan ganas de recitar los versos que dice Don Juan en la tumba de su amada.

—Recítalos.

—*Mármol en que Doña Inés...*

—Sigue, sigue.

Larrañaga recitó las décimas con énfasis. Pepita aplaudió y luego se fué del balcón. Cuando volvió preguntó José:

—¿Qué pasa?

—Nada; Soledad me ha llamado para decirme si estoy loca. Le he dicho que has recitado muy bien un trozo de *Don Juan Tenorio*.

—Sí. Al menos con eso que llaman los cómicos latiguillos. Solía recitar ese trozo en el barco cuando era piloto. Bueno; nos iremos a la cama.

—Sí. Veo que tienes mucho sueño. ¡Adiós, Joshé!

—¡Adiós!

A la mañana siguiente, José Larrañaga se despertó temprano. No había dormido bien con el calor.

—¿Para qué me voy a levantar?—pensó con su habitual pereza.

Era domingo, día muy aburrido para un extranjero. Estaba medio soñando cuando oyó ligero rumor en el cuarto y vió que brillaba el botón de luz del teléfono.

—¿Qué demonio es esto?—se dijo.

Encendió la luz, se levantó y leyó la explicación en el aparato telefónico, escrita en francés y en inglés.

—Es que alguno me llama—pensó—. ¡Quién podrá ser! ¿Quién es?

—¡Hola, Joshé!

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Sí, soy yo: Pepita.

—¡Ah!

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Quieres acompañarnos?

—Con mucho gusto.

—¿No tienes ninguna ocupación?

—Ninguna.

—¿Ni compromiso?

—Tampoco. Estoy a vuestras órdenes.

—¡Muchas gracias!

—¿Qué queréis hacer?

—No sé. No tenemos nada pensado. ¿Qué se podría hacer?

—Por la mañana podríamos ir al Museo del Louvre.

—¡A mí me aburre mucho un museo!

—A mí, también.

—¡Ay, qué gracia!

—Sí; el arte me empalaga. Soy de gustos ramplones.

—Pues yo no lo creía.

—¿Qué dice Soledad?

—No dice nada. Ahora la verás. Primero tenemos que ir a misa.

—Muy bien.

—¿Adónde iríamos?

—Aquí cerca está Santa Clotilde.

—Bueno. ¿Nos acompañarás?

—Con mucho gusto. Es mi misión aquí, en París, acompañaros.

—Pero si no te hace gracia la misión, la dejas.

—Me hace mucha gracia.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—A las diez y cuarto nos esperas en el *hall* del hotel.

—Muy bien.

José se vistió lo mejor que pudo; no era capaz de hacerlo del todo bien; la corbata no se le quedaba nunca derecha, y casi siempre se le olvidaba algo. Salió del cuarto, fué al vestíbulo y se puso a leer el libro de anécdotas sobre los gascones, comprado el día anterior en el muelle.

Bajaron las dos hermanas. Larrañaga se levantó y, acercándose a Soledad, la besó.

—¡Ya ves qué gordo y qué hermoso está nuestro Joshé!—dijo Pepita—. Parece un canónigo.

—Tú también estás gordita, al lado de tu hermana.

—¿Ves? Ya empieza a insultarme. Es un insulto decirle hoy a una mujer que está gorda.

—Gorda, no. Gordita, al lado de tu hermana. Como Soledad está un poquillo flaca a tu lado; pero, en

último término, las dos estáis muy bien, muy rozagantes, y todos los que nos miran me envidian por ir tan bien acompañado.

Realmente, Pepita estaba muy guapa y muy vistosa. Sus ojos claros, humanos, brillaban llenos de gracia y de viveza, y su cabellera, rubia castaña, era muy hermosa. Unía la belleza y la inteligencia, una inteligencia de hombre y de hombre fuerte.

—Es curioso—pensó Larrañaga—cómo ha podido saltar de la mediocridad de su educación de colegio de monjas a lo que es; es decir, a tener carácter, y carácter de mujer atrevida, osada, veraz; de palabra enérgica.

Pepita empleaba casi siempre la palabra justa, sin andarse por las ramas.

—Es muy salada—decían de ella algunas amigas; pero otras la tildaban de exagerada y chocante.

A Larrañaga, los ojos de Pepita le encantaban. Le parecían muy bonitos, muy apasionados, muy acariciadores y muy llenos de malicia femenina.

Soledad, alta, con los ojos negros, soñadores, tenía expresión más romántica.

Fueron las dos hermanas y su primo por la calle de Bellechasse hasta Santa Clotilde. Entraron en la iglesia. Pepita y Soledad avanzaron hasta delante del altar, y Larrañaga se quedó atrás. Al terminar la misa y salir de la iglesia, Pepita dijo a su primo:

—Tú no tienes costumbre de ir a la iglesia.

—No; es verdad.

—Ya se te nota. No has cambiado. ¿Eres todavía enemigo de la religión?

—No; enemigo, no. Quizá no la siento.

—¿Te parece poco? ¡Y con la familia religiosa que tienes! Porque tu madre y tu hermana son místicas.

—Pues no creas. Yo también tengo algo de místico.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y en qué lo notas?

—Lo noto... cuando voy en el tren.

—¿En el tren? ¡Qué cosa más rara!

—Sí; cuando llevo ya algunas horas en el tren y voy cansado, con sueño y sin poder dormir, a veces me parece que mi cerebro se queda en un deliquio, en estado de desfallecimiento y de lucidez, como si fuera de cristal, y entonces se me figura ver las cosas pasadas, presentes y hasta futuras con gran claridad.

—¿Y es verdad que en ese momento ves las cosas claras?

—No; es pura ilusión. Cuando examino fríamente los hallazgos, las síntesis, de esos momentos de abstracción no son nada.

—Pues es una lástima.

—¿Por qué?

—Sería curioso.

—A ti te gustaría que tu primo fuera una especie de Santa Teresa de Jesús con pantalones.

—Naturalmente. ¿Y ahora, Joshé, qué vamos a hacer?

—Yo, chica, no soy buen guía. A mí no me gusta ir a tiro hecho; ahora, al teatro; luego, al cine; después, a la tienda. A mí me gusta vagabundear un poco por las calles, escapar a los autos, torearlos. Soy, como dicen en España, un paseante en cortes.

—Pero, en fin, para ir al restaurante hay que decidirse.

—¡Ah! ¡Claro!

—¿Adónde iremos?

—Aquí, en el muelle, hay un restaurante que tiene fama: el de Laperousse. Os convido.

—No, no acepto—dijo Pepita—. Iremos a ese restaurante; pero pagaré yo. Tú no tienes dinero.

—Tanto como para eso, sí.

—Ya sé yo lo que tienes.

—Es un poco temprano para ir a comer.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Media hora de Louvre, te aburriría?

—No, no. ¡Qué le va a aburrir! Ni a ella ni a mí. Son tonterías de Pepita—dijo Soledad.

—¡Qué se le va a hacer!—exclamó Pepita—. No me divierte nada la pintura. Probablemente, no la entiendo.

—Es un poco de *pose*—advirtió Soledad.

—¿Por qué?

—Sí; porque es como decir: ¿vosotros creéis que eso vale algo? Pues para mí no vale nada.

—No es cierto. Yo no me considero superior por eso a los otros...; al revés...: inferior... Pero quiero ser como soy...; si soy ramplona, como dice Joshé, pues... muy bien quiero tener el derecho de serlo.

Entraron en el Museo del Louvre; estaban las galerías y las escaleras llenas de extranjeros, y, sobre todo, de una muchedumbre de inglesas secas, altas y de aire varonil que hablaban con gritos de gaviota.

Había gran exhibición de gente exótica, y la mayoría, fea: asiáticos pequeños, cabezones, con gorras de visera y tipos medionegros, mediochinos, con melenas y lentes, casi todos hablando francés.

—¿De dónde saldrá esta gente tan fea?—preguntó Larrañaga.

—Serán de las colonias.

—Es un producto horrible. Porque un negro o un chino puro tienen su prestancia; pero esta mezcla es horrenda.

Delante del *Embarque para Citerea,* de Watteau, se agrupaban cuatro o cinco negros jóvenes, elegantes,

con otro negro viejo de aire académico y doctoral, con anteojos y melenas, que les daba explicaciones en francés parisiense y con gestos amanerados y expresivos.

—Rubén Darío y sus discípulos—dijo Larrañaga.

—¿Quién era Rubén Darío? Un poeta americano, ¿no es eso?—preguntó Pepita.

—Sí.

—¿Y era negro?

—Espiritualmente un tanto negro.

—¿A ti no te gusta?

—Sí, a veces sí; pero es un *snob* sin imaginación, con un talento puramente verbal. Es un poeta a la moda de hace veinticinco años. Pero quizá este negro de los anteojos no sea Rubén Darío, sino Rabindranath Tagore o quizá el autor de *Batouala*. De ahora en adelante todos los hombres ilustres de Europa serán negros, chinos, pieles rojas o, por lo menos, indios.

Como Pepita dijo que no tenía curiosidad ni interés por los grandes cuadros, José les llevó a la sala de los primitivos italianos y después a la de los flamencos. Sabía algo de la historia anecdótica de cuadros y pintores, y entretuvo a las dos hermanas algún tiempo.

—He tenido un pequeño triunfo—dijo Larrañaga al salir del Museo.

—¿Por qué?

—Porque hace más de una hora que estamos aquí y no parece que os hayáis aburrido.

—¡Más de una hora!—exclamó Soledad.

—Claro, con explicaciones y charlas se nos ha pasado el tiempo—dijo Pepita.

—Pepita no quiere reconocer que le gustan estas cosas—indicó Soledad—. Lo mismo es en los conciertos. Según ella, siempre se aburre.

—Y es verdad. La música en general me produce un aburrimiento terrible. Me hace moverme en el asiento impaciente y suelo estar deseando hablar con alguien. Bueno. Vamos a almorzar, porque yo tengo hambre.

Fueron al restaurante Laperousse. Se sentaron al lado de un balcón y comieron y charlaron por los codos. Larrañaga oía a sus primas con mucho gusto. Soledad y Pepita, sobre todo Pepita, empleaban con gracia algunas frases y palabras provinciales de Bilbao, como *chirene, coitao,* que a José le recordaban su infancia.

A la hora del café, Larrañaga sacó su pipa y la llenó de tabaco.

—¡Cómo!, ¿fumas en pipa?—preguntó Pepita.

—Sí; me he acostumbrado.

—¡Qué asco!

—¿No te gusta que se fume en pipa?

—Nada; ¡qué porquería!

—Aquí no fumaré, ya que os molesta.

—¡Pobre! Déjale fumar—dijo Soledad—. Pepita es déspota. Lo que ella quiere y nada más.

—Bueno, pues que fume. Se ha acostumbrado mal.

—Ya todo el mundo fuma, principalmente las mujeres—dijo Larrañaga.

Alargaron la sobremesa hasta las tres, siempre charlando.

—Ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Pepita.

—Yo creo que lo mejor sería ir al hotel. Estar allí hasta las cinco o cinco y media; después podíais tomar un auto y dar una vuelta por el Bosque.

—Bueno; pues vámonos.

Llegaron al hotel y cada cual se marchó a su cuarto.

—Te llamaré por teléfono a eso de las cinco—dijo Pepita—. No te vayas.

—Bien; esperaré.

Larrañaga se fué a su cuarto, se quitó el cuello de la camisa y las botas y se sentó en la butaca, con los pies apoyados en una silla.

—Son dos chicas buenas y simpáticas—pensó—. Pepita es muy mandona. Se ve que ha heredado del padre el instinto del dominio. ¿Y yo qué voy a hacer ahora? No quisiera dormirme. Leeré un poco.

Cogió de la mesa el libro con las anécdotas gasconas y estuvo leyéndolo un momento; luego, a pesar de que no quería, se quedó dormido. Al despertarse miró el reloj. Eran las cinco menos cuarto.

—¡Qué fastidio! He dormido más de una hora. Con seguridad me va a dar la dispepsia.

Pero no; no sentía nada. Se puso un cuello de camisa nuevo, hizo el nudo de la corbata con grandes dificultades y se lavó las manos. Al poco rato murmuraba el teléfono y brilló un botón.

—¿Quién llama?

—¿Estás preparado?

—Sí.

—Bueno; pues espéranos abajo. Voy a avisar a Soledad.

José salió de su cuarto y fué a sentarse a una mecedora del vestíbulo.

Poco después apareció Pepita con nuevo traje.

—¡Demonio!, estás elegantísima.

—¿De veras?

—Hecha un brazo de mar. ¿Y Soledad?

—No se ha vestido aún. Ha estado escribiendo a las amigas.

—¿Y tú, no?

—Yo, no. Soy más descastada.

—Sí, ya lo voy observando. Soledad se ha quedado con el sentimiento de la familia, y tú, con el orgullo y el tesón.

—Veo que Soledad y tú sois muy buenos amigos.

—Me trata como pariente, no como tus amigas y tú, que me tratabais en otra época como a un hotentote.

—Es que eras muy aburrido.

—También vosotras, tus amigas y tú, erais muy aburridas.

—Sí, es verdad; debíamos serlo. Yo me creía una princesa. Me hace gracia que por eso me tengas odio. Eres muy vengativo, Joshé.

—No; vengativo, no. Recuerdo los hechos. Comprendo que una mujer bonita es algo superior a un hombre, aunque éste tenga talento. La belleza es una de las cosas más claras, más palmarias. El hombre, si tiene talento, para que se lo crean lo tiene que demostrar, y no siempre encuentra la ocasión propicia. Una mujer guapa, no. En fin, bien está el orgullo, pero ¿para qué extenderlo hasta la estupidez?

—Pues yo lo extendía hasta la estupidez. Yo me creía una preciosidad, algo como una reina o como una diosa. Mis trajes, mis sombreros, mi ropa blanca... todo me parecía casi sagrado por ser mío. Mi novio se me figuraba que tenía que ser un verdadero dechado de perfecciones para que me gustara.

—¿Y ahora?

—Ahora, desgraciadamente, soy más filósofa.

—¿Te gusta reflexionar sobre las cosas?

—Sí. Eso es mal principio, ¿verdad?

—¿Por qué?

—No quisiera ser misántropa y tener mala idea de la gente. Eso debe ser muy desagradable, casi peor que engordar.

—Es cierto; ¿de dónde sacas tú ese fondo de sabiduría que tienes?

—¿Me encuentras sabia?—preguntó Pepita, contemplando con atención su pie pequeño y bien calzado.

—Sí.

—Pues, chico, creo que lo he tenido siempre, a pesar del orgullo de los primeros años. A ti te choca. Tú has creído, sin duda, que yo era tonta.

—¡Qué sé yo! Las mujeres en España y en plena juventud no se sabe bien lo que son. Tomáis una actitud de princesas desdeñosas y no se puede comprender si vuestro desdén esconde el orgullo, la cortedad o la pura estupidez.

—Y tú, con relación a mí, pensaste que era la pura estupidez.

—No del todo; aunque hay que reconocer que a veces los indicios lo justificaban.

—¡Muchas gracias!

—Ya está Soledad aquí. Vámonos—dijo José.

Tomaron un auto, fueron por la orilla del Sena y cruzaron el río por el puente de la Concordia. Luego entraron por la Avenida de los Campos Elíseos.

—Esto está siempre bien, ¿verdad?—dijo Pepita.

—Sí.

—Parece que te has quedado mudo. ¡Habla!

—¿Qué quieres que te diga?

—Di cualquier cosa. Veo que vas perdiendo la conversación... y la línea.

—Pepita es muy maligna. No sé si he perdido la línea; si la he perdido, no me importa gran cosa.

—¿Qué es lo que te importa ahora, Joshé?

—¿Qué me importa?

—Sí.

—Hay todavía cosas que me importan, pero no sé bien cuáles son.

—¡Qué misterioso estás!

—Sí; de vez en cuando hay un proyecto que me anima y me levanta el espíritu. Me sorprende que debajo de una idea aparezca en mí todavía la pasión.

Ahora, que de antemano no sé cuáles son esas ideas dinámicas que me confortan.

—Así que esperas...

—Siempre espero. Como si fuera un alquimista que piensa que de una combinación caprichosa y casual pueda salir el oro.

—Esperando el Santo Advenimiento...

—Eso es. En forma de esto o de lo otro; pero esperando siempre.

—No es agradable vivir esperando.

—Todo es esperar en la vida—contestó Larrañaga—. Esperar y recordar. El presente es lo más exiguo de nuestra existencia. Se espera una cosa, llega, luego pasa rápidamente y se la recuerda después. El momento de pasar es el más corto y a veces el que menos realidad tiene y el que menos nos satisface.

—No creo que sea siempre así.

—El presente es el dominio del niño, y quizá de la mujer inconsciente; el futuro, del joven, y el pasado, del viejo. El presente es muy poca cosa. Muchos de estos heridos de la guerra no recordaban más que sus apuros de antes de caer; después, sus dolores de tener una bala en el cuerpo. El instante de ser heridos era el que no recordaban.

—Pero eso pasará en la guerra; pero no en todo. Hay horas felices.

—Pocas. Somos naturalmente descontentadizos y desdichados los hombres. Mientras realizamos las cosas, unas nos aburren porque son largas, difíciles e incómodas; otras, en cambio, nos cansan porque son cortas, fáciles y cómodas.

—Con lo cual estaremos siempre descontentos.

—Es verdad.

—Aunque así sea, yo quisiera vivir sin recordar, sacándole todo su partido al presente—dijo Pepita—. ¿Para qué ese cargamento de recuerdos? Casi siem-

pre para entristecerle a uno la vida. La Nochebuena, la Pascua, el día de Difuntos..., todo trae un recuerdo desagradable.

—No te creía tan antitradicionalista.

—Pues lo soy.

—¿No te gusta esa melancolía de recordar el pasado?

—No, no; ¿para qué? No la quiero sentir.

—Es un poco, como la música.

—No me gusta la música.

—Eres epicúrea. Te gustaría, sin duda, seguir al pie de la letra el precepto de Horacio: coge la flor del día, sin cuidar demasiado de la de mañana.

—Eso es.

—La flor del día es casi siempre poca cosa.

—A mí me parece mucha cosa.

—Sí; pero hay que tener en cuenta que si el hecho más agradable del presente no se puede recordar, se reduce casi a nada. Nuestra vida es historia, no sólo nuestros hechos exteriores, sino nuestra personalidad interior. Todos nos imitamos a nosotros mismos. Somos unos plagiarios de nuestro Yo. Si se nos borrara de nuestra mente la historia de nuestra personalidad, no sabríamos en cada caso ni qué hacer ni qué decir. En cambio, tal como somos, tenemos preparadas nuestras respuestas, en palabras o en acción, a todo lo que nos solicita desde fuera. Hemos tomado una postura espiritual y material, queriendo o sin querer, y eso somos.

—Esas son muchas metafísicas.

—¿No se entiende lo que digo, Soledad?

—Yo creo que sí.

—En los hechos exteriores somos también históricos. Para los recuerdos buenos y malos tenemos algo de los rumiantes, y en la segunda o tercera mastica-

ción es cuando a veces les encontramos su verdadero gusto.

—Chico, todo lo que dices es muy triste.

—Si quieres, me callaré.

—No, no; habla. Pero no de cosas melancólicas.

—La primera vez que vine a París le tenía mucho odio a este pueblo.

—¿Por qué?

—Por tonterías. Yo venía de viajar como piloto, de tener que vivir siempre pensando en cosas prácticas, comerciales, y creía que en París todo el mundo se dedicaba al arte; así, que cuando veía que la portera o el mozo del hotel no se preocupaban de los impresionistas o de los poetas decadentes, me indignaba.

—¿Pero cómo puede pensarse eso?—dijo Pepita—. ¡A veces los hombres qué necedades piensan! A una mujer no se le pasa una cosa así por la imaginación.

—Es verdad. Vosotras estáis más plantadas en el centro de la vida. Yo andaba entonces por las ramas; me pasaba el tiempo comparando a un pintor con otro; creía que de esto iba a salir algo trascendental para mí, realmente no sé por qué. Luego leía muchos periódicos, y las falsedades o las tonterías que leía, me incomodaban. Ahora he cambiado ya: no leo periódicos y, como ves, si voy a un museo es sólo por compromiso.

—¡Qué fantasías! ¿Has de hacer todo así, exagerado?

—¿Qué quieres? Ese sentido de la vida, probablemente instintivo, que tienes tú, y que lo tiene también Soledad, a pesar de su carácter angelical...

—¡Angelical! ¿Has oído?—dijo Pepita a su hermana.

—Sí—contestó Soledad sonriendo dulcemente.

—Lo digo porque me lo parece así. No es adulación.

—Ya lo sabemos. Tú eres incapaz de adular. No sabes.

—Pues bien; ese sentido instintivo del vivir, esa medida que tenéis vosotras, muchos hombres no la tienen.

Pasaron por el Arco del Triunfo y tomaron por la Avenida del Bosque hacia el lago. Había mucha gente, mucho automóvil. El cielo estaba muy azul.

—Ahora, ¿qué hacemos?

—Nos sentaremos en un café de la Avenida del Bosque. Tomaremos un refresco y habrá que pensar en cenar.

Así lo hicieron.

—¿Dónde iremos a cenar?—preguntó Larrañaga.

—Donde queráis. Llévanos a un sitio curioso.

—¿Os parece bien Montmartre?

—Bueno, vamos, me figuro que estará bien.

Tomaron un auto. Larrañaga se puso a silbar una canción.

—¿Qué es esto?—preguntó Pepita.

—¿Cuál?

—Lo que silbas.

—¡Ah!, ¿lo que silbo? Pues es una canción de café concierto: *Marietta*. La cantaban en todas partes, una de las veces que estuve aquí en París, y ahora, cuando vengo, empiezo a silbarla o a tararearla sin darme cuenta. En eso, como en todo, ando atrasado.

—¡Qué cosas de viejo tienes!

—Ya lo es uno. Además que esto, quizá más que de viejo, es de solitario. Vive uno en un pueblo en donde no conoce apenas a nadie ni tiene amigos, y hay que cantar y silbar y hablar solo para entretenerse.

II

El auto ha llegado a la plaza, al pie del cerro. En la plaza hay un funicular, funicular un poco viejo, con ese aire marchito que es algo muy parisiense y que no se parece a lo destartalado y pobre de lo madrileño ni a lo pomposo y un poco sucio de lo romano.

Se sube. Se cruza un *square* en cuesta. La ladera del cerro empieza a llenarse con la bruma del crepúsculo.

Ahora, arriba, se destaca la iglesia del Sagrado Corazón, como una masa blanca enorme.

Se ha llegado. Se ve abajo París, con alguna pincelada de sol pálido en las torres..., el Panteón, Nuestra Señora, San Sulpicio; todo muy esfumado y nebuloso...

Ahí está el convento de religiosas, en cuya cripta se reunieron por primera vez San Ignacio de Loyola y sus amigos un día de la Asunción.

—¡Qué tipo este San Ignacio!—dice Joe.

—Sí; tenía fibra—contesta un amigo español.

—Era un bandido—afirma otro.

Se ha llegado a la plaza alta de Montmartre, plaza que parece de aldea, con árboles mezquinos, tiendecillas pequeñas y restaurantes con las mesas en medio del arroyo.

—Vamos—dice una dama elegante y pintada—. Esto no es alegre.

Abajo, se ve la enormidad de París, envuelto en una nube de color de ceniza.

Anochecer en Montmartre.—*Croquis sentimentales*

LA CENA

Todos los restaurantes estaban llenos en la plaza de Montmartre.

—Esto no me parece agradable—dijo Pepita.

—¿No?

—No.

—Pues es pintoresco.

—Sí, demasiado pintoresco; pero está oscuro y triste.

—Así, que nos vamos.

—Sí, vámonos.

Habían producido cierta curiosidad en algunos bohemios de aire sucio y petulante y en algunas muchachas de tipo desvergonzado.

Bajaron de la plazoleta por unas escalerillas, en aquella hora oscura, y llegaron en poco tiempo al bulevar de Clichy.

—Aquí, en uno de estos cafés, cenaremos.

Al ir a entrar, un mendigo con aire de señor les pidió limosna de manera lacrimosa.

—Hay gente que tiene hambre y no tiene que comer, y gente que tiene que comer y no tiene apetito —dijo Larrañaga con indiferencia—. Esta gran ar-

monía de la vida les induce a unos a creer que hay Providencia y a otros a hacer política conservadora para que no se pueda perder un estado de cosas tan halagüeño.

—Bueno; basta de ironías inútiles de artículo de periódico—dijo Pepita—, y vamos a cenar.

—Tienes razón.

Entraron y se sentaron cerca del ventanal.

—¿Aquí nos vamos a sentar?—preguntó Larrañaga.

—¿No te gusta este sitio?—dijo Pepita, que vió a su primo con cierta vacilación.

—Me parece que hay mucha corriente de aire—contestó Larrañaga en voz baja, con indecisión un poco cómica.

—Cambiemos—dijo Pepita.

—No, no; de ninguna manera. Prefiero coger una bronquitis.

—No. ¡Cambiemos! Vosotros, Soledad y tú, sois muy frágiles. A mí no me hace daño nada. Hala ven.

—Si te empeñas, cambiaremos.

Se mudaron de sitio y comenzaron a cenar.

—Creo que todo el mundo en el café me envidia —dijo Larrañaga.

—¿Crees tú?

—Sí; y yo a mi vez os envidio a vosotras.

—¿Por qué?

—Las dos tan guapas, tan limpias...

—¿Limpias? Por Dios, Joshé, ¡qué elogio—dijo Pepita irónicamente, juntando las manos.

—¡Limpias! ¿Te parece poco? Mira las mujeres de aquí; todas tienen aire de sucias, de artificiales entre polvos, afeites y composturas. Es posible que sin ese *camouflage* estuvieran mejor. Vosotras, limpias, resplandecientes, con unos trajes tan boni-

tos, con joyas, admiradas por todos, deseadas por todos, y uno, en cambio, viejo, triste, feo, con este traje raído que ni siquiera le va a uno bien, con botas que le sobran dos dedos, con la corbata. que invariablemente se queda torcida y con los bolsillos llenos de motas de tabaco...

—¡Chico, qué descripción para una agencia de matrimonios!—exclamó Pepita burlonamente—. ¿No podrías añadir alguna cosa desagradable más?

—Es el contraste. Yo soy necesario para el contraste; sirvo de fondo para que os destaquéis vosotras. Además, ¿qué le vamos a hacer?

—¡Qué le vamos a hacer! Eso es muy fácil de decir. ¿Quién tiene la culpa de eso? Tú.

—No digo que no.

—¡No dices que no! Me indignas. Si fueras un viejo decrépito comprendo que tomaras esa actitud de abandono; pero no lo eres. No está justificado el que te descuides así.

—¡Qué quieres! No soy presumido. Si alguna persona amiga se preocupara de mí, yo me arreglaría por ella; pero nadie se preocupa de mí... y me abandono.

—Pues aquí tendrás que arreglarte—dijo Soledad.

—¿Por qué?

—Porque Pepita y yo nos preocupamos de ti.

—Tú, sí; Pepita, no. Pepita me desprecia.

—No, no.

—Tú así lo crees, Soledad, porque eres bondadosa, indulgente, humana; pero Pepita, no; Pepita es de la raza de los amos; es una reina que debe pasar en su palanquín por encima de las cabezas de los demás mortales.

—Pero no creo que solo yo debe ser una reina, si-

no que los demás deben aspirar a todo. Que cada uno se presente lo mejor que pueda.

—¡Se presente! ¡Qué pensamiento goethiano!—dijo José con la cuchara de sopa en el aire—. La cuestión es presentarse, según tú. Ser para los demás.

—Claro. Para tí, ¿cuál es la cuestión?

—Para mí la cuestión no es presentarse, sino ser.

—¡Ser! ¿Pero cómo van a saber los demás si somos o no somos?

—Es que la opinión de los demás no es el eje de nuestra personalidad.

—¿Pues cuál es?

—La conciencia, el ideal.

—Sí, pero no se puede prescindir de los demás —dijo Soledad—. Hay que tenerlos en cuenta.

—No comprendo qué quieres decir—agregó Pepita.

—Hemos defendido rápidamente tres teorías—replicó Larrañaga—. Yo, que digo: Hay que ser; no hay que aparentar nada. A esto le llamaremos individualismo, cinismo, insociabilismo. Tú, que dices: Hay que presentarse ante todo, como algo que principalmente tiene que ser juzgado por los demás. A esto le llamaremos sociabilismo. Por último, Soledad dice: Es indudable que hay que ser; pero debe tenerse en cuenta a los demás. Esto es el eclecticismo. Es decir, que yo digo que el libro debe ser bueno; que tú dices que la encuadernación es importante, y que Soledad asegura que las dos cosas son necesarias y están bien.

—Estamos de acuerdo. Es ingenioso; pero creo que eso no impide el que puedas llevar la corbata derecha.

—Pero, ¿por qué voy a aceptar ese punto de vista de los demás que no quiero aceptar? Es como si le dijeras al que no le gustan las espinacas: Si te gusta-

ran las espinacas, tendrías el gusto de comerlas. ¡Pero si no le gustan!

—Eres imposible, chico. Pues nada: sigue así, abandonado, sucio y feo. Dentro de poco, no te se podrá coger ni con tenazas. Yo no seré quien me acerque a ti.

—Tú, no, porque eres una reina; pero Soledad, sí. Si yo estuviera enfermo en un rincón, en una guardillita, Soledad vendría a verme, me hablaría y me diría algunas palabras de consuelo.

—Te desprecio, chico; te desprecio. No eres de mi casta.

—¿No soy un Larrañaga auténtico?

—No.

—¿Por qué?

—Porque veo que la idea de estar enfermo, de que te vayan a ver y te digan ¡pobrecito!, te gusta. Comprendo que mi padre te tenga rabia.

—El y tú sois dominadores. A ti te gusta sentirte fuerte, sana, activa.

—¡Naturalmente! Otra cosa no la comprendo más que en un idiota.

—Tendrás que decir que tienes un primo idiota.

—¿Tendré? No, lo digo ya.

—Es verdad que en la familia todo el mundo lo cree.

—No es cierto; todos, no—dijo Soledad.

—¡Qué se le va a hacer!—exclamó Larrañaga—. Ella me desprecia y yo le admiro. A ti, Soledad, estoy más cerca de quererte como a una hija; a ella le admiro, porque tiene en todo lo que dice y hace algo señorial.

—¡Muchas gracias!

—Ahora, que idudablemente, en mí, vale más el cariño que la admiración.

—¡Cochino! ¡Farsante! Adulas a Soledad. Quieres tenerla de tu parte—exclamó Pepita.

—¿Pero para qué os ponéis así?—dijo Soledad—. Tú te ríes, pero Pepita se incomoda.

—¡Bah! Se le pasa en seguida. Todavía le queda un poco de mal humor. Cuando lleguemos al postre, entre las uvas y el queso, ya se le ha pasado.

—¿O no? ¿Tú qué sabes?

Cerca de ellos cenaban un señor ya machucho y dos mujeres, que debían de ser madre e hija, las dos muy pintadas. La hija llevaba escote tan pronunciado, que se le veía casi todo el pecho y la espalda.

—¡Qué barbaridad!—dijo Pepita.

—¡Y ahí delante de la ventana!—añadió José.

—¿Qué tiene que ver que esté delante de la ventana?—preguntó Pepita.

—Que se puede enfriar.

Pepita y Soledad se echaron a reír por el contraste de las dos ideas, porque ellas veían lo escandaloso del escote y José la desnudez ante las corrientes de aire.

La dama descotada traía una maniobra disimulada de miradas y sonrisas con un joven afeitado y moreno que estaba en una mesa lejana.

—El señor parece que nota la cosa y se escama —dijo Larrañaga.

—Sí, está muy cabreado—añadió Pepita.

José se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—De las palabras que empleas ¡Cabreado!

—¿No se dice así?

—Sí, así se dice. Pero es una palabra de café, de taberna o de cuarto de banderas, más que de una señora.

—Yo se lo he oído decir a mi marido; pero no lo diré más.

—Aquí lo podemos decir; no nos oye nadie que nos entienda. El señor está cabreado. El hecho es evidente y palmario. El ciudadano ese lleva en el pecado la penitencia.

—¿Por qué?

—Esta gente quiere prolongar la juventud casi indefinidamente, cosa que es muy difícil. Nadie acepta el ser viejo y, para pasar por joven, hay que afrontar situaciones difíciles y ponerse en ridículo. Es lo que le está ocurriendo a ese señor.

—Envejecer es cosa triste—dijo Pepita—. ¿A ti no te da tristeza?

—Yo no noto mucho el haber perdido la juventud. Se comprende que, al que haya desempeñado un gran cargo, le duela luego vivir de incógnito; pero como yo siempre he sido incógnito, el seguir siéndolo no me molesta nada.

—Tú no envejecerás nunca.

—¿Tú crees? ¿Por qué? Ya empiezo a ser viejo.

—Siempre serás como un chico grande, aunque tengas canas y aparezcas como gruñón y misántropo. A mí no me engañarías, y a ti creo que te engañaría cualquiera.

—No digo que no. No lo niego. En parte es una ventaja. Eso mismo me hace no tener miedo de envejecer.

—Sí; pero en las mujeres, la vejez es otra cosa.

—¡Ah, claro! Es la caída por un acantilado cortado a pico. Sobre todo aquí. Aquí, la vida es esencialmente galantería, no en sentido romántico, sino en sentido un poco bajo. Aquí parece que las gentes se ocupan mucho de arte, de ciencia, de literatura; pero no se ocupan más que del dinero y de todo lo que tenga relación con la cuestión sexual: amor, placer, sensualidad, galantería, como se la quiera llamar.

—¡Qué científico te pones!

—El cocinero también emplea su ciencia para sus salsas; no se le puede reprochar el ser científico; lo que se le puede reprochar es que sus guisos sean malos.

—Tienes razón; sigue.

—Todo ese refinamiento de las mujeres de las grandes ciudades son tonterías, supersticiones. Comer, vestirse y tener un amante. En la mujer mandinga, como en la parisiense, o en la berlinesa, de ahí no salen, y probablemente no saldrán.

—¿Tú crees?

—Sí. La verdad es que, colectivamente, en conjunto, las mujeres no sois nada poéticas.

—¿Ni aun las angelicales?

—Eso lo dice por ti, Soledad.

—No le hago caso.

—Haces bien. Sí; no sois nada poéticas. Individualmente, hay excepciones admirables; pero el sexo en bloque es un poco *terre a terre*. Los escritores, claro, necesitan poetizar a la mujer en conjunto. Todos, instintivamente, la poetizamos, queriendo o sin querer. Es el impulso natural; pero no es la verdad. ¡Qué cabeza la de la mujer! ¡Qué de cercados por todas partes! ¡Qué de lugares comunes, aceptados porque sí! El hombre romántico se forja un tipo de la mujer que no comprueba nunca.

—Bien, muy bien. Nosotras no tenemos la culpa de eso.

—También es verdad.

—Y, probablemente, nuestro camino no es el que nos ha trazado el hombre.

—Cierto, muy cierto. Eres de las excepciones, Pepita; de las grandes excepciones en la rampionería general del sexo.

—¿Y el hombre, qué es?

—El hombre, en general, es lo mismo que la mujer. Del orden de los primates; es decir, un milímetro por encima del mono, cuando no está un centímetro por debajo del cerdo. Ahora que hay tipos extraordinarios, hay que reconocerlo, capaces de sacrificarse por cosas lejanas: por ir al Polo, por resolver un problema difícil, por enterarse de lo que pasa en el lago Tangañika, por analizar el sudor de un apestado o las deyecciones de una rata enferma. Esa es la humanidad grande. Para la mayoría de los hombres vulgares la vida intensa es también la época en que en el fondo de sus actos, presidiendo sus instintos y sus emociones, hay una mujer que es un ser individual, o sencillamente, el sexo contrario en bloque, y esa época pasa pronto.

—¿Crees tú?

—Sí, muy pronto. No porque falte el instinto sexual en el hombre viejo y machucho, sino porque falta el poder de ilusionar y de ilusionarse, y sin eso, toda relación sexual es algo feo. La idea del porvenir, que es la que exalta la imaginación, está muerta delante del viejo, y sin un poco de imaginación, el amor no es más que fisiología. De ahí lo desagradable de la situación del viejo entre mujeres jóvenes. Lo mejor que tiene el amor es el ansia del porvenir, la idea del hijo, y el viejo no tiene porvenir. Por eso es mejor retirarse pronto, que no que le retiren a uno.

—El orgullo.

—Claro; ¿por qué no? Es un orgullo digno. El erotismo senil no puede ir bien más que con gentes de un carácter envilecido e innoble. ¿Tú no habrás leído ese libro *Anatole France en zapatillas?*

—No.

—Pocas cosas dan una impresión de vileza como

esas aventuras de prostitución de ese viejo escritor académico y amanerado.

Este punto relacionado con la literatura no le interesaba gran cosa a Pepita, y volviendo a la idea anterior, añadió:

—No creo eso que decías de que aquí o allá sea más triste la vejez de las personas.

—Es una cuestión de matiz. La vida, en todas partes, es casi igual; es difícil que sea diferente. Se come lo mismo, se viste lo mismo; la gente del mismo oficio se parece. Un empleado de Banco de Rotterdam o de Copenhague viste igual, tiene costumbres muy parecidas y hasta las mismas actitudes que otro de Nápoles o de Sevilla. Solamente el campo se defiende de la monotonía; pero también le va entrando la uniformidad con las máquinas agrícolas y las formas de vivir internacionales. El maquinista de la segadora o de la trilladora mecánica del cortijo andaluz se parece al maquinista del campo alemán o húngaro. La misma película que están exhibiendo en Nueva York y en París, la pondrán dentro de quince días en Madrid, en Barcelona o en Bilbao, y dentro de un mes, en las ciudades pequeñas y aldeas de América y Europa, y el público reaccionará de la misma manera. Esa canción, que creo que se llama *La Java,* que en la primavera pasada la cantaban en París, la oía poco después en los fonógrafos de Schiedamschedyk, de Rotterdam, y unas semanas más tarde, a la moza de una posada de Lequeitio.

—¿Y tú lo sientes o te alegras de esto?—preguntó Pepita.

—Yo lo siento.

—Entonces tenía razón el médico Arregui, de Bilbao, que es amigo tuyo.

—¿Por qué?

—Porque hablaban de ti en casa, y mi padre decía:

"Joshé es un revolucionario", y Arregui replicó: "Joshé no es un revolucionario; es un conservador".

—¿Así que en tu casa se discuten mis opiniones? No creí que tuviera tanta importancia.

* * *

En esto entró una muchachita con un señor. Iba tan pintada, con la boca en forma de corazón, con los ojos sombreados de khol y el pelo recortado, que parecía una muñeca.

—Esto de cortarse el pelo sistemáticamente es de una perfecta majadería—dijo Larrañaga—. No digo que algunas veces no esté bien; pero mostrar la nuca afeitada es una cosa, para mí al menos, fea y desagradable. Sobre todo, en la mujer morena. Porque la nuca es una de las cosas más bonitas, más femeninas de la mujer. La nuca de Pepita es preciosa. Tiene un color de nácar y esos remolinos que suelen tener las hierbas en agosto, las avenas locas y las gramas, entre los vilanos ligeros y las florecillas azules.

—Es verdad—dijo Soledad.

—¡Muchas gracias! Cómo sabe halagar este farsante.

—No soy más que verídico. Si tú te afeitaras la nuca, merecerías que te emplumaran.

—Pues te lo voy a decir para que la desprecies, para que veas que no es tan inteligente ni tan diosa como crees—dijo Soledad, riendo—. Ha estado a punto Pepita de cortarse el pelo y de dejarse melena este invierno.

—¡Oh! ¡No me digas, Soledad! ¡Qué estupidez!

—A mi marido le parecía bien—replicó Pepita.

—Veo que tu marido es un imbécil.

—¡Muchas gracias!

—Es extraño lo poco que entienden las mujeres de la belleza—exclamó Larrañaga—. Les crean un tipo los modistos y quieren realizarlo. Van como los patos, una detrás de otra. Luego dicen: esto del pelo cortado es cómodo, y andan con zapatos con tacones de a cuarta. Van desnudas en el invierno y con pieles en el verano. Es como si los *Ñam ñam* nos hablaran de lo útil que es tatuarse el entrecejo, o los Botocudos nos explicaran lo cómodo que es llevar un anillo colgado del labio. La moda nunca ha tenido que ver nada con la comodidad.

—¿No?

—Nada. La gente no comprende más que la moda, que es todo aquello que está iluminado con la luz fuerte del momento. Lo demás no lo comprende, ni le interesa.

—¿Y quién comprende lo que no está a la moda? ¿Los eruditos?

—Esos, menos. Esos son como carpinteros; tienen un oficio: el de descifrar letras antiguas o leer papelotes, y lo cumplen; pero que les hablen a esos hombres de otra cosa que no tenga relación con su oficio, y no les interesa nada.

—A ver: ¿qué quiere el violinista?—preguntó Soledad, viendo que éste se acercaba a ellos con el arco en una mano y el violín en la otra.

—Quiere que le digáis si deseáis que toque algo especial.

—A mí lo mismo me da.

—A mí, también.

—Bueno; pues ya que hemos hablado de *La Java*, que toque *La Java*.

Y José deslizó un billete pequeño en la mano del violinista, que se puso a tocar al poco rato.

—¡Ah! ¿Esto es *La Java*?—dijo Pepita.

—Sí. Ahora resulta que esta canción, en vez de recordarme París, me recuerda Lequeitio—añadió Larrañaga.

—La canción no tiene la culpa—dijo Pepita.

—Cierto. ¡Qué cantidad de sentimentalismo bajo hay en todas estas canciones! En España hay una inundación de canciones así. Ese romanticismo de music-hall ha perturbado la cabeza a todas las cocineras filarmónicas. Las cocineras se salen de madre. El novio, la novia, el relicario, la manola, la molinera que le han llevado sus amores a la guerra, el chulo sentimental. Vuelve el reinado del vizconde de Arlincourt. Parece que todos los Guidos de Varona de las cocinas y de los fregaderos se han desatado. Cuando yo era joven no había este sentimentalismo llorón. Las canciones eran más duras y más burlonas.

—La gente se va civilizando.

—Es posible, sí. Es muy posible que esa tendencia a la sensiblería sea civilización.

Habían acabado de cenar y de tomar café.

—Ahora, ¿qué haremos?

—Si queréis, iremos a uno de esos music-halls, como Moulin Rouge; pero me parece que a Soledad no le va a gustar; si no queréis, nos sentaremos en la terraza de uno de estos cafés.

—Bueno; vamos.

Entraron en el café y se sentaron. Soledad contemplaba distraída la animación de la plaza.

—¿Has visto?—preguntó Larrañaga a Pepita.

—¡Qué!

—Dos mujeres que están ahí sentadas, dos cocottes: aquella y aquella, tienen piernas de madera.

—No. ¡Qué locura!

—¡Fíjate!

—¡Toma! ¡Pues es verdad! Si te lo hubiera oído contar, hubiera creído que era una invención tuya.

—Se ve que hay aficionados.

—¡Qué cosa más rara!

—Sí; yo recuerdo ahora que, cuando vivía en París había en una esquina del bulevar una mujer que hacía la guardia, y era también coja, con una pierna postiza, y una vez que estuve parado en la esquina vi que había varios letreros en la pared, y uno de ellos decía: "¡Viva la mujer de la pierna de palo!"

—¡Qué cosas ves y qué letreros más estrambóticos encuentras!

—¿Qué dice Joshé?—preguntó Soledad.

—Fantasías.

—Fantasías que son verdad. Ahora, lo que podíamos hacer es ir de paseo, bajando hacia los bulevares.

—Sí; pero no quiero que Soledad ande demasiado.

—Lo que queráis.

—Es temprano todavía. ¿Qué haríamos?

—Yo no conozco el París de los espectáculos. Cuando estoy aquí me acuesto, generalmente, a las nueve de la noche.

—En París, a las nueve de la noche, y en la aldea, a la una. La cuestión es hacer lo contrario de los demás.

—Quizá. Esto no me divierte.

—¿No vas al teatro alguna vez?

—No. Nunca.

—¿Y al cinematógrafo?

—Tampoco.

—¿Tú no has oído hablar de un baile elegante, que se llama El Jardín de ma Soeur?

—No; no ha llegado hasta mí la noticia de ese baile.

—Preguntaremos al mozo.

El mozo les dijo que aquel baile estaba en la rue Caumartin y que era muy elegante y muy caro. Costaba el sentarse y tomar una friolera ciente veinte o ciento treinta francos por persona, más la propina, lo que no era obstáculo para que estuviese lleno. Así, con estos precios no acudía más que gente *chic* al baile—añadió el mozo—. Ahora, que el baile comenzaba a las once o las doce de la noche.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer?—dijo Pepita.

—¿Qué?

—Vamos a ir al hotel a vestirnos y luego nos iremos a ese baile.

—Bueno.

—¿Tú tendrás un smoking?—preguntó Pepita a Larrañaga.

—Yo, no.

—Veremos en el baúl de mi marido. Debe haber uno.

—Pero ¿me vendrá bien?

—Sí; también mi marido está ahora un poco gordo.

Tomaron un auto y fueron al hotel.

Pepita dió a José un traje de noche que, aunque un poco apretado, no le venía mal.

Larrañaga estuvo esperando a las dos hermanas a que se vistieran. Se asomó a la orilla del Sena y estuvo contemplando el río.

III

El Sena, de día, con su aspecto tranquilo, burgués y pacífico, refleja serenamente el cielo gris sobre sus aguas quietas. Al hacerse de noche se transfigura, toma en sus orillas aire de fiesta y en su corriente un carácter sombrío y siniestro.

Quizá influye la literatura, piensa Joe. A fuerza de hablar de París, de citarlo y de manosearlo, ha convertido la ciudad en símbolo, en algo espiritualizado y sin materia.

Ante la mirada, turbada por los posos de la literatura, París, en esa hora de la luz artificial, se torna en algo monstruoso. Para unos es la hora espléndida de fiestas, de embriaguez, de juegos, de teatros, de bailes iluminados, de terrazas, de cafés en los bulevares, de restoranes llenos de animación y de ruido.

Para otros es la hora triste. La hora de los vagabundos en las calles desiertas, de gentes miserables en los rincones y en los bancos, de siluetas extrañas y amenazadoras en los bulevares exteriores y de figuras famélicas que marchan por las aceras como sombras, arrimados a las casas.

Los unos piensan en los miles de mujeres de los cafés, de los teatros y de los bailes; en ojos sombreados por el khol y en labios pintados. Los otros en los hambrien-

tos y en los apaches, dispuestos a cualquier fechoría; los unos se imaginan las cenas al lado de cortesanas hermosas e incitantes; los otros, las aventuras de los cadáveres de los suicidas, al resbalar por las aguas turbias y cenagosas del río, con los brazos abiertos en cruz, huyendo de las miserias de la existencia.

Unos ven alegría donde otros ven horror.

... Luces blancas y luces rojas iluminan los puentes y tiemblan en el agua. Los faros de los automóviles pasan centelleando; arriba, por encima de las casas, el cielo tiene color de rosa sombrío, como si reflejara un incendio lejano...

El Sena de noche.—*Las Estampas Iluminadas*

EL DANCING ELEGANTE

Bajaron Pepita y Soledad con traje de baile. Soledad llevaba escote pequeño; en cambio, Pepita no se había quedado corta. Vestía un traje de color heliotropo muy escotado. Tenia pintados los ojos y la boca.

—¿Qué tal?—preguntó Pepita.

—Estás muy subversiva, chica. Gracias que viene Soledad con nosotros; si no, no iría contigo. No se me fuera a ocurrir alguna barbaridad.

—¡Bah! Eres muy civilizado tú, Joshé.

—¿No me tienes miedo?

—Ninguno.

Salieron a la puerta, tomaron un auto y fueron al dancing.

El local se hallaba lleno; la gente iba entrando. En

medio estaba libre el espacio para bailar, y alrededor había muchas mesas. La decoración era un tanto cubista, de baile ruso. Las paredes, bastidores pintados con grandes rosas y girasoles de casi medio metro de diámetro. En lo alto de los bastidores cantaban canarios metidos en sus jaulas.

La orquesta la formaba un *jazz-band* de negros, negrazos grandes, con color agrisado y violáceo, de ojos y dientes blancos, con unos instrumentos de latón amarillo, descomunales.

Pepita avanzó valientemente entre el gentío y se sentó en una mesa.

—Yo no sé lo que se pide aquí, chica—dijo Larrañaga—. Me figuro que todo debe ser muy caro.

—No te ocupes de eso—contestó Pepita. Y pidió una botella de champagne.

—¡Champagne! ¿No le hará daño a Soledad? —preguntó José.

—No, no; puede tomarlo. Me lo ha dicho el médico.

Trajeron el vino y las copas.

—¿Ya se te ha pasado el miedo?—preguntó Pepita a Larrañaga.

—Sí.

—Eres un hombre pusilánime.

—Es verdad.

—Hasta que tomas confianza y te conviertes en desvergonzado.

—Si quieres, no tomaré confianza.

—No, no; habla. ¿Qué te parece esto?

—Mucha purpurina... y mucha pedagogía.

—¿Pedagogía? ¿Por qué?

—¡Encuentras que es poco enseñar! La que más y la que menos está escotada hasta el ombligo. ¡Qué barbaridad!

—¿Te asustas?

—Yo, no. En estas cosas, donde se conoce el fin,

no se puede uno asustar. Después de esto, la hoja de parra, y luego, la desnudez. ¿Por qué se va uno a asustar?

—Es verdad. Pero es bonito, tiene aspecto.

—Sí. ¡Y bailan con gusto estas damas! Se ve que se divierten como las mujeres de los pueblos, o como las fregonas, en un baile de las afueras, bailando y sudando.

—¿Te choca?

—No; ¡qué me va a chocar! En eso de las diversiones no se ha adelantado nada desde la Edad de Piedra acá.

—Así que no te choca.

—Nada. Le chocaría a Paul Bourget; pero a mí, no.

—¿Y por qué a Paul Bourget?

—Porque Paul Bourget pinta unas damas muy exquisitas y complicadas, que tienen ciento y tantos componentes, como la triaca magna o electuario teriacal de la antigua Farmacopea.

—¿Y éstas no tienen más que tres o cuatro, según tú?

—Si llega. Ganas de comer, ganas de beber, ganas de tener dinero y ganas de tener un amante o... dos.

—¿Todas?

—Claro que habrá excepciones. Siempre hay excepciones. Unas en lo bueno, y otras en lo malo; pero habrá muchas que por el espíritu no se diferenciarán gran cosa de una mujer mandinga u hotentota.

—¿Qué clase de gente supones tú que será ésta?

—Es difícil imaginarlo. Ahora se puede asegurar que hay poca gente aquí que tenga vida interior. Naturalmente, el que tiene una vida interior no frecuenta estos lugares. Todos los que hay aquí son como monedas borrosas. A lo más, tienen un carácter muy general, como de nación o de fortuna.

—Vamos a ver, ¿quién crees tú que será ése?

—¿Ese? Ese es un braquicéfalo de treinta a treinta y cinco años. Tipo un poco pesado, estilo de novela, también pesada, de Maupassant. Es un francés de familia rica, quizá aristocrática, de esos hombres sensuales que dentro del cráneo tienen más cerebelo que otra clase de sesos. Se llama Max, a no ser que se llame Gontran, y tendrá amores con alguna mujer casada.

—No me parece mal tu diagnóstico. ¿Y esos otros de esa mesa?

—Esos son yanquis. Tienen ese aire un poco brutal y satisfecho de los americanos del Norte. Serán algunos grandes industriales o comerciantes de Nueva York o de Chicago. Las tres muchachas, sus hijas, que están con ellos, se les ve que tienen a gala exagerar su naturalidad: se ríen con fuerza, se agitan violentamente en las sillas, cruzan las piernas, fuman.

—¿Y esa otra?

—De ésa te diré lo que acabo de oír aquí atrás. Que es artista americana de cinematógrafo, que se ha hecho una operación en la cara para no parecer vieja.

—¿Pero es muy vieja?

—No sé; dicen que tiene sesenta años, pero esto me parece una fantasía.

—¿Y ese grupo de jóvenes?

—Es un grupo de parisienses. Ellos, los jovencitos tienen aire de chicas, como ellas de chicos. Serán hijos de algún fabricante o de algún industrial que ha hecho buenos negocios en la guerra.

—¿Y esa pareja?

—Eson son argentinos.

—Sí, me parecen que hablan castellano.

—Gentes de buen aspecto. Pura superficie. Vivirán en alguno de esos hoteles de la calle de Rivoli.

—¿Y ese señor?

—Ese es un parisiense *boulevardier* ya del tiempo en que era elegante Le Bargy. Por la mañana paseará con su terno claro, su corbata de plastron, su bigote pintado, polainas blancas y flor en el ojal. Será aristócrata, amigo de Boni de Castellane, o algún señor que ha sido secretario de Embajada, y vivirá hacia el Arco de la Estrella o cerca del parque de Monceaux. Se ve que nadie le hace caso. Esta es una época de gente joven y todas las anécdotas que el buen señor recuerda de la Rejane y de Sarah Bernhardt, de Coquelín, de Sadi-Carnot o del general Boulanger, no le interesan a nadie, como mañana no interesarán las de hoy.

—¿Y ese?

—Ese jovencito es bailarín de oficio. Su madre es planchadora, madame Duval, y la pobre tiene que velar para que su hijo se presente aquí con su frac elegante y peripuesto.

—¡Qué cosas inventa!—exclamó riendo Soledad.

—¿Y ese?—indicó Pepita.

—Ese es un príncipe indio.

—Tiene los ojos que se le caen por los lados.

—Y una cara de bestia completo. Este indio vive en el Gran Hotel. Tiene cuatro habitaciones para sus criados y sus mujeres, un mago que le hace el horóspoco y un eunuco que duerme en el cuarto de baño. Ahora, si queréis más informes, os diré que ese señor pequeño de nariz corva y barba en punta, es judío rumano, que esa señora alta y guapa es una italiana que tiene un apellido ilustre y un gran palacio en Nápoles, alquilado a Bancos y Compañías de seguros. Que esa mujer alta que lleva un capital en perlas, es inglesa. Ese jovencito muy afeminado es un poeta que va a tener dentro de poco gran éxito en París. Hace un momento ha sacado un espejito y un lápiz

de los que usan las señoras y se ha pintado los labios.

—No.

—Si lo he visto yo.

—¡Qué asqueroso!—dijo Pepita.

—¿Por qué? No veo que los hombres no van a tener el derecho de pintarse, si se pintan las mujeres.

—Tú no ves muchas cosas. Yo creo que un hombre debe ser varonil.

—¡Pse! Es una tesis plausible, como diría Bergson; pero que no tiene gran valor metafísico.

—Si los hombres no fueran varoniles se acabaría el mundo.

—Quizá no se perdería gran cosa.

—¡Qué estupidez! No sé para qué dices tonterías.

—No son tanto. Para mí el mundo se acaba cuando me duermo; más se acabará cuando me muera. Después de mí, me tiene todo sin cuidado. Algunos creen que esta humanidad va a algo y tiene algún objeto. Es lo que se llama por los filósofos la teleología. Yo dudo mucho. Creo que esto no va a ningún lado.

Soledad descubrió en el baile una mujer de gran aspecto en compañía de un negro.

—Ella es muy guapa—añadió.

—Sí. En cambio, él es un negro muy antipático —indicó Pepita.

—¿Has encontrado negros simpáticos?

—Sí, a mí no me parecen mal.

—Es curioso que las mujeres no tengan una idea de la dignidad física tan exagerada como los hombres—dijo Larrañaga—. A una mujer no le parece denigrante ir acompañada de un viejo, de un negro o de un mulato. En cambio, un hombre no va a gusto con una vieja, ni con una negra.

—Tenéis más vanidad vosotros.

—No lo sé. Creo que tenemos menos seguridad en nosotros mismos. Somos menos... inmanentes.

—No sé lo que es eso.

—Yo quizá tampoco lo sepa con exactitud; por eso lo he dicho con timidez. Esto quiere decir, a mi modo, que la mujer acaba en sí misma, sirve para sí misma, y nosotros nos dedicamos a cosas y nos hacemos como servidores de ellas. La mujer que se siente guapa no experimenta como disminución social por la compañía del negro, y en cambio, el hombre se siente achicado al acompañar a una negra.

—Tienes mala idea de las mujeres.

—En conjunto, quizá; pero vosotras la tenéis peor en detalle.

—¿Crees tú?

—Sí; las mujeres que en general hablan mal de sus amigas, como los hombres que también hablan mal de sus amigos, cuando se refieren al sexo entero, poetizan. Los sentimientos de la mujer... el alma de la mujer... la sensibilidad de la mujer... ¿Y qué opinión tiene usted de la Fulana? Es una víbora. ¿Y de la Zutana? Es muy envidiosa. ¿Y de la Perengana? Es muy chismosa. Luego es muy extraño el ver cómo de la suma de la envidiosa, de la tonta, de la vanidosa y de la chismosa se forma un ser ideal. Los hombres tenemos mala idea de los demás, en detalle y en conjunto. Somos animales más lógicos.

—Soledad se ríe de tus observaciones.

—Yo me explico a mi manera las cosas.

—Está muy bien. ¿Y tú crees que la situación de la mujer vieja aquí es mejor o peor que en España?

—Es peor. Porque la feminidad se aprecia aquí más. Como decía, yo creo que la cuestión sexual, el amor, o la galantería es en casi todos los pueblos lo más importante. Para la mujer joven está bien: se

defiende, o no se defiende a su gusto. Pero para la mujer que va siendo vieja y tiene instintos de guerrera, el licenciamiento tiene que ser terrible. De aquí ese aire grotesco y lastimoso de las mujeres que no quieren parecer viejas y que lo son.

La palabra guerrera hizo reír a Pepita.

—Eso de guerrera me ha hecho gracia.

—Sí, es por el estilo de tu palabra cabreado.

—No habrás cogido la palabrita en Rotterdam.

—No; allí no se estila.

—¿Y para los hombres que se hacen viejos, será mejor Francia o España?

—Probablemente, mejor Francia. Si es que se puede creer que las mujeres alguna vez no disimulan, hay que pensar que en España mienten un poco menos que aquí. Allí, por lo menos, son secas con los hombres que no les gustan, con los viejos, con los gordos, con los jorobados... Aquí saben ser amables con jóvenes y viejos; naturalmente, con éstos con amabilidad superficial un poco comercial. Así un hombre a mi edad se puede hacer la ilusión de que no es todavía desagradable.

—No es siempre una ilusión.

—¡Muchas gracias, Pepita! Soledad, querida prima, ¿te aburres sin hablar?

—No. Todo lo contrario. Me divierto mucho estando aquí y oyéndoos.

—A Soledad le gusta oír y reírse un poco de lo que oye.

—No es verdad. No me río.

—Es demasiado bondadosa para reírse.

—¡Uf, Joshé!, ¡qué meloso estás!

—¿Me encuentras almibarado?

—Mucho. Vas a gastar con Soledad todo el tarro de la miel.

—Sí; veo que a ti te molesta que no te admire, como admiro a tu hermana.

—¿Por qué?

—Lo noto, aunque no sea más que un insignificante empleado...

—De una Compañía naviera.

—Y un vil gusano...

—Sin luz...

—Sin ninguna luz; la admiración de uno se cotiza.

—Yo no lo niego. No lo he negado nunca...

* * *

La animación había crecido en punto. Comenzaba ese aire febril de agitación y de cansancio que tienen los bailes en su momento álgido.

Uno de los danzarines profesionales invitó a bailar a Pepita, que dió con él unas vueltas de vals. Al volver, dijo a Larrañaga:

—¡Qué aire de preocupación tienes! ¿En qué piensas?

—Este gran torbellino del mundo—contestó José—me produce un poco de miedo. Todas esas gentes, que tienen que ganar su comida, que correr en automóvil, sentarse en el café y engañarse unos a otros; esas mujeres que andan a la caza de un marido, de un novio o de un amante, que tienen que lucir y que vestirse y que pintarse; toda esa turbamulta, con sus necesidades, sus ansias, sus vanidades y sus vicios; los sitios donde habitan: los palacios, los hoteles, los quintos pisos, y luego, las fábricas, las tiendas, las iglesias, los asilos, los hospitales, los manicomios, las casas de prostitución; todo junto me produce, como digo, terror, y a veces algo de asco también.

—Lo que me parece completamente estúpido—dijo Pepita—. Porque eso es tener asco por la vida.

—¡Ah, claro! Es tener asco por la vida. ¡Qué se le

va a hacer! Yo lo tengo. Y no es por pura moral, no. Es como el hombre que tiene un estómago delicado y no le gusta la grasa ni la carne fría. Yo veo a un alemán que se traga el tubo de grasa fría de una salchicha y me estremezco. En cambio a un esquimal, que se llena el estómago de grasa cruda, eso le parecerá un caramelo.

—No me convences con la comparación.

—¡Para qué te voy a convencer! Vale más que no te convenzas. La vida, mirada en espectador, pierde su interés; hay que tomar parte en la comedia para encontrarla divertida. Es lo que ocurre con un baile cuando no se oye la música. Parece estúpido y grotesco. Siempre habrá pasado lo mismo. Contemplada como puro espectáculo, yo creo que la vida de la sociedad actual tiene mucho el tipo de las sociedades de raza negra, en que se vive en medio de la mediocridad, sin poner el espíritu en tensión para una obra fuerte, buscando sólo el placer y la satisfacción de la vanidad. Hay algo muy vulgar en esta vida de los apetitos.

—Si lo crees así, chico, vete al convento.

—Me das el mismo consejo que le da Hamlet a Ofelia; pero yo no soy ningún personaje poético como Ofelia. No puedo ir al convento.

—¿Por qué?

—¿Qué iba a hacer? ¿A qué me iba a dedicar? No creo que allí me fuera a divertir. Lo que se hace en el convento me parece una manera bastante estúpida de pasar el tiempo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Seguir viviendo como hasta aquí. En mi rincón. Lo que sucede es que un hombre como yo, con mis aficiones, ha quedado poco a poco fuera de la corriente. No cojo el ritmo general y llega uno a no interesarse con lo que hace la gente que bulle. Natu-

ralmente, no voy a pretender yo que mis cosas interesen a la gente.

—¿Y por qué ese desprecio por el mundo? Yo no creo que la gente sea tan mala.

—Según el concepto que se tenga de la maldad. Si se llama solamente malo al criminal, al hombre atravesado, sanguinario y perverso, es indudable que esa gente no abunda; ahora, si se le llama malo al hombre egoísta, vanidoso, adorador del éxito, capaz de una bajeza para triunfar e incapaz de un impulso noble, entonces, casi la humanidad entera es mala.

—Vamos, que, según tú, vivimos todos en la porquería, en la inmundicia.

—No tanto.

—Un centímetro por debajo del cerdo, como decías antes.

—Yo no creo gran cosa en el progreso moral de los hombres. El material y el científico, se ven, se palpan; pero el otro, no. Hay más policía, es verdad. Hay menos posibilidad de cometer crímenes ahora que antes. Pero no se pasa de ahí.

—¿Tú crees que si no hubiera policía seríamos todos unos bandidos?

—Si pudiéramos obrar sólo con la voluntad haríamos horrores. En esta sala habría veinte o treinta asesinos.

—¿Tú crees que seríamos peores que antes?

—Igual. Si hubiera circo romano, se iría a verlo. Si se hicieran las ejecuciones en público, la plaza de Cal oncordia, o Piccadilly, la Plaza del Popolo o la Puerta del Sol estarían llenas.

—¿Tú crees?

—Igual que antes.

—Es triste pensarlo.

—El sadismo, el instinto sanguinario y cruel lo llevamos muy dentro. Luego hay otra cosa fea que se

acentúa por momentos. Es la envidia del pobre por el rico, cosa muy natural. Antes, el rico no exhibía tanto su riqueza, al menos ante los ojos del pobre; ahora, sí, gracias sobre todo al automóvil. El campesino vivía en su rincón tranquilo, sin conocer al rico, sin verlo. Eran dos mundos sin relación. Hoy el pobre ve al rico aparatoso, petulante, en un coche charolado, al lado de una mujer pintada, que pasa como una exhalación, y yo tengo la evidencia de que le envidia. El rico le da la impresión de vivir una vida superior, aunque profundamente quizá no haya tal superioridad; pero es lógico que el hombre del campo lo crea así y busque la manera de salir de su rincón, de ir a la gran ciudad y de hacer todas las porquerías necesarias para enriquecerse y triunfar.

—Eres un predicador, chico. Hablas como un fraile.

—Eso quiere decir que a veces los frailes pueden tener sentido común.

—Lo que veo es que te alegras. No comprendo cómo se puede tener gusto en comprobar una cosa mala.

—¿Por qué no? Es como el médico que comprueba un pronóstico fatal. ¿Qué, nos vamos?

—Sí, parece que Soledad se cansa. ¿Quieres más champagne, Joshé?

—Venga. Aunque vaya uno un poco alegre al hotel, no importa. Además, que esto lo bebo yo como si fuera agua.

—Bueno. No pretendas pagar, porque tengo que pagar yo.

Efectivamente, pagó ella y se dirigieron los tres a la salida. La calle estaba llena de automóviles. Tomaron uno y fueron de prisa al hotel.

—Voy a ver si tengo carta de mi marido—dijo Pepita—. Ya te avisaré.

Se despidieron y cada cual se fué a su cuarto.

Larrañaga se sentó en una butaca a fumar una pipa. Al poco rato se oyó el murmullo del teléfono y se encendió el botón.

—¿Qué hay?—pregunto—. ¿Has recibido carta?

—Sí. Mi marido viene mañana por la noche. Nosotras nos iremos a Berlín pasado mañana. ¿Tú no puedes venir?

—Yo, no. Tengo que ir a Rotterdam.

—Pero, por unos días.

—No, no. ¡Bueno se pondría tu padre!

—Mañana tenemos que ir a casa de la modista. ¿Nos acompañarás?

—Si queréis, sí.

—Soledad me ha estado hablando de ti. Dice que eres muy simpático y muy bueno.

—Yo creo sinceramente que ella es angelical.

—Sí, es muy buena chica. Si tu fueras más joven me gustaría que te casaras con ella; pero tú eres ya un vejete a su lado.

—Es indudable. Sin contar que para mí sería un peligro terrible.

—¿Por qué?

—Porque tu padre me asesinaría.

—¿Tú crees que te odia?

—Cordialmente.

—Yo creo que no.

—Todo lo que hago le parece mal.

—No seas exagerado.

—No es exageración.

—Quizá te quiere a su manera.

—Sí; lo que pasa es que a esa manera de querer todo el mundo llama odio.

—No te quejes de la familia. Si mi padre no te quiere, Soledad y yo te queremos.

—Entonces salgo ganando.

—¿Por Soledad?

—Y por ti.

—Soledad vale más que yo.

—No sé. A mí siempre me ha parecido que tú vales mucho.

—¿Así lo crees?

—Firmemente.

—Pero ella es mejor que yo. No tiene pequeñeces ni envidias, ni es tampoco orgullosa. Es algo sano.

—Es verdad. Es muy buena.

—Y sabe mucho. Mucho más que yo. Verdad es que no es muy difícil. Yo no tengo ortografía. Mi padre dice que escribo como una cocinera.

—Y te lo dirá con saña.

—Sí.

—A la mayoría de esos viejos vascongados habría que matarlos.

—Cuando tengo que escribir a papá hago un borrador con lápiz y Soledad lo corrige. A veces, para que no crea que me han corregido, pongo a propósito una falta insignificante de ortografía, un faltita muy pequeña... pues no la pasa.

—¡Qué bárbaro!

—Me la tiene que señalar siempre.

—Eso de los padres es una superstición que queda todavía. Habría que acabar con ella cuanto antes.

—Allí, en Bilbao, reprochan a Soledad que es romántica.

—¿Pero en Bilbao, qué saben lo que es romanticismo?

—¿Tú crees que no?

—Nada. Si el romanticismo es hablar de la luna cuando no está en el cielo, decir cosas afectadas y sin oportunidad, odiar la casa y la cocina; Soledad no es romántica. Pero si es idealismo, entusiasmo por lo noble, entonces, sí que lo es.

—Me gusta que la defiendas.

—Ella misma se defiende.

—Oye, mañana no podremos comer juntos. Tenemos que ir a almorzar con unos americanos al Hotel Regina y luego a probarnos unos vestidos. ¿Podrás esperar aquí, en el hotel, a las cinco?

—Sí; con mucho gusto.

—Bueno; pues vendremos a buscarte y nos acompañarás.

—Muy bien.

—Ya mañana no podremos hablar a solas.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—Yo también.

—Eres un amigo confortable. ¿Te choca la palabra?

—No.

—Esto de los amigos confortables se lo he oído decir a una inglesa, y está bien. Porque hay gente con quien parece que hay que estar siempre como en visita, lo que no es muy agradable.

—Es verdad.

—Adiós, Joshé. ¡Hasta mañana!

—Adiós, Pepita.

IV

Sartor Resartus—según Joe, que es entusiasta de Carlyle—inspira los talleres de tejido vestuario para caballeros y para damas. En las oficinas de tejido vestuario masculino pone, invariablemente, en inglés: *Tailor;* en las del femenino, invariablemente, en francés: *Robes et Manteaux.*

El taller de tejido vestuario, visitado ahora por nosotros, está exclusivamente dedicado a las damas. Es para ese sexo inseguro, que en otro tiempo, según Schopenhauer, poseía el cabello largo y las ideas cortas, y que desde entonces acá, si no ha agrandado visiblemente de ideas, por lo menos ha disminuído ostensiblemente de cabellos.

En el balcón de la oficina sarto-resartoriana se lee, con letras doradas: *Robes et Manteaux.* En este templo de la moda, un hombre ingenioso, escondido, quizá con melenas, en un cuartucho pobre, dibuja trajes y los pinta a la acuarela. A veces consulta libros serios, grandes, con figuras griegas, babilónicas, fenicias, chinas, y toma motivos de aquí y de allá.

Este melenudo, este alquimista del tejido vestuario, es como la contrafigura del hombre de las multitudes de Poe. El hombre de Poe busca el arrimo de la gente con ansiedad; el melenudo del taller de modas lo rehuye.

Para el inventor de modas, la primera preocupación es huír de la multitud, yendo aunque sea a la extravagancia, al absurdo, a cualquier cosa, menos a la vulgaridad de las grandes masas.

El tal ensayista, escenógrafo de las sedas y de los tules, ocupa un rinconcillo insignificante del local, a pesar de la importancia de su misión.

En el taller de Sartor Resartus, como en casi todos los departamentos de una sociedad bien organizada, a medida que la función que se ejerce es más banal, el sitio que se ocupa es más lujoso.

Tras del alquimista sarto-resartoriano, a quien corresponde el último chiribitil de la casa, vienen las costureras que trabajan en un taller con ventanas a un patio triste, y cosen ante montones de sedas, de lazos, de cintas y de flores artificiales.

Después los trajes se van colocando en un guardarropa lujoso, bajo la vigilancia de una madama pletórica, severa y de nariz corva, y vienen quince o veinte maniquíes, chicas muy altas, muy esbeltas, muy pintadas, de cabeza pequeña.

Llega la hora sagrada de los misterios del templo del tejido vestuario, y todas las muchachas, que se visten y se desnudan en un vuelo, van saliendo a un salón elegante a exhibir su traje como artistas de music-hall o como toreros que entraran a la plaza.

Este desfile de muchachas bonitas alrededor de la sala ocupada por un público de espíritu crítico, es vistoso, está lleno de color; pero tiene, al mismo tiempo, algo triste...

La oficina de Sartor Resartus.—*Las Estampas Iluminadas.*

UN TALLER DE MODAS

Al día siguiente, Pepita y Soledad fueron a recoger a José Larrañaga, y le llevaron a un salón de modista, en el piso principal de una calle próxima a la Avenida de los Campos Elíseos.

—¿Qué tal estuvo el almuerzo en el Hotel Regina? —preguntó Larrañaga.

—No tuvo nada de particular.

—¿Mucha gente?

—Sí, bastante; todo muy ceremonioso. Estos americanos son muy estirados.

—¿No había ningún tipo raro?

—Unicamente una poetisa americana.

—¡Ah!

—¡Qué gesto has hecho! ¿No te parecen bien las poetisas americanas?

—No.

—¿Por qué no?

—Cuando me hablan de poetisas de países meridionales, estoy viendo una mujer gorda, morena, con un poco de bigote, con un peinador lleno de manchas de cosmético, con unos chicos que abandona, y me parece que en su casa los platos de sopa deben tener algún pelo.

—No digas porquerías. ¿Es que tú creees que una mujer no debe saber?

—Que una mujer sepa, que tenga curiosidad, me parece muy bien. Ahora, eso de que una mujer, para ser espiritual, tenga que ser poetisa, me parece una banalidad.

—Veo que no eres partidario de las mujeres literatas.

—Poco. Son, en general, bachilleras, pedantes; no tienen sencillez.

—¿Y la Pardo Bazán?

—Era una mujer de talento; pero pesada, sin originalidad, sin gracia. Tenía el espíritu tan esbelto y tan ágil como el cuerpo.

—¿Y era un botijo?

—Por lo menos no era la palmera del desierto, ni siquiera el junco o el mimbre.

—¿Y tú que has hecho?

—He estado leyendo una novela de Dostoievski, que no conocía.

—¿Cómo se llama?

—*Pobres gentes.*

—¿Está bien?

—A mí me ha parecido muy bien. Me decía un francés en el hotel que Proust es algo como Dostoievski.

—¿Y no lo es?

—Yo creo que no. Y no lo digo por cuestión de categoría literaria, que es cosa que a mí no me interesa nada. Cierto que Proust, como Dostoievski, sigue también el camino que parece lógicamente el mejor. Es decir, se basa en la observación minuciosa y detallada; pero Proust, en su camino, ve con ojos curiosos de hombre débil e invertido tipos parisienses; es decir, gente culta, civilizada, insignificante, y Dostoievski, con unos ojos amplificadores de epiléptico, ve tipos extraños, anómalos, extrasociales. El uno pinta el Himalaya o el Cáucaso, el otro el Cerro de Montmartre y el monte Valeriano. El punto de partida de los dos es casi el mismo; el resultado es muy distinto. El uno hace como un mapa con muchos detalles, que a veces agrada por su lucidez, y a veces

cansa por lo pesado. El otro elabora sus impresiones, y de todo ello obtiene una especie de bebida alcohólica, en donde hay venenos excitantes y estupefacientes, que terminan trastornando al lector.

—¿Qué clase de libro es ese del ruso?

—Pues son los amores de un pobre hombre, bueno y miserable, que vive en un rincón con una muchacha, y la muchacha al fin se casa con otro.

—No, no lo quiero leer. Si es cosa triste, no lo quiero leer. ¿Y está bien?

—Muy bien. A pesar de que estos franceses quieren que lo suyo esté tan bien. Pero es una ilusión. Es el fracaso de estos buenos galos. Están trabajando, laborando con fervor, con entusiasmo y constancia de centro-europeos, y viene de pronto alguien de fuera y se les planta delante. ¿Ustedes quieren ser fantásticos o decadentes locos o anómalos? Pues aquí está el prototipo de la fantasía, de la decadencia, de la anomalía o de la locura. Unas veces es Dickens, otras es Poe, otras Goya, otras Wagner, otras Dostoievski, otras Nietzsche...

—¿Cómo van a luchar con todos? No van a ser siempre los primeros.

—Es que ellos lo creen y se lo hacen creer a muchos. Para mí, estos países planos, estas grandes ciudades también planas, tienen más escuela que individualidades.

—Bueno; vamos a la casa de modas.

—Vamos. ¿Dónde está?

—Pues está ahí, en un principal, en una calle corta, esquina a la Avenida de los Campos Elíseos.

Cruzaron el río y llegaron pronto. Entraron en el portal, elegantísimo. Subieron en el ascensor, pasaron a un salón suntuoso, y la encargada les salió al encuentro y les llevó a unos sillones de seda dorados, donde se sentaron.

—¿No estaré yo aquí de más, Pepita?—preguntó Larrañaga en voz baja, un poco alarmado.

—¿Por qué? Vienes acompañándonos.

—Sí; pero...

—¿Estás encogido?

—Sí; a mí, estos sitios de lujo me intimidan. Soy un poco aldeano.

—Pues nada, tranquilízate.

José miró a todas partes y se serenó.

—Ha sido siempre muy cómica la timidez que me ha producido el entrar en estos sitios lujosos—murmuró—; el lujo ostentoso me impone, me da casi miedo.

—Y ahora parece que te pasa lo mismo.

—Sí; algo parecido.

Estaba el salón lleno. Poco después comenzó el desfile de las muchachas maniquíes. Daban vuelta alrededor de la sala con mucho garbo, exhibiendo el traje, luciéndose, parándose y tomando posturas académicas.

—Y a una casa así, ¿cómo se la llama?—preguntó José—. ¿Una casa de modistas?

—Aquí, en París, no. Modista es sólo la que hace sombreros.

—En España, yo creo que modista es la que hace sombreros y también la que hace trajes.

—Allí no está tan clara la división.

—¿Así que aquí no se llama modista a la que hace trajes?

—No.

—Entonces, ¿cómo se la llama?

—Yo creo que *couturiere*.

—Que, traducido literalmente, es costurera. Pero allí costurera es la que cose solamente ropa blanca, ¿no es verdad?

—Eso es.

Llamó a Pepita una de las empleadas y fué a probarse un traje.

—Es curioso esto—dijo José a Soledad.

—Sí.

—¿Te interesa mucho?

—No mucho.

—Las cosas de los ricos son, en general, poco interesantes.

—No comprendo por qué.

—Por muchas razones. Primeramente, los ricos tienen todos la misma ocupación, que consiste en divertirse. Ingleses, franceses, españoles o americanos son iguales. En cambio, los pobres, ¡qué de oficios más diversos! ¡Qué de vidas más extrañas! ¡Qué ideas más distintas unos de otros! ¡Qué de indumentarias pintorescas! ¡Qué de combinaciones para vivir! La manera de ganar siempre es diversa; en cambio, la manera de gastar es siempre igual. Muy agradable para el que là ejercita, pero monótona para el que la ve. Son como los dos polos de la vida: el del pobre y el del rico. En el uno se aspira a ganar y a aprovechar el tiempo; en el otro, a gastar y a matar el tiempo. Los ricos pueden ser buenos, caritativos, listos; pero ¡interesantes! muy rara vez. Sólo a estos novelistas franceses mundanos y ese pobre D'Annunzio, que es tan aburrido, tan enormemente aburrido con su ampulosidad y su retórica, se les ocurre pensar que la vida del rico pueda ser entretenida para la literatura.

—Yo creo que en la literatura tendrá que haber de todo—dijo Soledad—. Si hay ricos y pobres en la vida, habrá que hablar de ricos y de pobres.

—Sí, tienes razón. Claro es. Lo que ocurre es que hay épocas en que se mira más a un sector de la sociedad que a otro.

—Y a ti esta época no te gusta.

—Esta mezcla de lo superfluo y de lo utilitario actual no es bonita; tiene algo bajo, innoble, que trasciende a industrialismo. Estos tiempos, como el siglo XVIII, en que se practicaba lo superfluo con amor, en que un hombre era capaz de pasarse la vida construyendo un autómata que no servía para nada, debían ser tiempos muy agradables. Hoy se quiere que todo sea útil, en un sentido inmediato, y en estas fantasías de la moda se nota lo útil, lo industrial. Es todo esto un lujo falso.

—A mí lo que no me gusta es que estas chicas sirvan de maniquíes—añadió Soledad.

—Es cierto: hay algo antipático en ello; pero todo tiene su compensación. Estas muchachas tan esbeltas, tan bien plantadas, hacen aquí un papel un poco de esclavas; pero figúrate tú si esa pobre señora gorda y fofa que está ahí, hundida en un sillón como un sapo, no se cambiaría por una de ellas.

—Sí, es verdad.

—En todas estas cosas de lujo yo veo síntomas de que el cristianismo se hunde ya definitivamente.

—No comprendo por qué. No veo tu idea.

—Todo esto es absolutamente anticristiano. Un salón así es un pequeño templo donde se glorifica el placer, el lujo, la sensualidad. Afortunadamente, los hombres, por imposición de las leyes más que por sentimiento, han ganado en benevolencia y en suavidad de costumbres; si no, sería terrible, porque el poderoso compraría hasta la sangre del pobre. La fraternidad cristiana no aparece por ningún lado.

—Sí; es cierto.

—Lo poco que queda de cristianismo se evapora. Se quiere gozar a todo trance. El mundo, antes, era un valle de lágrimas. Ahora, para la mayoría, es una cucaña.

—Sí, quizá tengas razón; pero a mí no me costa-

ría nada dejar el traje que me van a hacer y dar el dinero a una persona necesitada.

—Ya lo sé, Soledad. Pero es que si la mayoría de la gente fuera como tú, no habría problema.

Al poco rato volvió Pepita al salón y dijo a Soledad:

—Yo ya he concluído. Ahora te toca a ti. ¿En qué piensas, filósofo?—preguntó después con sorna a Larrañaga.

—Pienso en una tontería.

—Dila a ver.

—Pienso que si un antiguo teólogo tuviera que ocuparse de modas y de elegancia, titularía su libro *Espejo de las vanidades mundanas;* y si fuera un sabio pedante el que hiciese alguna Memoria para una academia sobre estos artículos de París: modas, trapos, peinados, cremas, etc., tendría que llamarla *Contribución al estudio del empleo de la matriz y de sus anejos en las sociedades modernas.*

—Eres un asqueroso y un tonto.

—No digo que no.

—Si hablas así, todo el mundo va a decir que eres un hombre agriado, envidioso.

—¡Bah, eso no me importa!

—¿No le habrás dicho eso a Soledad?

—No, porque a ella quizá la entristecería.

—¿Y a mí no crees que me entristece?

—A ti, no. A ti no te hacen mella ni mis palabras ni las corrientes de aire. ¿Sabes lo que me decía Soledad hace un momento?

—¿Qué?

—Que no le costaría nada dejar el traje que le van a hacer y dar el dinero a los pobres.

—¡Qué tonta de chica! ¡Qué necedades! Con eso, ¿qué se va a resolver?

—¡Diablo! Si todo el mundo lo hiciera, mucho.

—¿Tú le das la razón?

—Yo hablaba de que este culto al placer y al lujo demuestra que el cristianismo es ya un fantasma que tiene nombre; pero que no existe.

—Los fantasmas también existen para dar miedo a los chicos.

—Yo creo que los últimos apóstoles cristianos han sido ese novelista ruso cuya novela leía hoy: Dostoiewski y un teólogo danés, Kirkegaard.

—¡Chico, qué nombres! Ni que estuvieran hechos con pedruscos. No pienso leerlos.

—Pues son de los pocos que han sentido con fuerza el "Bienaventurados los que lloran..." El mundo está formado por los que creen lo contrario y piensan que son bienaventurados los que gozan.

—¡Así, tan claramente, nadie lo piensa!

—Es cierto; como concepto, como máxima, no se lo proponen. Pero el instinto es ése. El sentimiento cristiano está muerto. Probablemente puro, nunca ha sido patrimonio más que de individualidades extraordinarias, porque constantemente ha aparecido mixtificado por la Iglesia oficial. La masa jamás ha podido sentir con fuerza la idea de la caridad y del amor al prójimo. Siempre ha vivido dentro del más desenfrenado egoísmo. Yo creo que las religiones cristianas se vienen abajo. Dan la impresión de que han errado por los dos caminos principales que han seguido. Los protestantes han dicho: Nada de fórmulas; vamos a la esencia del cristianismo. Los católicos han hecho esta consideración: Lo más seguro es aceptar toda la herencia y seguirla al pie de la letra. Los protestantes han encontrado que en esa esencia del cristianismo hay conceptos muy pobres, muy poco verídicos y una historia que quiere ser universal y no es más que la historia estrecha y limitada de un pueblo como el judío, de moral baja y un tanto des-

preciable. Los protestantes han evolucionado a un racionalismo dulzón, sin ningún valor. Los católicos han visto que, a fuerza de sujetarse con fórmulas, han perdido la agilidad mental y no se contentan ahora ya con aligerar el barco de lastre, sino que lo quieren echar todo al mar. ¿Te ríes?

—Sí. ¡Qué conversación para un salón de modas!

—Tienes razón. Como vivo solo, tengo la costumbre de divagar así sobre las cosas en cualquier parte donde me halle... Pero dejemos esto, que no tiene importancia. ¿Qué tal están vuestros trajes?

—El mío, bien; pero no del todo bien, y no quiero ir a ver cómo está el de Soledad, porque dirán que todo me parece mal.

—Es que tú tienes una penetración innata. Das en el blanco.

—¿Tú me crees inteligente?

—Mucho. Desde el principio se ha visto que eras muy lista. Yo siempre he dicho: Pepita, la inteligencia; Soledad, el sentimiento y la bondad. Tú eres la rosa real, pomposa y llena de colores; ella, la violeta.

—Dicho así, todo el mundo dirá que yo soy mala, egoísta, orgullosa.

—Egoísta en el mal sentido, no. Eres como una pagana. Te gusta la vida entonada, fuerte; desdeñas un poco lo sentimental. En ti lo más marcado es la inteligencia y la claridad de juicio, como en tu hermana lo más marcado es la bondad.

—No te agradezco ninguno de tus elogios. Yo soy la rosa, una rosa brillante de poco perfume; Soledad es la violeta. Yo debo ser algo como una dalia aparatosa y con una patata dentro de la tierra.

—Pero, perdona, yo no he hablado de patatas.

—Todas tus explicaciones terminan en lo mismo: que tienes una mala idea de mí, y una idea buena de

Soledad. Yo, naturalmente, te lo agradezco por Soledad, pero no te lo puedo agradecer por mí.

—¿Ya nos hemos incomodado un poco?

—Sí. Me mortificas a cada paso.

Larrañaga se calló. Pepita le contempló un momento.

—¡Qué cara más cómica pones!

—Sí; porque me alarma el pensar que te haya dicho, sin querer, algo ofensivo.

—No; no tengas cuidado.

—Me tranquilizas.

—Y ¿qué es mejor? ¿Ser así, flamante, pomposa, o humilde y modesta?

—No creo que en esto haya mejor ni peor. Habrá mujeres que, con uno o con el otro carácter, serán felices, otras, con el mismo, desgraciadas.

—¿Y los hombres?

—Los hombres, igual. Claro que con la manera de ser un poco humilde, no se conquista a las mujeres. A la mayoría de ellas les seduce el brillo, el poder, el mando; el político, el general, el orador, el ciudadano que triunfa, el tenor; todo el que llama la atención y que atrae los aplausos.

—Otro pinchazo para nosotras. ¿Y a ti no te entusiasma ese brillo?

—A mí el brillo no me entusiasma ni aun en las pecheras de las camisas. Una mujer aplaudida no me gustaría nada. Esa ingerencia del público en mi vida no me haría ninguna gracia.

—¿No te casarías con una cómica?

—No, a no ser que me volviera loco. Ni cómica, ni cantante, ni pianista, ni heroína. Todo eso de producirse hacia afuera no me seduciría.

—¿Egoísmo?

—Un poco.

—¿Celos?

—Quizá algo. Uno quiere vivir para sí mismo, y el público, la masa, se lo estorba. De esta manera se va al egoísmo. En cambio, si se quiere vivir para ese público, para esas masas, se hace uno algo como un histrión.

—Así que de todas maneras mal, según tú.

—Es verdad. Yo, por lo que he visto y por lo que he leído, he creído notar como dos posiciones extremas ante la vida, sobre todo ante la vida social: una, de admiración por lo rico, por lo poderoso, por lo fuerte; otra, de repulsión por lo rico, por lo poderoso y por lo fuerte. Son como dos polos opuestos. El primer impulso produce el sentimiento de la aristocracia; el segundo, el de la protesta. Con el primero se ve que se une la adulación, la vileza, el desdén por la justicia y por la equidad. Esta suma de condiciones forma el cortesano. Con el segundo, con el sentimiento de protesta, se unen la envidia, el rencor, la soberbia, la cólera. Esta suma de sentimientos hace el anarquista. Yo creo que la mayoría de los hombres, quitando mucha de la gente corriente que es como el ganado, tenemos algo de estos dos impulsos.

—No todo el mundo es adulador y cortesano o envidioso.

—Cierto; hay la serenidad... Marco Aurelio...; pero eso no es muy común.

—No veo que sea así. Según tú, ¿se admira una casa bonita, un cuadro o una estatua?... Es uno un adulador. ¿Se protesta por una injusticia? Entonces es uno envidioso.

—Creo que el fondo es éste. No hay cortesano que no sea adulador. En la corte de Luis XIV todos son aduladores. Bossuet, Fenelón, Racine, Corneille... Todos aduladores. En cambio, se piensa en los grandes rebeldes, por ejemplo, Bruto, Casio, Catilina, Cromwell, Calvino, Robespierre, Marat; todos dan la

impresión de envidiosos, de soberbios, de gente resentida, dolorida por algo que ha rozado su amor propio.

—¡Pues sí que tu mundo es un mundo bonito! La mayoría de la gente no cuenta, porque es como el ganado, y de los que cuentan, unos son aduladores, y otros envidiosos. Muy bien.

—Es mi modesta opinión.

—Y aquí un punto que le interesaría a mi padre como político. ¿A quién hay que dejar mandar según tú? ¿A los aduladores, a los envidiosos o a los que son como el ganado?

—Ha habido filósofos que han defendido la tesis de que es mejor que las gentes de mundo dirijan las sociedades con su vulgaridad y su egoísmo, que no que este trabajo vaya a los inteligentes, que quizá, en definitiva, harían más tonterías. Claro que todo es defendible. Pero ¿qué valor tiene el pensar lo que debe ser? Es una verdadera manera de perder el tiempo.

—Bueno; ya está aquí Soledad. Vámonos. ¿Qué tal el traje?

—Muy bien. Me han tenido mucho tiempo. Os habréis aburrido.

—No; Joshé, como entretenimiento, me ha insultado. Ha dado a entender, con mucha diplomacia, que soy una mujer antipática y egoísta.

—No le hagas caso, Soledad; no es cierto.

—No le hago caso. No creo que tú vayas a decir eso a Pepita.

—¡Ah! ¿Estáis en sociedad contra mí? Yo también os cantaré las cuarenta cuando venga la ocasión. Bueno, vamos a dar un paseo. Si quieres cenar con nosotras, vienes. Si no, te vas.

—Cenaré con vosotras.

—¿Dónde cenaremos?

—Donde queráis. Si tenéis ganas de sentir un poco

el contraste, yo os llevaré a una taberna de la calle de Sevres.

—¿Como las de Montmartre?

—No, sin artistas. De gente trabajadora. Al amo le conozco hace tiempo. Me figuro que seguirá siendo el mismo. Es sitio un poco oscuro de día, pero de noche está bien.

—Vamos donde quieras; pero primero nos cambiaremos de traje.

—Muy bien.

* * *

Fueron primero al hotel y después a la taberna. El amo saludó muy afectuosamente a Larrañaga y le llevó a un sitio reservado. Era el tabernero joven, grueso, rojo, mofletudo, como inflado por la buena comida y por la vida sedentaria; afeitado, la mirada maliciosa y burlona y la servilleta bajo el brazo. El tabernero consultó con gran detenimiento los platos y los vinos que habían de tomar. Cenaron muy bien.

—Chico, aquí se come mucho mejor que en los grandes hoteles—dijo Pepita.

—¿Crees tú?

—¡Ya lo creo!

—Estos franceses guisan bien en todas partes.

—Pero esto no es una taberna.

—Ya no hay tabernas.

—¿No?

—Ya han desaparecido — contestó Larrañaga—. No las hay en España, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni aun siquiera en Holanda, y ¡qué bonitas debían de ser aquellas tabernas holandesas que pintaron Teniers, Van Ostade y Jan Steen! El portal grande, la chimenea enorme, la escalera en un lado, las mesas pequeñas alrededor del hogar, la moza rozagante,

el perro que husmea por los rincones y los vagabundos que tocan el violín o hacen juegos de prestidigitación para entretener a los parroquianos...

—Eres conservador, como dice tu amigo Arregui —exclamó Pepita.

—Sí, es verdad. Me gustan las cosas viejas, cuando son bonitas, más que las nuevas feas. Antes, sólo los nombres de las tabernas le divertían a uno. En los puertos tenían los suyos especiales: El Telescopio, La Sirena, El Cachalote, La Estrella de la Mañana. Las había en el interior, con o sin nombres románticos. Hoy ya no las hay.

—No te creía tan arqueológico. ¿Así se dice, verdad?

—Sí; por lo menos, así se puede decir.

—Te tendrán que hacer cronista de las Provincias Vascongadas.

—¡Qué burlona! Aunque te burles, yo he sido un aficionado, casi un coleccionador de tabernas pintorescas. Las he ido a ver siempre con curiosidad. Aquí, en París, la calle de Monsieur-le-Prince tenía hace años unas tabernas, medio burdeles, muy típicas. En las calles de Brise-Miche, de Venecia, de Tiquetonne y de Quincapoix, que están hacia el bulevar Sebastopol, había algunas tabernas que se titulaban: "A la cita de los golfos: *Au rendez vous des mecs*". En la calle Mouffetard las había de traperos, el cabaret des Chiffonniers, y en la rue Galande, estaban el Padre Lunette y el Chateau Rouge.

—Chico, ¡qué erudición!

—No le hagas caso. Sigue—dijo Soledad—. Es curioso lo que cuenta.

—En la plaza Maubert había otros rincones de mala vida. Luego el Angel Gabriel, cerca de los Mercados, y el Conejo Blanco y el Conejo Agil, el Cerdo Fiel y otra serie de conejos y de cerdos. Las

de la calle de San Dionisio eran establecimientos misteriosos, con cristales ocultos por cortinas negras. La verdad, no me atreví nunca a penetrar en ellas.

—¡Qué cobarde!—exclamó Pepita.

—En Londres había también rincones extraordinarios en el Wapping, en Whitechapel, en Petticoat Lane, donde estaba la bolsa de los ladrones de ropa; en Hamburgo, en el barrio de Saint-Pauli, se veían cosas inauditas. En Madrid había también tabernas curiosas y figones pintorescos: El Púlpito, la taberna del Majo de las Cubas, el Bodegón del Infierno. En Barcelona, los tabernuchos del barrio de Atarazanas eran muy clásicos, y también los de Marsella, del barrio de San Juan. Ahora ya no hay tabernas. Ahora todo es *kolossal*. Los bares tienen estucos, espejos, mármoles, arcos voltaicos. Con el tiempo harán el Partenón en cemento armado, o la Pirámide de Cheops en escayola, para que los albañiles vayan a tomar una copa. Esta vieja Europa se americaniza por momentos, y va perdiendo carácter.

—No te creía tan tabernario, Joshé—dijo Pepita—, aunque veo que eres tabernario sólo en teoría.

—Ni en teoría siquiera. No entro en las tabernas. Las miro; pero si hay vicio, prefiero que éste tenga algún aire pintoresco, que no que sea un vicio industrial y discreto, como para uso de notarios: si hay borrachos, me gusta más que salgan de una taberna que no de un bar elegante y con mármoles.

Concluída la cena, Pepita dijo:

—Vámonos. A media noche viene mi marido. ¿Tú me acompañarás, Joshé?

—Sí; con mucho gusto.

—A Soledad la dejaremos en la cama castigada.

—Castigada, ¿por qué?—preguntó ella.

—Porque te pones siempre en contra de mí.

—Cuando no tienes razón.

—Es que yo tengo razón siempre. Es lo que veo que no podéis comprender vosotros—dijo Pepita—. No tenéis bastante inteligencia para daros cuenta de eso.

Soledad y Larrañaga se echaron a reír.

Tomaron de nuevo un auto y fueron al hotel.

V

El joven inglés, rico y audaz, quiso vivir una vida intensa y profunda, y se fué a lejanos países semi-salvajes, con fama de ardientes y de voluptuosos. De tentativa en tentativa, y de ensayo en ensayo, se estableció en Tahiti y tuvo mujer canaca e hijos mestizos, y cazó y pescó y cuando reflexionó en su pasado, vió con claridad que, aunque con otra decoración de más color, su vida era poco más o menos la misma que podía haber sido en Inglaterra.

Y en las cartas que escribió a un amigo fué contando sus desilusiones.

Siempre igual.—*Las sorpresas de Joe*

LARRAÑAGA CUENTA SU HISTORIA

—Ya he dejado a Soledad en su cama—dijo Pepita—. Vamos a cualquier parte a esperar la hora de la llegada del tren.

—¿Adónde quieres ir? ¿A algún teatro?

—No. No tengo ganas de ir a ningún teatro. Andaremos por aquí cerca. Nos meteremos en algún café, si quieres.

—Bueno. ¡Qué noche! ¡Qué calor!

—Sí; hace mucho calor.

—Nos sentaremos aquí un poco en el vestíbulo.

—Lo que te parezca.

Se sentaron los dos en unas mecedoras.

—¡Anda! Cuéntame lo que has hecho—dijo Pepita—. Cómo has vivido estos años pasados. Tengo interés en oírlo.

—Pero ¿desde cuándo?

—¡Qué sé yo! Desde que recuerdes. ¡Ah! Tengo que hacerte una advertencia que no te he hecho nunca. La carta, aquella célebre carta que tú me escribiste hace nueve años, yo no se la di a mi madre. Me la cogieron.

José se puso rojo, y luego pálido.

—Ya son historias viejas—balbuceó.

—Pero de todas maneras yo quiero que lo sepas. ¿Te ha molestado que te lo recuerde?

—Es una herida antigua, pero que todavía duele —dijo José, sonriendo con sonrisa melancólica.

—¡Bien sabe Dios que no fué mi culpa!

—Dejemos eso.

—Anda, cuéntame tu vida con detalles. Tengo curiosidad por conocerla. Porque allí ya sabes que algunos han hablado mal de ti, diciendo que eras un *chocholo*... que escribías en los periódicos, y otros te han defendido.

—El escribir en los periódicos debe ser muy mala señal.

—Malísima.

—Me parece muy lógico. Es un oficio de cretinos... de cretinos que gobiernan el mundo a fuerza de lugares comunes.

—Yo hacía mucho tiempo que no había hablado contigo largamente. Ahora estoy segura de ti y te defenderé en casa.

—Gracias. Ya, ¿para qué? Me es igual que digan de mí lo que les parezca.

—No, no quiero que tengas esa actitud tan desesperada. Al fin y al cabo con el tiempo tendrás que volver a vivir a Bilbao con nosotros.

—No sé, no sé qué haré.

—Bueno, cuenta tu vida.

—Pero tú la conoces poco más o menos.

—No.

—Tú sabrás que mi padre era farmacéutico de un pueblo.

—No.

—¡Ah! ¿No lo sabías?

—No.

—Veo que en tu casa hablaban mal de mí, y no hablaban de mi familia ni bien ni mal. Mi padre estuvo de farmacéutico en una aldea de Guipúzcoa, cerca de Tolosa, donde se casó con mi madre, y allí nací yo.

—Eres un vasco puro.

—No; porque mi madre tiene un tercer apellido alemán. Mi padre no tenía gran afición por su carrera. A pesar de que había sido buen estudiante, no le quedaba entusiasmo por la práctica de la farmacia. Era poco ambicioso y no progresó. Mientras mi padre estuvo en dos o tres pueblos vegetando, el tuyo, que había sido mal estudiante y un tanto calavera, se hizo auxiliar de Minas, y empezó a meterse en negocios, a prosperar, a subir como la espuma, y a hacerse rico.

—¿Y esto lo hizo rápidamente?

—Rapidísimamente. Las minas, las contratas, los barcos, todo lo manejó con la habilidad y la destreza de gran comerciante. Es una cosa muy curiosa y muy

digna de ser estudiada por un psicólogo o por un historiador, el movimiento ascendente y descendente de las familias. Creo que en algunas ciudades vascas, como Bilbao y San Sebastián, es donde mejor se puede estudiar en España este movimiento. Primeramente porque estas ciudades, como pueblos de alguna impotancia, son muy jóvenes; luego, porque tienen todos los estratos sociales en un medio relativamente pequeño, desde el rural hasta el aristocrático y palaciego. En las regiones donde ha habido ciudades más grandes y más antiguas, la aristocracia es ya estática; está fosilificada y no tiene relaciones directas con la actual corte. En San Sebastián y en Bilbao, no. El movimiento de ascenso es rápido, actual, y en tres, y a veces en dos, generaciones, se ve pasar una familia del campo a la aristocracia. Es curioso observar cómo de pronto una familia siente una inquietud, una fiebre de ascenso, de crecimiento, y cómo todos sus miembros marchan en columna cerrada a escalar una posición social. Yo te citaría muchas familias en Bilbao y en San Sebastián, que dan la impresión de hormigas negras en medio de otras rojas... o al contrario. Parece que todos los que forman una familia de éstas tienen un plan expreso, aunque no lo tienen, y llevados por el movimiento ascensional, se ve a los hijos casarse con mujeres ricas, a las hijas hacer buenas bodas, a los hombres tener pingües negocios o grandes empleos. Este ímpetu de fondo plebeyo es el que lleva a la aristocracia. Por ese ímpetu, en el país vasco, el hombre del caserío va a la calle de la aldea, de la calle de la aldea, a la ciudad; de la ciudad, a la capital, y pasa de campesino a obrero, de obrero a ciudadano burgués, y de burgués a aristócrata en un tiempo relativamente de pocos años. Claro, la gente como yo, desarraigados del medio social, que no tenemos esperanza ninguna de medro, sentimos por

estas familias que ascienden gran antipatía y hablamos de que son rastacueros, trepadores, rampantes, etc., etc.; pero hay que tener en cuenta que siempre se ha ascendido así, por ese impulso de diferenciación y de selección. Esta familia, que de pronto se destaca de su medio y salta a esfera más elevada tiene que vivir principalmente una vida exterior, de representación, porque el representar en la vida social es casi siempre anterior a ser. Para llegar a pasar como aristócrata, hay que obrar como si uno lo fuera, y se acaba siéndolo. Lo mismo pasa al que quiere ser valiente, rico, atrevido o conquistador de mujeres. La familia trepadora, que marcha enérgicamente para adelante, no tiene caprichos ni sentimentalismos; vive para alcanzar un fin, con una moral especial fuerte; de ahí su éxito. Si tiene brotes inútiles o perjudiciales, el calavera, el borracho, la mujer liviana, los sabe extirpar y sabe aliarse con otra gente también fuerte, que marcha igualmente hacia arriba. Paralelamente, en otros pueblos, principalmente en Madrid, entre la gente rica y poderosa se da el caso contrario. De pronto la familia aristocrática se siente sin fuerza, no ya en su movimiento ascendente que no tiene, sino en su situación estática, y le comienzan a cansar los honores, pierde la moral de su clase, y en vez de vivir en la representación, quiere vivir en la realidad, como quien dice natural. Esta es la decadencia, es la negación y la crítica del ímpetu pasado. Ya a la señora le aburre el ser dama de la reina. El señor no quiere asistir a ceremonias palaciegas y se siente íntimamente republicano o socialista; el hijo quiere ser pintor, ingeniero o poeta, y no cree en más méritos que en los personales; la hija quiere casarse con un hombre que le guste, aunque no sea de su clase; todos intentan ver sólo la verdad, vivir para dentro, y empieza el descontento,

el despistamiento, el encontrar a los suyos aburridos, el alejarse de la corte, el ir a vivir al extranjero y, por último, la ruina.

—Estás haciendo un folletín, Joshé.

—¿Crees tú?

—Así me ha parecido, la verdad.

—Bueno; dejaremos el folletín, si te aburre, y seguiremos con la historia—replicó Larrañaga, sacudiendo su pipa en el brazo de la mecedora—. Mi padre, que no era nada atrevido, al ver que su hermano pequeño se enriquecía y se hacía poderoso, en vez de acercarse a él, como hubiera hecho otro cualquiera, se alejó por orgullo o por timidez, dando a entender que no lo necesitaba. Yo creo que desde entonces tu padre nos tomó a nosotros antipatía. Eramos para él los pobres tontos, orgullosos, inútiles. Había otro motivo político que separaba a mi padre del tuyo. Mi padre, no sé por qué, era, en su juventud, carlista, y el tuyo, republicano. Tu padre estaba siempre al tanto de lo que ocurría.

—Y sigue estándolo.

—Es verdad, y lo estará siempre. Tiene la intuición de los acontecimientos. Tiene genio. No es siempre muy fácil el explicarse por qué estos tipos como tu padre se enriquecen; pero una de las cosas que creo que se observa en ellos es que miran con sus ojos y no con los de los demás. No sigo por este camino por no cansarte con mis divagaciones. Pasado el tiempo, mi padre, que había sido carlista, como te digo, se hizo republicano; cosa absurda; en cambio, el tuyo, que había empezado siendo muy radical, fué adquiriendo un liberalismo templado. Tu padre tomó siempre la actitud inteligente.

—Me choca que le hagas justicia.

—No importa que él no me quiera. Mi infancia tuvo algunas cosas bonitas, algunos detalles gracio-

sos—siguió diciendo Larrañaga pensativo—. El que ha vivido bien en la infancia ya lleva mucho ganado para estar contento. El recuerdo de su dicha es una gran cosa. Es casi la batalla ganada. El que empieza la infancia mal, ya está perdido. A algunas gentes aficionadas a beber, en los pueblos vascos, les he oído decir: El buen vino primero; el malo detrás, porque luego de beber mucho ya no se nota si es bueno o malo. Algo parecido pasa en la vida. Durante algún tiempo, en la infancia, creo que me tuvieron por tonto. La verdad es que no entendía nada de lo que estudiaba, ni siquiera las fábulas de Samaniego, que eran las que leíamos, y cuando las entendía me parecían encerrar una moral egoísta y despreciable. Tenía doce o trece años y vivíamos en un pueblo de la costa cuando me preguntaron qué quería ser, y yo dije que marino. Durante algún tiempo había pensado en ser boticario; pero mi padre me desilusionó. Cuando leí la Farmacopea, me entusiasmé con algunos remedios, por sus nombres bonitos, y precisamente aquéllos eran los que me dijo mi padre que no servían para nada. El Drástico Católico era tan inútil como todos los demás tópicos del catolicismo. El Ungüento de la tía Tecla, el Emplasto Bendito, la Triaca Magna, el Ungüento Digestivo, el Aceite de Alacrán, los Polvos Simpáticos, el Bálsamo del Comendador y el Bálsamo Tranquilo eran casi casi como el agua de cerrajas, y si alguno de ellos valía para algo, era porque tenía láudano u opio. Tampoco había semillas calientes, ni semillas frías; ni el hígado de azafrán era hígado, ni el antimonio estaba crudo, ni el asa fétida tenía lágrimas, ni el sperma-ceti servía para maldita la cosa. En vista de estos desengaños y de que el oficio de boticario consistía principalmente en vender antipirina, y salicilato en papeles, y muchos específicos, decidí hacerme marino. En mi familia se vivía

siempre ignorando que hubiese un tío rico en Bilbao. En esto muere mi padre y se presenta el tuyo en mi casa. Estuvo muy brusco en sus palabras y en sus ofrecimientos. Nosotros, mi madre, mi hermana y yo, vendimos la botica y fuimos a Bilbao. Tendría yo catorce o quince años. Tú, cinco o seis. A mi lado eras como una princesa. Mi madre os tenía a vosotros como de distinta casta; os profesaba una mezcla de antipatía y de respeto, que, naturalmente, influía en nosotros.

—¡Qué extraño! Nunca lo hubiera supuesto.

—Por otro lado influía el rastacuerismo del pueblo. Bilbao, como las demás ciudades vascas, no tiene originalidad ninguna. Es un campamento, una mezcolanza de gallegos, asturianos, aragoneses, navarros ribereños y castellanos, a los que comunica ese orgullo ridículo de capital de provincia. Bilbao, como casi todas las capitales españolas, es un pueblo intelectualmente gris, sin espíritu, sin hombres de gran capacidad.

—No protesto; ¡qué le vamos a hacer!

—Era, sin duda, muy difícil tomar los elementos que podía dar la vida rural vasca y convertirlos en ciudadanos. Y, sin embargo, debía de haber sido éste un matiz importante de la vida española. El clima vasco, como todo el de la zona cantábrica, es el clima de la costa atlántica francesa e inglesa, un clima de pueblo civilizado; pero nuestra zona es una zona estrecha y no ha tenido geografía para poder formar una ciudad importante, ni, por lo tanto, una posibilidad de cultura. Ninguna de las ciudades vascas lo ha podido hacer, ni aun siquiera lo ha pretendido. No han sabido conservar nada de lo íntimamente vasco, ni en la forma ni en el espíritu. El elemento vasco, si es que había en él algo típico y característico, ha tenido que quedar a la puerta. Cosa extraña que to-

dos los pueblos con raíz regional hayan sido en esta última época tan vulgares. El único pueblo que ha sido original en España estos últimos años ha sido el que menos razones tenía de serlo: Madrid. Madrid presentaba hace años una mezcla de majadería y de originalidad autóctonas que se le va pasando. Ahora ha entrado ya en la corriente general y no es nada... Yo, si fuera político y pudiera organizar el país vasco a mi gusto...

—¡Ah! Pero tú tienes planes políticos? ¡Qué cosa más graciosa!

—Planes políticos no tengo; pero, en fin, yo dejaría Bilbao y San Sebastián como ciudades libres; Bilbao, con su río hasta el mar, con su zona minera, y San Sebastián, con sus alrededores. Luego, toda la parte verdaderamente vasca de las provincias vascongadas y Navarra la reuniría y haría una provincia sola: Vasconia, con la capital en Vergara o en Tolosa. Así se podría dejar en libertad a las dos ciudades importantes, sin elemento oficial, para que desarrollaran su especialidad: industria, turismo, etc., sin el peso muerto del elemento rural ni de los empleados y militares. Vasconia, si tenía algo que decir, que lo dijera; si no, que se uniera en su insignificancia con las demás provincias españolas. Por ahora, como digo, el clericalismo, el snobismo y la plutocracia son las únicas cosas que dominan en nuestras ciudades.

—Plutocracia, ¿qué es? ¿Dominio del dinero?

—Sí.

—Pero eso hay en todos los pueblos.

—Es lo que te digo.

—Pero no creo que en Bilbao haya más que en otras partes. Ni más clericalismo.

—En Bilbao y en España entera se va a terminar poniendo el puchero con agua bendita. Ya están los

gobernadores recomendando la misa mayor y el santo rosario como si fueran obispos. Dentro de poco, en los prostíbulos, que es fruta que abunda en los países católicos, habrá su placa del Sagrado Corazón de Jesús y su pila de agua bendita. ¡Qué país el nuestro! Un país en donde una enciclopedia moderna demuestra que hay infierno con silogismos. ¡Qué cosa más ridícula!

—Pasemos la hoja, Joshé.

—Si no quieres que haga consideraciones, querida prima, te contaré lo que me ha ocurrido en la existencia en tres palabras—exclamó Larrañaga con aire decidido e irónico.

—Bueno; haz consideraciones.

—Sí; porque si no, no vamos a tener de qué hablar.

—Sigue, no te interrumpiré.

—Un catalán muy fantástico y palabrero, que vivía en París—continuó Larrañaga—, dijo, y es de las pocas cosas que dijo con alguna gracia, que el vascongado es el alcaloide del castellano; es decir, que casi todas las condiciones buenas y malas de los castellanos están aún más concentradas en el vascongado. Esto, él lo decía en mal sentido, como para demostrar que sólo los catalanes podían ser europeos cultos y pertenecer a esa supuesta raza superior de los arios. ¡Como si no hubiera manadas de animales estúpidos con forma humana en el centro de Europa como en la periferia! En la identificación de vascos y castellanos, tenía razón, y era lógico que la tuviese. El vascongado es el padre del castellano, y Castilla nace históricamente de Vasconia, como Aragón nace de Navarra. Es decir, las dos del país vasco. Es evidente que el vascongado, sobre todo, el culto, es muy parecido al castellano; lo que hace que nuestras ciu-

dades tengan en principio las cualidades y defectos de las castellanas.

—Mira, Joshé, ¿sabes? La historia me aburre mucho, mucho.

—Bien; dejemos la historia. La mayoría de las cosas buenas, en la infancia como en la juventud, me han pasado rozando o rasando por la tangente. Cuando en la edad madura ha llegado a mí algo bueno y agradable, no me ha dejado satisfecho, porque había decidido en mi interior que era tarde.

—¿Por qué tarde? Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Eso creéis las mujeres y muchos hombres; pero yo no lo creo; mejor dicho, no lo siento. Hay cosas que para mí, pasado su tiempo, ya no tienen valor.

—Explícate. Casos, ejemplos...

—Ahora mismo estamos poniendo un ejemplo en acción. Figúrate tú si hace nueve años yo hubiera estado acompañándote aquí, ¡qué emoción hubiera sido la mía! ¡Cómo hubiesen latido mis arterias! Mi emoción se hubiera multiplicado por París, por el Cosmos y hubiese dado un producto fantástico.

—¿Y hoy?

—Hoy no se puede multiplicar por nada. Tú y yo somos cantidades heterogéneas que están en distinto casillero. Y, sin embargo, no ha variado mucho el mundo de entonces acá. Ni aun nosotros tampoco. Yo estaré algo más gordo y pesado; pero estoy vivo, estoy fuerte. Tú estás igual, quizá más guapa que antes.

—¡Gracias!—dijo Pepita fríamente, a quien el pensamiento de llegar tarde de José no gustaba.

—No es lo mismo ayer que hoy, ni hoy que mañana. Lo que no llegó a su tiempo, falló para siempre.

—Yo no lo creo así.

—Tú, no. Tú eres mujer y tienes una juventud interna tan exuberante como la externa.

—¿Tú te sientes viejo?

—Completamente. Miro mi vida como una historia que acabó. Los elementos que faltan en mi historia los echo de menos... Me miras como aburrida. Al diablo lo abstracto... Vamos a lo concreto. Durante mi juventud, como muchacho que se sentía poca cosa, no tenía ninguna gana de quedarme en un sitio, ya conocido por mí, como Bilbao. Estaba deseando concluir la carrera y embarcarme. Tenía unas ilusiones por la vida del marino un poco absurdas. El primer viaje que hice de piloto no me pareció del todo mal. Pero luego comprendí que los viajes por mar en ruta fija son de un aburrimiento espantoso, desesperante. Resistí. no sé cómo pude, dos años. Y a los veintitrés o veinticuatro dije a mi madre que quería quedarme en Bilbao. Entonces entré de empleado en vuestra casa y os traté a vosotras con alguna más intimidad; siempre desde ese fondo del pozo en que yo estaba colocado con relación a vuestra familia.

—Pero era un pozo hecho por ti mismo.

—No; era un pozo producido por el ambiente, por mi madre, por nuestras relaciones, por una porción de cosas difíciles de analizar.

—Y entonces, ¿qué hacías? Yo te recuerdo muy vagamente.

—Sí, nos veíamos poco. Yo era aficionado a leer, a la pintura; pero no era aficionado a ganar dinero. Es un fatuo. Es un *chocholo*—le decía tu padre a mi madre—. ¿Qué se puede hacer por él?

—Un hombre que no se preocupa de ganar dinero, para mi padre, es un loco—dijo Pepita—. Y quizá tenga razón.

—Tu padre siempre tuvo mala idea de mí; para él

era yo un aturdido, un tonto, un hombre que estaba siempre en la higuera. Parece que no tiene importancia práctica; pero la verdad es que no es fácil vivir como he vivido yo, sin tener nunca la menor sombra de aprobación de amigos y allegados. ¿Que va uno?, mal; ¿que viene uno?, igualmente mal. ¿Que habla?, muy mal; ¿que se calla?, peor. Yo creo que este mal concepto que han tenido de mí los que me han conocido en la infancia y en los primeros años de la juventud me ha quitado toda confianza en mis fuerzas. Por esa época en que estaba yo empleado en vuestra casa se empezó a decir que si yo había hecho unos versos anarquistas, en los que aseguraba que había que arrasar las ciudades; al mismo tiempo se dijo que andaba detrás de una cigarrera, y que siempre llevaba la corbata torcida. Era yo entonces, según parece, la quintaesencia del *chocholismo*.

—¿Y qué había de verdad en todo ello?

—Nada. Exageración. Es el carácter de las capitales de provincia. Hay que dar a todo enormes proporciones para que parezca algo, porque si no, no es nada. Es lo cierto que entonces se me metió en la cabeza que tenía grandes condiciones de pintor.

—¿Y crees que las tenías?

—¡Qué sé yo! No se conoce uno a fondo. No sabe uno lo que puede dar de sí. En algunas cosas se cree que mucho, y luego resulta que poco, y al contrario. Siempre se engaña uno con relación a sí mismo. Pasa con frecuencia lo que a ese tío tuyo que hizo un chalet en un sitio desierto de la costa, muy hermoso, indudablemente, aunque muy triste, pensando que le bastaría ver el mar para estar contento. Y se engañó, porque ya no va casi nunca a su hotel. Para vivir solo, así, frente al mar, se necesita tener más espíritu que el de un burgués corriente. Las gentes de los pueblos nuevos se hacen muchas ilusiones y no

comprenden que tienen pocos recursos en la cabeza. Lo mismo les pasa a los indianos: "¡Ah! ¡Vivir en la aldea natal!", piensan cuando están en su comercio de una ciudad americana. "Con vivir en mi aldea, sería feliz". Vuelven a la aldea y se aburren.

* * *

—Divagas, Joshé, divagas. Te vas por la tangente.

—Volveré a tomar el rumbo. No tengas cuidado. Pues sí, se me metió en la cabeza que tenía grandes condiciones de pintor. Yo no sé de dónde han sacado modernamente la tesis de que la gente vasca tiene condiciones artísticas. Sobre todo, pictóricas.

—¿No las tiene, según tú?

—Ni las tiene, ni las deja de tener. Antes se aseguraba con la misma razón que carecía de ellas. El arte siempre ha sido patrimonio de las ciudades, y el país vasco, pequeño y abrupto, se ha distinguido en lo antiguo, por no tener ciudades. Faltaba geografía para ello. Por ahora, al menos, no se ha demostrado que en la raza blanca haya algunas subrazas o variedades incapaces individualmente de llegar a cierto grado de civilización, y todas estas subrazas y variedades, en un tiempo de esplendor y yendo a la ciudad, producen hombres más o menos eminentes. Los corsos, por ejemplo, no se han distinguido mucho en nada, y, sin embargo, han producido los Bonapartes.

—Vuelves a divagar, Joshé.

—Esto del sentido artístico del vasco es hoy un dogma provinciano, en el que se cree como en la ciencia del padre jesuíta fulano o mengano. Son las ilusiones de todas las pequeñas comarcas.

—¿Qué daño hacen?

—Alguno, porque impiden ver las cosas claras y

eso tiene su importancia... Naturalmente, el vasco no puede ser un artista de tradición, porque no es ciudadano de tradición. Es un hombre rural que va a las cosas con fuerza, con intensidad. Lo que gana en intensidad, lo pierde en extensión. Al ciudadano le pasa lo contrario: gana en extensión y pierde en intensidad. Veo que te aburres. Pues, como te decía, se me metió en la cabeza la idea de mis condiciones artísticas, y como allí nuestra burguesía cree como en un dogma que todo se aprende en París, me dije: Bueno; me voy a París. Mi situación era favorable. Podía ser independiente, porque mi hermana se había casado bastante bien, y mi madre iba a vivir con ella. Así que no necesitaban para nada de mí. Vine a París y formé parte de una de esas colonias de pintores que hay aquí. Quise aprender a dibujar, pero me dijeron: No aprendas a dibujar. Cuanto menos dibujes, es mejor. Pensé ir a los museos; pero un paisano, algo cubista, me dijo: Un pintor moderno en un museo no puede aprender nada. Lo único que me parecía bien es que no teníamos ningún entusiasmo por el arte griego. Era una época aquella muy necia, de gran pedantería. Se creía que una revista de París, *El Mercurio de Francia,* era algo como el Decálogo o las Tablas de la Ley, y había en ese periódico un Remy de Gourmont que decía una serie de vulgaridades solemnes, con un aire de mago que está en el secreto de todo, verdaderamente ridículo. Entre nosotros, los pintores, parecía que formábamos parte de un ejército. Había la izquierda, la derecha, la vanguardia... Todas aquellas majaderías, al principio, las tomaba muy en serio. Estos pintores creían que con sus tubos de color y su aceite de linaza estaban haciendo algo tan complicado y tan científico como Newton o como Einstein. Era el arte nuevo. Yo también lo creía, sin pensar que de cosa tan vieja

y tan ensayada como el arte es difícil que salga algo nuevo. Es como encontrar una manera nueva de montar a caballo o de pelar manzanas. Pero ¿qué se le va a hacer? Hay que vivir de ilusiones.

—¿Y te cansaste de los pintores?

—Los pintores—añadió Larrañaga con aire agresivo—serían los menos inteligentes de los artistas si no existieran los escultores, los músicos y los cómicos, que son la quintaesencia de lo cerril. La mayoría de ellos son unos patanes llenos de suficiencia. Nada tan aburrido como un artista. Es más ameno hablar con la portera o con un tendero de comestibles. El pintor y el bohemio, como tipos amenos, ingeniosos y espirituales, son falsificaciones de nuestra época. En general, son el amaneramiento, la pesadez y el lugar común. Los literatos y los críticos de arte, que son un producto híbrico como la mula, han trastornado un poco a los pintores, haciéndoles creer que lo que hacen es muy trascendental. Siempre es más fácil elogiar al pintor, cuya obra comprende cualquiera, que no al filósofo o al científico, cuya obra se comprende difícilmente. Es también para un escritor un poco pedante más grato elogiar al pintor que a un compañero, y además dirigirlo por la verdadera senda, que, en general, es algo que tiene un apodo que acaba en ismo.

—¿De modo que también hay cuquería en esa gente?

—Uf, mucha. Hay grandes mixtificaciones en esas cuestiones de arte. Y aún... Si todas esas manifestaciones artísticas como el cubismo fueran sinceras y de buena fe, serían muy curiosas como monstruosidades pero no lo son: son falsificaciones de gente cuca que cuenta con la estupidez del medio ambiente.

—No creí que tuvieras tan mala idea del arte y de los artistas. Creía lo contrario.

—Yo no digo que las artes y los artistas no tengan su importancia. El artista tiene su esfera de acción; una esfera de acción próxima al artesano y al artífice, y en ella está bien; pero pensar, como ha pensado el siglo XIX, que un pintor o un escullitor es como un filósofo o como un científico, es una necedad.

—¿Pero hay alguien que lo cree?

—Sí; el buen burgués, cuando se siente esteta.

—Dejemos eso, Joshé; no me divierte.

—Dejémoslo, puesto que no interesa, querida prima. Después de pasar cerca de un año en París, volví a Bilbao, y entre los conocidos corrió la voz de que no se me podía coger ni con pinzas de puro sucio. Tampoco era verdad. Iría mal vestido, hecho un arlote, como dicen allí, pero no hecho un pordiosero. Me preguntaron si iba a poner estudio y dije que no, que creía que no tenía condiciones de pintor. Esto que yo supuse que se tomaría como modestía, lo tomaron como afectación y extravagancia. Es curioso que entre nosotros, quizá como en todas partes, en donde nadie es capaz de hacer nada por nadie, todo el mundo se cree con derecho a reprochar algo en la conducta ajena y a reclamar. ¿Por qué no hizo usted esto? ¿Por qué dejó usted de hacer lo otro? Es cómico. Abandonamos a la gente a su suerte, y luego consideramos que tenemos algún derecho a su éxito si ha salido bien y a reprocharle si ha salido mal.

—¿Pero tú piensas que el hombre en montón es peor que uno a uno?

—¡Ah! Claro que sí.

—No lo creo. ¿Así que para ti es como una suma mal hecha?

—Sí. Una suma de cantidades hetereogéneas que unas se destruyen a otras. Conocí en Bilbao a algunos pintores. Se me hizo antipática la práctica de la pintura al notar que para los bilbaínos ricos no era más

que un motivo de ostentación y de lujo. Estas gentes, que no compran un libro, adquieren un cuadro porque les sirve para decir: Me ha costado tanto. Para ellos no hay más artes que la pintura y la música. Algo que sea ostentación y, al mismo tiempo, no haga pensar.

—A mí no me parece eso nada raro.

—A mí tampoco, dada la natural estupidez de nuestra burguesía. Pero, en fin, no me produce entusiasmo. La afición a la pintura y a la música es el puente de los asnos de todos los advenedizos de nuestro tiempo. Es el pasto más perfecto del snobismo.

—¿Crees tú?

—Sí. Yo he visto a mucha gente admirarse ante un bodegón negro, pintado con betún, y les he oído decir al mismo tiempo, con seguridad, que el poeta Bécquer era un cursi, empleando esta palabra antipática, que demuestra la malignidad de la burguesía.

—¿Y te indignabas?

—Antes tenía la candidez de indignarme por esas cosas. Me parece que Bécquer quizá sea el único poeta lírico moderno que hemos tenido en España... pero, en fin, dejemos esto.

—Sí; dejémoslo.

—Por entonces, mi cuñado me encontró un destino en un Banco para la correspondencia. Sabía bastante bien francés e inglés y me decidí a cumpir mis obligaciones con exactitud. Por esta época empecé a comprar libros y a leer. No tenía amor a la vida espectacular. No me gustaba ni el cielo azul, ni las multitudes sudorosas, ni la lucha encarnizada y terrible, ni los deportes violentos, los toros o el *fútbol*. Esa luz fuerte del sol ha sido para mí siempre muy triste; el sol me parecía retórica, una pedantería más, una mala broma que hace sudar. Quería un mundo visto

a través de un cristal esmerilado, una casa tranquila y sin ruido.

—Querías una vida de gato viejo.

—Sí. Quizá mi ideal era ese. Pocos gritos, ninguna tragedia, la casa segura, el perro vigilante y bien atado. Nada de alarmas, de locuras, ni de fantasías. Nada de dramas familiares, ni de pasiones, ni de problemas, ni de escándalos, ni de lloros, ni de sermones, ni de envidias, ni de lamentos. Un horizonte suave, gris; ese era mi ideal.

—El ideal de una piedra.

—La nirvana... ¿Qué quieres? Me sentía un poco budista. Por entonces, todas mis aventuras fueron librescas; estuve algún tiempo envenenado con el lirismo humanitario y palabrero de Michelet...

—No sé quién es.

—Un historiador francés. Tuve también mis entusiasmos por esas mixtificaciones supernaturalistas de Maeterlinck y de otros industriales del misterio. Lo que me incomodaba, entonces, era el deseo de la gente de alrededor de intervenir en mi vida, de excitarme, de mortificarme. Yo no sé si, naturalmente, era bueno o malo.

—Pero nadie puede ser sólo bueno o sólo malo.

—Sí, tienes razón; lo desagradable es que el prójimo siempre le impele a uno hacia los malos sentimientos, al rencor, a la envidia.

—¡Qué idea más negra de los demás!

—¡Qué quieres! Yo creo que es exacta. Cuando ando mucho con la gente y voy a cafés o a tertulias, me siento agrio y mordaz, y, en cambio, cuando estoy solo, no me pasa esto. Yo me figuro que soy indiferente, tibio, con algo bueno y algo malo, y la gente me inocula sus malos virus, una especie de hidrofobia. Así es que, con el comercio humano, salgo perdiendo espiritualmente, y prácticamente también, por-

que la mayoría se zafa de sus palabras y de sus compromisos, y yo soy bastante cándido para respetar siempre el compromiso aceptado y cumplir estrictamente la palabra dada. De esta manera, como digo, salgo siempre perdiendo. A eso dicen algunos, sobre todo en España, que hay que madrugar, que hay que ponerse a tono. Yo, eso no lo puedo hacer. Me parece despreciable. Por eso me gusta la vida solitaria.

—Siento mucho verte tan pesimista.

—Mi experiencia me ha dado una idea mala de la gente. Me ha hecho ver que no hay justicia en nuestra sociedad, ni una justicia de aire cristiano, ni siquiera una justicia que se pudiera llamar biológica. En la lucha por la vida no triunfa ni el bueno ni el fuerte, sino el cuco, que es el más apto en la sociedad, naturalmente, arreglada y preparada por los cucos y para los cucos. La gran virtud social es la acomodación, la adaptación. Mucha gente que en lucha franca por el dinero, por la mujer o por el puesto, vencería, en la lucha social queda vencido, porque no sabe adaptarse, no conoce las triquiñuelas ni coge la corriente a su tiempo. Nos dicen en la juventud: El trabajo es lo principal. Todo se consigue con el trabajo. Luego, cuando empieza uno a querer ganarse la vida, ve uno con sorpresa que todos los sitios están tomados y que con cualquier cosa se prospera más que con el trabajo. Aun dentro del trabajar, el ocuparse en tonterías es más productivo que el hacerlo en cosas serias. Un hombre que sabe bailar o jugar al billar, a las cartas, montar a caballo o hacer fotografías, se gana mejor la vida que un sabio. Este joven médico, que era hombre listo, aficionado a su profesión, va a un pueblo con la idea de estar un par de años, y se casa; se queda allí, se va haciendo vulgar, no estudia y acaba por no ser nada. En cambio, este otro, mediocre y vividor, empieza a ser ayudante de un mé-

dico famoso y llega a ser, o al menos a parecer, que para la sociedad es lo mismo, una eminencia. Y le ocurre lo mismo al ingeniero, al arquitecto y al periodista. El uno ha progresado por su matrimonio; el otro, por sus amistades o por una gran recomendación. Con el trabajo no se va a ningún lado. Está uno en la fila esperando entrar en el teatro, y resulta que por otra puerta se ha ido colando gente avisada, y cuando asoma uno la cabeza por el patio de butacas, ya está todo ocupado. Así que hay como dos reglamentos para la vida. Una pragmática general y una mónita secreta. La pragmática general es para los tontos, para los cándidos, y en ella se habla de los beneficios del trabajo, de la aplicación, de la laboriosidad, y demás, y la mónita secreta es para los listos, para los enterados: los buenos matrimonios, las amistades, las influencias, etc., etc. Luego en una época como la nuestra, en que se desconfía tanto del talento, como de la estupidez de las gentes, cuando a una persona nula se le ve ocupar una posición alta, la gente acaba por decirse: Algo tiene este hombre cuando sube. El éxito lo legitima todo.

—¿Allí sólo?

—No; en todas partes.

—Siquiera... que no sea sólo lo nuestro lo malo.

—En Bilbao siempre había alguno que tenía que contarme que otro había dicho que yo era un presuntuoso, un ignorante o un simple. Es el rebaño que no puede aceptar que nadie vaya solo por su camino. Nunca he sido hombre orgulloso; más bien he sido un hombre humilde, poco solemne y sin energía. No tenía aspecto, no tenía arrogancia. Los grandes gestos me maravillaban y sólo a fuerza de desconfianza y de replegarme sobre mí mismo, me entraba la sospecha de que podría encontrarme ante un histrión. Por entonces tenía un amigo que quizá hayas oído ha-

blar de él, a quien en mi casa se le consideraba como un Mefistófeles. Era un tal Basozabal.

—No he oído hablar nunca de él.

—Este Basozabal era un tipo de esos raros, desquiciado, con algo genial, con algunas condiciones brillantes, que más que realzarse unas a otras, servían por oposición para anularse. Basozabal era hombre inquieto, anarquista, desesperado, inadaptado a todo. Hizo la tontería de casarse no teniendo ninguna condición para la vida reposada y tranquila. Se casó con una muchacha pobre, tuvo un hijo y poco después abandonó a los dos. Por cierto que el hijo de Basozabal me ha dado después algo que hacer. Basozabal tenía odio a la familia, al país, y hablaba siempre con amargura y con rabia.

—¿Qué ganas tenías de ser amigo de un hombre así?

—¿Qué quieres?, a mí me atraía. El era como la amplificación de la parte de energúmeno, de fauno salvaje que yo llevaba dentro. Con Basozabal me hice amigo de algunos agitadores mineros, la mayoría unos vanidosos y los otros cucos. En una intentona de huelga general, Basozabal se comprometió a cortar los alambres del telégrafo y del teléfono que comunican Bilbao con Madrid, y cuando iba a hacerlo lo prendieron. Estuvo unas semanas en la cárcel, y al salir tuvo que marcharse a América. Pasó allí tres o cuatro años y volvió deshecho y tuberculoso. Había intentado todo. Sin perseverancia, sin fuerza, naturalmente, todo le salió mal. Como la mayoría de los hombres vencidos, buscó al último su consuelo en el alcohol, y vivía bebiendo, hasta que un día le dió un vómito de sangre en la calle, lo llevaron a su casa y se murió. A pesar de este ejemplo en cabeza ajena, yo no gané en suspicacia.

—¿Seguías siendo confiado?

—Sí. No sabía defenderme. Una historia falsa y graciosa, un gesto de fantasía y de soberbia me asombraban y me llenaban de admiración. La curiosidad por el tipo raro e irregular, era otro de mis defectos. El bohemio, el hombre sin clase, el aventurero me atraían. No veía tras ellos el histrión que siempre llevan dentro. Fraternizaba también con demasiada facilidad con la gente de la calle. Me era difícil considerarme superior al obrero o a la criada, y, naturalmente, les hablaba de igual a igual. Esa eterna preocupación de la clase, tan exclusiva en los pueblos de comerciantes y de advenedizos, me disgustaba mucho y era uno de los motivos de mi poca simpatía por Bilbao. —No te gusta andar más que con gente de clase inferior—me decían mi madre y mi hermana—. En estos pueblos se aquilata el matiz de la clase social de una manera terrible. He oído decir a una sevillana que había nada menos que nueve clases sociales en Sevilla, creo que sin comprender a los gitanos, y efectivamente señalaba los caracteres que diferenciaban estos distintos estratos sociales. Quizá fuera esto una consecuencia de la tendencia a la amplificación de las gentes del Mediodía, que hacía ver a la sevillana nueve clases donde una persona corriente no hubiera visto más que tres. Quizá fuera también consecuencia de la bambolla y de la vulgaridad de estos sevillanos que se las echan de distinguidos. Nunca he podido tener una idea fuerte de la categoría social, ni de los demás ni de la mía. No me ha cabido en la cabeza que nadie trabaje con gusto para quitarme a mí una molestia. Sin esta idea de categoría, yo me abandonaba, empezaba a vestir de cualquier manera. Me parecía absurdo gastar gran cantidad de dinero en comprar trajes, botas, sombreros, etc. Para mí todos los gabanes y todos los sombreros eran buenos, con lo que desesperaba a mi pobre madre.

—Lo comprendo.

—Eso de presumir, a mí nunca me ha entusiasmado. Vestir bien, para que me vea el zapatero o el portero de la esquina, me parecía y me sigue pareciendo un poco ridículo.

—Se viste uno también para sí mismo.

—¿Qué quieres?, yo no tengo ese sentimiento. Hay gente que en el fondo se lamenta de que no se gasta la toga romana. Otros tienen la aspiración al uniforme. A mí las ceremonias y el uniforme siempre me han producido una gran risa interior.

—Porque eres un loco.

—Mis amigos eran algo por el estilo, o ingenuos como yo, o algunos granujas, seudo artistas, que nos engañaban. Los engaños no conseguían darme la suspicacia necesaria. No es que me faltara malicia, es que no encontraba ocasión de emplearla. Con facilidad me hubiera hecho entonces bebedor de cerveza o de vino; pero el caso de Basozabal y el de otro amigo que se alcoholizó rápidamente y murió de albuminuria de una manera horrible, me produjo miedo. Yo vivía en pleno aislamiento, con la sensación continua de soledad y de tedio, tan pronto creyéndome una excepción en lo bueno como en lo malo. Indudablemente, pensaba, tengo algo podrido en el alma. Mis instintos fermentan como un terreno muy abonado con fiemo. Pero, ¿para qué estas fermentaciones, si no soy capaz de hacer nada? Yo hubiese dado cualquier cosa en mi vida por tener resignación; pero eso no se adquiere, se tiene o no se tiene, como el azúcar en la diabetes. A falta de resignación, me hubiera contentado con unos intervalos de estupidez tranquila. Durante muchas temporadas de la vida, el entrar en un período de franca estupidez, sería mucho más práctico y más agradable que entrar en una época de lucidez y de inteligencia. Siente uno la falta de inteli-

gencia en los negocios algunas veces, no muchas. En cambio, ¡cuántas veces echa uno de menos un buen período de incomprensión y de estupidez! Se cuenta que una empresa de cinematógrafo tuvo durante algún tiempo de director para sus películas a un idiota, y gracias a él alcanzó un gran éxito, que no se repitió, porque los demás fueron fracasos. El pueblo es, indudablemente, muchas veces idiota; pero no se sabe fijamente cuándo.

—Divagas, Joshé, divagas.

—Es verdad. Unas veces me decía: unos son de diamante, otros de caoba o de ébano, yo soy de esas maderas, como el chopo o el sauco, que se pudren en seguida...

—Vuelves a divagar. No contestas siempre acorde y claramente a lo que se te dice.

—¡Qué quieres! Soy un pueblo viejo y tortuoso. No soy una ciudad moderna en que todas las calles son rectas y tiradas a cordel.

—Bueno. Sigue, pueblo tortuoso.

—Por entonces estuve dos o tres años en Madrid y volví desalentado. En ese estado de desaliento, un verano, me dice mi hermana que tengo que ir a Deva, que su marido y ella tienen una casa con las paredes cubiertas de pinturas isabelinas, bastante bonitas, pero muy descascarilladas, y que yo tengo que ir a arreglarlas. Les dije que no, que a mí los pueblos de baños me fastidiaban horriblemente. Les expliqué que había dos teorías higiénicas: la de los ozonistas y la de los argonistas. Los ozonistas defienden los montes la altura, los argonistas defienden la proximidad del mar.

—No entiendo adónde quieres ir a parar, Joshé.

—No hay que tener prisa. El ozono es una especie de oxígeno más activo que el oxígeno, y que se cree que existe en el aire de las montañas unido a la radio-

actividad; el argón parece que es otro gas que se halla principalmente en las costas. Yo le dije a mi cuñado y a mi hermana que si para lo social era partidario del argón, porque indudablemente a orillas del mar, y en las llanuras bajas, la gente encuentra más comida y, por lo tanto, es más fuerte, para lo individual era ozonista y partidario del monte. A pesar de mis explicaciones, tuve que ir a Deva. Voy, y allí estabas tú, con todo el esplendor de los quince o diez y seis años, y te veo en la playa y en la Alameda. Yo no comprendo por qué las muchachas bonitas, ricas, que pueden hacer lo que les dá la gana, han de adoptar una actitud desdeñosa y despreciativa con la gente Me parece una estupidez, pero quizá hay alguna razón misteriosa que yo no alcance a comprender. El caso es que te vi desde lejos, que tú estuviste primero desdeñosa conmigo, que luego te hablé en casa de mi hermana, donde te encontré más amable, y... que en resumen me enamoré de ti.

—¿Fué de verdad?

—¡Y tan de verdad! Tuve la sensación del hombre que vive en un cuartucho húmedo y oscuro, y de repente viene un día de viento Sur y empieza todo a iluminarse, a incendiarse y a crujir las maderas. La sensación de soledad y de tedio, que había sido la característica de toda mi vida, desapareció por completo... Se acaba el verano, vuelves tú a Bilbao y empieza mi inquietud. Yo no me atrevía a ir a tu casa.

—Y yo pensaba: ¿Ese tonto por qué no vendrá?

—Un día te escribo una carta absurda y te la envío.

—Yo la recibí y no me pareció nada absurda.

—Ocho días después me llama tu padre a su despacho, y me dice muy secamente que en Bilbao no estoy haciendo nada, que necesita un agente en Londres y me pregunta si yo podría ir. —¿Tú puedes

ir? —Sí; por qué no. —¿No tienes inconveniente ninguno? —Ninguno. —Entonces prepárate; si quieres, por París; si quieres, directamente desde aquí en barco.

—Yo creo que si le dices a mi padre que no quieres ir porque estás enamorado de su hija, mi padre al principio chilla, pero a lo último se pone de tu parte.

—¿Crees tú?

—Sí.

—No me pareció nada probable esa eventualidad. Si la hubiera creído probable, ¡quién sabe lo que hubiera hecho! Yo, como te digo, le contesté que no tenía inconveniente en marcharme. Voy a Londres y estoy dos años; poco antes de la guerra me dicen que me traslade a Hamburgo, donde paso unos meses, y al comenzar la guerra, que me establezca en Rotterdam, y allí estoy ya hace ocho años.

—¿No me has guardado rencor?

—No, ¿por qué? Tú no tenías la culpa. Es el Destino, ¡qué se va a hacer! Quizá es la Naturaleza, que no quiere que fructifiquen los hombres poco activos. En Londres, naturalmente, la sensación de soledad y de tedio volvió, agravada por la melancolía. Entonces ya pensé que, por una cosa o por otra, mi vida ya no tenía remedio y que habría que ir pasándola malamente entre el fastidio y la tristeza.

Pepita contempló atentamente a José, que miraba con indiferencia el suelo.

—Todavía no debes desesperar.

—Mi vida ya tiene su etiqueta. En la etiqueta dice: Se acabó.

—No, ¿por qué?

—¿Qué se le va a hacer, si es así? Eso de ilusionar al prójimo es lo que más se ambiciona. Se quiere tener prestigio entre los demás, entre las mujeres o entre los amigos; pero las mujeres o los amigos no

piensan ni sienten como uno, y estiman en un hombre casi siempre lo que él no estima.

—Ya estás en pueblo tortuoso, divagando... No sé qué quieres decir.

—Digo que Don Quijote arrastra a Sancho, pero que cada uno lleva un ideal distinto.

—¿Y qué?

—Que hay que contentarse con eso, reunirse sin identificarse; no se puede exigir más.

—Naturalmente. Otra cosa sería pedir gollerías.

—Si uno no se puede apoyar en los demás, poca cosa se puede hacer.

—Hay que tener confianza en sí mismo, creo yo. ¿Si uno no la tiene, cómo la va a comunicar a los demás?

—Es verdad; tu marido la tiene y la ha tenido siempre. Desde el principio, ¡qué aire de importancia!, ¡qué convencimiento de que debía casarse con una mujer rica y guapa! ¡Qué fe en que estaba destinado a ser algo importante!

—Así hay que ser. En cambio, tú convenciste a todo le mundo de que no podías ser nunca nada más que un *chocholo,* como dice mi padre.

—Es verdad; mi *chocholismo* me ha perdido.

VI

Los holandeses van en sus bicicletas los domingos a pasar el día en el campo. Los Municipios, maternales con los ciclistas, les hacen una pista especial, asfaltada, reservada, al lado de la carretera común.

Los ciclistas marchan en grandes caravanas al borde de los canales, por el campo verde de colza, por entre los cuadrados de tulipanes rojos y de jacintos blancos; en medio del paisaje en que se destacan los molinos de viento.

Van los hombres con sus mujeres y con sus niños, van las muchachas con sus novios, y hasta las señoras mayores y los señores de barba blanca. La bicicleta entre ellos es casi una institución. Como en Venecia la góndola y en la Edad Media la hacanea y en el siglo XVIII la litera, la bicicleta en Holanda es el vehículo del amor.

—El ario es aficionado a montar en bicicleta—ha dicho solemnemente no sé si Ammon o Vacher de Lapouge—. El amor por la bicicleta es el síntoma más importante del arianismo. Los anti-ciclistas no somos arios —ha afirmado Joe alegremente.

LOS AMORES DE JOSÉ

—¿Quieres que vayamos a la estación?—dijo Pepita.

—Bueno, vamos. Aunque todavía es temprano; pero lo mismo da estar allá que en otra parte.

Entraron en la estación.

—¿No habrá algún sitio cómodo por aquí?

—Sí, debe haber una sala de espera.

—Vamos allá.

Cruzaron la ancha nave y se asomaron a un salón con unas cuantas butacas.

—Mira, no hay nadie.

—¿Nos sentaremos un rato?

—Bueno. Oye, Joshé.

—¿Qué?

—No me has contado tus amores.

—Los amores de un marino ya te supondrás lo que son. Una cosa brutal, fea, sin interés ninguno.

—¿Y ahí en el extranjero no has tenido amores?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo esa curiosidad.

—Quieres reírte de mí.

—No; puedes tener la seguridad de que si me cuentas algo no se lo diré a nadie, ni siquiera a mi hermana.

—Pues sí, he tenido alguna inclinación romántica.

—¿Nada más que romántica?

—Veo que no te interesa lo romántico.

—Poco.

—Sí; también tuve unos amores ahí en Rotterdam.

—¿Con una señorita?

—Señorita hasta cierto punto; no de clase acomodada: una empleada en una oficina.

—¿Era bonita?

—Sí. Fresca, sonrosada, rubia, con los ojos claros, la nariz un poco gruesa, la cara un poco cuadrada, de pómulos algo salientes.

—¿El cuerpo?

—Bien hecho.

—¿Y son ariscas o amables esas flamencas?

—Yo creo que habrá de todo como en botica. La fama les pinta excesivamente amables. En una antigua novela picaresca alemana, *Till Ulenspiegel,* se dice de ellas algunas cosas subversivas; pero no hay que hacer demasiado caso de esas famas. Siempre hay esa malicia ridícula de reprochar a las mujeres el ser hembras. No parece sino que en algunas partes del planeta los hombres se reproducen como las lombrices, por fisiparidad.

—¿Era de Rotterdam esa chica?

—No; era de Arnhem.

—¿Cómo se llamaba?

—Margarita. Pero todos los amigos la llamábamos Margot.

—Me figuro que la estoy viendo.

—La conocí un domingo en Scheveningen. Yo llevaba entonces cuatro o cinco meses en Rotterdam. Era al principio de la guerra. Margot iba en bicicleta y estuvo a punto de atropellarme; pero yo tenía la culpa y le pedí mil perdones. Ella se rió y comenzamos a hablar. Yo no sabía holandés, pero ella sabía inglés y nos entendimos. Ella iba con una amiga y las convidé a cenar en un restaurante de La Haya y volvimos luego en tren a Rotterdam.

—¿Así el primer día a cenar juntos?

—Sí; pero esto en esos países no quiere decir gran cosa. Nos citamos para el domingo siguiente. Ahí en

Holanda todo el mundo tiene un gran entusiasmo por la bicicleta, y Margot me dijo que si quería galantearla tenía que acompañarla en bicicleta. A mí este aparato siempre me ha sido un poco antipático. Le admiro como invención, pero nada más. Indudablemente, no es uno un ario. No hubo más remedio; tuve que ejercitarme, y comenzó entre ella y yo un idilio...

—Un idilio en bicicleta.

—Eso es, completamente indogermánico. Fuimos a los pueblos de al lado, a Delft, a Leyden, a Harlem, con otros jóvenes y otras muchachas, siempre en bicicleta. En mis amores, como en mi aparato, me encontraba un poco inseguro. Sin duda, era la sangre mía poco aria. Cuando acompañaba a Margot a la oficina suya, que estaba al otro lado del río, ibamos por el puente grande sobre el Mosa, en una de las filas por la derecha, entre camiones, automóviles y bicicletas. Muchas veces yo me preguntaba: ¿No será esto un disparate? Al volver poco después solo, pasaba el rápido de París sobre el próximo puente de hierro con un ruido ensordecedor, y me volvía a preguntar si aquellos amores no serían una tontería.

—¿Desconfiabas de la chica?

—Pensaba que quizá no nos entenderíamos bien. Las tardes de los sábados en que hacía buen tiempo ibamos a pasear al Parque Laan, que estaba cerca de su casa, y al Jardín Botánico.

—¿Era inteligente?

—En ciertas cosas prácticas, sí. Aquella frase de la chula de *La Verbena de la Paloma,* que cuando le preguntaban adónde va con mantón de Manila, contesta: "A lucirme y a ver la verbena y a meterme en la cama después", a Margot le hubiera parecido ridícula. Ella iba a una kermesse a comer, a beber, a bailar, a reirse... Era sensual, pero no era presumida, ni

se creía una belleza. No se pintaba ni pasaba el tiempo delante del espejo. Tampoco le gustaba hablar, le parecía aburrido. A ella le gustaba moverse, andar en bicicleta, tomar el tren, merendar, beber, cantar, andar entre hombres...

—Mal tipo para entenderse contigo.

—Sí. ¡Indudablemente, muy opuesta a mí! Yo le preguntaba: —¿Ha tenido usted amores? —¿Quién no ha tenido amores?—contestaba ella riendo—. Usted también los habrá tenido. Eso no importa, si nos entendemos—. El caso fué que en una de estas excursiones no volvimos a Rotterdam hasta las dos de la mañana, y fuimos a un hotel... al degolladero.

—La *degringolade,* que dirían aquí.

—Al principio pensé que había hecho una gran conquista; pero luego fuí comprendiendo que quizá iba a ser yo el conquistado. Me decidí a obrar honestamente, y a los pocos días hablé a Margot de que estaba dispuesto a casarme. —Muy bien—dijo ella—. Yo me figuraba que ella querría cambiar de vida; pero, ¡cá! Llegó un domingo, y después otro, y fuimos en caravana como antes; ella cantando, riendo, con unos y con otros, y luego nos retrasábamos los dos. A mí me parece muy bien que las mujeres no tengan miedo a los hombres; pero esto no me parecía del todo bien. Yo pensaba: Puesto que me quiero casar con ella, ella debía tener un poco de moderación; pero no había tal: se reía con unos y otros, y a veces vi que la besaban. Yo me dominaba para no parecer celoso, y no tenía inconveniente en convidar a cenar a algunos de sus amigos, aunque a veces me molestaba oirles hablar en holandés, que yo apenas comprendía, sin hacer caso ninguno de que yo estaba delante.

—Tú pensabas como español.

—Claro. Hay mucha gente romántica que quiere

creer que la moral tiene una brújula que marca invariablemente el Norte. Es una ilusión. Yo no digo que la moral sea un producto como el azúcar o el vitriolo, pero sí que es algo como el clima o como la opinión pública. Un producto de muchas cosas mal conocidas. La moral no tiene principios fijos. Es más bien una creación de cada pueblo. Nosotros, los españoles, tenemos la moral de los pueblos secos, áridos, y éstos, holandeses, belgas y alemanes, tienen la moral de los pueblos de comercio, húmedos y fértiles. Ellos no sienten tanto como nosotros las heridas del amor propio, ni tienen tanta sensibilidad en lo que se refiere al honor sexual. En cambio, son más sensibles a la opinión burguesa y a lo que se relaciona con la honradez pública, comercial, social y con el dinero. Son, en general, más honrados, y, sobre todo, no hay el hombre con alma de chulo que es corriente en el Mediodía. El meridional tiene con frecuencia alma de camarera o de cupletista. La gente del Norte es, sin duda, más torpe; pero más leal... Y aquí me tenías a mí en pugna con muchas ideas que había defendido como buenas, porque debajo de mi apariencia de buen burgués europeo y culto, aparecía el español quijotesco. Yo no podía soportar que una mujer que era mi futura anduviese retozando con unos y con otros.

—Es natural. Bastante hacías con no estar celoso e inquieto del pasado.

—Cierto. No quería insistir en el pasado, porque como español pensaba que si encontraba algo oscuro para mí, sería esto irremediable e irredimible. ¿Cómo fundar una familia sobre una mancha? Mancha o lo que sea.

—Es lógico.

—Así creía yo también, pero quizá estaba equivocado. Empecé con advertencias a Margot; primero, tímidas; luego, claras. —Cuando nos casemos cam-

biaré de vida—decía ella—. Ahora, que podemos, vamos a divertirnos. —No, no; ha de ser antes—replicaba yo. —Antes, no—repuso ella decididamente. La verdad era que no nos entendíamos. Ella era una mezcla de sensualidad, de bondad, de avaricia, de sentimentalismo, que a mí me chocaba y me parecía un poco bárbara. Probablemente, a ella la mezcla mía le parecía absurda y quizá decadente. Seguimos así, yendo a un lado y a otro, parando en los hoteles y en las fondas, riñendo y reconciliándonos a cada paso.

—¿No os entendíais?

—No. No estábamos de acuerdo en nada. A ella le gustaban los hombres fuertes, grandes, sensuales y alegres. A veces reía con unas carcajadas estrepitosas. Entonces la admiraba. Yo le debía parecer mezquino y triste. Yo me preguntaba: ¿Querré o no querré a esta mujer? En ocasiones, al mirarla, se me ocurría pensar: Esta mujer cuando se ponga gorda, me va a resultar muy desagradable; luego ¡engullía! como un ogro. Dos o tres horas después de haber cenado comía salchichas, pasteles, jamón, pedazos enormes de tocino, albóndigas llenas de grasa, ensalada, y todo en el mismo plato.

—¿Y esto te molestaba tanto?

—Sí; me producía molestia y disgusto. Al último, reñimos agriamente, definitivamente. ¡Ah!, ¿no se quiere usted casar conmigo?—me dijo—. Muy bien, me tendrá usted que indemnizar. Me ha dado usted palabra de casamiento—. A muchas de sus amigas les había pasado el mismo percance, porque se habían engañado y no habían encontrado el hombre que esperaban. Según dijo, valía más que así fuera antes de casarse. Desde aquel momento Margot cambió de manera de ser conmigo. Se acabaron las risas y las canciones. Ya era el acreedor que exige el pago de una deuda tranquilamente y con frialdad. Unos días des-

pués se presentó en mi casa un joven alto, grueso, serio, rubio, que dijo era primo de Margot. Se llamaba Cornelius y tenía un apellido terminado en burg: Clonenburg, Clopenburg, una cosa así. El joven vino echándoselas de hombre puro. Me pareció un poco hipócrita. Habló de mi palabra de casamiento a Margot y de la reparación que la debía. La pobre muchacha tenía que ganarse la vida difícilmente. Yo la había seducido. A esto protesté y le dije que ella había insinuado que antes había tenido un amante. —¿Amante o novio? —Yo entendí que amante. —No lo creo. —Pues yo así lo he entendido. —No es cierto. En fin, usted obre como le parezca—me dijo—; pero creo que es preferible para usted no ir a los Tribunales, que seguramente le darán la razón a ella y a usted le condenarán. Aquí, en general, en esta clase de procesos, fallan a favor de la mujer, y más tratándose de un extranjero. —No, si yo no me opongo a la reparación—le contesté—. —Bueno; entonces en principio estamos de acuerdo. Yo hablaré con Margot y veré lo que pide y se lo diré a usted. Unos días después volvió el señor Cornelius y me pidió de parte de Margot tres mil florines.

—¿Que son?...—preguntó Pepita.

—Unas siete a ocho mil pesetas. Yo le dije al señor Cornelius que no tenía reunidos los tres mil florines, y él me contestó que podía pagarlos a plazos en un año, para lo cual firmaría unos pagarés. En vista del giro que tomaba el asunto, fuí a ver a un abogado, el que me aconsejó lo que debía hacer. Como el pago de la indemnización reducía mucho mi presupuesto, para llenar la vida con algo, me suscribí a un gabinete de lectura y me dediqué a leer. Me he hecho así casi un erudito, todo lo erudito que se puede ser sin tener grandes principios de cultura, sin saber idiomas antiguos y sin procedimientos de escuela.

—¿Y nada de viajes en bicicleta?

—Nada. Oficina y paseo y a leer.

—¿Y Margot?

—Margot se casó con el joven Cornelius, que yo sospecho si sería su primer amante. Creo que el matrimonio tiene una casa de comisión y que marchan muy bien con sus negocios. Les he visto dos o tres veces, y nos hemos saludado muy ceremoniosamente. Nada de ironía, de resentimiento o de burla. Yo me sentía más avergonzado que ellos.

—Avergonzado, ¿por qué?

—¡Qué se yo! ¡Ese papel de seductor, o de supuesto seductor, me parece tan estúpido, a pesar de lo que cree la gente!...

—¿Y esas han sido todas tus calaveradas?

—Esas.

* * *

—¿Qué hora tenemos?—preguntó Pepita.

—Falta todavía media hora para que llegue el tren. Podemos seguir hablando.

—¡Qué vida la de una estación de tren más rara! —dijo Pepita—. Aquí no hay día ni noche.

—¡Ah!, claro. Esto es como un pequeño pueblo siempre despierto. Una isla en medio de un torrente.

—¿Tú crees que se aprende algo en la vida, Joshé?

—Poco. Lo que sucede es que se confunde la debilidad y la desgana que traen los años, con el juicio y la sabiduría.

—¿Nada más?

—Para mí, nada-más. Aprender, para mucha gente, es sinónimo de tener mala opinión de los hombres. Cuando creen que han descubierto que no hay amistad sincera, ni amor, ni heroísmo, piensan que

saben. Y no hay tal. ¿Qué duda cabe que hay amor, amistad, heroísmo, caridad y hasta santidad?

—¿Crees tú?

—Naturalmente. Pero es lo excepcional. La inmensa mayoría de la gente es como el ganado, que tiene una fisiología basta; pero en medio de ese rebaño monótono hay a veces un gran espíritu.

—¿Así que para ti el hombre corriente, vulgar, que no es ni bueno ni malo, ni capaz de grandes cosas, es despreciable?

—¡Despreciable! ¿Por qué se le va a llamar despreciable? Es número, es montón. En las minas de Tal han muerto quinientos obreros. Eso no nos impide tomar el chocolate o el café con leche. En la Cochinchina un temblor de tierra ha hecho desaparecer catorce aldeas. Se va al teatro lo mismo.

—No debes vivir muy contento cuando tienes esas ideas.

—¡Pse! Así, así.

—Tu vida en Rotterdam será triste.

—Hay semanas enteras que no hablo con nadie. Entonces, la humedad, las nieblas, la soledad, se unen a mi artritismo y me van hundiendo en un estado de pesimismo y de tristeza. Si pudiera empeñar el resto de mi vida por un par de años amables y tranquilos lo haría con mucho gusto.

—¿Nada más que por dos años?

—Nada más. Hasta llegaría a aceptar uno solo.

—¿Tan poco valor das a la vida que te queda?

—Muy poco, chica, muy poco.

La conversación comenzó a languidecer. Pepita tenía prisa de ir a la llegada del tren.

Esperaron un momento y apareció Fernando, el marido de Pepita; muy elegante, con sus guantes puestos como si saliera de su casa. Abrazó y besó a Pepita y estrechó la mano de José.

Este sintió un movimiento de celos un poco absurdo al ver que Fernando abrazaba y besaba a su mujer. Le parecía que en la conversación que había tenido con Pepita se había acercado a ella, y que no ocupándose del marido para nada le había hecho desaparecer.

Fueron los tres al hotel y se sentaron en el vestíbulo.

Larrañaga examinó al marido de Pepita.

Fernando era guapo. Ya en el camino de los treinta a los cuarenta, estaba algo pesado. De cara correcta, moreno, sonriente, de bigote negro, con la dentadura blanca, tenía físico para hacer efecto en las damas. Era tipo para pasar en el Extranjero por un bello español.

Fernando habló muy en serio con su mujer, y tomó aire entre sonriente y campechano al dirigirse a Larrañaga, como si le considerara como un chiflado, como un chusco a quien no se le puede tomar muy en serio.

Entre los dos hombres, que se conocían poco, se desarrolló inmediatamente una vaga hostilidad.

—Es un bohemio, un estrafalario—pensó Fernando.

—Es hombre mediocre y satisfecho de sí mismo —pensó Larrañaga—. Mucho más tímido de lo que quiere aparentar. Gran fachada, gran presentación; pero nada más. Gracia, simpatía, ninguna.

—¿Así que tú no vienes con nosotros a Alemania? —preguntó Fernando.

—No. Al padre de Pepita le parecería mal. Además, no os serviría de nada, porque no sé alemán.

—Yo, tampoco. ¿Tú has estado en Alemania?

—Sí; pero cuando yo estuve se encontraba aquello muy revuelto.

—¿Es de verdad un país tan romántico como dicen?

—¡Qué imbecilidad!—pensó Larrañaga—. Este supondrá que el romanticismo se puede comprobar con algún aparato—y añadió—: Es la fama que ha tenido siempre ese país.

—Bueno; vamos a acostarnos—dijo Fernando.

—¿Así que tú te vas mañana, Joshé?—preguntó Pepita.

—Sí; mañana por la mañana me voy a Rotterdam.

—Entonces, hasta la vuelta.

Se dieron la mano.

Al día siguiente, mientras José Larrañaga iba camino de Rotterdam, Soledad, Pepita y su marido marchaban a Berlín.

VII

En nuestra época de nacionalismo se ha desarrollado el orgullo étnico de manera tan absurda, que todo el mundo ha echado una mirada restrospectiva hacia sus antepasados, pensando que quizá de ellos y de su lejana influencia pudiera venir algo tranquilizador.

—Así, en una época destructora por excelencia—ha pensado Joe—, en la cual se han descompuesto y han cambiado la Geometría y la Física, y hasta las ideas clásicas sobre el Espacio y el Tiempo, podemos creer en serio en unos mitos tan vagos como la raza y la sangre. Verdad es que el hombre únicamente cree en serio en los mitos.

Preocupaciones.—*Fantasías de la época*

VUELTA A ROTTERDAM

Mientras Larrañaga marchaba en el tren, con la imagen de Pepita y Soledad grabada en sus ojos, iba pensando en los años pasados en Rotterdam.

Había supuesto durante algún tiempo que su estancia en aquella ciudad sería un paréntesis en su existencia, una época provisional y transitoria; pero lo provisional y transitorio se había convertido en duradero y ocupaba el lugar más importante en sus recuerdos.

* * *

Larrañaga no habló a Pepita; ella había dicho que no le interesaba lo romántico, de una amistad sentimental que ejerció mucha influencia en su vida.

Esta amistad arraigó con fuerza en su alma, y durante algunos años, por su pureza y por su tono, fué el polo opuesto de sus amores con Margot, la mecanógrafa.

Desde el comienzo de la guerra, Larrañaga vivía en Rotterdam. Al principio se hospedaba en un hotel próximo al río: el hotel del Puerto. Aquel hotel se hallaba en Wollemskade, cerca del edificio donde estaba instalado el escritorio de la Compañía Naviera Bilbaína, de la cual era representante Larrañaga. Tiempo después, éste dejó el hotel y fué a vivir a la misma casa, al tercer piso. El tercer piso pertenecía al hotel del Puerto mientras ocupaban el segundo las oficinas de una Compañía de Seguros.

Cuando las oficinas desalojaron aquellos cuartos, el hotel del Puerto los tomó y dejó los de arriba, y Larrañaga se estableció en el tercer piso.

A éste fué a vivir la mujer del encargado del hotel, madama Grebber.

Así, el tercer piso se convirtió en anejo del hotel del Puerto, y cuando se aglomeraban los viajeros se les enviaba arriba.

Huéspedes fijos de la señora Grebber eran Larrañaga y la profesora inglesa miss Ross.

Esta señora dió algunas lecciones de inglés a Larrañaga. La profesora había propuesto a su discípulo el que comieran juntos; pero él prefería tener libertad, y no aceptó, porque miss Ross, a fuerza de exactitud y de puntualidad, era un tanto pesada. Las habitaciones que la señora Grebber cedía a Larrañaga eras dos, grandes y cómodas; despacho y alcoba; el despacho muy bien amueblado, casi lujoso, con un piano, en el que algunas veces José tecleaba.

Larrañaga hacía con frecuencia que le subieran la comida del hotel, otras iba al restorán.

* * *

Larrañaga recordó en sueños la vida de los primeros meses en Rotterdam, sus excursiones por los alrededores y su curiosidad por las viejas ciudades holandesas próximas.

Larrañaga, que iba solo en el departamento y tendido en el diván, se despertó al llegar a la Aduana belga y tuvo que mostrar su pasaporte.

Echó de nuevo a andar el tren, y el viajero, entre sueños, volvió a pensar en su vida de Rotterdam.

A medida que el tren marchaba, iba hundiéndose en sus recuerdos.

* * *

En la época de la guerra, en Rotterdam, como en todas partes, existía la división de aliadófilos y de germanófilos.

En la Casa naviera de Bilbao, representada por José, los principales accionistas eran públicamente aliadófilos; pero algunos sentían secretas simpatías por los alemanes. ¿Por qué? Probablemente por mu-

chas causas. Algunas serias, confesables y hasta ideológicas; otras nimias, caprichosas y sin ningún valor.

Larrañaga era germanófilo. Había vivido largo tiempo en relación con los franceses y con los ingleses y sabía sus defectos. En cambio, no conocía a los alemanes, razón por la cual sentía simpatía por ellos; es decir, simpatizaba con lo desconocido, cosa lógica y humana. Además de esto, tenía un sexto o séptimo apellido alemán, y esto le inducía a veces a sentirse germánico.

Su posición de representante de una Compañía naviera neutral le daba importancia en el pueblo. El cónsul alemán y algunos agentes alemanes se dirigieron a él pidiéndole pequeños favores. Larrañaga los concedió; pero siempre, fríamente, sin efusión, ateniéndose a su cargo y sin mostrar el menor celo. Dentro de su parcialidad germanófila, desconfiaba de aquellos agentes y los consideraba capaces de cualquier engaño y de cualquiera villanía.

Por el carácter suyo de representante de una Casa naviera, conoció a gentes raras, con las cuales, ya escarmentado, no quiso intimar.

Uno de ellos era francés. Fué durante la guerra espía contra los franceses. Este hombre extraño, católico ferviente y al parecer patriota, iba de Alemania a Holanda; de Holanda a España, y luego de España a Francia, y hacía más tarde el mismo viaje en sentido inverso. Sentía aquel hombre un odio grande contra la República. Contó a Larrañaga cómo él dirigía y aleccionaba a una porción de espías distribuídos en la costa francesa, que se comunicaban de noche con luces con los submarinos alemanes, a los cuales daban así noticias importantes.

—¡Qué sería de aquel hombre!—pensó Larrañaga—. Al final de la guerra había desaparecido. Unos

dijeron que se fué a América; otros, que se metió en un convento de España, donde murió y se enterró el secreto de su odio.

Otra espía que conoció Larrañaga por entonces fué una alemana, Frau Koppe, que iba a Barcelona no se sabía de dónde. De Barcelona marchaba a Bilbao, de Bilbao a Rotterdam y de aquí entraba en Alemania. Era una mujer gruesa, valiente, decidida y alegre. En el viaje, por lo que decían los marineros, bromeaba mucho con ellos. Estuvo dos veces a punto de caer prisionera en Francia y de ser torpedeada en el mar; pero aún así, al parecer, no tenía miedo.

La germanofilia teórica de José Larrañaga no trascendió nunca a la práctica.

—Hay que ser del que venza—solía decir por entonces—. Esos, a la larga, serán los que tengan razón. Lo demás son tonterías.

Hubo momentos en que Holanda, como Suiza, fué un hervidero de intrigas. Al comprobarlo, José decidió ser más prudente y huir de los dos bandos de aliadófilos y germanófilos, y de los agentes, en su mayoría vividores y espías.

Larrañaga, sobre todo, deseaba que no le mezclaran en intrigas; no quería enterarse de maquinaciones ni de enredos. La idea de vivir de una manera limpia en un mundo sucio le encantaba. Se sentía como un príncipe de la Edad Media, aislado en su palacio y rodeado de pestíferos.

Por entonces, muchos días Larrañaga se encerraba en su casa y se dedicaba a leer. Leyó en aquella época muchos libros españoles antiguos. Había abusado de la lectura extranjera y moderna, y quería volver, a ser posible, a tomar el gusto a lo castizo.

Leyó el *Examen de Ingenios,* de Huarte de San Juan; la *Guía Espiritual,* de Molinos; *El Criticón,* de Gracián: la *Guía de Pecadores,* de Fray Luis de Gra-

nada, y los *Ejercicios Espirituales,* de San Ignacio. Leyó también las historias de Mariana, de Bernal Díaz del Castillo y de Solís, y lagunos libros extravagantes, como *La vida de Don Diego de Torres Villarroel* y el *Ente Dilucidado,* del padre Fuente de la Peña. Leyó después resúmenes sobre las ideas y la moral de los jesuítas españoles, entre ellos *Las Provinciales,* de Pascal.

Las figuras de los jesuítas españoles del siglo XVI y XVII, duros y ásperos, le fueron muy simpáticas, y su tendencia de estoicismo casi anti-cristiana le pareció muy bien.

Al lado del jesuitismo moderno—pomada mística, perfumada con agua de rosas—los jesuítas antiguos tenían unos perfiles de acero.

Larrañaga recordó la curiosidad que había sentido por conocer a los casuístas, a Soto, a Suárez, a Sánchez, a Molina; curiosidad que no había satisfecho porque todas las obras de estos autores estaban en latín, en ediciones raras. Se enteró de algunas opiniones de los casuístas en el libro *Cuestiones Prácticas de Casos Morales,* del padre Enríquez, libro viejo que encontró en una feria y que leía con gran fruición. Esta casuística, tan complicada y tan refinada, se hallaba muy en consonancia con su espíritu.

Uno de los oasis que pudo encontrar por entonces en el pueblo, y en donde la cuestión de los germanófilos y francófilos no se debatía casi nunca, fué la tienda de un librero establecido en Geldersche Kade, un muelle que daba al ancho canal de Oudehaven, enfrente del muelle de los Españoles. Este librero tenía, principalmente, libros geográficos, atlas magníficos, un astrolabio, una esfera antigua italiana del siglo XVI y varias otras más modernas, y algunos aparatos de náutica, ya en desuso.

El librero era muy sabio en cuestiones geográficas.

A Larrañaga le resultaba muy agradable el hojear el atlas de Mercator y de Ortelio (*El teatro del Mundo*), los mapas de Apianus, Sebastián Munster, Cellarius, Nicolás Sansón y Seutter, y los mapas españoles de América, desde la reproducción del pintado por Juan de la Costa hasta los que aparecen en las historias de Méjico y el Perú.

El librero hablaba con la misma seguridad de Strabón como de los últimos geógrafos. La casa estaba atiborrada de libros. Desde los atlas antiguos con carabelas y tritones hasta los mapas modernos alemanes e ingleses, había de todo, y además libros de astronomía, etnografía y viajes. El sabio librero geógrafo no había salido nunca de Rotterdam ni sentía ningún deseo de salir. Pero, en cambio, se desvivía por conocer por los libros todos los rincones del mundo. Según él, no valía la pena de tomarse el trabajo de viajar por los países lejanos. Le parecía más agradable enterarse de lo que eran desde su butaca.

* * *

Mientras recordaba todo esto, Larrañaga había cruzado gran parte de Holanda y llegado a Dordrecht. Ahora miraba por la ventanilla el río ancho y el pueblo, con sus torres, sus casas antiguas y sus desembarcaderos.

Ya le faltaba poco para Rotterdam. Se lavó y se arregló.

Al llegar a Rotterdam tomó un coche y fué primeramente a la oficina. Estaba su dependiente, don Cosme, trabajando, envuelto en un guardapolvo gris.

—¿Ha habido algo nuevo?—le preguntó Larrañaga.

—No; nada importante.

—¿No ha venido nadie a preguntar por mí?

—Ha venido un joven, Basozábal, y su amigo de usted, Olsen.

—Bueno; pues si vuelven hoy, le dice usted al joven Basozábal que no quiero recibirle, y a Olsen, que le espero para tomar café..

—Muy bien. Aquí tiene usted algo para firmar.

Firmó las cartas Larrañaga y se fué en seguida a casa, dejando a don Cosme en la oficina.

Don Cosme, el viejo empleado en la oficina de Larrañaga, era un español, con la cabeza cana, un tanto aventurero, que había viajado y recorrido el mundo,

Este don Cosme, hombre de unos sesenta años, calvo, con el pelo como lana, la nariz larga y roja, que en invierno siempre sostenía una gota clara; los ojos turbios y lacrimosos, el bigote pequeño y los labios gruesos, era tipo un poco grotesco, que hablaba con cierta pedantería de castellano que pronuncia bien como troquelando cada palabra. Accionaba mucho y de manera doctoral y pedantesca. Fué profesor de español en la Argentina y en Méjico y en una academia de Rotterdam. Era muy buena persona.

Los capitanes vascos que le veían en la oficina y lo encontraban excesivamente amable, lo que a ellos, sin duda, les parecía absurdo, en vez de llamarle don Cosme, le llamaban don Cosmético.

Don Cosme tenía una hija casada con un holandés, y muchos nietos, por los cuales se desvivía.

Al hablar divagaba y necesitaba muchas palabras para explicarse. Larrañaga cortaba las divagaciones y le decía categóricamente:

—Bueno, don Cosme, al grano.

—A eso voy. Es que me atropella usted con sus prisas, don José. Déjeme usted que me explique.

—Explíquese usted, pero no sea usted pedante.

—Es mi manera de hablar—decía él ingenuamen-

te. Y no se molestaba con las observaciones de Larrañaga.

Don Cosme vivía en un mundo maravilloso. Todos le parecían personas interesantes, excelentes, llenas de bonísimas cualidades. Así que él creía que los demás tenían que agradecer que les diera la noticia de que la mujer de fulano estaba ya curada, de que el pleito de mengano se había resuelto favorablemente.

—¡Qué tipo! murmuró Larrañaga pensando en su empleado al marchar a casa—. Si le dijeran que a la mayoría de la gente estas noticias del bien ajeno a unos les molesta y a otros les tiene sin ciudado, creería que se trataba de una broma.

Larrañaga saludó al señor Grebber, que estaba en la entrada del hotel, con su librea azul, y subió en el ascensor. En su casa le dijeron que había estado allí el joven Basozábal.

La insistencia del joven en ir a su casa le molestaba. Le había pedido tres veces dinero y dos se lo había dado. Lo que le incomodaba era el aire desdeñoso y burlón que tomaba el hijo de su antiguo amigo.

El joven Basozábal era un aventurero de mala índole. Escapado de casa, vivió en Londres con unos comunistas y pasó algún tiempo en Rusia. Luego anduvo de pueblo en pueblo, haciendo trampas y dejando a deber en los hoteles.

Basozábal se presentó en la casa de Larrañaga y le pidió dinero. Joven, moreno, delgado, de ojos negros, cara correcta, bigote pequeño y ademanes vivos, hablaba en tono entre irónico y amenazador. Se veía que era inteligente; pero no simpatizaba con nadie.

Basozábal contó detalles de Lenin, Trotzski y Zinovief, a quienes aseguraba conocer.

Según Basozábal, no se había entendido el marxismo.

Con aire atrevido y cínico, dijo una vez con desprecio de su padre:

—Mi padre era un romántico, bastante ridículo.

Añadió que ignoraba el paradero de su familia, y que no le importaba tampoco. Su preocupación era sorprender.

Más tarde, unos días antes de que Larrañaga fuera a París, encontró a Basozábal con un tipo de ruso, de cara juanetuda y de mal aspecto, en una taberna de Schiedamschedyck.

Basozábal le volvió a pedir dinero. Larrañaga se lo dió y le dijo:

—Este es mi último dinero. No piense usted que le voy a dar ni un céntimo más.

Efectivamente, a la tercera petición se negó rotundamente a darle más dinero; pero Basozábal volvia a la carga.

El pensar en Basozábal le molestaba. La petulancia y la confianza en sí mismo del joven comunista le irritaban.

Larrañaga, al llegar a su casa, se acostó, y se levantó al caer de la tarde para la hora de cenar. Al ir al comedor se encontró con su amigo Olsen, que le esperaba.

Este Olsen era una de las amistades del tiempo de la guerra.

Juan Olsen era un danés, empleado en la sección de correspondencia de un Banco de Rotterdam.

Era alto, seco, anguloso, de cierto aire mefistofélico, ojos azules pequeños, pelo rubio, perilla rojiza y movimientos duros, como hombre mal construído, y a quien le sobraran huesos.

Olsen era inteligente; pero de mezquindad tal para el dinero, que todo lo echaba a perder con su roña. La tacañería adquiría en él caracteres patológicos. Pensaba que sin dinero ahorrado estaba perdido, que

le iba a suceder algo malo si no guardaba en su casa algunos cientos o miles de florines. En esto parecía más flamenco que escandinavo.

Olsen estaba divorciado. Poco antes de la guerra, su mujer, una danesa, se había separado de él y casado con un militar alemán.

Llegado a Holanda de Alemania el empleado bancario, al mismo tiempo estudiaba matemáticas y filosofía, con aprevechamiento, e iba a examinarse de cuando en cuando a la Universidad de Leyden.

Olsen conocía muy bien a Kant, por quien sentía gran admiración, sobre todo por la parte metafísica de su sistema. La parte moral y política del gran filósofo no le interesaba. La teoría de la relatividad la consideraba como consecuencia kantiana. Era aficionado a la literatura y lector muy asiduo de Enrique Heine.

Durante la guerra se mostraba indiferente, aunque se inclinaba por los aliados. Era muy entusiasta del Mediodía y de España. Un cuarto o quinto apellido español o italiano le inducía a pensar que llevaba algo de meridional en la sangre. Por lo que contaba, uno de sus hermanos, impulsado por la nostalgia del Mediodía, fué a España, donde no encontró ningún trabajo, y durante algún tiempo estuvo fregando platos en una fonda de Madrid.

Olsen era matemático y metafísico. Capaz de seguir un razonamiento de Kant, de desarrollar la hipótesis del *quantum* de acción de Planck o del *quantun* de luz de Einstein.

A veces quisó explicar a Larrañaga estas teorías; pero José le decía:

—Es inútil. Mientras se trata de un razonamiento, le puedo seguir a usted; pero cuando se mete usted en fórmulas, no entiendo nada.

Olsen se asombraba a veces del furor de Larrañaga en negarse a sí mismo.

—Tiene usted un mal sistema, don José—le decía.

—¿Por qué? ¿Qué sistema?

—Cuando no sabe usted una cosa, dice: No sé nada de eso. Cuando sabe usted algo, suele decir: Creo que es así o me figuro que es así. No se equivocará usted, pero no acertará usted nunca.

Juan Olsen, a pesar de sus tacañerías, era muy tenorio y aficionado a las mujeres. ¿Cómo armonizaba las dos tendencias, la una dispendiosa y la otra de roña?; él sólo lo sabía.

Ni adulador, ni galanteador. Tenía cierta manera muy rápida de ganarse la confianza de las mujeres. Su arte de caza era indudablemente muy superior al del Tenorio viejo y amanerado de los países del Sur.

Aquel tenorio kantiano, que estudiaba matemáticas elevadas por afición, sabía cuatro o cinco idiomas admirablemente.

Olsen engañaba con su aspecto. Era muy fuerte, a pesar de su aire débil; comilón, a pesar de su delgadez; servicial, con detalles de hombre muy roñoso; capaz de hacer un favor a un amigo, y de reñir luego con él por cuestión de céntimos.

Vivió en la América española, sabía castellano y no quería olvidarlo. De ahí su primer interés en cultivar la amistad de Larrañaga.

Este lo encontraba muy divertido, y Olsen, a su vez, consideraba a Larrañaga como un tipo extraordinario. Se sorprendían mutuamente con sus ideas y sus actos y podían discutir horas enteras sin cansarse. Solían ir con frecuencia a un café a charlar. El mozo del café, desertor alemán y doctor en Filosofía, que había hecho dos años de guerra, hasta que cansado se decidió a fugarse, alternaba a veces en las discusiones.

Olsen era también cazador. En una época, según contaba, había encontrado un amigo germanófilo, compatriota, entusiasta de la caza y antisemita, que llevaba una cruz esvástica en la corbata.

—¿Cómo se llama el perro de usted?—le preguntó a Olsen.

—Mi perro se llama Thor.

—¿Thor? ¿El Dios escandinavo?

—Sí.

—Pues yo a mi perro le voy a llamar Jehovah —dijo el danés incomodado.

—Muy bien.

Thor y Jehovah cazaron, juntos con sus amos, algunos zorros pero nunca gran cosa.

Como ninguno de los dos perros legitimaba su nombre, decidieron ponerles otros más modestos, y al que tenía aire más serio y más tonto le llamaron Wilson, y al que parecía más petulante y más ridículo, Mussolini.

* * *

Larrañaga y Olsen hablaron largo rato. A las nueve y media el danés se marchó y Larrañaga quedó en la ventana de su despacho, contemplando el panorama de tejados que se veía desde allí y fumando.

SEGUNDA PARTE

HISTORIAS SEPTENTRIONALES.—RECUERDOS DEL TIEMPO DE LA GUERRA

I

Los ingleses están acostumbrados a decir en los lugares de espectáculo:

—Este sitio no es distinguido; hay militares.

En cambio, los alemanes creían que el colmo de la distinción y de la elegancia era un oficialito petulante oliendo al mismo tiempo a perfume y a cuartel.

Es curioso cómo el alemán, desde Goethe para abajo, ha sido siempre plebeyo y vulgar, sobre todo cuando ha querido ser elegante.

Esos hombres de la fuerte Germania, que en la vida del espíritu han sido grandes científicos y grandes pensadores y grandes músicos, en la vida social se han mostrado de una bajeza y de una vulgaridad extraña.

De ahí el entusiasmo por su militar—ha pensado Joe—, por ese militar ridículo, estirado, encorsetado y con monóculo, que les parecía el arquetipo del hombre.

EL APARECIDO

El segundo año de la guerra, cuando se hallaba en su momento álgido la campaña submarina de los alemanes, se habló de que uno de los vapores de la Compañía representada por José Larrañaga, *El Portugalete,* había desaparecido. En el barco navegaba un amigo y compañero de Larrañaga, Leoncio Aldave, natural de Guernica. No se tuvieron noticias del barco ni de su tripulación, que desapareció en el Océano Indico. Pasó un mes, dos, tres, y nada.

A todo el mundo chocaba que aquel barco hubiera desaparecido sin dejar el menor rastro. Entre algunos se dijo que quizá *El Portugalete* habría sido tragado por algún tifón; pero Larrañaga sabía muy bien que un barco moderno se defiende del tifón cerrando herméticamente las escotillas y convirtiéndose en una boya. *El Portugalete* debía haber chocado con alguna mina o quizá haber sido capturado por los barcos alemanes. En este último caso, lo natural era que se supiese su paradero y, sin embargo, no se sabía.

Ya estaba en el olvido *El Portugalete* y su capitán, a éste se le había rezado el oficio de difuntos en su pueblo, cuando un día el mismo Aldave se presentó tranquilo en casa de Larrañaga.

—Pero, hombre, ¿eres tú?

—El mismo.

—¿De dónde sales?

—Vengo de Dinamarca.

—¿De Dinamarca?

—Sí. He estado prisionero de los alemanes cerca de un año.

—¿Prisionero en dónde?

—Iba en el barco, en *El Portugalete,* a la altura dela isla Mauricio, y estaba durmiendo, cuando se me presentó el segundo y me dijo:

—Tenemos un barco alemán que nos sigue.

—Pues hay que arrear.

—No se puede.

—¿Por qué?

—Porque el barco que nos sigue corre mucho más que el nuestro.

Salí al puente; en aquel momento sonó un cañonazo y el crucero alemán avanzó hacia nosotros a todo vapor.

—Nada, nada; no hay que discutir. A rendirse.

El crucero se llamaba *Wolf*. Nos cogieron, nos llevaron al barco. Toda la tripulación vestía de blanco, y uno de los oficiales, gomoso ridículo, asqueroso, con monóculo en el ojo, me dijo burlonamente en castellano que yo iría piloteando *El Portugalete* detras del *Wolf,* con una guardia de marineros alemanes que me pegarían un tirito si hacía tonterías.

Así me dijo, un tirito. El *Wolf* llevaba escolta de quince o veinte barcos apresados. Hicimos un viaje de diez meses por el Océano Indico y por el Atlántico.

El *Wolf* andaba rondando la entrada del Báltico o pretendía aprovechar alguna coyuntura para meterse en Hamburgo. Yo estaba siempre vigilado por los soldados con sus fusiles. A veces el oficialito del monóculo venía a hablarme en castellano y a decirme lo del tirito, siempre con jactancias y con amenazas. Yo estaba rabioso. Día tras día sufriendo sus estúpidas bromas. Si te cojo alguna vez, ya te daré yo bromas—me decía a mí mismo—. Na-

vegábamos por la costa de Jutlandia, cuando nos coge un temporal y embarrancamos en la playa. Las tropas danesas se incautan de todos los barcos. Ibamos por un arenal, escoltados por los soldados dinamarqueses, cuando veo al oficialito del monóculo que hablaba castellano. Me acercó a él, y ¡pam! le pegué una patada en el trasero con toda mi alma. Yo hubiese querido que se volviera a mí y darnos una paliza mayúscula... pues nada, no se volvió. Sin duda su valor no se manifestaba más que en actos de servicio. A mí me amenazó un soldado danés con la bayoneta y tuve que seguir adelante.

—¿Y luego?

—Luego me llevaron de huésped a casa de un maestro de escuela, que me recibió muy bien. Allá he estado cerca de un mes reponiéndome. Este maestro me habló de los españoles que estuvieron en Dinamarca en tiempo de Napoleón. Allá conservan buena idea de nosotros.

Unos días después, Aldave embarcó para Bilbao en un barco de la Compañía.

Lo dicho por Aldave, del recuerdo que quedaba aún de los españoles en Dinamarca, hizo a Larrañaga preguntar a Olsen si tenía idea de aquello.

—Yo sé que hubo regimientos españoles en Dinamarca en tiempo de Napoleón—contestó Olsen—, pero no sé bien qué es lo que pasó. El cónsul nuestro, que es aficionado a la historia, quizá lo sepa.

Poco después Olsen fué a ver a Larrañaga.

—Pregunté a nuestro cónsul sobre lo ocurrido con los españoles en Dinamarca.

—¿Sabía algo?

—Sí. Parece que el Gobierno español contrajo con Napoleón el compromiso de darle una división de quince o veinte mil hombres. Esta división la mandaba el marqués de la Romana. Al intentar apode-

rarse Napoleón de España para dársela a su hermano José, comprendió que las tropas españolas se soliviantarían al saber la noticia, y para impedirles todo movimiento, las llevó a Dinamarca y las puso bajo la vigilancia del general Bernadotte, príncipe de Ponte Corvo. Luego, ya creyendo tenerlas dominadas, quiso que juraran fidelidad a José I, nuevo rey de España. Pero los españoles se le sublevaron y, metiéndose en barcos ingleses, pudieron escapar. Esta aventura parece que ha dejado durante algún tiempo en el país una idea bastante romántica de los españoles.

Larrañaga se agenció algunos libros sobre la expedición de los españoles en Dinamarca; entre ellos la *Historia de la Guerra de la Independencia,* del general Arteche, y la comedia de Merimée: *Los españoles en Dinamarca,* que aparece en un tomo de obras dramáticas de este autor, titulado: *El teatro de Clara Gazul.*

Aunque la aventura del marqués de la Romana no era muy extensa ni muy complicada, Larrañaga sintió la curiosidad de ver el país donde se desarrollaron los acontecimientos.

Olsen le acompañaría en esta excursión y sería su cicerone, a cambio de que otra vez Larrañaga le sirviera de guía en un viaje por España.

Larrañaga tenía entonces cierto entusiasmo por el orden, la tranquilidad y hasta la tristeza de los países del Norte. En cambio, Olsen soñaba con la violencia y la sensualidad de los países del Sur. Muchas veces discutían esta cuestión.

—Usted tiene una idea falsa del Norte—decía Olsen.

—Yo creo que usted tiene también una idea falsa del Mediodía. Por lo menos hay una cosa que es verdad—solía decir Larrañaga—, y es que los animales

venenosos, y el hombre es uno de ellos, son más venenosos cuanto más meridionales.

Al final del verano decidieron los dos hacer la excursión a Dinamarca, ausentándose un par de semanas a lo más. Olsen pensaba cazar.

Tomaron el barco en Rotterdam. Este barco hacía su ruta lejos de las líneas de minas que impedían a la escuadra inglesa el acercarse a las costas del mar del Norte y entrar en el Báltico.

Llevaban dos pilotos, uno alemán y el otro danés. El danés, que sin duda no entraba en funciones hasta acercarse a la costa de Dinamarca, se puso a hablar con Olsen y le contó algo de lo visto por él.

Explicó algunos detalles de la batalla de Jutlandia. El había pasado días antes de la gran batalla cerca de la escuadra inglesa. Luego estuvo hablando con uno de los artilleros de la escuadra alemana, que fué recogido después de la batalla por un barco sueco.

El piloto contó cómo inmediatamente de dar la orden de fuego todo el mundo desaparecía al momento de la cubierta del barco.

—¿Y cómo se disparan los cañones? — preguntó Olsen.

—No se apunta más que con uno, y todos los demás cañones del barco, automáticamente, disparan al mismo sitio y al mismo tiempo que éste. El jefe, desde la torre blindada, indica la dirección exacta. El artillero apunta su cañón, y al mismo tiempo los demás quedan apuntados; él desaparece, y cuando el observador encuentra el momento oportuno, disparan todos al mismo tiempo.

El piloto explicó la ventaja de atacar formando una T con el barco enemigo, colocándose en el rasgo horizontal de la T y no en el vertical, porque parecía demostrado que los errores de tiro aparecen siempre

en el sentido de adelante a atrás, y no en los transversales.

Se habló de estas cuestiones, que a Larrañaga no le interesaban gran cosa.

A la altura próximamente de Heligoland vieron un barco que hizo estallar dos minas que sin duda se habían desplazado. Con la explosión, el agua, de color gris, subía en una tromba terrible y parecía estar en el aire bastante tiempo.

Poco después, el piloto danés entró en funciones y se llegó a Esbjerb, donde bajaron Olsen y Larrañaga.

II

Una ventana del hotel de Esbjerb. Está amaneciendo; el mar brilla, turbio, color de acero, por debajo del cielo gris, con algunas franjas azules y moradas.

Enfrente aparece entre la bruma la cinta verde, triste, de la isla de Fano, como un reptil soñoliento. El lucero de la mañana comienza a palidecer en el horizonte, y a medida que la estrella palidece, la franja del cielo azul que le rodea va aumentando de claridad.

Los barcos muestran sus siluetas, afiladas y negras, en el puerto; todo está inmóvil y silencioso bajo la mirada brillante de los arcos voltaicos, que resplandecen en el aire.

Vagones de mercancías, sacos cubiertos de hule, barricas y maderas relucen con la humedad en el muelle, cerca de los tinglados y de las grúas, altas y fantásticas.

Sobre el puerto, en un alto, se levanta el mástil grande del telégrafo de señales.

Las gaviotas revolotean y se destacan como hojas de papel blanco en el cielo morado. En medio del silencio y de la inmovilidad, un vaporcito silba y sale del puerto como invitando al movimiento en la vida lánguida del día.

Un poco de sol parece tocar débilmente los objetos y luego suenan campanas, campanas lentas, protestantes,

pesadas, prometedoras de un sermón aburrido y largo en una iglesia fría y triste.

Luego, la hora de comer... el pueblo desierto... más tarde, el colegio con el maestro, las parejas de enamorados mirando el mar, los comerciantes ricos que van en auto y las tabernas que dejan salir rumores de acordeón.

Triste, triste. La tarde es triste. El cielo gris, con nubes oscuras en el horizonte, se abre a veces para dar paso al sol amarillo y pálido.

La línea monótona de la isla de Fano enrojece con estos últimos resplandores como la espalda de algún viejo dragón de fábula.

El mar azul va tomando otra vez color de acero. El cielo se despeja y comienza a brillar la estrella del crepúsculo. En el puerto todo aparece inmóvil: los vapores, las lanchas, los barcos de vela...

En la calle principal de la ciudad, a la luz de los arcos voltaicos, todavía sin brillo, en la claridad opalina del atardecer, pasea la gente endomingada. En la plaza, algunas pobres viejas grotescas, y hombres caricaturescos y tristes, cantan en corro, acompañados del estruendo de los cornetines y de los trombones, los himnos de la *Salvation Army*

Esbjerb.—*Las Estampas Iluminadas.*

DIA DE FIESTA

—¿Qué vamos a hacer, don José?—preguntó irónicamente Olsen a su amigo.

—Creo que lo que haríamos en cualquier otro lado.

—Tiene usted muy buena idea de estos países del Norte, que son muy aburridos. Usted cree que la gente del Norte es mejor y más agradable que la del Sur. Según usted, los focos de inocencia del mundo serían los polos, y la línea de máxima maldad, e Ecuador.

—¡Bah!, usted cree lo contrario con las mismas garantías que yo. Ya sabe usted mi argumento. Las víboras son más venenosas cuanto más caliente es el país donde viven. Es muy posible que les pase lo mismo a las personas.

—Es posible. De todas maneras, yo prefiero el veneno a la estupidez. ¿Usted no tiene nada que hacer?

—Nada.

—Yo voy a ver si me agencio un perro y una escopeta.

—Yo daré una vuelta por los alrededores y vendré a comer a la una.

—Bueno.

Se vieron a la hora de comer.

—¿Qué ha hecho usted?—le preguntó Larrañaga al ver a Olsen.

—He salido y he preguntado si había aquí algún alemán, porque los alemanes siempre son más rápidos y expeditivos que mis paisanos. Me han dicho que no hay alemanes, pero yo he pensado que debe haberlos. Efectivamente, he encontrado uno que ha sido oficial de Marina. Es un joven que lleva aquí más de dos años. Venía mandando un *trawler,* y huyendo de un barco inglés tuvo que embarrancar en la playa de Bjerregaard, al norte del cabo Blaavands Huk, cerca de Esbjerb. A este joven alemán parece que el cónsul de su país le autorizó a que diera su palabra de honor de no volver a la guerra. Con esa promesa le dejaron quedarse aquí y trabajar. El está en una oficina, y estos días se le ha presentado un ofi-

cial alemán que le dice que eso de la palabra de honor no significa nada en estos momentos, y que tiene que volver a Alemania a continuar la guerra. Hemos charlado el joven alemán y yo. Me ha dado muchos datos y le he invitado a tomar café después de comer, ahí, cerca del pureto.

—¿Qué clase de hombre es?

—Es un hombre culto. Se llama Walter, ha sido teniente y ahora vive y gana y tiene aquí su novia y está contento. Estaba charlando con él cuando se ha presentado ese compañero y jefe suyo que parece que quiere obligarle a que salga de aquí y vaya a cumplir una misión a Alemania.

Larrañaga y Olsen fueron al café cercano al puerto, y al poco rato se presentó el joven alemán. Era de Bremen, alto, desgalichado, rubio, de un pelo como estopa, de color sonrosado y muy sonriente. Había sido teniente de un crucero alemán, y después capitán de uno de esos barcos rastreadores que los ingleses llaman *trawler*.

Olsen, Larrañaga y él charlaron largo rato. El joven de Bremen esperaba a su novia, con la que iba a ir de paseo a la isla de Fano.

En esto volvió el oficial alemán que, por lo que había dicho Olsen, quería obligar al joven marino a marcharse de Dinamarca y a volver a la guerra. El oficial era hombre de treinta a treinta y cinco años, de aire duro y despótico, afeitado y con la cabeza rasurada. Vestía un traje que sin duda no estaba hecho para él.

El alemán llamó al joven Walter con un aire de mando, sin hacer caso de Olsen y de Larrañaga. El joven se cuadró ante él.

—Teniente Walter, he recibido órdenes de Berlín. Tiene usted que dejar este pueblo e ir a Hamburgo y esperar allí órdenes.

El joven se puso rojo y murmuró con voz sorda:

—Comandante...

—¿Qué?

—No puedo salir de aquí.

—¿Cómo, por qué?

—Porque he dado mi palabra de honor de no volver a la guerra.

—Eso no importa nada.

—Para mí, sí; importa mucho.

El oficial superior habló luego un momento en voz baja; pero al ver que el teniente movía la cabeza en señal negativa, gritó:

—¿Se rebela usted contra las órdenes de sus jefes? Será usted castigado.

—No. Porque dejaré la Marina. Desde hoy no me considero militar—murmuró el joven Walter con voz sorda—. Cuando acabe la guerra iré a América.

—¿Es su última palabra?

—Sí, señor.

—Está bien. Adiós, teniente Walter. No le permitiré que quede usted aquí. Irá usted a un depósito.

—Ya lo veremos.

Walter saludó. Al comandante alemán le temblaba al hablar el labio de furor.

Olsen y Larrañaga, que habían presenciado la escena, se miraban uno a otro extrañados.

Walter contó las exigencias absurdas del comandante, envidioso de que él pudiera ganarse la vida allí.

—No puede soportar que yo esté aquí tranquilamente—dijo—. El se puede marchar, si quiere. No es tan difícil entrar en Alemania; pero la idea de dejarme aquí viviendo tranquilo le corroe.

—No le haga usted caso—dijo Olsen.

—Sí; pero me puede molestar.

—Yo, como usted, me nacionalizaría en Dinamarca. Este es un buen país, civilizado, liberal, sin militarismo...

—Sí; pero eso de abandonar la patria en un momento de peligro y de desgracia...—repuso Walter.

—Usted no tiene la culpa—replicó Olsen—. ¿A usted qué le parece, Larrañaga?

—Yo no tengo autoridad para dar un consejo a este señor; pero creo que tiene usted razón.

—A mí no me parece bien—murmuró Walter.

—Yo no tendría ningún escrúpulo — replicó Larrañaga.

—Ni yo tampoco—añadió Olsen.

—Para mí—siguió diciendo Larrañaga—, Alemania no es el Ejército ni es el fantoche ridículo del emperador. Usted ha cumplido. Le han dado permiso para dar su palabra de honor de no volver a la guerra. Se va usted a casar con una señorita de aquí. No haga usted caso. Hay que decir como los antiguos: *Ubi libertas ibi patria.*

—¿Usted haría eso en un caso parecido? ¿Dejaría usted su país?

—Yo, sin duda ninguna.

El teniente estaba lleno de vacilaciones.

Poco después vinieron dos muchachas, una la novia del teniente, que al oír lo que le contó Walter y lo que habían dicho Olsen y Larrañaga, les agradeció a los dos el consejo dado a su novio.

Fueron luego los cuatro en una gasolinera a la isla de Fano. Como el mar en estos parajes estaba lleno de escollos, había que ir con cuidado.

La isla de Fano no ofrecía mucho de interesante. Visitaron Nordby, pueblo de baños formado por una calle. No se veían más que mujeres, porque los hombres eran marinos y estaban navegando. Las mujeres

de la isla de Fano llevaban una especie de toquilla o bufanda al cuello.

Nordby, en verano—según dijo Olsen—, era playa de moda muy animada. Los domingos de invierno iba únicamente la gente de Esbjerb.

La amiga de la novia del teniente Walter era cazadora y le dijo a Olsen que le prestaría dos escopetas.

Volvieron a Esbjerb en la lancha de gasolina.

Antes de la hora de cenar, Olsen se presentó en el cuarto de Larrañaga.

—Aquí tiene usted un morral con municiones y una escopeta. No es tan buena como esta otra que he reservado para mí. Tampoco creo que sea usted tan buen cazador como yo. Mañana saldremos a las cinco en punto de la mañana. Ahora vamos a cenar, y luego nos iremos a la cama.

III

Campos de Jutlandia, cielo azul, un horizonte inmenso, tierra sin un árbol, con algunas ligeras ondulaciones en lo lejano.

Los grandes matorrales de brezo morado, cubren el enorme pedregal, triste, de aire salvaje.

Esta llanura jutlándica, desierta, plana y pedregosa, tiene su encanto—murmura Joe—: es país para ir y venir, país para andariegos, para vagabundos.

Aquí y allá, entre las rocas negruzcas, brillan los charcos grandes, a veces como pequeños lagos.

Es un tierra deshabitada, algo como el mar, sin obstáculos. Los caminos, estrechos y encharcados, son regueros de arena llenos de piedras. A veces aparecen pequeños cerrillos, quizá dolmenes, con su túmulo; a veces se presenta, con su rebaño y su perro, algún pastor haciendo media.

En esas landas de horizonte inmenso todo el prestigio está en el cielo, en las nubes, en sus colores, en sus luces, en su manera de agruparse; la tierra se presenta hnmillada, oscurecida, con sus piedras, sus matorrales y sus caminos serpenteantes; algo sin valor al lado del cielo, como la vida ante la gloria en un poema místico.

El viento frío sopla con fuerza en la llanura, sobre el

mar morado de los brezales. En el último término de la landa, al anochecer, los pastores parecen gigantescos.

En las proximidades de los caminos, alguna choza se hunde en el suelo, rodeada de árboles para defenderse del vendaval. Ese viento en la landa jutlándica, de noche, principalmente, tiene todos los tonos y todas las voces; tan pronto es tenor como bajo profundo, aria de tiple, como canción patriótica de un pueblo cantada a coro en la plaza de una vieja ciudad germánica.

En las carreteras, donde los árboles están torcidos por el viento en una misma dirección, los carros, con caballos enormes, pasan cargados con marmitas de leche. A veces en una finca grande, con vallas de madera recién pintadas de verde, dos o tres chicos sonrosados muestran sus cabezas de rubio lino y su cara de luna.

Y al anochecer, la brisa áspera del mar canta su ruda canción sobre los pedregales manchados de brezo.

Campos de Jutlandia.—*Las Estampas Iluminadas.*

ENCUENTROS EN EL CAMPO

Salieron Olsen y Larrañaga de Esbjerb muy de mañana. El cielo estaba azul, después de una noche de lluvia. El campo de los alrededores de Esbjerb era una landa arenosa: dunas, turberas, arroyos y algunos estanques pantanosos. Olsen conocía las plantas con sus nombres científicos, y señaló las saxifragas, los juníperos, las anémonas, y la *erica,* palabra latina con la cual los alemanes designan el brezo, y que uno no sabe por qué parece que le cuadra bien.

Habló también Olsen del período eneolítico en Dinamarca, que se caracteriza por los restos de cacha-

rros de cocina y los montones de ostras y de huesos.

En el camino, el español y el danés tuvieron grandes conversaciones y discusiones.

Al mediodía levantaron el vuelo unos ánades entre los matorrales de un estanque; dispararon los dos cazadores y Larrañaga mató a uno de ellos.

—¡Demonio!—exclamó Olsen—. Es la suerte del mal cazador.

—¡Mal cazador! Lo que usted quiera; pero con éxito—replicó Larrañaga en broma.

—No se le quita el éxito. Asaremos el ánade nosotros mismos.

Efectivamente, cogieron ramas y malezas secas, las encendieron y asaron el pato salvaje y lo comieron sentados en unas piedras.

—¿Le gusta a usted esta tierra?—preguntó Olsen, mientras encendía su pipa.

—Me encanta. Esta tierra sin árboles me da una impresión admirable de libertad. Es tierra a propósito para andar a caballo. En España se ha pasado uno la vida suspirando por los árboles, y ahora esta comarca árida, de brezos y sin árboles, me gusta mucho más que los campos de remolacha y de colza de Holanda interrumpidos por bosques.

—¿Se siente usted andariego?

—Sí. Pensando, ¡claro!, en otra época, me gustaría vivir en una tierra así, un poco desnuda y fría, habitar en una casa hundida en el suelo y con una mujer salvaje y chicos tan salvajes como la mujer. Me gustaría poseer rebaños y un caballo para correr por el campo y ver cerca el mar. Y de cuando en cuando, por las primaveras, emprender excursiones de rapiña en barco por las tierras del Sur y traer de las ciudades ricas cosas de oro y ornamentos de iglesia, hasta quedar en una de estas expediciones en cualquier lado.

—¿Eso le gustaría a usted?

—Sí; mucho.

—¿Y usted es un antimilitarista?—preguntó con indignación Olsen.

—Hoy, sí. Porque la guerra decente ya es imposible.

—Yo creo que lo ha sido siempre.

—Yo no conozco la guerra; pero a mí me parece que debe tener su belleza cuanto más primitiva y menos científica sea. Ahora, el ejército organizado me parece cosa odiosa. El campamento debe tener sus atractivos. El cuartel, no. Eso es un amontonamiento de basura humana.

Largamente discutieron sobre las condiciones en que se desarrollaba la guerra moderna. Descansaron, después de comer al sol, y reanudaron la marcha.

En el camino encontraron un pastor, viejo, afeitado y con melenas, un palo debajo del sobaco y entre las manos la media que iba tejiendo.

Olsen le saludó y habló algún tiempo con él.

—Este hombre se parece al retrato de Momsem, el historiador, que he visto en una librería de Rotterdam—dijo Larrañaga.

—No tiene nada de raro. Momsem era de aquí cerca.

—¿Qué dice?—preguntó Larrañaga al notar que el viejo se refería a él.

—Me ha preguntado si es usted extranjero. Le he dicho que sí, que es usted español. "¡Muy de lejos!", ha exclamado, y ha añadido que se alegra de conocer a un español. Dice que España fué grande en otro tiempo; pero que, como país noble, peleó por su religión y por sus ideales, y que por eso se hundió. Inglaterra, en cambio, según él, no ha pensado nunca más que en su egoísmo por el comercio. El cree que

todo va degenerando, porque los hombres no quieren inclinarse ante la voluntad de Dios.

—¿Cuánto tiempo está sin ir a la aldea?

—Una semana o dos. A veces, hasta un mes.

—Pregúntele usted si no se aburre solo.

—Dice que no. Que sólo los locos y los vanidosos se aburren; que él cuida de sus ovejas, hace media y lee la Biblia, y que cuando se acerca a la majada y piensa que ha pasado un día más, da las gracias a Dios.

—Resignación cristiana y sabiduría — exclamó Larrañaga—. ¿Y habrá leído más libros que la Biblia?

—Sí, probablemente. Este es uno de los países de Europa en donde la pedagogía está más adelantada. Todo el mundo sabe leer y escribir. Se enseña bien, mejor que en ninguna otra parte; pero aun así no crea usted que la gente danesa es toda tan filósofa como este pastor. La mayoría cree en supersticiones y en muchas cosas misteriosas.

Se despidieron del pastor y echaron a andar de prisa, porque necesitaban cuatro o cinco horas para llegar a un poblado donde les dijeron que había una venta mediana.

Al paso, en una granja Olsen compró pan y queso para merendar.

Al anochecer llegaron al pueblo que les habían indicado, precedidos de un rebaño de ovejas, torrente gris, seguido del pastor. En la aldea ladraban los perros y las estrellas comenzaban a brotar en el cielo sombrío. Preguntaron por la posada. Hallábase ésta edificada en las afueras del pueblo, hundida en el suelo, rodeada de árboles, las paredes blancas y el techo de ramaje lleno de musgo. A ambos lados de la puerta se veían fijadas varias anillas de hierro para atar los caballos. Todo parecía en el albergue muy primi-

tivo, muy arcaico y muy limpio. Los muebles de pino y el suelo de madera. Había un reloj de cuco. La gente tenía un aire vivo e inteligente, todavía un poco marino.

Al entrar en la cocina les sorprendió muy agradablemente el calor del fuego, y se sentaron delante del hogar. Después de la cena hablaron de las supersticiones del país y fumaron en pipa.

—¿Así que la gente aquí es supersticiosa?—preguntó Larrañaga.

—En el campo, yo creo que la gente es supersticiosa en todas partes—contestó el danés—. Aquí, además, el misterio lo llevan las gentes dentro de la cabeza. En el Mediodía la base de una superstición es un hecho maravilloso que naturalmente es falso o que está falsamente interpretado; pero aquí, no; aquí se habla de un caballo que se ha visto de noche o del carnero que aparece en un prado como de algo extraordinario que necesita explicación extranatural.

—Pero ¿aquí hay también suspersticiones clásicas?

—¡Ah, claro! En todas estas costas del Norte perdura una mitología, sobre todo marina. Los marineros no van nunca solos, sino siempre acompañados de espíritus. Hay enanos malos en estas costas y enanos buenos, a los que es conveniente poner un poco de comida en los rincones de las casas para tenerlos propicios. Hay trasgos blancos y negros: los *hulder,* los *nisse,* los *troll*...

—¿Y en el mar?

—En el mar hay el kraken, gran pulpo monstruoso, gigantesco; las enormes ballenas, en donde han vivido los marineros como el Jonás bíblico. Islandia misma, según algunos, es una ballena. En el mar suelen verse espectros horrorosos, con manojos de algas marinas a manera de barbas. Estos espectros son muy cínicos y burlones, y de ellos se cuenta mil hazañas

chuscas y de mal gusto. Luego hay maleficios de muchas clases. En la manera como quedan los remos en la barca se nota muchas veces las brujerías y el mal de ojo. Un piloto a quien conocí en la infancia me quería convencer a mí de que el martín pescador muerto y colgado de una cuerda dentro de una habitación sirve de brújula.

—¡ Convencerle de eso a un futuro kantiano !—dijo Larrañaga en broma.

—¡ Figúrese usted !

Después de charlar, a cada uno le acompañaron a su cuarto. Larrañaga entró en su alcoba blanca, con azulejos, lo que le hizo pensar si estaría en Andalucía o en Valencia. La cama tenía copete y colgaduras; Larrañaga estuvo largo tiempo sin dormir, oyendo el ruido del viento entre los árboles.

* * *

Por la mañana, al levantarse e ir a la cocina, donde ardía fuego de turba, se encontró a Olsen hablando con mucho interés con tres hombres jóvenes. Eran marineros: un inglés y dos alemanes; uno de los alemanes era chófer de un camión; el otro, dueño de un pequeño taller de reparaciones de automóviles y de bicicletas, y el inglés trabajaba en el ferrocarril. Uno de los alemanes había estado en la batalla de Jutlandia, en un torpedero. El otro, en un submarino que había alcanzado por entonces cierta fama no muy halagüeña, porque torpedeó a un gran barco neutral, hundiéndolo y produciendo muchas muertes. El inglés había estado en la tripulación de un crucero.

Olsen convidó a tomar una copa a los marineros, y fueron luego al taller de uno de los alemanes, que

era una barraca con la fragua en el fondo y el techo lleno de bicicletas colgadas.

—¿Qué dicen? ¿Qué cuentan de lo que han visto en la guerra?—preguntó Larrañaga a Olsen.

—Dicen que no quieren recordar lo pasado.

—¿Les parece triste?

—Les parece asqueroso—contestó el danés—. El del submarino añade que no quiere ya ver el mar. Es extraño; esta gran guerra que pasa por delante de nosotros, en vez de desatar las lenguas y hacer fantasear a la imaginación, deja en la mayoría de los que están tomando parte en ella un sentimiento de vergüenza.

—¿Y el de la batalla de Jutlandia no cuenta nada interesante?

—Nada. El iba de maquinista en un torpedero cuando encontraron a la escuadra inglesa y comenzó el combate. Parece que pudieron lanzar dos o tres torpedos bien, con puntería; pero luego empezó el barco a temblar con las granadas que caían encima, y al último se incendió. Entonces intentaron alejarse del lugar del combate, marchando hacia el Sur. Cerca de Esbjerb el barco comenzó a hundirse. Otros compañeros suyos se tiraron al mar y se ahogaron; él esperó, encontró un salvavidas y se puso a nadar hacia donde suponía que estaba la costa. El barco sueco *Para* lo recogió y lo llevó a Esbjerb. Aquí se escapó y se escondió en un almacén del puerto.

—¡Ah!, pero ¿era aquí cerca la batalla?

—Aquí mismo. Al lado de los arrecifes de Horn. La batalla naval fué el último día de mayo y duró toda la tarde, hasta que oscureció.

—¿Y la impresión suya cuál fué?

—Dice que el día le pareció larguísimo. Para él lo más desagradable fué el ruido de las detonaciones. El resplandor de los cañonazos y de los reflectores

todavía hacía un efecto de fantasmagoría curiosa sobre el mar.

—¿Y se dieron cuenta de la marcha general de la batalla, de quién llevaba la mejor parte?

—Nada, ni idea. Durante la noche el hombre estuvo contemplando el resplandor de los reflectores entre la bruma, y al amanecer del otro día vió a toda la flota inglesa preparada para el combate; pero la alemana había desaparecido. Dice que la batalla tuvo menos interés que un partido de fútbol. Luego estuvo trabajando seis meses en un pequeño taller de la costa, y casi todos los días veía cadáveres con salvavidas flotando en las aguas, hombres muertos sin duda por el hambre y el frío; según parece, el mar echaba cuerpos de marineros desfigurados, carcomidos. Algo horrible y aterrador. Entonces encontró trabajo en esta aldea, y ya no piensa volver a la costa.

—¿Y el del submarino?

—Ese no quiere hablar. Dice que ahora está muy bien y no quiere recordar momentos desagradables.

—¿Y el inglés?

—El inglés se ríe. Cree que sus paisanos ganarán la guerra, y que cuando la ganen volverá a su pueblo.

—Es raro. Casi todos los que están interviniendo en la gran guerra la encuentran fea y estúpida—dijo Larrañaga.

—¿Pero antes no sería igualmente fea la guerra?

—Seguramente que lo debía ser. Pero quizá en pequeño una batalla pudiera estar más dominada por los directores y, por lo tanto, mejor dirigida.

—Sin embargo, yo creo que lo principal es que antes había fuerza para poetizar la brutalidad, y ahora no la hay—alegó Olsen.

—Es el predominio de la mecánica, cada vez más grande—añadió Larrañaga—. Esta guerra se ha parecido en su aspecto al libro de Tolstoi *La Guerra y*

la Paz, sin la belleza de esa novela. No ha habido nada genial, ningún hombre extraordinario; todo se va realizando a fuerza de tiempo y de paciencia.

—Y, sin embargo, Tolstoi, aunque gran artista, no parece hombre de profundas intuiciones sociales; por lo menos su ideal de vida es bastante simplista—dijo Olsen.

—¿Cree usted?

—Así me parece.

—La verdad es que, al menos hasta ahora, siempre ha habido guerra y siempre se han cometido toda clase de atropellos, de incendios, de robos y de saqueos. Siempre ha habido un Estado Mayor estólido, generales ineptos, encuentros absurdos, disfrazados con nombres pomposos de batallas por la pedantería militar. Pero nunca ha dejado la guerra una impresión de estupidez como la guerra actual. Desde su comienzo hasta el momento en que estamos todo tiene un aire de pesadez y de falta de originalidad y de ingenio verdaderamente desagradable.

—¿Qué quiere usted que sea un mundo entregado a los militares, a los periodistas y a los fotógrafos? —preguntó Olsen—. Tiene que ser un mundo de necedad inconmensurable. Entre esas tres clases de gentes tienen que intensificar la estupidez del planeta.

—Estamos viviendo en una época rara—aseguró Larrañaga—. Se va notando que la oleada del siglo XIX se acaba; que todos esos tópicos de la democracia, del parlamentarismo, del arte como culto, de la Prensa como palanca del progreso, de la fraternidad humana, del internacionalismo, se vienen abajo. Vemos que nos apartamos de los parajes conocidos; pero adónde marchamos, eso no lo vemos.

—Lo que habría que hacer para acabar con la guerra sería exterminar el sentido del mando—dijo Ol-

sen—. A todo el que tuviera sentido de mando, aislarlo, inutliizarlo.

—¿Y quién lo iba a hacer?—preguntó Larrañaga—. ¿Otro mandón?

—Será imposible; pero no cabe duda que el sentido del mando, unido a la holgazanería y al gusto de vivir sobre los demás, es lo que produce el militar y el cura, y éstos eternizan la guerra.

Salieron Olsen y Larrañaga de la aldea en dirección del Este. La tierra de Jutlandia empezaba a ser menos pedregosa. Iban apareciendo algunos arbustos aislados de fruto rojo y agrio: el *berberis,* y después ya boscajes y grupos de árboles.

IV

El pequeño fiordo de Kolding se ensancha como un lago bordeado de flores.

El cielo se muestra este día de azul espléndido, el agua tan azul como el cielo; el viento, suave, es una caricia.

Hay un gran encanto, quizá un poco banal, en el paisaje. Los cisnes blancos, grandes copos de nieve, rompen la tersura del agua, dejando estelas de cristal. Con su aire petulante, parecen puros objetos decorativos en el escaparate de una tienda de lujo.

Sobre un cerro próximo al lago se levantan grandes muros, negros, cubiertos de hiedra, y el paredón de una torre muy alta, con restos de balaustradas y una estatua.

—¿Qué edificio es éste, señor?—pregunta Joe a un pacífico ciudadano.

—Es Koldinghus. El antiguo palacio de los reyes daneses, edificado en el siglo XIII.

—¿Qué le pasó a Koldinghus? ¿Se arruinó?

—No; lo quemaron los españoles.

EN KOLDING

Los días siguientes, Olsen y Larrañaga marcharon a campo traviesa, ojeando los matorrales próximos a los estanques; pero no llegaron a cazar más que una cerceta y un ave fría. A medida que se alejaban de la costa, el campo era menos arenoso, el aire más seco, la vegetación más rica, y aparecían grupos de árboles.

Antes de llegar a Kolding pernoctaron en una granja. Casi no pudieron dormir por el viento, un viento terrible. Larrañaga llegó a creerse embarcado y en alta mar. Se hubiera dicho que las ráfagas tanteaban la casa y querían arrancarla de cuajo. Eran verdaderos clamores, rugidos, gritos desesperados. La casa temblaba; se oían como cañonazos, explosiones; de cuando en cuando golpeaba una puerta; a veces el viento parecía silbar, gruñir, disertar y hasta perorar.

—¿Ha podido usted dormir con el viento?—le preguntó Olsen a la mañana siguiente.

—Mal.

—¡Qué ruido! Este Noroeste, el *skai,* como le llaman aquí, es terrible. Es viento que trae mucha arena del mar, y por eso es malo para el campo. No tiene obstáculos a su paso. En este país no hay árboles ni montes.

—Pero en la parte Este, sí.

—Allí hay árboles; pero montes, no. El monte más alto de toda Jutlandia, el Olimpo de Dinamarca, no tiene más que ciento ochenta metros.

—Qué Olimpo más pequeño tienen ustedes.

—Pequeñísimo. El que necesitamos. Algunos le llaman en broma el Monte Blanco y la Montaña del Cielo.

—Con estos ventarrones se comprende lo torcidos que están los árboles en las carreteras.

—Y lo hundido de las casas en el suelo.

—Tendrán ustedes aquí también el Sudoeste.

—Sí, el viento caliente y de lluvia; pero es menos fuerte que el *skai*.

Olsen y Larrañaga siguieron su camino. El tiempo había mejorado; el cielo estaba azul; el sol, brillante; el aire, puro y casi templado.

Al acercarse a la parte Este de Jutlandia, el paisaje y la vegetación cambió, y comenzaron a entrar en una zona de bosques y de campos cultivados.

El cuarto día de salir de Esbjerb durmieron en Kolding, donde se hallan las ruinas del antiguo castillo o palacio real, que se dice quemaron los españoles.

—¿Qué pasó aquí?—preguntó Olsen a Larrañaga.

—En 1808, Bernadotte, príncipe de Ponte Corvo, estableció en Kolding un cuartel general, con su guardia de soldados españoles. Dicen que, por la imprudencia de uno de éstos, estalló un terrible incendio y que ardió el palacio casi por completo.

—¡Nada, nada! ¡No vengamos con subterfugios! Los españoles lo quemaron ustedes deliberadamente —dijo Olsen riendo—. Son ustedes de raza violenta y satánica.

—¿A mí me ha encontrado usted el satanismo?

—Sí, más de una vez.

Vieron Olsen y Larrañaga el patio en ruinas de Koldinghus, con sus grandes ventanas, sus puertas y sus plantas parásitas, y un museo que había al lado.

—Este azul del agua parece del Mediterráneo—dijo

Larrañaga—; se me figura que estoy en Túnez o en Bizerta.

—¡Bah! El Mediterráneo es seguramente más *chic* —dijo Olsen.

—¿Por qué? Usted también es un amanerado.

Estuvieron los dos sentados a orillas del fiordo. Por el aspecto del agua tranquila, con las orillas verdes y llenas de flores, con sus cisnes blancos, más parecía lago que fiordo; pero era una ensenada que comunicaba con el mar por el pequeño Belt.

—¿Cómo se llama ese lago?—preguntó Larrañaga.

—Se llama Koldingford (Fiordo de Kolding) y también Slots So.

Para Olsen estos países tenían grandes extremos; en el verano, el paisaje parecía un cromo, y en el invierno estaban helados.

—¿Usted ha leído a Ibsen?—preguntó de pronto el danés.

—Sí, algunos dramas ya hace tiempo.

—¿Le recuerda a Ibsen un fiordo como éste?

—Nada; pero esto no es Noruega.

—Noruega tampoco recuerda mucho a Ibsen.

—¿No?

—No. ¿A usted le gusta Ibsen?

—La verdad. No me entusiasma tanto como antes.

—Sí; es también lo *kolossal del siglo* XIX. Wagner, Nietzsche, Rodín, Ibsen... Son todos por el estilo. Mucho aparato y no siempre mucha base.

V

Joe se ha sentado en una explanada de las viejas fortificaciones a contemplar el mar.

Cerca hay dos cementerios grandes y solitarios.

Dentro de sus tapias, entre olmos frondosos, cuyo follaje empieza a amarillear, brillan tumbas blancas y cruces de hierro, adornadas con siemprevivas y crisantemos.

Estos dos camposantos, apacibles, soñolientos, cerca del mar gris, no demasiado poéticos, dejan impresión tranquila, sin nostalgia.

Nada exagerado; nada romántico y con contrastes bruscos; ni el mar azul del Mediodía, con meandros de espuma; ni la procesión de los cipreses negros, ni el sol brillante y deslumbrador.

Paz, serenidad, cielo ceniciento, tañido de una campana bien timbrada; deshacerse, perderse en la Naturaleza...

—En un sitio así, querida amiga—ha dicho Joe pensando en una mujer—, al llegar el supremo momento, me gustaría dormir el sueño eterno a su lado. Usted, con sus joyas y sus galas. Yo, con mi traje pobre de trabajador sin éxito.

RASTROS DE ESPAÑA

—¡Qué diferente este mar del otro!—dijo Larrañaga, contemplando las aguas del estrecho del Pequeño Belt.

—Completamente. Toda la costa del Atlántico tiene aire bravío y marinero. En cambio, las costas bálticas son como orillas de lago, con sus arbustos y sus hierbas; es un mar éste casi sin marea. Los hombres también son distraídos; en el oeste son más duros, más fuertes y más audaces; en el este, más suaves.

Hablaban sentados en un banco, en un paseo, a orillas del mar. Enfrente se destacaba el faro cuadrado de Strib, y a su lado, a la derecha, el caserío de Middelfart.

La costa aparecía baja, oscura; el mar, gris; las orillas, llenas de arbustos y de espadañas.

El campo próximo estaba cortado por murallas de viejas fortificaciones de los siglos XVIII y XIX, abandonadas. En los fosos verdes, llenos de árboles y de malezas, pastaban algunas vacas y caballos.

El pueblo Fredericia lo encontraron bastante lánguido. A Larrañaga aquellas ciudades danesas le daban la impresión de que estaban siempre de día de fiesta. Olsen habló de la batalla que se había dado en Fredericia a mediados del pasado siglo y de una canción popular del Valiente Soldado que se refiere a esta batalla.

Cerca se veían los dos cementerios del pueblo, con sus letreros que se leían muy claros: Trinitatis Kirkegaard y Michaelis Kirkegaard.

—¿Kirkegaard quiere decir guardián de iglesia? —preguntó Larrañaga.

—No; en danés quiere decir jardín de la iglesia o cementerio.

—¿Así que ese escritor Soren Kirkegaard o Kierkegaard?...

—Es Severo Cementerio. El procedía de aquí, de Jutlandia, de la parte oeste, donde su padre había sido pastor. ¿Lo ha leído usted?

—Algo. Muy poco.

—Es cosa vieja.

—De la época de Víctor Hugo, de Balzac y de Dickens...

—Sí, por ahí. Creo que nació en 1813. Mis abuelos solían leerlo. Es muy viejo.

—¿Pero qué importa que sea viejo? Más viejo era Kant y usted es un kantiano. La cuestión es si las ideas de Kirkegaard tienen algún valor.

—Yo creo que no tienen ninguno.

—Es usted exagerado. A mí lo poco que he leído de él me ha interesado. Ahora, que me parece un hombre tan triste como su apellido. Un tipo muy poco explicable para un meridional.

—Vale más no explicárselo.

—Sí; mirar como un desiderátum el llegar a la desesperación más profunda es algo extraño.

—Es insensato. El pensaba que era un Sócrates y era lo más un San Ignacio de Loyola del Norte. Quizá la diferencia está en que los discípulos de Loyola trataron de hacer del cristianismo una cosa fácil, asequible a todos, y el sistema de Kirkegaard ha sido poner el tipo de cristiano como algo tan superior, que es imposible de realizar. Aquí, hombres como Kirkegaard llevan a la gente a la locura con su cristianismo delirante y su o lo uno o lo otro. Hay hombres que, aleccionados por tipos como ese teólo-

go, se pasan la vida torturándose con un masoquismo religioso, pensando en sus pecados y en la condenación eterna; en la que, por otra parte, no creen. Con su hiperestesia moral se martirizan por unos pecados que no son pecados y piensan en una condenación que no es condenación y en la eternidad que tampoco es eternidad. La cuestión, sin duda, es que estas teorías sirvan para hacerle a uno desgraciado y ponerle rabioso y triste.

—Sin embargo, en ello hay algo grande. Al lado de ese bajo sensualismo de un microcéfalo como Anatole France, que a los setenta años anda detrás de prostitutas de boulevar.

—Son extremos igualmente viciosos y absurdos.

—La vida de Kirkegaard es algo trágico—dijo Larrañaga—. En una biografía suya recuerdo haber leído que los chicos seguían al teólogo por las calles de Copenhague, gritándole en burla: O lo uno o lo otro. Su vida parece que fué muy triste. Es la tragedia sin retórica. Hay otras tragedias que parece que están llamando la retórica; por ejemplo, el destierro de Víctor Hugo cuando triunfó el segundo Imperio francés; entonces parece que el poeta se había de dirigir al nuevo emperador en una actitud pomposa y apostrofarle con unos cuantos alejandrinos de aire raciniano, de esos solemnes llenos de sonidos nasales, de esos que le gustan a usted.

—Ya aparece el anti-francés.

—No; en tal caso, el anti-académico, el anti-retórico... Esta vida de Kirkegaard es sugestiva.

—No hablemos de Kirkegaard. Hablemos de otra cosa.

—Cuando se está dentro de un cementerio piensa uno: Si ahí delante de cada tumba estuviera el conjunto de la vida de cada hombre y pudiera uno repe-

tirlo, ¿qué haría uno si tuviera un poco de cariño por los demás?

—¿Para qué plantearse un problema que no se ha de presentar?—preguntó Olsen.

—Para pasar el rato.

—Me parece un entretenimiento tan malo como el de hablar de Kirkegaard. ¿Estuvieron también aquí los españoles en tiempo de Napoleón?

—Sí; en Fredericia estaba en 1808 el regimiento de Zamora. Aquí parece que se suicidó un oficial español al saber que él había hecho jurar a los soldados obediencia y fidelidad a Napoleón y a José como rey de España.

—Siempre dando el do de pecho—dijo Olsen con ironía.

—O por lo menos intentándolo dar. Es una desdicha de otra clase que la de los partidarios de Kirkegaard, pero es desdicha también. Es la manera de estar siempre en una posición falsa.

—Es el quijotismo. Kirkegaard es una especie de San Ignacio de Loyola y San Ignacio es un Don Quijote con sotana. Quijotismo y Kirkegaardismo se dan la mano. El uno es un misticismo social en acción; el otro, misticismo religioso.

—¿Así que usted encuentra parecido entre Loyola y Kirkegaard?

—Mucho.

—¿Y cómo explicaría este parecido el antropólogo alemán Houstón Stewart Chamberlain entre un an-ario como San Ignacio y un ario como Kirkegaard?

—Bah. Arios, an-arios. Todas esas son palabras prematuras, anticipaciones sin base. Etnografía para pasar el rato.

—¿No cree usted en la etnografía?

—No. Son fantasías sin ningún fundamento.

—Pero puede estar en mantillas esa ciencia de la etnografía o lo que sea.

—Lo estará siempre.

Dejaron esta cuestión y preguntaron al guardián de uno de los cementerios por el suicida y les dijo que tenía idea de que un oficial español estaba enterrado en el pueblo, pero que creía que era en la iglesia católica de San Canuto.

—Este señor es de España—le dijo Olsen al guardián, señalando a Larrañaga.

—¡Ah! ¡España! ¡Muy lejos! Debe ser un hermoso país—repuso el guardián.

Como la iglesia de San Canuto estaba cerrada, y el español y el danés no tenían nada que hacer, fueron a la estación de Fredericia, de donde salía el pontón que cruzaba el pequeño Belt para ir a la isla de Fionia. Vieron cerca del mar una mina descargada, una ánfora grande de hierro negro con unas caperuzas.

—Qué aire de juguete estúpido tiene esto—dijo el danés.

—Sí es verdad. Da risa. ¿Ahí, en Fionia. piensa usted cazar?—preguntó Larrañaga.

—Nada. Ahí no hay esperanza de caza—repuso Olsen—. Así que podemos dejar las escopetas en cualquier parte.

Olsen encontró un pequeño bar donde servía una muchacha, y después de hablar con ella, dejó detrás del mostrador las escopetas para recogerlas a la vuelta.

VI

¡Fionia! ¡Fionia! Isla fértil, sin alturas. Verdor de prados. Jardín de Dinamarca.

A lo lejos alguna ligera ondulación de la llanura, alguna colina suave; en el fondo, campos de cereales, praderas con vacas blancas y negras.

En medio de las heredades, granjas de paredes claras y de tejado oscuro, dentro de hondonadas rodeadas de árboles para defenderse de los vendavales; huertas con empalizadas y setos vivos. Aquí y allá chozas blancas, con el techo de paja o de ramaje reverdecido por los musgos, cerca de un arroyo transparente y de álamos frondosos.

En las colinas bajas, bosques espesos, chopos y sauces, molinos de viento grandes, con el tejado de pizarra. como una cabeza con su sombrero y una escarapela, o como un casco de prusiano.

Pueblos de ladrillo, con iglesias con la torre recubierta de cobre verdoso; calles rectas, fachadas limpias, bronces bruñidos, cristales resplandecientes, flores en las ventanas y espejos espías para ver sin ser visto a quien pasa. Campanas en las torres. Biblia a todo pasto, salmos en

las iglesias, escuelas modelo; un piano burgués que suena en la casa de una plazuela triste.

¡Fionia! ¡Fionia! Isla fértil, sin alturas. Verdor de prados. Jardín de Dinamarca.

Fionia.—*Evocaciones.*

ODENSEA

—¡Qué contraste entre este país y la Jutlandia! —dijo Larrañaga contemplando el campo desde la ventanilla del tren.

—Enorme. Aquello es un país de landas, pobre, que no tiene más que campos de brezo, y esto es una especie de Holanda.

—Mal país para usted.

—¿Por qué?

—Porque aquí no debe haber caza.

—¿Caza aquí? ¡Qué va a haber!

Pararon en Odensea, pueblo bastante grande, bonito, de poco carácter, de casas de ladrillo, con algunas iglesias con el tejado de cobre verde y un parque. El antiguo Odinsve, el Santuario de Odin, les pareció bastante aburrido. Olsen fué a visitar al corresponsal de su Banco y le acompañó Larrañaga. El señor no estaba. Esperaron un momento por si venía; pero como no llegaba, se fueron.

—¿Se ha fijado usted en la limpieza de la casa? —preguntó Olsen.

—Eso ya no es limpieza; es algo absurdo y exagerado. No sabe uno dónde sentarse. Esa gente no utilizará esa sala donde hemos estado o tendrá que andar de puntillas.

—¡Ah! Claro, así andan. He conocido algunos que se quitaban los zapatos para entrar en las habitaciones elegantes de su casa. Toda la familia cuida de los muebles, los frota a cada paso, los pinta y los barniza. Es su gran entretenimiento.

—Este es pueblo que vive bien—dijo Larrañaga.

—Sí; pero la guerra ha hecho mucho daño—repuso Olsen—. Ha arruinado al pais. Dinamarca está haciendo un esfuerzo superior a sus energías. Todo esto se encontraba antes de la guerra bastante bien; sin latifundios, sin caciques, sin aristócratas, sin feudalismo; pero la guerra los ha reventado, y la gente se suicida por cualquier cosa.

Por la tarde estuvieron un momento en una iglesia con aire un poco de Oriente, en donde estaba la tumba de San Canuto, y pasearon después por la calle principal de Odensea, muy animada, de mucho comercio y con grandes librerías. Larrañaga vió que casi todos los dueños de las tiendas se llamaban Petersen, Andersen, Ramussen, Jensen.

—Son los Pérez, los Martínez y los López de aquí —dijo Olsen—. Esa misma monotonía de los apellidos la hay en las almas.

—¿Usted cree que la vida es tan aburrida aquí?

—Muy aburrida. Ahora se come bien, por lo menos abundantemente. Las mujeres son las que dan vida a estos países.

—Sí, tienen un aire muy decidido.

—Lo son.

—¿Más que en Holanda?

—Yo creo que sí.

—Y no son todas rubias y rojas como dice Merimée en los *Españoles en Dinamarca.*

—Hay bastantes morenas y bonitas.

—Ya lo creo. ¡Muy bonitas! Merimée no estaría aquí.

—Con seguridad.

—Porque Merimée es casi siempre exacto en sus datos, menos en esta comedia en que pinta la isla de Fionia como una isla fría y triste, con mujeres pesadas y rojas.

Fueron a cenar a un hotel, donde comieron abundantemente.

—¿Y aquí qué hicieron los españoles?—preguntó Olsen.

—También hubo en este pueblo una protesta contra el juramento de fidelidad a José Bonaparte como rey de España.

Después de cenar salieron a dar un paseo por las calles; pero éstas estaban tan solitarias y tristes, que volvieron en seguida al hotel.

—Creo que una aldea del Mediodía sería más divertido que esto—afirmó Olsen.

—¡Qué sé yo!

—Por lo menos habría una taberna, en donde se discutiría y tocaría la guitarra.

—Sí; pero eso no impediría que nos aburriéramos.

—La gente que es capaz de darle una puñalada a otro no se aburre nunca.

—Creo que se hace usted ilusiones. Es el plàneta, que es un poco tonto—dijo Larrañaga.

Después de esta reflexión pesimista se fueron cada cual a su cuarto.

VII

En Nyborg los campos de trigo de los alrededores tienen muchas amapolas. Tantas amapolas, según los habitantes, se deben al trigo malo llevado allí por los españoles del marqués de la Romana cuando estuvieron de guarnición en el pueblo.

Estas amapolas de origen hispánico, que aparecen como gotas de sangre en los senmbrados, son el recuerdo en tierras nebulosas del Norte de un país violento y abrasado por el sol.

Nyborg, ciudad lánguida y triste, mira de cara al gran Belt. Es pueblo de ladrillo, con una iglesia gótica también de ladrillo, con campanario forrado de cobre y relojes con la esfera del mismo metal.

Desde cerca del puerto se ve una punta avanzada en el mar, la punta de Knudshoved, y algunas islas bajas, oscuras, casi siempre confusas y desvanecidas en la niebla.

Nyborg, con sus siete a ocho mil habitantes, es silencioso y un poco conventual. Tiene casas pequeñas, algunas muy bonitas, como muebles barrocos, con las ventanas adornadas por muchas flores y con esos espejos de gentes curiosas e hipócritas llamados espías, para ver desde el interior quién pasa por la calle.

Como en casi todos estos pueblos, hay una plaza del mercado y una calle larga, comercial, próxima al puerto, con almacenes y varias tiendas; pero todo ello es opaco, vulgar y gris... Lo único extraordinario son esas amapolas rojas de origen español que manchan en pleno verano como gotas de sangre los sembrados amarillentos de trigo.

Amapolas de Nyborg.—*Evocaciones.*

NELLY Y SU AMIGA

La pequeña distancia de Odensea a Niborg la hicieron en tren. El tiempo claro, hermoso, ya de principio de otoño, mostraba el cielo con algunas nubes blancas y el mar gris y lleno de espuma. Fueron en Nyborg a un hotel viejo, grande, colocado en una plazoleta: el hotel Postgaarden. Este hotel era una fonda antigua, edificio un poco destartalado, con galerías cubiertas alrededor del patio, probablemente utilizado en otra época para albergar coches y diligencias.

La alcoba adonde llevaron a Larrañaga, grande y empapelada, tenía el papel despegado en muchas partes por la humedad.

Después de comer, Larrañaga fué al puerto y estuvo contemplando aquellas aguas de nácar del Gran Belt, la punta de Nyborg, que avanzaba azul en el mar; los barcos que cargaban en el muelle y los que se alejaban, dejando humaredas en la niebla, y a lo lejos las vagas siluetas negras de las islas en el horizonte gris. En estos países del Norte a veces el paisaje parece una cosa tan interior, que al verlo se siente la impresión de estar contemplando la propia alma.

Olsen había ido a hacer sus exploraciones. Por la tarde se reunión con Larrañaga.

—Me he hecho amigo del maestro—le dijo el danés—. Es un hombre joven, de talento, que escribe versos. He hablado de usted como de un historiador español.

—Hombre, ¡qué fantasías!

—Mañana iremos a tomar café con él. Usted aquí es un personaje interesante. Un historiador español en un pueblo tranquilo y aburrido, donde no pasa nada, es casi un acontecimiento.

Cenaron en el hotel muy temprano, antes de que se hiciera de noche, y salieron después. Todavía estaba claro. Fueron a ver el castillo, colocado en una pequeña eminencia, edificio grande, con ventanas en arco de medio punto, con salones espaciosos, vacíos; con vigas en el techo y alguno que otro escudo. Este edificio, de ladrillo, dominaba la ciudad; a sus pies se veía un arroyo y un estanque.

Recorrieron los fuertes abandonados, vieron los cañones de bronce con sus números y sus letreros.

—¿No oye usted una campana y algo como música?—preguntó Olsen.

—Sí.

Dieron vuelta alrededor del castillo. Pasaron un arco y un túnel, y en una parte de los glacis se encontraron con que había feria. En el camino estaban en fila siete u ocho galeras con sus toldos de titiritero, barracas de madera iluminadas con luces eléctricas y de acetileno y un tíovivo.

No había mucha gente en la feria. A Olsen le dijeron, para explicar esta desanimación, que era ya el tercero o el cuarto día de la fiesta.

El público lo formaba gente joven. Muchachos y muchachas, algunos viejos marineros y campesinos y,

sobre todo, niños, para quienes el tíovivo constituía un gran atractivo.

Las muchachas, muy decididas y alborotadas, daban vueltas en el tíovivo y se columpiaban con verdadera furia. Los chicos miraban con admiración aquel torbellino de figuras doradas, y de espejos, todo rojo, reluciente, que daba vueltas vertiginosas, acompañado de las notas chillonas de un orquestón. A los chicos se les veía con los ojos brillantes enrojecer de placer cuando les subían las madres sobre el caballo o el cerdo de cartón. Los mozos no parecían tan animados como las chicas, y muchos de ellos, en vez de tomar parte en la fiesta, miraban indiferentes y flemáticos, con las manos en los bolsillos de los pantalones, dar vueltas a los caballitos, a los elefantes y a los leones del tíovivo y agitarse los columpios. Los viejos contemplaban el aparato con atención, la pipa en la boca.

Olsen, según su costumbre, entró entre los grupos arrastrando a Larrañaga, y apareció poco después en el tíovivo con dos muchachas. Luego se acercó a Larrañaga y se las presentó.

Una de ellas era del pueblo, una chica alta, rubia, con ojos azules y aire un poco de muñeca. La otra era alemana, bajita, con los ojos oscuros, la cara seria y pálida.

La danesa, a la que acompañaba Olsen, tenía una cara que podía recordar la cara de un gato. Ojos grises claros, rostro cuadrado, el color de rosa, el pelo rubio, casi blanco, alta, fuerte y sonriente, y con una risa alegre para todo. A su lado, la alemana parecía pequeña, frágil y de tez pálida y enfermiza.

Esta última estaba de institutriz en casa de unos alemanes del pueblo. Sabía francés y Larrañaga pudo hablar con ella.

Pasearon por delante de la feria repetidas veces;

Olsen con la danesa rubia y Larrañaga con la alemana. Larrañaga compró a su pareja unas chucherías. Aquella muchachita alemana tomó confianza en seguida con José y le habló de su vida. Se llamaba Elena, era hija natural de un actor de music-hall. A ella le hubiera gustado dedicarse al teatro, pero estaba un poco enferma. Además, con la guerra era imposible.

Larrañaga contempló a su compañera. Elena tenía los ojos azules oscuros brillantes y la tez pálida. Por cualquier cosa se ruborizaba. Entonces su cara se cubría de color de rosa; pero en general su palidez y el brillo de los ojos le daban aire un poco enfermizo y dramático. Tenía la nariz pequeña y sonrosada, la boca grande y fresca y el pelo rubio, muy bonito, un rubio meridional brillante. Se llamaba Elena Baur. Su padre y sus amigos le llamaban Nelly.

Su padre cantaba, recitaba poesías e imitaba en el teatro a tipos célebres. Tenía la muchacha un cuadernito y en él guardaba dos fotografías del padre; en la una con el tra:e y la actitud de Goethe, en el retrato de Stieler, con un papel en la mano, y en la otra con el tipo y la indumentaria de Uhland.

La muchacha no estaba a gusto en la casa donde vivía en Nyborg, que era de un alemán de Flensburg, hombre de mal genio, almacenista de papel. La chica se encontraba desesperada.

—¿Y su padre no sabía a qué casa venía usted?

—No.

—¿Y cómo le ha dejado venir lejos y sin saber adónde?—le preguntó Larrañaga.

—Allí, en Berlín, no podíamos vivir, y cuando encontré esta colocación me pareció una gran suerte.

Elena contó con detalles la entrevista que tuvo en el tren, al salir de Berlín, con un señor mormón, que le invitó a ir con él a América.

—¿Pero usted no sabe que los mormones practican la poligamia?—preguntó Larrañaga.

—¿La poligamía? No sé qué es eso.

—Pues que cada hombre tiene varias mujeres.

—Pero no puede ser.

—Sí. Sí.

—Pues no lo sabía.

La muchacha se quedó asombrada.

—Qué sorpresa la de usted si llega a ir allá y se encuentra que es la cuarta esposa legítima de un mormón.

La muchacha se echó a reír.

Luego habló de su vida. Estaba desesperada en aquel pueblo tan triste. Pensaba muchas veces en suicidarse; pero la esperanza de cambiar de vida, y quizá de subir a un escenario, le sostenía.

—Cuando acabe la guerra, todo mejorará—le dijo José.

—Dios lo quiera. ¿Usted es de España?

—Sí.

—¡Qué hermoso debe ser ese país!

—De todo hay en él.

Elena soñaba con el sol del Mediodía, con Italia y con España. No hubiera querido morir sin ver aquellas tierras. Mientras la muchacha y José paseaban, Olsen y la danesa rubia corrían en un tíovivo, a medias columpio, con unos cajones que se desviaban a un lado y a otro. La chica andaba en el columpio como una loca.

Cuando empezó a decaer la fiesta, Olsen y Larrañaga acompañaron a las dos muchachas a sus respectivas casas.

Las dos se despidieron de sus acompañantes y se prometieron que se verían al día siguiente.

VIII

En algunos pueblos de las costas septentrionales tienen la fantasía de dejar en el mismo corral, entre las gallinas y los cerdos, algunas de esas gaviotas blancas, Larus Canus, grandes y salvajes, con las alas cortadas.

Las gaviotas blancas asustan con su ferocidad a los perros, a las gallinas y a los cerdos, y no se domestican.

Cerca de Esbjerb, Joe ha visto una gaviota grande, metida en un corral, que se imponía a los demás animales y les quitaba la comida.

Se cree que estas aves de pluma blanca deben de ser mansas, dóciles, buenas. Una gaviota parece que se ha de domesticar mejor que un buho, y no hay nada de eso. Joe recuerda haber visto en su niñez un buho grande, con un ala rota y los ojos fulgurantes, casi completamente domesticado.

La gaviota blanca no se domestica nunca. Su cuerpo, y al parecer también su espíritu, están hechos para el aire libre, para los temporales y para las tormentas.

LOS MAESTROS

Al día siguiente, al levantarse, Larrañaga recordó con gusto la conversación que había tenido con la chica alemana en la feria del Castillo.

Mientras se vestía en su cuarto estuvo contemplando unas litografías colgadas en la pared, puestas en marcos de cristal.

Eran cuatro: dos escenas en los Alpes, un paisaje del Belt y una vista de Nyborg. Las dos escenas de los Alpes eran melodramáticas y perfectamente ridículas, con un fraile, un perro de San Bernardo y una mujer con un niño desmayada en medio de la nieve. En el paisaje del Belt, una mujer abría un portillo a un caballero elegante, jinete en un caballo negro, seguido de un lacayo en otro caballo blanco, y en el fondo se vislumbraba el mar, limitado por costas bajas, entrantes y salientes.

La vista de Nyborg, de hacía sesenta o setenta años, tenía la gracia amanerada de la litografía. Se destacaba el pueblo con su torre aguda, rodeado por la muralla, la punta del puerto, y, a lo lejos, la isla de Langeland. Por un camino, a orillas del mar, marchaba un carricoche y una mujer con una herrada en la cabeza, llevaba una niña de la mano. Como para marcar la época exacta en que estaba hecha la estampa, entre los barcos de vela del puerto se advertía un vapor de ruedas con su alta chimenea humeante.

Al bajar al comedor para desayunar, Larrañaga encontró a Olsen, quien le indicó que se hallaba ya cansado de andar por el pueblo.

—Es usted un perezoso—le dijo Larrañaga.

—¡Pse! No tengo prisa.

Olsen tenía muchas condiciones de compañero de viaje, grandes recursos y un sentido extraño de orientación. Con un mapa pequeño en la mano, sabía siempre por dónde andaba. A esto había que añadir que era muy económico, muy sociable y que encontraba en seguida sitio donde pasar el rato y charlar con algunas mujeres. Para esto tenía olfato de perro de caza. Averiguaba al momento dónde estaban, quiénes eran y qué clase de preocupaciones tenían.

Hacía tiempo espléndido. Dieron una vuelta al pueblo, que no les pareció muy curioso.

—No me dirá usted que éste es un pueblo interesante—dijo Olsen.

—No. Es un pueblo vulgar. Podía ser un pueblo inglés o francés o de la costa cantábrica española.

Almorzaron, y después de almorzar fueron a buscar al maestro. Vivía éste en una casa que se hallaba en un grupo de varias otras con un patio en medio.

Una de aquellas casitas, muy cuidada, muy repintada, era la del maestro. Cuando llegaron Olsen y Larrañaga les hicieron pasar al comedor, muy pequeño, muy arreglado sobre la mesa, dos bandejas llenas de dulce: pasteles y chocolates.

Olsen presentó al maestro Knut Sinding y a su madre, buena señora, ya anciana, de pelo blanco y de ojos azules. Estando con ellos se presentó una profesora, la señorita Nord. Sinding y la señorita Nord hablaban, además de su idioma, el alemán y el francés.

Al entrar la señorita Nord, la madre del maestro se retiró inmediatamente del comedor. El maestro, el señor Sinding, era joven de unos veinticinco a treinta años, satisfecho de sí mismo, con gran confianza en el porvenir, un poco afectado, tendiendo a la pedantería profesional alemana. Había estado

antes de la guerra estudiando en Alemania, y después en Rusia, de preceptor de una familia rica.

Aquel maestro de escuela tenía afición por su oficio y curiosidad por estudiar las facultades de sus alumnos.

—Un tipo como usted en España es una rara excepción—le dijo Larrañaga.

La señorita Nord, más vieja que el maestro, con aire de dama muy distinguida, pero al mismo tiempo muy voluntariosa, tenía el pelo oscuro, con algunos mechones grises; la nariz afilada, los labios finos y pálidos y los ojos castaños, muy insinuantes, muy atrevidos y expresivos.

En aquella mujer había algo de avispa, atenta y curiosa. No se le escapaba nada y se veía que estaba acostumbrada a hacer su voluntad sin que nadie se le opusiera. Era fácil ver que el maestro vivía completamente dominado por ella.

Obsequió Sinding a Olsen y a Larrañaga muy amablemente y quedaron los dos admirados de la inteligencia y del gran porte aristocrático de la señorita Nord.

Esta señorita quería ir a la Engadina, a Suiza, donde había vivido, porque, según dijo, el clima alto le sentaba mejor.

Al lado de aquella dama el maestro parecía muy tosco y muy plebeyo. Sin embargo, con su cara encendida, su pelo rojo, sus ojos azules y un cierto aire de entusiasmo, resultaba simpático, a pesar de su vaho de pedantería profesional.

El maestro, según averiguó Olsen, era hijo de un molinero bastante rico, y había publicado versos que estaban muy bien, según se decía.

Después de tomar café, comer bombones y fumar cigarrillos, fueron al despacho del maestro, que tenía una buena biblioteca y algunas fotografías de pueblos

de Alemania y de Rusia. Figuraba también, colgada en la pared, la gorra de estudiante que sin duda había usado en su juventud. Estos detalles hacían sonreír de manera desdeñosa a la señorita Nord.

En la biblioteca, Larrañaga vió las obras de Kirkegaard, y dijo a Olsen:

—Aquí está su bestia negra.

—¡Ah! Kirkegaard—exclamó el maestro, como dispuesto a comenzar una larga disertación.

—¡Por Dios! No hablar de Kirkegaard—dijo la señorita Nord—. Ya tenemos bastante. Si no, yo me marcho.

El maestro bajó la cabeza como en señal de resignación burlona.

—¿Es que se ha hablado mucho de Kirkegaard aquí?—le preguntó Larrañaga.

—Mucho, no. Se le ha recordado. La catástrofe cultural de esta guerra ha producido en los países escandinavos cierta ebullición mística y religiosa. Se han vuelto a tratar por algunos escritores las viejas cuestiones del tiempo de la Reforma, aunque con otros aspectos, y una de las tendencias examinadas ha sido la ascética, preconizada por Kirkegaard, el apartamiento del mundo, la vida solitaria. La gente novelera e inculta ha ido a la teosofía y al espiritismo y algunos han ingresado en la religión católica.

—Pero eso pasará.

—Seguramente. Hay un movimiento contra el positivismo en todas partes, es indudable; pero no sabemos cómo va a terminar.

El señor Sinding conocía ciertos datos acerca de la estancia de los españoles en Nyborg, en tiempo de Napoleón, de esa época que algunos historiadores dinamarqueses han llamado época española.

—Parece que se estableció pronto muy buen acuerdo entre españoles y daneses—dijo Sinding.

—Es extraño. ¿Se entendieron bien?—preguntó Larrañaga.

—Sí; se entendieron y simpatizaron. La tradición que ha quedado en el pueblo—añadió el señor Sinding—es que los españoles eran muy generosos, y un oficial danés, en sus recuerdos, dice que no había visto nunca a un indigente pedir limosna en vano a un español.

—Sí; los españoles son muy rumbosos—dijo Olsen .

—Parece que los soldados españoles se mostraban muy alegres. Jugaban con los chicos, les daban pájaros y les enseñaban a hacer el ejercicio.

—¿Y eso gustaría a los daneses?

—Sí. Los daneses se asombraban de la animación y de la vivacidad de estos meridionales, de sus tambores mayores y timbaleros. Lo que no les gustaba era que detrás de los soldados les siguiese una turba de mujeres indeseables, que venían de todos los rincones de Europa por donde ellos habían pasado.

—Sí; se explica—dijo Larrañaga.

—La hipocresía—añadió Olsen.

—Eso es—recalcó la señorita Nord.

—Se cuenta—agregó el maestro—que los españoñoles fumaban mucho y que los de aquí tenían miedo de que con las colillas se quemaran los pajares; así que muchas veces seguían a los soldados para apagar las puntas de los cigarros. Se recuerda también que a los españoles no les gustaba la grasa cruda ni el pan negro.

—Se les tomaba a ustedes por sibaritas—indicó Olsen riendo.

—Todos los pueblos tienen su sibaritismo—contestó Larrañaga.

—Una cosa que parece que impresionaba mucho —siguió diciendo el señor Sinding—era la misa de

campaña en los días de fiesta. La oían todos los españoles arrodillados; los soldados, con el fusil en la mano, y los oficiales, con su espada desnuda y con la cabeza descubierta. Las señoras y señoritas hijas y mujeres de los oficiales, la oían a un lado, delante; y detrás de todos, las mujeres de los soldados.

—¿El elemento indeseable?

—Eso es. Por la noche, aquí en la plaza de Nyborg, había baile, fandango, al son de la guitarra y a luz de las antorchas.

—¡Olé! ¡Olé! ¡Viva mi niña!—exclamó Olsen en español, haciendo reír a todos.

—Los oficiales daban serenata a las bellas muchachas nyborgesas, bajo la ventana.

—¿Y queda algún recuerdo entre los vivos?—preguntó Larrañaga.

—Mi padre oyó hablar a su abuelo de algunos oficiales españoles: de un barón de Armendariz, que era coronel de Dragones de Villaviciosa, rubio, elegante, presumido; de un ayudante del marqués de la Romana, que tenía grandes éxitos entre las muchachas, y de un viejo, de apellido francés, el brigadier De la Vieuilleuze, que era coronel del ejército de Asturias, y a quien comparaban por lo flaco con Don Quijote. De la Vieuilleuze, cuando concluía sus maniobras, se quitaba el uniforme y se vestía de paisano, con su casaca, sus medias de seda y zapatos con hebilla de plata, e iba a hacer visitas.

Larrañaga completó las noticias del señor Sinding, contando las diferentes fases políticas de la intriga en que representaron papeles importantes el marqués de la Romana, Bernadotte, el general Fririon, el conde de Yoldi, embajador de España en Copenhague, el rey de Dinamarca, Federico; los militares españoles afrancesados, como Kindelán y el barón de Armendariz, y los patriotas que prepararon la salida

de los españoles de Dinamarca, además de los ingleses y daneses.

Contó también cómo el clérigo inglés Robertson, portador del mensaje de los españoles para el marqués de la Romana, reveló a éste el secreto de la sublevación de España contra los franceses.

Había ido Robertson a Dinamarca en un barco, pasando por Heligoland. Al entrar en Nyborg trató de acercarse al marqués en las calles, cruzando muy cerca de éste y dándole al pasar un empujón leve, como por casualidad. Cuando después de repetidos empujones, había fijado la atención del marqués, le ofreció su tabaquera, en la que en vez de rapé había un papelito que tomó el marqués y que contenía la noticia, para él importantísima, de que los españoles se habían sublevado contra Napoleón. Contó también las algaradas que hubo por la cuestión del juramento y la negativa de los españoles a gritar: Viva José I, rey de España.

Aquel pueblo, triste y lánguido, como Nyborg, animado por un momento por la tropa de meridionales bulliciosos e intrigantes, debía ofrecer espectáculo curioso. Para los daneses, los españoles se presentaban como gente llena de fuego y de animación.

* * *

—Ahora, si quieren ustedes— dijo el señor Sinding—, veremos la casa del general en jefe español.

—¿Se sabe cuál es?

—Sí; es la antigua casa del burgomaestre.

Fueron los cuatro.

La antigua casa del burgomaestre, luego convertida en Museo de la ciudad, estaba en una de las calles principales, no lejos de una plaza; era una casa bas-

tante grande, de ladrillo rojo con entramado de madera, muchas ventanas y tejados puntiagudos. Tenía un patio espacioso, como una plazoleta. Aquella casa había sido la residencia del marqués de la Romana y el punto de su cuartel general.

Un viejo, quizá guardián del Museo, dijo que las cuadras de la casa se hallaban en el mismo estado que en tiempo de los españoles, y que debajo de unas piedras de los comederos de los caballos, se decía que había un tesoro escondido por los españoles al marcharse de Nyborg. El caso era que nadie había tocado aquellas losas, lo que indicaba en la gente del pueblo poca curiosidad, o poca creencia en los tesoros; o una idea pobre, aunque exacta, de las riquezas de los españoles.

Larrañaga miraba la casa con cierta emoción: el zaguán, la escalera, los grandes baúles verdes, con aplicaciones de hierro, en donde sus antepasados habían guardado sus ropas.

Cuando concluyeron de visitar la casa, el señor Sinding les invitó a dar una vuelta en lancha. Fueron al puerto y embarcaron. El maestro les mostró el sitio en donde los españoles del marqués de la Romana reunieron unas piezas de artillería antes de marchar de Fionia. La niebla comenzaba a caer sobre las aguas; se veían a lo lejos las siluetas de varias islas y de varios islotes. El mar, con sus islas, era una combinación de gris y de negro; las islas, los bosques lejanos, las nubes: todo negro; el cielo y el mar, grises.

El agua, tranquila; el horizonte, inmenso de nubes, daban a estos lugares un aire romántico e ideal; algo parecido a los paisajes de Patinir. Se acercaron hata la pequeña isla próxima de Vraesen; pero como la niebla se espesaba, decidieron volver.

La señorita Nord se había sentado en la barca a proa, cerca de Larrañaga, y habló con él.

—¡Qué paisaje!—exclamó Larrañaga—. ¡Qué admirable!

—No me gusta nada—contestó ella.

—¿No?

—Nada.

—A mí me parece tan interior, tan de acuerdo con mi cerebro, que si de repente supiese que todo ello es sueño, o que es una representación del movimiento de las células del sistema nervioso, no me chocaría nada.

—¿Y el cielo del Mediodía?

—Me cansa.

—A mí me pasa todo lo contrario. No quiero vida interior, sino al revés. Vida exterior, que es, creo yo, la verdadera vida.

La señorita Nord comenzó a lamentarse de la existencia que llevaba en el pueblo. Se aburría allí. Quería ir al Mediodía a todo trance, a París o a Roma. Probablemente—pensó Larrañaga—, a tener aventuras amorosas. Decía que había perdido la juventud en aquellas cuestiones de enseñanza, pesadas, que en el fondo no le interesaban nada. Afirmaba que para una mujer lo único interesante en la vida era el amor, y que lo demás no tenía importancia. Todo esto lo decía con sonrisa irónica, burlona, con aire de superioridad. José la miraba extrañado y algo asustado.

—Pero aquí hay hombres también—dijo Larrañaga—que valen seguramente tanto o más que los del Mediodía.

—¡Oh! Sí. Unos tipos aburridos, pesados. No piensan más que en comer y en beber cerveza. ¡Qué asco!

—El señor Sinding tiene gran entusiasmo por usted.

—Sí, quizá; pero a mí no me gusta nada.

—Es un hombre de talento, un poeta distinguido.

—Sí; pero pesado, pesado. Fatigoso. Yo quiero algo ligero.

—Entonces tiene usted que ir al Mediodía. Para encontrar hombres como cupletistas, al Mediodía.

—Por lo menos, la vida tiene que ser allí divertida.

—Para mí no lo es. Esos hombres como cupletistas son también por dentro fríos, anquilosados y de cabeza dura.

—Sí, quizá...; pero, al menos, que no tengan trascendentalismo; quisiera tratar con hombres que fueran brutos, pero no trascendentales.

—Eso mismo, pero al contrario, deseaba yo hace años—dijo Larrañaga.

—¿Usted sabe lo que es pasar días y días hablando de lo mismo? Es un horror. Ibsen, Tolstoi, Nietzsche, Bergson, Spengler... ¡Oh!... A todas horas... la psicología..., la pedagogía..., la ciencia..., el arte..., el positivismo..., el idealismo... ¡Es una pesadez!

—Pero eso en el matrimonio no tendría importancia.

—¡Oh!, no, no. No me podría entender con ese hombre—dijo señalando a Sinding—. Para él el amor es el matrimonio y la vida ordenada y burguesa...; para mí, todo lo contrario.

La señorita Nord, que antes le había recordado a Larrañaga una avispa, le pareció la gaviota encerrada en un corral estrecho. Su sonrisa, aguda y burlona, demostraba la inquietud de su alma.

Hablaba en tono indiferente y al mismo tiempo muy vivo. Dijo que ella preferiría tener un amante, aunque luego la abandonara, que no un marido pesado y tranquilo.

Para el anochecer volvieron al puerto y se despidieron todos.

—Ha estado bien la tarde, ¿verdad?—dijo Olsen.

—Muy bien. Son gentes muy simpáticas. El es un hombre muy inteligente, y ella es distinguidísima, mujer extraña. Podría ser una princesa.

—¿Qué le decía a usted?

—Hablaba de que se aburría.

—Es un tipo de mujer que no es frecuente. No sé si será de aquí. Hay algo en ella de exótico, de reservado.

—¿Le ha interesado a usted?

—Sí, me ha llamado la atención; pero no quisiera vivir con ella. El sí es un tipo clásico de escandinavo, exuberante, optimista.

—Sí, es un buen tipo.

—Ahora, cenaremos—dijo Olsen—e iremos a pasear con esas chicas que conocimos ayer.

Efectivamente, así lo hicieron. Olsen volvió a montar en el tíovivo con la danesa, y Larrañaga charló con la institutriz alemana y le oyó recitar poesías de Goethe y de Heine. Al volver al hotel, Olsen preguntó a Larrañaga:

—¿Ahora, qué hacemos? ¿usted tiene interés en insistir sobre esas cuestiones históricas de los españoles del tiempo de Napoleón?

—No, no. Me basta ya.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Lo que usted quiera.

—No sé si le interesará Copenhague; es un pequeño París.

—Hemos visto ya bastantes pequeños Parises.

—¿Y Elsenor? ¿La patria de Hamlet?

—Eso no estaría mal.

—Le advierto a usted que no tiene nada de particular. Pero si quiere usted, vamos. Ahora no se puede ir por el Gran Belt, porque la entrada del Estrecho está cerrada con minas. Tampoco se puede ir por

el Ore Sund, porque al comienzo de este canal, por el Norte hay también filas de minas, y a la salida, entre Moen y las islas de Bornholm, hay una escuadra alemana. Así que si quiere usted, tendremos que ir a Korsor en barco; de allí a Copenhague en tren, y de Copenhague a Elsenor, también en tren.

—Si hace buen tiempo iremos.

Al embarcarse, al día siguiente por la mañana, estaba muy nublado, y al llegar a Korsor comenzó a llover de tal manera, que decidieron no seguir adelante.

IX

En medio de las olas y de las espumas de estos mares tristes, los grandes faros de los promontorios, de las islas rocosas y de las boyas flotantes se destacan audaces, atrevidos y románticos.

Se comprende la identificación hecha espontáneamente de la inteligencia de los grandes hombres y de los faros. Platón, Copérnico, Kant, son faros en las tinieblas, pupilas atentas y misteriosas, impasibles frente al desorden de la vida. Entre las olas, llenas de espuma; entre el grito ronco de las gaviotas y de los procelarias, como centinelas siempre vigilantes, velan de día y de noche los faros del Báltico. Son como el corazón de la bruma, la llama que arde entre las nieblas.

Hace siglos, en el Sund, entre Suecia y Dinamarca, se levantaba otra torre tan romántica como la de los faros del Báltico; pero esta torre no miraba al mar, sino a las estrellas. Era un observatorio.

A Tico Brahe, astrónomo anticopernicano, el rey le concedió para toda su vida la propiedad de la isla de Hven.

Tico mandó hacer en una meseta central de la isla un gran castillo. Uraniemborg (el palacio de Urania), y una torre o belvedere, con el nombre alegórico de Stellberg. En Uraniemborg y en Stellberg guardaba los

mejores aparatos astronómicos entonces conocidos; grandes esferas armilares, magníficos astrolabios para seguir el sol de Oriente a Occidente.

Tico tenía otros atractivos en su vida; practicaba, además de la astronomía, la astrología y la alquimia.

El palacio y el observatorio del sabio danés fueron saqueados por los rusos a principios del siglo XVIII. Hoy, del palacio de Urania y del Belvedere de las Estrellas queda sólo el recuerdo. El faro cuya luz se lanzaba por los cielos se extinguió como los rayos de un astro muerto.

La Isla de Tico.—*Evocaciones.*

CONVERSACIÓN EN EL BARCO

En la pequeña travesía de Korsor a Nyborg, a la vuelta, marchaba en el barco alguna gente. La mayoría eran comerciantes, comisionistas y unos pocos turistas ingleses y norteamericanos, a quienes sin duda la guerra no quitaba el afán de ver y de viajar.

El tiempo estaba malo. El cielo, gris. La lluvia venía en rayas torcidas y violentas. El mar se mostraba verde amarillento, bilioso, lleno de espumas, de meandros blanquecinos y de burbujas como de jabón.

Entre los pasajeros, Ölsen habló con un joven danés llamado Rosen, y con un señor francés, ya viejo, con aire de profesor, que daba la impresión de que viajaba por algún motivo de propaganda aliadófila.

El joven Rosen, rubio, más bien rojo, lleno de pecas, con melenas, hablaba francés de manera muy petulante.

Hubiera estado bien de dependiente de una joyería o sastrería del bulevar. Era germanófilo. Para él, los germanos, y entre ellos, naturalmente, los escandinavos, tenían superioridad manifiesta sobre el resto de los mortales. Los pueblos latinos eran pueblos muertos, pueblos de pura decoración, donde no había más que piedras viejas, fanatismo y mendicidad. El joven Rosen se consideraba ofendido porque los países escandinavos no tomaban parte en la guerra. Para él era una inferioridad que los pueblos escandinavos no tuviesen espíritu militar. Se había suprimido en ellos la aristocracia y los latifundios, y éste era el resultado.

—¿Qué le parece a usted?—preguntó Olsen a Larrañaga.

—Me parece que este señor es un tonto.

—¿Es que no se consideraba a Escandinavia? —preguntaba el joven—. ¿Es que se desdeñaba a Escandinavia? ¿Es que el pensamiento de Escandinavia no pensaba en el mundo?

La repetición de la palabra Escandinavia llegó a cargar a Larrañaga, que se alejó del señor Rosen con un pretexto cualquiera.

Entre los turistas ingleses había dos o tres que habían estado en Elsenor y visitado el castillo de Kronborg, donde pasa la acción de Hamlet, y habían visto la supuesta tumba del príncipe danés, que es un montón de piedras, con un monolito negro, que se muestra en Marienlyst, no muy lejos del mar, y la fuente de Ofelia.

Uno de ellos contó que hacía años la tragedia de Shakespeare había sido representada por actores daneses en el mismo Kronborg.

—Poca cosa es esto de Elsenor—dijo uno de los yanquis.

—Nada—le contestó Olsen—. Pero ¿es que su-

ponían ustedes que iban a ver la sombra del padre de Hamlet?

—No; ya me figuraba que no. Pero yo creía que el lugar sería más shakesperiano.

—¿Por qué? Si Shakespeare no estuvo nunca allí. Para él, Elsenor era un nombre nada más.

—¡Ah! Claro. Eso ya me lo suponía.

Una señorita que estudiaba en Copenhague dijo que era absurdo que Shakespeare hubiera pintado a Hamlet grueso, repleto y falto de aliento, y que esto, a los dinamarqueses, les parecía ofensivo. El joven Rosen, que hablaba de Escandinavia a cada paso, asintió, y añadió que era un error de Shakespeare, porque el verdadero Hamlet de la crónica de Saxo Grammatico había sido delgado y esbelto.

El francés condecorado agregó que a él le parecía lo mismo, y que Sarah Bernhardt había representado *Hamlet* de una manera deliciosa hacía algunos años.

—¿A usted qué le parece?—preguntó Olsen a Larrañaga.

—A mí me parece lo contrario de lo que dicen estos señores. El pintar a Hamlet grueso, pesado y falto de aliento, es una prueba de la intuición del autor.

—¡Oh! *Yes*—afirmó un inglés.

—¿Cree usted?—preguntó Olsen.

—Sí. Hamlet, en el drama de Shakespeare, es un melancólico, un hombre sin voluntad, lo que llaman ahora un maníaco depresivo. Así, gordo, pesado, tenía que ser para legitimar su tipo psicológico.

—Pero hubo un Hamlet verdadero que no fué grueso ni pesado—dijo el joven que hablaba siempre de la Escandinavia.

—Eso, ¡qué importa!—replicó Larrañaga—. Que el Hamlet histórico fuera gordo o flaco, alto o bajo,

nada importa. No se trata en el drama de un Hamlet, rey de verdad en la Historia, ni aun siquiera de un Hamlet hombre; se trata de un Hamlet, personaje de un drama de Shakespeare, inventado por él, que no tiene de común con el Hamlet rey más que el nombre y alguna vaga reminiscencia histórica. Dinamarca no colabora nada en el drama; pone solamente el nombre. Shakespeare colocó la acción de su tragedia en Dinamarca porque había aquí una tradición de parricidio real; pero lo mismo pudo ponerla en cualquier otro lado. El drama no hubiera perdido nada con eso.

—Es una tesis que no la he visto defender jamás —dijo el joven Rosen, que a cada paso hablaba de la Escandinavia.

—Todavía en la figura del Cid—siguió diciendo Larrañaga—, España colabora algo más, y, sin embargo, el Cid histórico, el Cid de verdad, si ha existido, no tiene nada que ver con el Cid de los romances y de los dramas caballerescos.

—Yo no creo en esa necesidad de que el espíritu de un Hamlet tenga que ir unido a un cuerpo pesado—dijo el francés.

—Yo no diría que existe una necesidad, porque no entiendo bastante de eso—replicó Larrañaga—; pero que hay una relación entre el espíritu y el cuerpo, aunque no tenga leyes bien conocidas, es indudable. Nosotros, los españoles, tenemos la tradición de que Don Quijote era flaco, y Sancho Panza, gordo. Cervantes lo dice; pero aunque no lo dijera, no podríamos suponer a Don Quijote grueso y pesado.

—Así que, según usted, ¿el *Hamlet* de Sarah Bernhardt no estaba bien?—preguntó el francés.

—A mí me pareció una cosa convencional para público de bulevar.

—¡Oh! *Yes*—dijo el inglés—. Sin duda ninguna.

Al francés condecorado no le hicieron la menor gracia las palabras de Larrañaga, y no quiso seguir la conversación.

Se suscitó de nuevo la cuestión de la guerra y se habló, sobre todo, entre los cuatro o cinco turistas, de quiénes tenían más grandes hombres entre los países de los bandos contrarios que luchaban en Europa.

Como no se podía medir esto fácilmente, como quien mide la gasolina del automóvil, tuvieron que abandonar la cuestión.

X

La teníamos a la verdad, o por lo menos la íbamos a tener, clasificada y catalogada, y se nos ha escapado de entre las manos.

Ibamos a hacer de la noche día; íbamos a fabricar un magnífico faro eléctrico, y estábamos a punto de guardar la vieja y pequeña linterna en el bolsillo, como cosa inútil. Y de repente han fallado los cimientos. Se nos ha evaporado la verdad positiva.

¿Hay una verdad? ¿Hay una evidencia? No lo sabemos. La matemática y la geometría nos parecían el colmo de lo evidente. Ya no lo son. No lo pueden ser. En el embrión estamos rodeados del blastodermo, después, metidos dentro de una piel, y tenemos otra piel en nuestro cosmos que nos envuelve, otro blastodermo, el de nuestros sentidos, que crea y al mismo tiempo reduce el horizonte sensible.

Más allá, nada. La luz del faro no llega. Habrá que abrir de nuevo la linterna.

El faro y la linterna.—*Las sorpresas de Joe.*

UN MISTAGOGO

Después de la larga y eterna discusión sobre los méritos principales de los alemanes y de los franceses, Olsen dijo a Larrañaga que él era más bien francófilo que otra cosa, aunque el catolicismo le era muy antipático.

—Pero, hombre—exclamó Larrañaga—. El catolicismo es la esencia de la latinidad.

—Pues no me es simpático. Quizá me haya equivocado en mis simpatías.

—Yo tengo también esa sospecha—dijo Larrañaga—. Esta guerra me va haciendo pensar que los alemanes no tienen la genialidad que se les atribuía.

—No la tienen. Es evidente.

—Se equivoca uno en muchas cosas; no por no seguir el rebaño, que si en seguir el rebaño hay acierto, es un acierto despreciable. Se equivoca uno porque no se conoce bien a sí mismo, porque no sabe uno qué es lo que vale en los propios instintos y qué es lo que no vale, cuál es lo original y, por lo tanto, lo respetable, y cuál es lo postizo, lo pegadizo, lo que no tiene raíz. Por eso uno se engaña la mayoría de las veces. Ya antes de la guerra había en mí algo que me impedía ser germanófilo completo.

—¿El protestantismo?

—Sí; el protestantismo me parece antipático; es la más judaica de las sectas cristianas; y tanto como el protestantismo me molesta el wagnerismo.

—Hombre, no diga usted eso.

—La música, el drama y el simbolismo wagneriano me han parecido siempre muy fastidiosos.

—Es lo más grande que ha hecho la Alemania moderna.

—Por lo menos, es lo más *kolossal.*

Entre los viajeros que marchaban a Nyborg había un noruego misterioso, estudiante de cura, que conocía muy bien el español.

Entabló conversación con Larrañaga, y de pronto, sin transición, se puso a hablar de cosas trascendentales. Según dijo, él consideraba posible, con buena voluntad, unir el ateísmo con la teología, y el anarquismo con un régimen conservador; lo cual era, indudablemente, como galopar hacia lo absoluto por las célebres tesis, antítesis y síntesis hegelianas.

Según él, todas las divergencias y contradicciones espirituales nacían como ramas del mismo tronco, y no eran más que la parte clara y la parte oscura de una misma idea.

—Esto es un principio parecido al que informa la filosofía de Schelling—dijo Larrañaga—. ¿No es cierto?

—Sí; es cierto. Yo no pretendo haber inventado nada—contestó el noruego—. En el sistema de Schelling, todas las oposiciones del pensamiento y de la existencia, de lo ideal y de lo real, de lo absoluto y de lo relativo, de lo subjetivo y de lo objetivo, todos los fenómenos que se nos aparecen como diferentes se funden en lo único e idéntico. Yo considero esto dogmático, sistemático, sin base ninguna. Yo identificaría todos los contenidos de lo subjetivo, pero no lo subjetivo con lo objetivo. Esto me parecería aventurado y quimérico. De hacerlo, se iría a una especie de alquimia o de astrología. Se llegaría a pensar que todo lo que se imagina el *ens imaginarium* tiene una realidad, lo que no es cierto. Las ideas de Lavater sobre la eternidad, como las de Swedemborg sobre las almas, son *entia rationis rationantis.* En lo sub-

jetivo, sí; todo se corresponde; las ideas nacen de una misma substancia espiritual, se ramifican y vuelven a donde salieron.

El joven noruego tenía la cara larga y pálida; los ojos, claros; el pelo, rojizo. Llevaba una capa gris impermeable, sombrero verde y botas enormes.

Se veía en él una indiferencia completa respecto al agradar o no a las gentes.

Era el estudiante noruego un hombre de espíritu tardo, complicado y confuso.

Este mistagogo hablaba con una expresión de indiferencia, sin mover un músculo de su cara, pálida y triste, y sin que se notara la menor emoción en sus ojos grises, casi blancos.

Dijo que, por estar enfermo del pecho, le habían mandado a viajar por España y por Italia. No se había ocupado de cosas artísticas o arqueológicas. No le llamaban la atención. Creía, como Kirkegaard, que estas cuestiones de arte estaban como en segundo plano y que eran más bien del dominio de los hombres de mundo y de las mujeres que de los pensadores.

—¿Qué ha hecho usted en esos países?—le preguntó Larrañaga.

Había hablado con la gente del pueblo. Los italianos no le gustaban; su astucia y su maquiavelismo, y su tendencia teatral, le desagradaban profundamente. En cambio, en España había encontrado almas antiguas petrificadas, con caras también antiguas, como de estatuas arcaicas.

¡Qué impresión para él había sido asomarse a estas almas viejas de campesino, instintivas, claras, como el cristal de roca!

El estudiante habló de Schleiermacher y de su creencia profunda en la intuición; de Kirkegaard y de su fe en lo subjetivo.

—Para mí también sólo lo subjetivo es lo íntimamente verdadero—dijo—. El cristianismo es la verdad subjetiva, y, por lo tanto, la verdad para el espíritu; pero el budismo también lo es y todas las religiones para el que cree firmemente en ellas. La ciencia pretende ser la verdad objetiva, la verdad para el conocimiento. Yo no lo niego; pero la Humanidad no puede esperar a la síntesis científica, que tiene que tardar demasiado, o quizá no llegar nunca. Mientras tanto necesitamos creer para vivir, y quizá también vivir para creer.

El aseguraba que en la completa oscuridad en que vivimos, en la ignorancia de lo esencial de las cosas y de los fines, la imaginación era la única que podía trazar un camino.

—Como los pájaros emigrantes—añadió—, hay que fiarse del instinto más que de unos Atlas de Geografía, siempre incompletos y que no llegan nunca a tiempo. Si se tuviera necesidad de la certidumbre para saber qué es lo que hay que pensar y qué es lo que es lícito obrar, no se podría ni asegurar ni ejecutar nada.

Ahora que el instinto, la inspiración, no debía pretender, según él, el llegar a los detalles, sino quedarse en puro sentido de orientación. Por eso era más acertado Platón que Plotino; por eso las doctrinas de Schleirmacher o Kirkegaard poseían una verdad que no se hallaba en las de Swedemborg, que no pasaban de ser puras entelequias posibles.

Este subjetivismo no impedía al noruego encontrar lógica e irrebatible la tendencia crítica de Kant en la esfera del conocimiento, ni tampoco acercarse a la interpretación hegeliana de la Historia.

Todo lo subjetivo, dentro y fuera de las religiones, tenía para él gran valor. San Francisco, Ruysbroeck, Eckart, Molinos, San Juan de la Cruz, Spi-

noza. Lo que no tenía para él ningún valor era lo maravilloso positivo, esa magia moderna de los Flammarión y otros farsantes de la época.

—La Naturaleza no es para nosotros más que la suma de datos que tenemos de lo cognoscible—añadió luego—. Un orden hallado lentamente por la observación y la experiencia. Querer por los medios ordinarios del conocimiento encontrar lo sobrenatural, es tan absurdo como querer hacer líneas sin puntos y polígonos sin líneas.

—En esto estoy de acuerdo con usted—le dijo Larrañaga.

El milagro, según él, era lo que no tenía interés, pura reminiscencia vulgar de una forma de mentalidad ya pasada.

—Para el hombre inteligente—dijo—todo en la Naturaleza es milagro; por lo tanto, nada es milagroso. El orden de la Naturaleza no es más que una serie de fantasmas de la mente, una serie de alucinaciones metodizadas. Vivimos en un sueño, combinando imágenes de otros sueños. El mundo, desde un punto de vista subjetivo, no es un mundo, sino muchos mundos, tantos como cabezas humanas con reflejos psíquicos hay en el planeta. Claro que todo nos hace pensar, en orden al conocimiento, que el mundo es único, que no hay otro y que ha existido siempre con unas mismas leyes. Y este conjunto de ideas de necesidad nos impulsa al determinismo. En un mundo único, eterno, necesario, casi fatal, estamos encerrados, sujetos; pero el alma vuela por encima de estas murallas y de estas barreras y afirma con fuerza que hay otro horizonte, un horizonte subjetivo en donde reina la libertad. Así, este sentimiento de libertad se incorpora al determinismo del mundo; es una libertad que es también necesaria; es como el matiz humano de la fatalidad universal.

La fe, según él, era un principio irracional; no era un razonamiento comunicable, como el de un teorema.

—Pues en España ha habido hombre que ha encontrado la diez y siete prueba matemática de la existencia de Dios—le dijo Larrañaga.

—¡Bah!—y el estudiante de Teología se encogió de hombros—. El padre jesuíta Atanasio Kircher había encontrado seis mil quinientas sesenta y una pruebas de la existencia de Dios.

—¿Usted no cree que haya prueba ninguna?

—Ninguna. Además, creo que la fe no es siempre comunicable; por eso afirmo que el no creer no es pecado.

—Pero ¿puede haber una religión sin pecado?—le preguntó Larrañaga.

—El pecado existe dentro de la religión para el que cree, para el que conoce las leyes y las quiere vulnerar; para el que no las conoce, no existe.

—¿Y el objeto, la finalidad de la vida humana, existe para usted?

—Sí.

—Pero ¿sólo para el que se lo ha creado?

—Naturalmente. La Naturaleza no nos ha mostrado nunca fin ninguno, ni para ella ni para el hombre. La finalidad de la vida hay que inventarla por intuición, por un esfuerzo de voluntad.

Larrañaga se sintió atraído por el espíritu nebuloso y sutil de aquel hombre, y se enzarzó con él en una larga conversación. Había algo en las ideas de aquel hombre que encarnaba con las suyas. El noruego hablaba con ingenuidad maravillosa y con pesadez extraña. Era su pensamiento como la tierra jutlándica, monótono, triste, y, sin embargo, atractivo.

Al acercarse el barco a Nyborg, el noruego fué a la cabina a coger su equipaje. Entonces Olsen se

acercó a Larrañaga con aire de mal humor, y le dijo:

—No haga usted caso de tipos así.

—¿Por qué no?

—Porque es un loco. Se le ve en la cara. Es un hombre que no tiene conceptos claros.

—No creo que sea loco, ni mucho menos.

—Usted no tiene la experiencia de esta clase de tipos; pero yo, sí. Son mezcla de locos y de cucos, que dan estos países del Norte. Hablan en iluminado, tienen una serie de escrúpulos morales, citan mucho a los teólogos y a los místicos, y acaban haciendo suscripciones y quedándose con el dinero.

—Este no ha hablado en iluminado. No, no.

—De todas maneras hay que desconfiar—insistió Olsen—. Hay mucho loco y mucho perturbado. Este mundo, como dice Heine, es un manicomio o un hospital:

Ist sie ein Tollhaus oder Krakenhaus.

—No, no creo que tenga usted razón. Este hombre no es un mago ni un farsante.

El noruego no tenía ningún interés práctico en hablar con Larrañaga, y se despidió de él con perfecta indiferencia en el muelle de Nyborg, en donde caía la lluvia a chaparrón.

Al día siguiente, Olsen y Larrañaga vieron a las dos muchachas conocidas por ellos días antes en la feria.

Elena, la institutriz alemana, se mostró, como siempre, un poco aniñada y simpática. Era muy romántica; sentía gran entusiasmo por la poesía, y creía que su padre era un grande hombre.

Cuando Larrañaga le dijo que se marchaba a Holanda, ella le preguntó ansiosamente:

—¿Cuándo nos veremos?

—No sé todavía.

—¿Me escribirá usted?

—Sí.

—Escríbame usted todas las semanas. Yo le escribiré también.

—Bueno; ya le escribiré.

Al ir a su casa, ella le presentó la mejilla y Larrañaga la besó. Entonces la muchacha le dió un retrato suyo, con una dedicatoria que decía así:

"A don José Larrañaga, en el comienzo de nuestra amistad.—*Nelly Baur.*"

Al leerlo, Larrañaga sonrió. Aquella frase del comienzo de su amistad demostraba que ella estaba dispuesta a continuarla y a desarrollarla.

TERCERA PARTE

LA FAUNA DE LOS ABISMOS

Impresiones de después de la guerra.

I

El niño con aire de desgana, con su gabancito, su gorra y sus anteojos ha llegado a la estación de un pueblo de la Mittel-Europa. Le acompañan la madre, la tía, un criado. Van a llevarle al campo. El niño está algo enfermo.

Para distraerle le muestran todos los atractivos de la estación *kolossal*: la arquitectura complicada del hierro, la geometría, la geografía, la fotografía, reflejo de las bellezas del turismo y de la cultura, el altavoz de la telegrafía sin hilos...

—Mamá, yo quiero ir a casa—dice el niño.

—¿Cómo a casa? ¡No! Si vamos a un sitio muy bonito. ¡Mira qué hermosos carteles de colores!, ¡los últimos libros!, ¡los periódicos recién impresos!, ¡las vistas de las ciudades! Roma, Constantinopla, Nápoles, Argel. ¡Mira qué palacios!, ¡qué barrancos!, ¡qué estatuas!. ¡qué columnas!, ¡qué pirámides!, ¡qué acueductos!. ¡qué puertos!, ¡qué ruinas con cabras y pastores! Todo esto lo tienes que ver tú.

—Mamá, yo quiero ir a casa.

—A casa, no. ¡Qué disparate! Mira la Costa Azul, la Costa de Oro, la Costa de Plata, Normandia, Bretaña, el Atlántico, el Mediterráneo, Túnez, Egipto, el Mar Rojo, los Alpes, Chamonix, el Monte Blanco, los Dolomitas, el Jung Frau, el Lago Lemán...

—Mamá, yo quiero ir a casa.

Las estaciones melancólicas.—*Las sorpresas de Joe*

SE ENCUENTRAN

La correspondencia entre Larrañaga y Nelly comenzó con largas interrupciones, pero llegó a hacerse regular.

Todas las semanas Larrañaga recibía una carta de Nelly. A veces José se retrasaba en su contestación, porque no sentía muchas ganas de escribir; pero, al fin, escribía, unas veces por simpatía y otras por piedad.

Nelly en sus cartas manifestaba inteligencia viva; había leído bastante y con provecho. Tenía ese sentimiento muy alemán de querer desenvolver el alma, algo que está relacionado en los germanos con su idea del *werden*.

Este concepto tan alemán del *devenir* lo adquirió en el colegio, y lo había desarrollado después, no sólo como una vaga idea cogida al azar, sino como algo suyo personal.

Ella pensaba que así como las cosas se van realizando poco a poco en ese río confuso de la existencia, hasta tomar forma definitiva, lo mismo las almas

van pasando por estados embrionarios, buscando sus modos, cada vez más completos, hasta alcanzar en la vida su perfección máxima, y era esto a lo que ella aspiraba. Desenvolverse. Ser todo lo que podía ser. Ese era su ideal.

La correspondencia duró dos años. Al principio, Nelly se manifestaba descontenta, pero no desesperada; luego en ella la desesperación fué en aumento.

"Cumplo mis obligaciones puntualmente, pero con tristeza—decía en una carta a Larrañaga—. Cuando me meto en la cama y apago la luz, pienso: ¡Ahora, arriba el telón de los sueños!, y me pongo a soñar. Mis mejores amigos vienen a hacerme compañía, entre ellos una amiga de la infancia llamada Leonor, mi padre, mi tío y usted."

En otra carta contaba: "Estoy haciendo un chaleco de lana para usted. La señora de la casa, Frau Brinckmann, me ha preguntado severamente para quién lo hago y le he dicho que para mi padre. ¿Sabe usted dónde está ahora?, me ha vuelto a preguntar. Sí, le he contestado, aunque no es verdad." Terminaba la carta diciendo: "Mi querido amigo, mi gran amigo, no se olvide usted de escribirme. Sea usted bueno con su amiga, que tanto le quiere."

Otra vez le preguntaba: "¿Pensará usted en mí tanto como yo pienso en usted? No lo creo; pero tampoco lo exijo. Me contento con que se acuerde usted un poco de la amiga que ha dejado usted en esta tierra fría y nebulosa. No quisiera que me hiciese usted regalos, sino que me escribiera."

Pasado algún tiempo, le decía: "Ya empieza la primavera; pero aquí se nota poco. Sigue la niebla, el cielo gris y el ruido terrible de las olas. ¡Oh! ¡Cómo quisiera ir a un país meridional, de cielo azul y de sol brillante, en donde no hubiera este viento furioso y este ruido del mar tan triste! ¡Qué a gusto volve-

ría a mi aldea de los Cárpatos a ver aquellos bosques, aquellos prados y aquellas lagunas! Pero quizá no; mis amigos ya no están allí, y tampoco quisiera separarme de usted."

Otra vez casi le reñía: "No me gusta que tenga usted mala idea de los hombres y, sobre todo, no me gusta que tenga usted mala idea de sí mismo. Yo le conozco a usted y sé como es. Su amigo el dinamarqués señor Olsen me ha escrito hablándome de usted y tiene la misma idea que yo. Es decir, le considera a usted como hombre bueno, generoso, valiente, inteligente, que no tiene más defecto que el mirar las cosas con ojos misantrópicos. ¿Por qué ha de creer usted que constantemente todo ha de salir mal?"

A veces Nelly se expresaba con gran fuego y melancolía:

"En esta noche negra que me envuelve, usted es mi única esperanza, el único rayo de luz que puede disipar mis inquietudes y mis tristezas. Es usted mi protector natural y le veo en mis sueños como a San Jorge derribando al dragón. Mi vida es muy triste. Tengo que vivir disimulando. Muchas noches no hago más que llorar. Mis patronos creen que lloro por las desgracias de Alemania. ¿Me abandonará usted? ¿No se acordará de su pequeña amiga, que lleva una vida tan triste? ¿No le ayudará usted a salir de este país, en donde está languideciendo?"

* * *

Al acabar la guerra, sus cartas se hicieron aún más desesperadas. Sus amos, los alemanes de Flensburg, que vivían en Nyborg, estaban más sombríos e irritados que nunca con la pérdida de la guerra, y la vida con ellos era insoportable.

Larrañaga sentía mucha pena pensando en aquella

muchacha, y le mandó dinero para que volviese a Alemana, pero ella le contestó que no saldría sola. Si él no iba a buscarla, se quedaría allí, moriría allí. Larrañaga, vencido, le escribió una carta diciéndole que no podía ir él inmediatamente y que la esperaría ocho días después en Hamburgo, a las nueve de la mañana, en un café, enfrente de la estación central. Le escribió a la señorita Nord, pidiéndole que hiciese el favor de acompañar a Nelly hasta el barco.

Larrañaga pensaba esperarla en Hamburgo e ir con ella a Berlín a buscar a su padre.

Larrañaga hizo un viaje en tren, pesado, largo y fastidioso; tuvo que esperar en la frontera alemana horas y horas para ser registrado, y llegó a Hamburgo al amanecer, cansado, y fué a sentarse al café en donde había citado a Nelly.

Esperaba en la terraza del café cuando apareció Nelly con un maletín en la mano. Venía la pobre muchacha, pálida, cansada. Se había mareado, según dijo, en el barco, desde Nyborg a Lubeck, y había seguido mareada en el tren hasta Hamburgo.

Tomaron el en café un desayuno con un poco de leche falsificada.

—¿Tiene usted ya hotel?—preguntó Nelly a Larrañaga.

—No, no tengo.

En la proximidad de la estación no hallaron sitio donde hospedarse en ninguna parte; solamente en el hotel de una plazoleta encontraron cuarto con una cama. La fonda, pequeña y limpia, tenía aspecto un tanto raro. Le chocó a Larrañaga su aire discreto y misterioso; pero tal era la escasez de alojamiento, que se decidió a dejar allí sus maletas y, en último caso, pasar la noche. Dormirían uno en la cama y el otro en el diván o en el suelo.

Hicieron un nuevo recorrido en busca de aloja-

miento, por si acaso; pero en vista de que no se encontraba cuarto, decidieron quedarse allá.

—No nos ocupemos ya de eso—dijo Larrañaga—. Si no vamos a pasar todo el día danzando de un lado a otro.

Preguntaron por un buen restaurante, y fueron al que estaba cerca del Ayuntamiento, en un piso bajo con ventanas a un canal, y charlaron largo rato.

Comieron bastante bien y, después de comer, Larrañaga preguntó a Nelly:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Me gustaría encontrar a mi padre.

—Muy bien. ¿En dónde estará?

—Yo creo que en Berlín.

—Bueno; iremos a Berlín. ¿Y luego?

—Luego quisiera vivir donde usted viva—dijo la muchacha ruborizándose.

* * *

Larrañaga no quería dar a la conversación giro amoroso ni mucho menos. Recordó que hacía años, en Hamburgo, solía ir a un café llamado Alster Pevillon, café grande como un teatro, con tribunas donde tocaba la música y se reunían algunos españoles. Por si acaso quedaban conocidos, fué al café con Nelly y preguntó al mozo si se seguían reuniendo algunos compatriotas. El mozo le dijo que sí y le llevó a una mesa.

Había tres españoles. Uno era comisionista de Bilbao; el otro, afeitado, pequeño, con aire de cura, al parecer profesor de idiomas, y el tercero, vendedor de fruta. Entablaron conversación como si se conocieran. El pequeño contó en seguida que había ocultado a Casanella, uno de los que mataron al presidente Dato,

en su casa de Hamburgo. Una noche se le presentó en su hotel un hombre alto, flaco, que estudió el cuarto de la casa rápidamente, sin duda para ver si le convenía para esconderse y luego le djo que era Casanella. El le proporcionó papeles falsos para poder embarcarse y entrar en Rusia por Reval.

Este hombre de negro, con aire de cura, daba lecciones de español, y por su aspecto debía vivir bastante mal. El tercero de los españoles era frutero valenciano, violento, exasperado, que luego supo Larrañaga que había pegado una navajada a un judío en Amsterdam y había estado a punto de matarle; pero que por tener muchos motivos, pues el judío le engañaba y se burlaba de él, no le castigaron los Tribunales más que a una pequeña pena.

Estos tres españoles fraternizaron en seguida con Larrañaga y le hablaron de otros dos paisanos que iban a venir de un momento a otro, a los cuales pintaban como tipos muy interesantes: uno, que era diplomático, y el otro, periodista.

Efectivamente, poco después llegaron dos hombres.

El diplomático era alto, aguileño, curtido por el sol, con aire de moro o de judío, los ojos claros y la perilla en punta. El otro era de mediana edad, bajo, con barba, de cara muy correcta, con los ojos tristes y el labio belfo. El diplomático era, indudablemente, hombre de gran carácter. Tenía ya más de cincuenta años y, al parecer, era un Don Juan. Se había llevado hacía poco a una chica de una familia aristocrática de Viena, que vivía con él. Este intrigante había estado en todas partes, había hecho de todo y sacado dinero a todo el mundo.

Hablaba de manera pintoresca. Explicaba los hechos conocidos por razones completamente distintas a las admitidas corrientemente. Al oírle, daba la impresión de que estaba en los grandes secretos de Esta-

do. Había conocido y hablado al Zar, al Káiser, a Kerenski, a Lenín, a Rasputin, a Lloyd George, a Wilson, a Clemenceau, a Poincaré, a Hindenburg, y sabía sus más íntimos pensamientos.

Hablaba todos los idiomas, entraba en todas las Embajadas y había escrito en varios periódicos. Cargo diplomático no tenía ninguno. ¿De dónde era? ¿De qué nación? ¿Era clerical? ¿Anticlerical? ¿Judío, antisemita, francófilo, germanófilo, o era sólo un farsante?

Probablemente era un sirvengüenza audaz, dispuesto siempre a tomar parte en cualquier combinación sucia y canallesca. Se veía que era un embustero; pero como tenía muchos datos, sabía documentar sus embustes, de tal manera que les daba un aire de certidumbre. A Larrañaga le quiso embaucar, conquistar y casi lo sonsiguió.

El periodista era un hombre silencioso y misterioso; hablaba poco y miraba a su compañero el diplomático apoyando los labios en el puño del bastón. Este tipo confirmaba con sus escasas palabras, y sobre todo con sus gestos, las extrañas informaciones del diplomático. Habló, vaga y misteriosamente, de negocios raros y poco lícitos. Tenía documentos bolcheviques, cartas de Rasputin y de la emperatriz de Rusia, fotografiados. El, al parecer como su compadre, había estado en todas partes. No se sabía quién era más fantástico, si el hablador o el silencioso. Este, en pocas palabras, dijo que había sido ingeniero, marino, fotógrafo, embajador de una República americana, que había estado en Rusia y se había hecho enemigo de los bolcheviques.

A Larrañaga le divertía mucho la charla de aquellos hombres pintorescos; pero ante una observación y una mirada de Nelly, comprendió que no le convenía estar allí y tomar confianza con ellos.

Para dejarlos, inventó que Nelly y él tenían que hacer, y se despidió de los españoles con este pretexto.

—Ahora tenemos que ir al puerto—dijo Larrañaga.

—Yo le acompañaré a usted, porque allí tengo grandes influencias—le advirtió el diplomático.

—No, no hay necesidad. Es un asunto particular de esta muchacha amiga mía.

—Venga usted luego por aquí—le dijo el otro.

—Sí, sí; vendré después de cenar.

Y, saludando a los españoles, Larrañaga y Nelly salieron a la calle.

* * *

—¿Qué, le ha dado mala impresión esa gente?—le preguntó Larrañaga a Nelly, riendo.

—Muy mala. Ese hombre aguileño, con la cara atezada y los ojos claros, tiene aire de ser un bandido.

—Sí; debe ser un canalla completo. Ya he notado que le hacía a usted mala impresión.

—Y yo he notado también—dijo Nelly—que a usted le interesaban y que hubiera usted llegado a tener confianza con ellos.

—Sí; es un defecto mío. Esa gente irregular me divierte.

—Si hubiera usted vivido con mi ama de Nyborg, Frau Brinckmann, y le hubiera oído a usted decir esto, ¡qué mala opinión hubiese formado de usted!

—Quizá la que merezco.

—No, no. Ustedes, los hombres del Mediodía, son artistas y tienen la curiosidad por el hombre y pasan por sus defectos cuando ven algo gracioso. Y en el Norte, no; todos son preceptos y reglas de moral.

A mí me gusta que sea usted así. ¿Sabe usted a quién me recuerda?

—¿A quién?

—A la señorita Nord.

—¡Ah, sí!; pero aquella es más avispa que yo.

—No crea usted; en el fondo es buena.

Charlando, se acercaron al puerto.

—¿Qué, visitamos el puerto?

—Bueno; vamos.

Nelly se enteró de lo que tenían que hacer.

II

Al abandonar la ciudad, nuestro amigo Joe exclamaba:

—¡Hamburgo! ¿Hamburgo! El trabajo feroz. El puerto inmenso. Las grúas, altas, con sus casetas giratorias. Los hangares. Los elevadores neumáticos, gigantes melancólicos de los muelles, con tubos, con escalas, silbando, echando humo y chorros de vapor...

¡Hamburgo! ¡Hamburgo! Los trasatlánticos de cuarenta mil toneladas; los diques secos, con una algarabía de terribles martillazos; el escudo de las Compañías marítimas, como pulpos rojos cuyos tentáculos abrazaran el planeta. El infierno del movimiento.

¡Hamburgo! ¡Hamburgo! El río de cieno, el humo negro del carbón de piedra, el color del hierro roñoso y del minio en la chatarra de los barcos, el cielo de tinta, las sirenas aulladoras, las dragas monstruosas, las gabarras llenas de barro, arrastradas por remolcadores humeantes.

¡Hamburgo! ¡Hamburgo! Las grandes navieras, los capitanes de industria, los negociantes jugadores de *fútbol* con las acciones de las Compañías, la aventura de los últimos conquistadores sobre la pesadez de la mecánica y del dinero. Pueblo de hombres de presa y de mercachifles judíos que charlan de la valuta con voces agrias

o gangosas en el Alster-Pavillon. Todo grande, sencillo, sin aparato.

¡Hamburgo! ¡Hamburgo! Ambición. Locura. Sueño de imperialismo y de dominio. Estaciones que vomitan gente, terrible torbellino de barcos, de máquinas, de obreros. Barrio de Saint Pauli, con sus tabernas y sus cabarets de mujeres desnudas, sus devotos de la bandera roja y sus chulos... Calles grandes, lago, puentes, perspectivas lejanas, en donde, al anochecer, se ve, por encima de los tejados, el sol pálido sobre la estatua gigantesca de Bismarck.

Hamburgo.—*Evocaciones.*

NOCHE INQUIETA

Marcharon por la calle hacia el puerto. Utilizaron un ascensor para bajar a la orilla del río y tomaron un billete para entrar en un barco que recorría los distintos muelles.

Al pasar al barco, un fotógrafo hizo una fotografía, que luego vendió a los pasajeros.

—Sí usted quiere, compraremos una—le dijo José a Nelly.

—No. No se nos ve bien—replicó ella, que había mirado con atención la fotografía.

Corría aire fuerte y las aguas del río, de color de barro, parecían hervir al impulso de las ráfagas de viento.

Había en el barco que daba vuelta al puerto un cicerone, hombre que explicaba por dónde iban; dónde estaban los vapores de la Hamburg-Amerika-Line

en el Petersen Quai, los de la Deutsche Levante Linies, los de la Kosmos; los de Hugo Stinnes... El cicerone contó por qué se llamaba Duques de Alba a los pilares de madera metidos en el río para amarrar los barcos; luego el hombre mostró las dársenas: Baakenhafen, Segelschifhafen, Moldenhafen y otras cien más; mostró el *Cabo Polonio,* gran trasatlántico recientemente construído, y el buque bolchevique el *Rojo de Petrogrado,* sucio y sin pintar, que acababa de venir al puerto.

El hombre interrumpía sus explicaciones con algunos chistes que Nelly encontraba inoportunos y de mal gusto.

Pasaron por delante de los diques secos y cruzaron al lado de vapores que llevaban cientos de obreros A la vuelta oyeron la descarga de un cañón.

—Esto es un infierno—dijo Nelly.

—Sí, es como un sueño; yo he tenido muchas veces pesadillas semejantes—contestó Larrañaga.

—¿Y aún así le gusta?

—Sí; porque se nota fuerza y energía. Se ve que este es un pueblo dispuesto a no considerarse vencido.

Volvieron por la orilla del río a pie. El viento les hizo guarecerse en un portal. Pasaron por calles por donde corrían los canales como en las ciudades flamencas.

—Este barrio antiguo, entre el Elba y el lago de Alster, es una ciudad holandesa, con sus casas viejas y sus canales tortuosos—dijo Larrañaga—. Ahora, en la parte nueva. Hamburgo es una de las ciudades más hermosas de Europa.

—Me alegro que le guste a usted Alemania—repuso Nelly.

Fueron a cenar al mismo restaurante donde habían comido por la mañana, y después de cenar marcharon

a un café próximo a la estación central, porque Larrañaga no quería verse de nuevo con los españoles que se reunían en el Alster-Pavillón.

En el café donde entraron había una animacién verdaderamente extraordinaria. Estaba lleno de hombres y de mujeres. Abundaban los judíos, que se destacaban entre las demás gentes pesadas, por sus tipos orientales y por su gesticulación expresiva.

Tocaba la música. Los parroquianos bebían y gritaban como locos. Parecía que algunos se emborrachaban por persuasión y sin necesidad de alcohol, porque se les veía con algún vasito de cerveza pequeño delante.

En esto la música comenzó a tocar la sinfonía de la ópera *Carmen*. Al llegar a la marcha del toreador, aquello tomó un aire de fiesta de salvajes. Todo el mundo gritaba desaforadamente. Uno cogió a una muchacha, la sentó sobre sus hombros y la paseó por entre las mesas. Otro hizo lo mismo con un amigo. Era una cosa absurda, disparatada, de alegría forzada y morbosa.

Nelly y Larrañaga, cansados del ajetreo del día, salieron del café y se acercaron al hotel de la plazoleta donde habían tomado cuarto.

De noche Larrañaga encontró peor aspecto a la pequeña fonda y sospechó si sería una casa de citas. Subieron a la oficina. Una mujer muy seria les dió la llave, y siguieron por la escalera estrecha hasta el último piso. Abrieron el cuarto. El cuarto era de aspecto vulgar, con un montante encima de la puerta y cromos en las paredes. Las ropas y las sábanas de la cama estaban llenas de sellos estampados con tinta.

—¡Es extraño!—exclamó Nelly.

—Será para que no se lleven las ropas.

—Es desagradable.

—Echese usted en la cama. Yo me tenderé en el diván—dijo Larrañaga. a Nelly.

—No, no.

—Sí. Si no, sacaremos un colchón. Yo prefiero no dormir en la cama. En estas camas de Alemania no puedo dormir.

—¿Por qué?

—Porque ponen un edredón tan pesado que, sobre todo en verano, no lo puedo soportar. No comprendo cómo la gente es tan insensible que en pleno verano resiste este abrigo brutal en la cama.

Decidieron echar un colchón en el suelo.

José se quitó las botas y la chaqueta, se tendió en el colchón y al poco tiempo se quedó dormido.

Se despertaría cuatro o cinco horas después, ya descansado. Estaban tocando en un violín y en un piano un pasodoble español torero, pero lo tocaban con sordina y apenas se oía.

—¿Dónde demonios estoy?—se preguntó José.

Se dió cuenta de dónde estaba y oyó suspirar a su lado. Se incorporó. Entraba la claridad de una luz por el montante de la puerta, cerrado por un cristal esmerilado.

—¿Qué pasa?—dijo a la muchacha.

—¡Ay Dios mío! ¿Se ha despertado usted?

—Sí.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué casa es ésta—dijo Nelly.

—Pues, ¿por qué?

—Toda la noche se han oído pasos, canciones, alaridos. Han empujado la puerta, una mujer ha dado un grito, otra ha estado chillando: ¡Gustavo! ¡Gustavo, ven!, y al mismo tiempo se oían carcajadas.

—No haga usted caso—dijo Larrañaga—. Esté usted tranquila. La puerta está bien cerrada. Aquí no

entrará nadie y cuando se haga claro nos iremos. Yo estaré despierto, porque he dormido bastante.

La muchacha comenzó a serenarse, y por su respiración regular, Larrañaga comprendió que se dormía.

José estaba próximo también a conciliar de nuevo el sueño, cuando se oyó claramente un tiro.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó Nelly, sobresaltada y levantándose en la cama.

—Alguna silla que ha caído. Esta es una casa alborotada, verdaderamente insoportable.

—¿No habrá sido un disparo?

—No, no. ¡Ca! De noche hubiera sonado mucho más.

—Yo juraría que era un tiro.

—¡Ca! Estará usted soñando. Puede usted dormir tranquila.

Nelly encendió la luz. Se horrorizaba pensando en la gente brutal que debía haber en aquella casa.

José oyó un abrir y cerrar de puertas, gente que subía y bajaba la escalera. Estas voces, estos gritos, estos murmullos daba a todo aquello una impresión de que había pasado algo trágico.

Sobreponiéndose, llegó a infundir tranquilidad a la muchacha. Nelly, de cuando en cuando, abría los ojos, miraba a José y sonreía.

Al entrar en el cuarto la luz del día, la muchacha se durmió profundamente. Larrañaga iba a aprovechar la ocasión para volverse a dormir, cuando sonaron unos golpes suaves en la puerta.

Larrañaga preguntó en voz baja:

—¿Quién es?

—La policía. Abra usted.

Larrañaga abrió y se encontró con un hombre alto y fornido que le mostró un carnet con su fotografía.

—Los documentos—le dijo.

Larrañaga sacó su pasaporte y lo mostró.

—¿Habla usted francés o inglés?—le preguntó al policía.

—Sí. ¿Por qué?

—Esta pobre muchacha se ha pasado toda la noche espantada con los gritos que han dado en esta casa, sin poder dormir, y ahora ha cogido el sueño. Yo quisiera que no la despertaran, que la dejara usted dormir.

El policía miró a la muchacha y el colchón donde había dormido Larrañaga.

—¿Quién es esta muchacha?—dijo.

—Es una chica alemana que ha estado de institutriz en Nyborg, en un pueblo de Dinamarca, y viene conmigo a Berlín a ver si encuentra a su padre. Está enferma.

—¿Es pariente de usted?

—No. Es amiga solamente. Hemos entrado en este hotel, porque no hemos encontrado otro, sin saber qué clase de casa era.

—Sí. Está todo ocupado en Hamburgo. Bien. Déjela usted dormir.

—¿Y qué ha pasado aquí—preguntó Larrañaga—. Ha sonado un tiro.

—Sí. Se ha suicidado uno que ha venido con una mujer—contestó el de la policía con indiferencia.

El de la policía salió, y Larrañaga, tendiéndose en el colchón, consiguió dormirse de nuevo.

Cuando despertó, estaba Nelly vestida y arreglada.

—¿Qué voy a hacer con esta muchacha?—se preguntó Larrañaga. Dejarla sola le parecía muy duro—Le acompañaré hasta Berlín, a ver si encuentra a su padre y la dejaré con él. Pero, ¿y si no le encontramos?

La muchacha, como si comprendiera las intenciones de Larrañaga, le dijo:

—He estado muy tonta asustándome e interrum-

piéndole a usted el sueño; pero no lo haré otra vez. Comprendo que, después de la guerra, todo debe estar muy revuelto y muy alborotado.

Larrañaga se vistió rápidamente.

—Bueno; vamos a desayunar—dijo a Nelly.

Salieron del hotel, en aquella hora silencioso y desierto. No había nadie. Buscaron un mozo y marcharon a la estación, donde tomaron billete para Berlín.

III

Berlín. La pedantería militar.

La glorificación del casco prusiano y del paso gimnástico de parada.

Los fantasmas blancos de los reyes de la Avenida de la Victoria.

Las estatuas de los generales.

La ciudad del Canciller de Hierro y del Káiser con bigotes de peluquero. Todo *kolossal.*

Berlín. Unter den Linden, con su aire vienés o parisiense, museos, palacios, falsa Atenas, orquestas wagnerianas, cervecerías y music-halls, salchichas y mujeres blancas.

¡Berlín! el trabajo duro, el esfuerzo, la claridad, la ciencia, la miseria áspera de los intelectuales y los falansterios de los emigrados rusos.

Berlín.—*Evocaciones.*

DESBARAJUSTE

Al llegar a Berlín fueron a parar a un hotel próximo a una estación, donde les dieron cuartos muy elegantes. Reinaba la xenofobia en la ciudad. Todo

estaba cinco o seis veces más caro para los extranjeros que para los alemanes. El franco suizo comenzaba a valer un millón de marcos.

Como estaban cansados, el primer día no salieron casi del cuarto.

En la habitación de al lado, una pareja de rusos se pasaba el tiempo tocando la guitarra y cantando. Lo hacían de una manera tan lánguida, que, al oírlos, Larrañaga se forjó la idea de que debían de ser heridos o enfermos que estaban en Berlín en tratamiento. Por la noche vió que los supuestos enfermos eran un ruso de cerca de dos metros de alto, con un pijama azul, y su mujer, una gigante por el estilo.

En el vestíbulo del hotel, una porción de anuncios impresos indicaban a los viajeros el que antes de veinticuatro horas se presentaran en la Inspección de Policía.

—Tendremos que ir—dijo Nelly.

—No. ¿Para qué? Nos haremos los desentendidos.

José dijo a Nelly que buscara a sus parientes, pero ella quiso ir con él. Fueron los dos.

Preguntaron en varias partes por el padre de Nelly y por un tío, llamado Feuerstein, que era violinista.

Les dijeron que no sabían donde estaba el padre de Nelly. El tío, Federico Feuerstein, el violinista, vivía en casa de un aristócrata; por lo menos, en esa casa tenía sus señas.

Fueron a buscarle y, después de esperar largo tiempo, dieron con él.

El violinista era hombre alto, escuálido, blanco, con bigote caído y aire blando, a quien la miseria de la guerra había consumido.

El amigo aristócrata le había dejado aquella casa, para que la cuidase y viviera en ella. La casa era magnífica. El violinista les invitó a entrar. Subieron unas escaleras suntuosas; luego, precedidos por Feuerstein,

atravesaron salones lujosos, con cuadros antiguos, espejos y arañas colgadas del techo, y llegaron a un cuarto recubierto de azulejos blancos, un cuarto que debía ser una despensa. Feuerstein se asomó a la cocina próxima y gritó:

—Ya estoy aquí.

Luego se sentó a una mesa de cristal que tenía una servilleta de papel. Una mujer, vestida de blanco, con una toca también blanca, de cara seria y malhumorada, con tipo de enfermera, que estaba en la cocina en compañía de un hombre, trajo al violinista una sopa de mal aspecto y después un pedazo de pan negro con un poco de sebo, también oscuro y negro.

—Está mujer es la cocinera de mi amigo, y está ahí en la cocina con su querido—dijo el violinista—. Me tiene odio porque vengo a comer aquí. Es la orden que le ha dado el amo.

Nelly pidió al violinista noticias de su padre; pero él no sabía nada; dijo que se enteraría.

El violinista era primo del padre de Nelly y le gustaba hablar en francés. Contó a Larrañaga una serie de lamentables anécdotas de la guerra. Uno de sus amigos, un compositor viejo a quien le habían llevado a la guerra tres hijos, se había muerto de hambre y de frío en un banco de una plaza adonde solía ir a tomar el sol, naturalmente, cuando lo había.

Feuerstein, para todo tenía esta frase, en francés: ¡Ah! ¡Quelle saloperie!, aunque algunas veces decía: ¡Quelle saloperie degoutante!

Se comprendía que para un violinista la guerra debía de ser tan estúpida, tan inútil, que no le produjerá más que asco. El, que había vivido y logrado sus pequeños éxitos en París y en Londres, no podía comprender que se dijese que franceses e ingleses eran solamente unos bandidos.

Feuerstein era hombre de buen gusto y de cultura.

que quizá hubiera llegado a ser algo si hubiera tenido perseverancia. La guerra le había cogido en un momento de decadencia, y había, naturalmente, exagerado ésta, convirtiéndole en un pobre hombre, inútil, vagabundo y borracho.

Feuerstein contó que por la mañana comía con unos rusos, y hacía con ellos la vida en común, en una casa de Charlottenburgo. Allí podían encontrarle cuando quisieran.

El violinista no podía soportar a aquella mujer que le servía la comida; la iba tomando un odio atroz. Ella hacía todo lo posible por humillarle y por mortificarle.

Se despidieron del violinista, y Larrañaga y Nelly prometieron para el día siguiente ir a verle a la casa de Charlottenburgo.

IV

El pequeño Joe, en una época kantiana entusiasta, visitó hace años, Koenigsberg, la patria de Kant, y tuvo una conversación con el dueño de una cervecería de Magister Strasse, hombre al parecer amable.

Joe pudo notar que a la mayoría de los ciudadanos de Koenigsberg les parecía una impertinencia preguntarles por un antiguo profesor, pudiendo hablarles del Káiser o de algunos de sus generales más elegantemente vestidos, con uniformes más bonitos, llenos de galones y de estrellas.

—Usted habrá oído hablar de Kant—dijo Joe al cervecero.

—Sí, me suena. Creo que hay un Kant-Strasse delante del Palacio.

—¿Pero no sabe usted quién era Kant?

—No; supongo que sería algún general.

—Era algo más que un general.

—¿Algún ministro?

—También era más que un ministro. Era un gran filósofo.

—¿Filósofo?

—Un gran pensador. Un gran profesor.

—¡Ah! Profesor. ¡Ya!

—Debió vivir por aquí.

—No sé. Si quiere usted, le preguntaré al boticario de al lado.

—Muy bien.

Se marchó el cervecero y volvió al poco tiempo.

—¿Qué le ha dicho a usted el farmacéutico?—le preguntó Joe.

—Me ha dicho que la casa de Kant estaba en la Prinzessin Strasse, número 3; pero que se quemó. Que la Universidad donde explicó, ya no es Universidad; que él no ha leído las obras de ese autor, porque no son de su oficio; pero que en la biblioteca hay muchos libros que se ocupan de las teorías y de las opiniones de ese profesor.

—¿Y a usted le choca esa indiferencia?, me suelen preguntar—terminó diciendo Joe—. No me choca nada. Tampoco desde aquí vemos el Monte Blanco, lo que no impide para que sea el más alto de Europa.

Lo que queda de los grandes hombres.—*Las sorpresas de Joe*

LOS RUSOS

La casa en la que comía el violinista Feuerstein era un estudio de pintor destartalado, y casi sin muebles, donde unos rusos y él formaban como un falansterio. Cuando llegaron Nelly y Larrañaga, había tres o cuatro personas y el violinista.

Estas tres o cuatro personas eran rusos, vestidos con trajes harapientos, sucios, desastrados. Uno llevaba un gabán de soldado de Caballería, hecho jirones, atado con una cuerda; el otro, chaquet, destrozado, y corbata roja.

Poco después vinieron otros rusos y un viejo pintor,

que conocía al padre de Nelly, llamado Waltenhofen.

Mientras Nelly hablaba con el pintor. Feuerstein, el violinista, dijo a Larrañaga en un aparte que el padre de Nelly era un mentecato orgulloso, soberbio, sin ningún talento, y cómico detestable.

—¿Usted va a vivir con la muchacha?—le preguntó luego.

—No. Yo no tengo más que amistad con ella.

—Es muy buena chica. Muy inteligente, muy fiel, digna de mejor suerte. Cogió aquí la escarlatina, y el médico dijo que le había quedado resentido el corazón; es decir, que quizá tenga una lesión cardíaca. Es lástima. ¡Pobrecilla!

Los rusos ofrecieron una taza de te sin azúcar y una tostada de pan negro, con grasa, a José y a Nelly, pero era todo tan sospechoso de suciedad que ninguno de los dos aceptó.

Llegó poco después una muchacha rusa, morena, vestida de manera extravagante, con otra muy rubia y con aire angelical, que traía un niño de la mano. La morena era un muchacha de la aristocracia que, no hallando manera de vivir más decorosa, había entrado de camarera en un café de Berlín. Se llamaba Sonia. Enredada con un pianista húngaro, había tenido un niño, un chico que nació raquítico, sin uñas y casi sin huesos, gracias quizá al hambre del bloqueo.

Esto lo contó uno de los compañeros de falansterio de Feuerstein.

—¡Ah! ¡Quelle saloperie!—murmuró al oirlo el violinista, repitiendo su frase favorita.

Uno de los rusos se refirió a la gran confusión de ideas que había en Berlín y a la serie de discusiones sobre teosofía, antroposofía, magia, espiritismo y otra porción de necedades semejantes. El de la corbata roja habló en broma del templo antroposófico de Basilea, donde se bailaban poesías de Goethe y llegarían

a bailar, según él, los postulados de Euclides y el binomio de Newton.

—No seremos nosotros los que llevaremos claridad a esta confusión—replicó otro ruso—. Nosotros no tenemos sentido. La Santa Rusia es uno de los países más absurdos del mundo; no somos ni seremos nada. No tenemos instinto.

—Ni aún siquiera de la orientación—saltó otro.

—¿Por qué dice eso?—preguntó Larrañaga.

—Aquí, en Berlín—contestó Feuerstein—, se dice que los rusos viven tan absorbidos en sus ideas, que no se enteran de lo que pasa a su lado. Se ha publicado una caricatura en un periódico satírico. En una calle de Berlín se encuentran un ruso y un alemán forastero. El alemán le pregunta al ruso: ¿Quiere usted decirme dónde está la estación? Y el ruso le contesta: No lo sé; no llevo más que diez años en Berlín.

El ruso pálido y de la corbata roja dijo que él creía que los alemanes eran casi tan absurdos como ellos. El tenía un amigo escritor alemán que hizo durante largo tiempo un estudio entusiasta y concienzudo de San Francisco de Asís y de su amor por los animales. Luego a este escritor le multaron por matar pájaros en el campo.

Se rieron de la anécdota, pero alguno insinuó si estaría inventada.

El de la corbata roja afirmó que Berlín era una olla podrida de toda clase de locuras y de necedades. Teósofos, espiritistas, magos, mormones, comunistas, futuristas, cubistas, dadaístas; todos se agitaban como locos. Había gente que hacía la apología del homosexualismo. No había extravagancia que no se defendiera.

—¡Ah! ¡Quelle saloperie!—murmuró con tristeza el violinista.

—¡Qué quiere usted!—le dijo Larrañaga—. Esta-

mos en una época de estupidez y de credulidad. Se cree en los horóscopos, en los adivinos, en que se pesan las almas y en que multiplican y hacen operaciones matemáticas los caballos de Elberfeld.

Todas las fantasías, antiguas y modernas, encontraban defensores. Los astrólogos, que hacían horóscopos; los médicos metapsíquicos, que se dedicaban al psíco-análisis de Freud; los expresionistas, que pintaban cuadros estrambóticos; los cabalistas, los partidarios de la pederastia trascendental y filosófica. Era un pequeño mundo de imponderable estupidez.

Larrañaga se puso a hablar en francés con el viejo pintor amigo del padre de Nelly.

—La verdad es—dijo el viejo pintor—que esta guerra ha sido la ruina del Socialismo.

—¿Del Socialismo sólo?—preguntó Larrañaga—. Yo creo que ha sido la ruina de todas las utopías humanitarias, empezando por el Cristianismo, porque si en veinte siglos de predicación no ha podido educar a la gente e impedir una matanza tan bestia como ésta, es indudable que no ha servido para nada. Luego, la revolución rusa ha sido un completo desencanto. Yo creo que con esta revolución se ha terminado ya, por ahora al menos, el ciclo de las utopías sociales.

El pintor insistió en lo triste y dura que había sido la vida para los alemanes durante la guerra.

—Yo creo que eran más decentes las guerras antiguas, con sus ejércitos profesionales, y en las cuales la paz venía por procedimientos diplomáticos, sin aplastar por completo al adversario. ¿No le parece a usted?—preguntó el viejo—. Lo de ahora ha sido una verdadera marranada.

Cuando el viejo pintor oyó que Larrañaga era también artista o aficionado a la pintura, le preguntó con ansia:

—Usted cree que la pintura de Menzel, Marees y Boecklin, ya no vale?

—Yo entiendo poco. Pero creo que sigue valiendo lo mismo.

La contestación era un poco ambigua, pero contentó al viejo pintor.

En esto entraron dos mujeres flacas, que al parecer eran de la aristocracia rusa, las Vasilevskas, en compañía de un joven, también ruso.

Una de las Vasilevskas se sentó cerca de Larrañaga y de Nelly, y estuvo hablando de la mala situación de Rusia.

Ella había conocido a Rasputin y lo pintó como un tipo extraordinario.

—¿Pero era un charlatán o un hombre de convicciones?—le preguntó Larrañaga.

—Yo creo que era un hombre serio, de convicciones—contestó ella.

—¿Y era tal como lo han pintado de tipo?

—Sí; era hombre muy expresivo, de ojos hundidos, de pómulos salientes y mirada llena de inteligencia.

—Indudablemente, Rasputin y Lenín son los personajes más curiosos de toda la época de la guerra —dijo Larrañaga.

—Lenín es el diablo—interrumpió la Vasilevska.

—Sí; pero eso es ser algo. Lo demás de Europa, es vulgaridad pura.

—Lo que es extraño—dijo el pintor—es que no se haya aclarado más la figura de Rasputin después de la guerra.

—Yo he visto varios retratos distintos de Rasputin—aseguró Larrañaga—, y, la verdad, no se parecían mucho los unos a los otros. Con su figura moral es posible que pase lo mismo.

Una de las rusas, de aire encantador, que iba con

un niño, pegó a éste de manera tan brutal, que Larrañaga se indignó y estuvo a punto de agarrarle el brazo y de interpelarla, pero no lo hizo.

El joven que había entrado con las Vasilevskas se llamaba Igor y, al parecer, era el encanto de la sociedad. Era un joven pálido, con melenas, los ojos y los labios pintados, la nariz corva y caída, el cuello al descubierto y un camafeo en el pecho.

Vestía blusa roja con cuello blanco, pantalones anchos y medias. Era un personaje desagradable y casi siniestro.

Saludó con cierta indolencia y se puso a hablar. Por casualidad o intencionadamente defendía siempre lo contrario de los demás.

El joven Igor cantaba con la balalaika en la cervecería donde estaba Sonia. La noche anterior, según dijo, había tomado mucha cocaína y se encontraba decaído.

Le pidieron que cantara algo, pero se negó por su debilidad.

—¿Es usted francés?—le preguntó de pronto, impertinentemente, a Larrañaga.

—No. Soy español. ¿Usted es ruso?—le dijo José con el mismo aire de indiferencia.

—Sí, soy ruso.

El joven Igor habló con Larrañaga en francés y se dedicó sin duda a dejarle asombrado; pero Larrañaga se puso a mirarle con cierta hostilidad irónica. Para el joven, todo lo que aportaba la Historia no valía nada. El creía que César era un hombre vulgar; todos los figurones clásicos le parecían ridículos. En las ciencias y en las artes, todo lo antiguo no tenía valor. A Kant no lo leía nadie y no decía más que vulgaridades; Beethoven era insoportable; Wágner, aburrido; de Nietzsche no se podía decir más que lo que dicen los rusos: Nietzsche, nitchevo; es decir,

Nietzsche, nada. Más importante que todo eso era inventar un nuevo paso de baile.

—Sí, es posible—dijo Larrañaga.

Luego, sin duda y en vista de que el interlocutor no se maravillaba, el joven contó cómo había desertado del Ejército ruso, comprometiendo a un compañero a quien después fusilaron. Se manifestó como un hombre vil, entregado a la crápula. Sentía gran placer en pensar que todo se podía comprar y vender, y que no había nada puro y limpio.

Contó una porción de empresas parecidas a la primera, igualmente canallescas. Las explicó con muchos detalles. Se alababa de las traiciones que había hecho y las recordaba con fruición.

Se veía que tenía esa estúpida superstición de creer que la perversidad es una superioridad.

—A usted, sin duda, le parece todo esto muy bajo—le preguntó después a Larrañaga.

—Sí, sin duda—replicó Larrañaga irónicamente—. No son hazañas que puedan servir de ejemplo en las escuelas. Son pequeñas canalladas, insignificantes.

Entonces el ruso enrojeció y dijo que los occidentales no comprendían el alma rusa.

—Seguramente que no—afirmó Larrañaga—. Pero, en fin, uno supone que entre los rusos habrá gente noble y gente canalla; quizá las acciones de la gente noble las comprendería uno y vería su mérito.

Igor se separó de Larrañaga y se reunió con unas muchachas rusas.

Tenía que presentarles como curiosidad un homosexual, a quien había invitado a venir. Este tipo se presentó poco después. Era una cosa tan ridícula, que daba vergüenza.

Era un alemán alto, fuerte, con las espaldas anchas y las manos grandes, con los ojos y la boca pin-

tados. Por lo que dijeron, era estudiante, y en la Universidad le contemplaban como a un grande hombre, le sacaban fotografías y hasta celebraban conferencias con él y le sometían a procedimientos del psicoanálisis de Freud.

El ruso Igor contó cómo se había hecho amigo del estudiante alemán después de una gran borrachera. El alemán, enternecido por el alcohol, le había dicho medio llorando:

—Yo soy un invertido.

El le había contestado:

—Yo también; pero además he sido incestuoso. He tenido un hijo con mi hermana.

Las muchachas, al oír esto, rieron como si el ruso hubiera dicho una cosa graciosísima.

—*¡Quelle saloperie!* — murmuró el violinista con tristeza.

Nelly hablaba con el viejo pintor y no se enteraba de lo que decían los demás.

Era todo de una mezcla de majadería, de petulancia y de falta de gracia verdaderamente extraña.

Sin embargo, la mayoría de la gente se reía y celebraba las impertinencias y las brutalidades del ruso como cosa exquisita.

Larrañaga, cansado de aquel ambiente, dijo a Nelly que debían marcharse.

Iban a salir cuando al joven Igor, con su versatilidad, le dió la humorada de sacar la balalaika y ponerse a cantar.

Cantaba maravillosamente canciones populares rusas; unas muy tristes, llenas de melancolía; otras muy animadas, y algunas canciones de soldado (soldatskaias), de mucho carácter.

Una melodía triste y larga de los remeros del Volga le pareció a Larrañaga igual que una melodía vasca. Había una canción en que se destacaban en el es-

tribillo dos palabras: Basilowscki, Siretowschki. Luego Igor cantó la *Kamarinskaia,* de Glinka, de una manera endiablada.

—¡Qué gracia tienen estas canciones de los soldados!—dijo Larrañaga.

Nelly conocía alguna de ellas, por haberlas oído en su pueblo de Galitzia a los prisioneros rusos.

—Es curioso el encanto de las canciones de los soldados. Todo tiene gracia alrededor de ellos—dijo una de la Vasilevskas.

—Es la juventud—repuso el viejo pintor.

—Y, sin embargo, el cuartel es hediondo—añadió Larrañaga.

Una de las rusas tradujo la letra de estas canciones de soldados.

El pobre violinista Feuerstein quiso también lucirse; sacó su violín y se puso a tocarlo; pero desafinó dos o tres veces y quedó entristecido.

No practicaba. No tenía los dedos ágiles—dijo para excusarse.

El ruso Igor, como para poner en ridículo al violinista, comenzó a cantar, acompañándose de su instrumento, una canción popular alemana:

¡Oh! Mein lieber Agustin,
Agustin, Agustin.

Y los rusos se pusieron a bailar todos con el aire grotesco de osos polares.

* * *

—Bueno; vámonos—dijo Larrañaga a Nelly, y se fueron al hotel.

En el camino hablaron de las gentes que habían

conocido en la casa. Al día siguiente pasaron por delante de la cervecería rusa en donde estaba Sonia y tocaba y cantaba Igor; pero sólo por el aspecto, Larrañaga comprendió que aquello era un burdel.

Fueron a otro café. Larrañaga celebró un poco irónicamente el aire aristocrático que los alemanes quieren dar a sus cafés, en donde todo el mundo tiene que estar descubierto y los comerciantes y los dependientes de comercio se saludan como los Montmorency o los Rohan en la corte de Francia.

—Y gracias que ya no hay militares—dijo—, porque éstos cada uno parecería un Napoleón.

Nelly se reía un poco defraudada.

—Aquí todo pretende tener más categoría que lo normal—añadió Larrañaga—. Las estaciones del tren son verdaderos templos; los cafés son lugares aristocráticos, y las tiendas de salchichas son tiendas de delicadezas.

Al día siguiente, el violinista Feuerstein se presentó en el hotel a acompañar a Larrañaga y a Nelly.

A Larrañaga no le gustó gran cosa Berlín.

El violinista, exageradamente, dijo que todo en la ciudad era de un mal gusto terrible.

—Esta estatua de Bismarck parece de un hombre que va a una trapería a vender algunas ropas viejas —dijo el violinista.

—Sí; es muy fea.

—Y esta estatua de Moltke es un horror.

—Sí, también es muy fea.

Nelly, un poco entristecida, dijo a Larrañaga que su padre era alemán del Mediodía, y su madre, polaca.

Así que ella no tenía de prusiana absolutamente nada.

De noche todo estaba lánguido, triste, en Berlín. No había inmoralidad sexual probablemente por ane-

mia; pero ya no había moralidad ninguna en los tratos de la vida.

Después del paseo, el tío de Nelly, el violinista, se quedó a cenar en el hotel. El viejo preguntó con gran interés a su sobrina si podría pedir vino. Larrañaga le dijo que sí, que lo pidiera. El hombre bebió con una gran delectación cómica un poco de vino.

Para el día siguiente pensaron ir a Postdam a ver el palacio de Sans Souci.

V

—¡Sans Souci!, ¡palacio de Potsdam!, mixtificación del gran Federico!—ha exclamado Joe.

El rey filósofo y genial quiere engañar al mundo, mostrándose ante él como un ingenuo lleno de una ilusión de paz y de bondad.

¡Vedme cómo soy! un inocente sin cuidados, sin preocupaciones, sin inquietudes.

El viejo Fritz, cuando se quita su máscara, vive lleno de inquietudes, de preocupaciones y de cuidados.

Maquiavélico escribe el *Antimaquiavelo;* guerrero y caviloso, crea Sans Souci.

Terrazas, jardines, fuentes, árboles, estatuas. El gran mixtificador genial forma un falso Olimpo, que es un poco un falso Versalles. Y, mientras, sus convidados, entre ellos Voltaire, charlan en francés de retórica y de filosofía, Federico cavila y planea y saca sus garras de águila por debajo de su túnica de histrión y de tocador de flauta.

CONVERSACIONES EN POTSDAM

Tomaron el tren en Berlín para ir a Potsdam y entraron en un vagón de segunda.

Encontraron en el departamento a una señora rusa, vestida de luto, con tocas de viuda; una mujer morena, de piel cetrina, con las cejas muy negras, los ojos brillantes y cara muy triste. Llevaba alhajas pesadas y anillo de boda.

Al levantarse para salir, se le cayó el guante al suelo, y Nelly lo recogió y se lo dió.

La señora rusa le dió las gracias y luego le acarició en la cara, como a una niña, y la besó.

Subieron a Sans Souci por la gran escalinata. El tío de Nelly, Feuerstein, estaba contento. Hacía tiempo, por lo que dijo, que no había pasado un día tan agradable.

Hablaron del gran Federico y de sus amigos, y después, de Goethe, a quien el monarca prusiano, afrancesado en literatura, no estimó bastante.

El violinista y Nelly se manifestaban muy entusiastas de Goethe.

Larrañaga aseguró que indudablemente era un grande hombre; pero demasiado burgués, demasiado respetuoso con todos los valores sociales.

El violinista dijo que encontraba lógico que a un español le pareciera Goethe algo servil, porque los alemanes pecaban siempre por ser bajos y rampantes.

—No, no—exclamó Larrañaga.

—Sí; los alemanes tienen algo de los judíos—contestó Feuerstein—. Llegan al máximum de las cosas,

al máximum de la ciencia y de la piedad y al máximum de la ignominia, de la vileza y del mal gusto.

—¿Usted lo cree así?

—Sí. La vileza del meridional está más concentrada que en ninguna otra raza en la raza judía, y la vileza de las gentes del Norte, en el alemán. Ya a Schopenhauer le sorprendía la cantidad de palabras que hay en el idioma alemán, para engañar; todas con un aire triunfante.

—Así que usted cree que los alemanes tienen los dos extremos?

—Sí. Por eso no saben ser caballeros.

—No es posible que esto sea una ley general.

—Sí, sí; es general. Es difícil que un alemán, naturalmente, sea un caballero; podrá serlo, si se lo propone; pero espontáneamente no lo es.

—Mi tío tiene muy mala idea de los alemanes—dijo Nelly riendo.

VI

El repetir no es revolucionario—decía Joe—. Lo revolucionario es inventar. Copérnico, Newton y Kant son revolucionarios, seguramente más que Robespierre. La tradición revolucionaria es un contrasentido. No hay que tener tradición ninguna; sobre todo, no hay que tener ninguna tradición revolucionaria, para ser un revolucionario y un innovador.

El hombre capaz de cambiar, tendría que prescindir de toda tradición. Claro que con esta exigencia no habría revolucionarios. ¿Pero qué se perdería con ello? Yo creo que no se perdería nada. Al revés, se saldría ganando. Sería magnífico que la cólera y la irritación del rebelde no aparecieran más que en la cabeza de un hombre que tuviera una idea nueva y fuerte. Lo malo es que esta irritación y esta cólera brotan casi siempre en la cabeza de un cretino y alrededor de una majadería manoseada y conocida.

LOS ESPARTAQUISTAS

Después de estar en Sans Souci, de mirarlo y remirarlo todo, se detuvieron en una pastelería de Potsdam.

El violinista se enteró de que Larrañaga no hablaba alemán y le dijo a su sobrina que no debía dejar nunca a José, porque cuando se encuentra un caballero de verdad, no hay que dejarlo nunca, porque el hallazgo es rarísimo.

Nelly le contestó que Larrañaga era muy bueno para ella, y que ella, por su parte, no le abandonaría jamás.

Feuerstein habló de los recuerdos de la guerra y de la revolución de los espartaquistas, por los cuales no tenía ninguna simpatía.

Contó varios sucedidos y anécdotas y describió a Rosa Luxemburg como una judía contrahecha, casi enana, muy inteligente, pero que tenía muchos motivos para no estar satisfecha de la vida, ni de nada. Habló de Kurt Eissner, con su aire de universitario, farsante, barbudo y melenudo. Para Feuerstein, Eissner era un pedante.

Todos estos judíos o medio judíos buscaban la humillación y la ruina de su país, sentimiento explicable en ellos, que llevaban siglos denigrados y perseguidos; pero absurdo y morboso en gente de raza alemana.

Para Feuerstein todos los espartaquistas eran imbéciles, y el mismo Liebknecht, hijo, no había pasado de ser un orador de mitin, palabrero y de lugares comunes.

Naturalmente, el violinista elogió al estudiante Noske, que, según él, había salvado la situación desde el Ministerio de la Guerra.

Todos los políticos alemanes le parecían lamentables. ¡Qué torpes! ¡Qué incomprensivos! ¡Qué brutos!

—Hay una falta de psicología en el alemán—dijo Larrañaga—. Es un país que no ha sabido hacer novelas; para mí eso lo explica todo. Esto es una masa de gran valor, pero no es una nación. Es algo sin forma.

—Sin forma y, al menos por ahora, sin cabeza. Jamás creo que se ha visto la vulgaridad y la mediocridad de los hombres tan claras como durante la guerra y después de la guerra.

—Sí. Toda esta guerra ha sido de una fealdad y de una repulsión extrañas—añadió Larrañaga—. Probablemente, todas las guerras son feas y estúpidas; únicamente luego se arreglan y se poetizan. Quizá la misma guerra de Troya, de cerca, sería una estupidez.

—Luego, los medios de que se han valido—exclamó Feuerstein—. ¡Qué de folletos! ¡Qué de fotografías horribles! ¡Qué de caricaturas antipáticas! Nunca parece que la Humanidad se haya presentado tan vulgar como en estos últimos años. ¡Qué caras de reyes!, qué caras de presidentes! Un director de escena no los tomaría ni para coristas.

Feuerstein temía que los revolucionarios cambiaran por completo las costumbres, las ideas y la manera de ser de Alemania.

—¡Qué van a cambiar!—exclamó Larrañaga—. No cambiarán nada. No tenga usted cuidado. Harán daño, matarán; pero cambiar, no.

—Tienen una tradición revolucionaria.

—¡Una tradición! Por eso mismo no harán nada.

Un partido revolucionario que se llama Espartaco. ¡Qué ridiculez! Tradición revolucionaria. Es un contrasentido. Estos revolucionarios que se llaman espartaquistas; estos otros bolcheviquis, que cambian los nombres de las calles y de los pueblos, son unos tradicionalistas sin imaginación.

Por consejo de Feuerstein, decidieron ir a Nuremberg por si acaso allá encontraban las huellas del padre de Nelly.

VII

¡Nuremberg! ¡Nuremberg! Al asomarse a sus calles el pequeño Joe no ha recordado Hans Sachs y los Maestros Cantores, ni al gran Durero.

San Lorenzo y San Sebaldo, la Fuente Bella y la Fuente de las Virtudes, no le han ilusionado tanto como el pensar en el carácter de esta ciudad, gran fábrica de juguetes del mundo, de muñecas y de soldados de plomo.

Joe ha seguido esa calle larga, Konigstrasse, tan pronto ancha y tan pronto estrecha; ha cruzado una plaza con una iglesia gótica y se ha asomado a un puente sobre el río, buscando siempre las grandes tiendas de juguetes, esos juguetes trascendentales—las muñecas—que enseñan a las niñas a pensar en los futuros críos—y los soldados de plomo—, que muestran a los niños las perspectivas agradables de incendiar, bombardear y cortar cabezas con un hermoso sable.

¿Dónde están esos fabricantes de juguetes mecánicos, misteriosos y complicados, como cuentos de Hoffmann, las serpientes articuladas, las arcas de Noé y los conejos timbaleros? En esa calle larga, el pequeño Joe ha pasado revista al comercio: quincallerías, librerías, relojerías, bazares, tiendas de telescopios, microscopios, espejos, lápices, papel, porcelana, instrumentos de matemáticas, bicicletas, automóviles, baratijas con el sello de Made in

Germany; pero esa tienda misteriosa, ese laboratorio de los soldados de plomo, de las arcas de Noé y de las serpientes articuladas, no la ha encontrado.

El pequeño Joe se ha engañado, porque esos laboratorios de los juguetes y de los soldados de plomo no son tiendecitas pequeñas y modestas, sino fábricas grandes, con chimeneas enormes que echan bocanadas de humo negro y chorros de vapor.

Nuremberg.—*Las sorpresas de Joe.*

LAS RATAS

En el tren, en el vagón de segunda, Larrañaga y Nelly fueron durante largo tiempo solos. Al parecer, únicamente los potentados, la mayoría judíos, viajaban en segunda y en primera. En tercera iban los obreros, y en cuarta los profesores y los intelectuales. A la mitad del camino entró en el vagón una señora alta y rubia, con aire decidido, y un judío, pequeño y negro, con el pelo rizado.

Esta señora se puso a hablar con Nelly, y después con José, con energía completamente germánica, de que Alemania tenía que prepararse para una nueva guerra. José defendió la tesis de que no era necesario vivir en una preocupación constante por la Patria y por el Estado.

—Los franceses y los alemanes quieren ustedes sustituir la Religión por la idea de la Patria, y la Iglesia por el Estado. Lo malo es que influyen ustedes en los demás países.

El judío, pequeño, negro, con el pelo rizado, el

aire entre insolente y despreciativo, escuchó la conversación sin decir nada.

Larrañaga contemplaba a la gente en las distintas estaciones con asombro. A pesar de la depresión producida por la pérdida de la guerra, todo el mundo andaba derecho, erguido y fuerte.

En Jena le chocó ver bajar de un vagón de cuarta a un alemán joven, rígido, que debía ser viajante de comercio, con la cabeza casi afeitada. Saltó del vagón, con su caja de muestras en la mano, y se paseó por el andén. Luego sacó una cajita del bolsillo, comió dos o tres cosas que parecían pastillas, bebió de un frasco cuadrado negro; sacó un cepillo y se frotó las botas; después sacó otro cepillo y se limpió la chaqueta y el sombrero, se alisó el pelo y, con aire de triunfo, con la caja en la mano, se marchó como si fuera a dominar el mundo.

—¡Qué gente!—se dijo Larrañaga con asombro.

Llegaron a Nuremberg la tarde del domingo. Había inmensa multitud en la estación: unos iban, otros venían. De pronto se puso aquella gran masa a cantar una canción a coro. Era verdaderamente imponente, y José quedó sobrecogido.

Luego la enorme multitud, para salir de la estación, tuvo que ir marchando despacio. Nelly y Larrañaga se dirigieron a un hotel de la calle principal, Konigstrasse.

Nelly conocía un sitio donde había comido más de una vez con su padre. Era una taberna de la misma calle. En la taberna, el tabernero les salió al encuentro y les llevó a un cuarto del fondo, no muy grande, cubierto de madera de color de caoba, con una estufa de porcelana verde, un reloj de madera, en el que no se notaban las horas porque eran del mismo color que la esfera; varias cabezas de ciervo

en las paredes, dos o tres águilas disecadas y un estante con libros.

Comieron allí, y ya al hacerse de noche salieron a pasear por el pueblo. La luna aparecía en el cielo entre nubes aborregadas. Cruzaron los viejos puentes del río Pegnitz, en cuya superficie negra se reflejaban las luces de las casas.

—¿Es muy bonito, verdad?—preguntó Nelly.

—Sí. Da impresión de un lugar de balada, de canción romántica.

En una calle, de un balcón abierto salían los sonidos de un piano y estuvieron escuchando. Luego, en la plaza, vieron la Fuente Bella, en cuyos pináculos góticos brillaba la luz de la luna, y oyeron las horas en el reloj de una torre.

Nelly se agarró del brazo de Larrañaga. Iba muy contenta y se reía, porque tenía mucho miedo. Se figuraba ver damas blancas en las ventanas o en los tejados, a la luz de la luna, y caballeros, armados con corazas y cascos brillantes, que estaban inmóviles, arrimados a las puertas, como fantasmas de piedra.

Prolongaron el paseo y fueron al hotel a acostarse ya tarde.

A José le despertaron las ratas, que habían tirado al suelo un pedazo de chocolate que había dejado sobre la mesa, y se ponían a roerlo con energía completamente germánica.

Por la mañana, Nelly fué a ver si encontraba noticias de su padre.

Larrañaga salió antes de almorzar. Nuremberg, de día, fué para él una desilusión. El color de las casas le dió la impresión de algo poco auténtico.

Le impresionó la capilla de San Sebaldo, tan bonita, tan vieja, con sus vidrieras y sus columnas coloreadas, y la gente pobre arrodillada, rezando.

Estuvieron a almorzar Nelly y Larrañaga en la

misma taberna del día anterior, y después de comer, Nelly quiso que fueran a ver el Castillo, desde cuya terraza se divisa la hermosa vista de la ciudad, con sus cúpulas, sus campanarios verdes y sus chimeneas.

Nelly tuvo luego la mala idea de entrar en la Torre de los Suplicios a ver la Virgen de Hierro.

Servía de cicerone una mujer pálida, horrible, con anteojos, que explicaba la mecánica de los instrumentos de suplicio. Todo lo malo estaba atribuído a los españoles. Nelly miraba a Larrañaga un poco sorprendida para ver el efecto que podían hacerle aquellas estupideces.

—Nosotros haremos otra torre en España, y todas las groserías y ruindades se las atribuiremos a los alemanes—dijo Larrañaga, medio en serio, medio en broma—. Esto es una verdadera porquería.

Para antes de la hora de cenar Nelly estaba citada con una condesa húngara, a quien conocía de nombre, porque su padre representaba con frecuencia en el palacio de Viena de esta señora. Nelly le había escrito por la mañana pidiéndole una audiencia, y la condesa Bathory le había contestado que la recibiría a la hora del té.

Nelly convenció a Larrañaga para que fuera con ella.

La condesa recibió a los dos con gran amabilidad.

Era una dama muy alta, con la cabeza pequeña y larga, los ojos grises, la dentadura blanca, la mano fina y el tipo de gran aristocracia.

La condesa dijo a Nelly que no tenía ninguna noticia de su padre; no sabía qué había sido de él.

Ella había perdido toda su fortuna con la guerra; estaba completamente arruinada.

La condesa habló en francés con Larrañaga y se enteró por él de la vida de Nelly y de qué clase de muchacha era.

La condesa tenía a Guillermo Baur, el padre de Nelly, por cómico malo y sablista de muy poca vergüenza.

Todos los años el padre de Nelly le pedía dinero; así que si recibía la carta acostumbrada, sabría sus señas y se las comunicaría.

Al despedirse Larrañaga y Nelly, la condesa húngara besó en las mejillas a la muchacha.

* * *

Al salir de Nuremberg tuvieron grandes dificultades en el hotel, porque todo el mundo pedía propina, y protestaba si no era grande.

Además, les dieron unos billetes de Banco que luego en Berlín no se los quisieron tomar.

En la capital tuvieron que andar de un lado a otro con aquellos billetes. Unos les recomendaron que fueran al Banco del Imperio; otros, al Banco de Baviera. En uno y otro Banco había multitud de gente metida en los pasillos y en las escaleras. Después de andar de una ventanilla en otra, encontraron un hombre, probablemente un judío, que les cambió aquellos billetes con un pequeño descuento.

VIII

El tren se ha detenido en esta aldea al anochecer. ¡Qué monotonía de la vida! ¡Todo siempre igual!—ha pensado Joe—. El humo sale de las chimeneas de las casas; la gabarra espera al lado de la esclusa; en sus cuerdas se está tendiendo las ropa; el perro ladra. ¡Siempre el mismo dolor, la misma melancolía de vivir!

Suena el Angelus y el tin tan de los carillones, que se derrama por el aire nebuloso. De un bar salen los sonidos de un organillo; de una barriada obrera, gritos alegres de chicos, una canción de mujer y voces ásperas de trabajadores que vuelven de la fábrica.

¡Tristeza! ¡Tristeza!

El otoño triunfa; le campo se torna amarillo, las hojas de oro duermen en el agua muerta de los canales. El aire está cargado de humedad. El cielo es gris y de color de rosa. Hay bandadas de pájaros en el aire. Se siente como un peso en el corazón al notar este "morir tenemos" del otoño, y al pensar que así era ayer, así es hoy y así será mañana.

EN EL VIAJE

Dejaron Berlín y, por Colonia, marcharon a Holanda. Nelly, cerca de la ventanilla, iba satisfecha, contemplando el paisaje con alegría infantil. De cuando en cuando lanzaba miradas triunfantes y de gran malicia. Larrañaga le había comprado un abrigo de pieles y un sombrero. Estaba encantada; parecía un pajarito, con sus ojos oscuros brillantes, la boca burlona, el pelo castaño. Nelly consideraba este viaje como un triunfo. Ya había notado muchas veces las vacilaciones de don José, y que no se quería comprometer ni tomar la responsabilidad de hacerse cargo de ella. La idea de haber conseguido su objeto le hacía reír silenciosamente muchas veces.

Al pasar por Colonia tuvieron que sufrir un reconocimiento minucioso y pesado de la Policía internacional y esperar más de una hora. Luego hubo que sufrir otro registro de la Policía alemana.

Al entrar en Holanda, al ir al vagón restaurante, se sentaron en una mesa a tomar algo, y poco después se colocó a su lado un joven con una boina grande.

—¿Usted es español?—le dijo Larrañaga.

—Sí.

—¿Y vascongado?

—Sí, de Bilbao.

—¿Viene usted de Alemania?

—Sí.

—¿Ha ido usted por negocios?

—No. He ido por curiosidad.

—¿Nada más que por eso?

—Nada más. He recorrido el país.

—Pues ahora está muy mal. Le habrán molestado en el viaje.

—A mí nada. Y me ha costado todo muy poco.

—¿Cómo se las ha arreglado usted?

—Con la boina. En todos estos sitios donde están ahora los aliados no se puede viajar. Yo veía un vagón del tren que decía: "Reservado a los militares", y me metía en él. Por la boina me tomaban por un alpino.

—¿Pero tomaría usted billete?

—No. ¿Para qué?

—¿Y ha estado usted mucho tiempo en Alemania?

—Quince días.

—Sabrá usted alemán.

—Yo, nada.

—¡Francés, sí!

—Tampoco.

—¿Y cómo se las arregla usted?

—Pues muy fácilmente. Ya verá usted cómo me entiendo con el mozo.

Efectivamente, habló al mozo en castellano y se entendieron.

Cuando se fué el paisano, Larrañaga contó a Nelly lo que le había dicho, y ella se quedó admirada y asombrada.

—¡Qué tipos! ¡Qué atrevimiento!

Durante el viaje por Alemania no hizo más que llover; pero, al entrar en Holanda ,el cielo aclaró y comenzó a brillar un sol pálido.

Larrañaga y Nelly iban comentando cuanto veían.

—Estos molinos de viento en las llanuras de estos países, como Holanda, Dinamarca y Alemania, parecen símbolos de un Destino adverso—decía Larrañaga—. Seres condenados a trabajos forzados.

—Hay también molinos de viento en España, ¿no

es verdad?—preguntó Nelly—. En el *Quijote* aparecen.

—Sí; en las llanuras de Castilla pueden parecer magos, hechiceros, brujos inventores de exorcismos que levantan los brazos secos y descarnados hacia las nubes y el cielo; pero en estas tierras bajas, en esta bruma gris con el agua al pie, son como penados; parece que están anhelantes de cansancio, deseando acabar de una vez.

—¿Ha oído usted el ruido que hacen al mover las alas?

—Sí. Tienen un crujido como de dolor; un tic tac que suena más adentro.

El campo holandés que comenzaban a ver estaba encharcado, cruzado por acequias turbias. El cielo tenía color de tinta con resplandores rojizos.

—Se diría—dijo Larrañaga—que estos molinos de viento, siempre atareados y bien sujetos a la tierra, piensan con envidia en los países lejanos, adonde van los barcos con sus grandes velas, esos países de Oriente, de cielos espléndidos, donde hay rinocerontes y cocodrilos. Parece que esta inmovilidad debe ser su tormento.

Charlaron mucho Larrañaga y Nelly en su viaje, y a media noche llegaron a Rotterdam.

Larrañaga llevó a Nelly a una habitación del Hotel del Puerto, que ya tenían preparada, y él fué a su casa.

CUARTA PARTE

DIARIO DE NELLY

I

Este país dichoso donde florece el naranjo—ha pensado Joe—es el país que se recuerda lejanamente o el que se sueña.

Que esté en el Mediodía o que esté en el Norte, es lo mismo. Que tenga manzanos o naranjos, palmeras o pinos, es igual; pero ese jardín de las Hespérides siempre aparece en el pasado o en el porvenir, nunca en el presente. En las religiones y en las utopías sociales hay constantemente un Paraíso, colocado al principio o colocado al fin.

Recordar es siempre mentir, queriendo o sin querer. Imaginar es también mentir, y solamente cuando se recuerda el pasado o se imagina uno el porvenir se inventan paraísos.

Recordar.—*Evocaciones.*

EL PUEBLO

En esta soledad en que estoy viviendo he pensado escribir mi vida para que él la conozca. No quiero que haya en mi existencia algo que sea para él ignorado.

Desde el primer día que le hablé pensé que debía

ser amigo mío querido. A la hora de conocerle, tenía confianza en él como en un hermano o en un padre.

Me ha chocado siempre su manera de ser. Es un hombre tan sencillo, tan modesto, que cree que no tiene derecho a nada. Es una de las cosas que más me maravilla.

Todos los hombres que he conocido se consideran con derecho al máximum. Nada les parece suficiente. Las mujeres se deben ocupar sólo de ellos. Los frutos de la tierra deben ser exclusivamente suyos. Se figuran ser de una calidad superior al resto de los mortales.

A él no le he visto nunca reclamar nada. Cualquier cosa le parece suficiente. ¿Es todo conformidad, o hay también orgullo? Se lo hacía observar, y él me contestó:

—Habrá también un poco de orgullo.

Sea lo que sea, esa manera de sentir y de proceder es para mí muy simpática.

He conocido a don José Larrañaga viviendo en Nyborg, en la casa en la cual estoy de institutriz, una casa en donde la familia íntegra es la exigencia personificada. Quizá por este contraste me ha chocado más.

Para mi señora y para su marido nada está bastante bien hecho y siempre se está faltando de alguna manera, de palabra o de obra. El vivir, el respirar, el comer, todas son faltas. El reírse es un acto terrible de inconveniencia. Las criadas deben de ser perfectas, no olvidarse nunca de su obligación, tenerlo todo a tiempo, ser exactas y puntuales.

Acostumbrada al trato de esta casa, Larrañaga me sorprendió por su benevolencia y por su amabilidad.

La primera impresión que me produjo fué de un

hombre en quien se podía confiar, de un hombre que no podía hacer nunca ni una vileza ni una traición. A la hora de hablar con él le hubiera confiado el secreto de mi vida, con la seguridad de que no me podía traicionar.

Larrañaga me pareció un hombre de una gran nobleza de espíritu. Cuando se lo dije, él se rió.

—Usted ha conocido, mi pequeña amiga, poca gente—dijo—. Quizá por eso me encuentra bien a mí.

—No es cierto—le contesté yo.

Efectivamente, no lo es. Don José Larrañaga tiene un alma grande. Yo siempre he sentido la aspiración de vivir con gente noble y superior. Es, creo yo, la única manera de elevarse y de perfeccionarse, el único modo de tender a ser mejor y de llegar a alcanzar un desarrollo completo de las facultades.

Este ha sido siempre mi gran anhelo: sobrepasarme. Me gustaría fundir mi alma en el crisol a cada paso, para que saliera más refulgente y más pura.

En parte, con ese objeto de depuración voy a escribir este Diario. Quiero también que mi amigo conozca todos los detalles de mi vida.

Yo he nacido al comenzar el segundo año del siglo. Tengo entendido que mi madre era una gran señora polaca, que debió haber vivido largo tiempo en Inglaterra. No sé si era artista de profesión o si tenía solamente aficiones artísticas. Yo no la he conocido. Le amó a mi padre, y luego, no sé por qué, se separó de él. A mí siempre me han llamado Nelly, y este diminutivo me ha hecho pensar que mi madre había vivido en Inglaterra. Mi infancia transcurrió en una aldea de Galitzia.

Mi país era muy hermoso, muy soleado. El pueblo en que yo viví estaba al norte de los Cárpatos.

Hay allí llanura y monte. Detrás de las colinas, suaves, llenas de árboles, aparecen las cordilleras azules. No sé si yo la embellezco con el recuerdo, pero aquella tierra, con aquel sol y con aquellas montañas, me pareció siempre encantadora.

Cerca de nuestro pueblo había sitios preciosos, con bosques, cascadas y prados admirables. Había también grandes grutas con estalactitas. Como allí la gente era supersticiosa, los campesinos creían que estos lugares estaban frecuentados por almas en pena y por el diablo.

Muchas veces, algunas chicas y chicos, íbamos a estas cuevas, y por la noche oíamos, llenos de curiosidad y de espanto, las historias horrorosas de aparecidos, que contaban las viejas.

Nuestro pueblo era bastante grande; tenía dos iglesias, una católica y otra protestante, y una soberbia plaza.

Cerca de nuestra aldea había hermosos estanques y un gran castillo o palacio con un parque magnífico.

La mayoría en la aldea eran católicos; aunque había también protestantes y judíos, en su mayoría comerciantes. Mi infancia fué feliz. Yo vivía en la casa de la madre de mi nodriza.

Mi nodriza se había marchado con su marido a América, dejando en casa de sus abuelos a su hijo más pequeño, Toni.

La madre de mi nodriza me consideraba como si fuera su nieta. Yo le llamaba abuela. Era una mujer muy buena, muy trabajadora, muy generosa. Su marido y ella se habían sacrificado por los hijos para colocarlos. El mayor era cura, y estaba de preceptor; los otros también se hallaban bastante bien colocados, y la hija, mi nodriza, en América.

Ultimamente, mi abuela y su marido, los dos ya

viejos, vivían con su nieto el más pequeño, Toni, mi hermano de leche, a quien yo quería como a un hermano de verdad.

La casa de mi abuela era pequeña y estaba rodeada de campo. Teníamos una huerta muy hermosa, en la que mi abuela, su marido, Toni y también yo algunas veces, trabajábamos.

El sentimiento de no conocer a mi madre y de ver a mi padre muy de tarde en tarde, me amargaba un poco la vida.

Mi educación fué la corriente en una muchacha aldeana. Estudié en la escuela, con todas las chicas del pueblo, y luego mi padre, al saber que tenía condiciones superiores a la generalidad, escribió al maestro para que me diera lecciones particulares.

A los doce años comencé a estudiar música.

El organista de la iglesia católica de nuestro pueblo se llamaba Matías Romano y era un viejecito muy amable y muy bondadoso. Me llevaba con él al coro y allí solía tocar el órgano para mí. Era este organista un anciano flaco, con melena blanca, afeitado, de cara muy estrecha y de frente muy ancha. Tenía la cara de un sabio y era aficionado a estudiar las costumbres de las mariposas, de las abejas y de los insectos.

A mí me explicó muchas cosas y me dió en sus conversaciones los rudimentos indispensables de la cultura.

Se dijo que yo adelantaba extraordinariamente, y el maestro Romano aseguró que me tenía que llevar al castillo y presentarme a sus dueños.

Entonces en el castillo vivía la condesa de Francken, que era una señora viuda con dos hijos. El hijo estaba en la corte de Viena, ocupando un alto cargo, y yo no le llegué a conocer. La hija se llamaba Leonor, era muy buena; una mujer encantadora como

pocas, amable, instruída, de una gran belleza y simpatía. A mí me cautivó desde que la vi; ella se hizo pronto amiga mía y me enseñó el francés y el piano.

La condesa de Francken era rusa y tenía por su familia grandes posesiones en la frontera polaca. A pesar de su gran bondad, y de que su hija era complaciente y amable, no se avenían bien. La condesa estaba enferma de los nervios y tenía un genio muy desigual.

Yo estaba muy contenta de poder visitar el castillo. Me permitieron entrar en la biblioteca y leer los libros que quisiera. Me dejaron andar por el parque y recorrer todas las habitaciones.

Conmigo solía venir con frecuencia Toni, mi hermano de leche.

Toni nos llevaba a la señorita Leonor y a mí en la barca, por la laguna y por el río. Toni era un muchacho muy raro, muy inteligente; pero incapaz de tener constancia en algo. Tocaba el violín muy bien, pero no quería estudiar. Vivía en la contemplación; de una manera idílica.

Algunas veces discutíamos. Cuando mirábamos las montañas, yo decía que me hubiera gustado entrar en los desfiladeros, subir a las cumbres. El decía que no, que le bastaba con mirarlas. Era un idealista. Vivía en un mundo en que todo tomaba aire de misterio y de prodigio.

Tony y yo teníamos un gran entusiasmo por Leonor. Los dos hablábamos a cada paso de ella. A Leonor le gustaba también Toni, pero él era incapaz de decir nada a la señorita del castillo. Con verla le bastaba.

Los primeros años de mi infancia fueron muy alegres, muy felices.

II

Por la carretera han subido la cuesta del pueblo unos cuantos automóviles de motores poderosos y con faros fortísimos.

En el primer automóvil van cuatro hombres vestidos con capotes grises de color de acero, cascos grises con su punta, guantes grises y hasta las caras también grises.

Se han detenido en el alto de la cuesta, y con una voz dura, llena de sonidos guturales, han decidido la suerte del pueblo. Una parte hay que destruirla, este bosque hay que talarlo, las casas que estorban hay que derribarlas. El castillo se convertirá en hospital.

Ya no hay derechos; ya nada vale nada; ya no hay posibles protestas. Toda la labor de siglos se ha venido abajo en un momento. Es la brutalidad y la estupidez de la guerra.

La guerra.—*Las Estampas Iluminadas*

TRISTEZAS DE LA GUERRA

La guerra había empezado en agosto de 1914. Yo tenia un año menos que el siglo. En este mismo año, en junio, con la condesa Francken y su hija, hice yo

el primer viaje de mi vida. Estuvimos en Viena y luego en Brüm, donde la condesa tenía parientes. Vimos aquí las grutas de Josefsthal, el parque del Príncipe del Liechtenstein y pasamos por el campo de batalla de Austerlitz y de Wagran.

¡Qué lejos parecían todas estas historias de guerras y de batallas!

Alguno que iba con nosotros dijo:

—Ya todo estó pasó. Ya no habrá guerras así. La Internacional de los Obreros y el Partido Socialista impedirán estas matanzas.

—Ojalá—dijimos todos.

A los dos meses de este viaje y de esta predicción, media Europa era un campo de batalla.

Nuestra aldea no se hallaba cerca del teatro de la guerra; pero, aun así, sufrimos mucho.

Al principio no notamos la gran miseria; pero luego ya fué un horror.

La condesa y su hija decidieron marcharse a Rusia.

La condesa, como rusa, no era muy entusiasta de los Imperios centrales y tenía más simpatía por Francia y deseaba que esta nación ganase la guerra.

Yo les dije a las dos que no debían exponerse yendo a Rusia. A mí me parecía que era mucho mejor para ellas marchar a Viena o a Berlín a esperar los acontecimientos.

El hijo de la condesa no se sabía dónde estaba. Quizá estaba muerto o prisionero en Rusia.

La condesa pensaba que podría salir adelante.

Yo les dije a ella y a su hija, que me llevaran; pero no quisieron aceptar esta responsabilidad.

Mucho tiempo después, cuando estalló la revolución en Rusia, supe que a la condesa y a su hija no les permitían salir del país los bolcheviques y que tenían que trabajar ellas mismas rudamente en el cam-

po para vivir. ¡Pobres! Me dió ganas de llorar el saberlo.

Poco a poco, la guerra que al prncipio nos parecía lejana y algo fácil de conllevar, fué acercándosenos y haciéndose para nosotros más pesada.

La condesa, al marcharse, me dió a mí las llaves del castillo. Yo era la guardiana de la posesión, hasta que un día se presentaron unos jefes militares a pedirme las llaves para convertir el palacio en hospital.

Cuando el castillo se convirtió en hospital yo no quise ir nunca a visitarlo por pura curiosidad. Muchas chicas, compañeras mías de la escuela, fueron a hablar con los operados; pero a mí esta curiosidad me pareció siempre muy mala y muy despreciable.

Entre los médicos del nuevo hospital había dos jóvenes; uno, judío, especialista en enfermedades nerviosas, que había estudiado en Viena; el otro, un joven que tenía repugnancia por el oficio, y estaba deseando marcharse a vivir a Africa como colonizador.

Este varias veces vino a verme. Se burlaba de la barbarie de la guerra; no le inspiraban compasión ni los unos ni los otros.

—¡Dejadlos!—decía—. Son bastante bestias para matarse y arruinarse. Hay que dejarlos.

—Pero esta sangre contribuirá a hacer a la gente mejor—le indicaba yo.

—¡Cá!—replicaba él—. No enseñará nada ni servirá para nada. Será una matanza más sin ventaja ninguna para la humanidad.

Nuestro pobre organista solía hablar conmigo, con las lágrimas en los ojos, y se lamentaba de que el mundo hubiese llegado a tanta civilización para terminar en aquello.

El parque del castillo se había convertido en un patio de hospital; se veía siempre en él heridos, cojos,

ciegos, envueltos en vendas y en algodones. Era una cosa horrible.

Cuidando a los heridos había mujeres, algunas de alta posición, que ayudaban en las operaciones a los cirujanos.

El médico joven aseguraba que no era sólo por caridad, sino por sadismo, por el gusto de ver las entrañas palpitantes y oír los lamentos de los operados, por lo que iban estas mujeres a las salas de los hospitales.

Yo comprendo que una mujer o que un hombre ayuden a una operación por necesidad; pero tomar afición a este espectáculo, me parece una cosa horrible. Y, sin embargo, me parece que esto entre las mujeres era muy frecuente y que tenían el gusto de ayudar a los cirujanos en sus horribles tareas.

¡Qué impresión me dejó más profunda y más triste esta época de la guerra!...

El segundo año de campaña, Toni, el hijo de mi nodriza, tuvo que ir soldado.

El pobre muchacho quiso convencer a sus abuelos de que no tenía peligro, pero al decirlo se le veía con la cara llena de lágrimas.

Se marchó Toni y comenzó nuestra inquietud, unas veces porque las cartas no llegaban a tiempo; otras, porque su regimiento se acercaba a la línea de batalla contra los rusos.

Hubo un largo período en que estuvimos sin saber nada de él y, al cabo de este tiempo, supimos que Toni se encontraba en el hospital de Lemberg, operado, con una pierna de menos y enfermo del tifus.

Le acompañé a mi abuela y a su marido, en el tren, hasta Lemberg, y vimos en el hospital a Toni, enfermo, pálido y con aire casi de muerto.

Toni me preguntó con anhelo por la señorita Leo-

nor. Yo no sabía qué había sido de ella y no le pude dar noticias.

El médico del hospital me dijo a mí que aquel enfermo no tenía apenas esperanza de poder vivir.

Ni los pobres viejos ni yo podíamos continuar allí; no había qué comer en el pueblo.

Los pobres viejos lloraban. En sus caras, llenas de arrugas, la mueca del dolor hacía una expresión extraña. ¡Cuánta miseria! Salimos de Lemberg en un estado lastimoso. Durante el viaje, mi abuela no hacía más que llorar; su marido se encogía de hombros y hablaba solo.

Poco después recibimos la noticia de la muerte de Toni y nos mandaron una medalla y un escapulario del muerto.

Luego, a medida que los asuntos de la guerra se iban poniendo peor, nosotros, los de la casa, tuvimos que trabajar en el campo,; porque no había ya hombres en el pueblo.

Por entonces se estableció un campamento de concentración de prisioneros rusos, la mayoría muy satisfechos de haber acabado la guerra.

Estos eran casi los más felices, por su despreocupación. El pueblo les tenía simpatía, porque eran buenos e inocentes. Estaban contentos con trabajar para comer y con no batirse.

No había necesidad, según decían, de vigilarlos, porque nadie pretendía escapar.

A medida que se prolongaba la guerra, empezó en el pueblo la carestía y el hambre. Se lo llevaban todo a otras partes y allí no venía nada.

Después de muchas reclamaciones, comenzaron, al fin, a llegar alimentos. Cuando venían vagones con víveres, los judíos se las arreglaban para quedarse con ellos y llevárselos a sus tiendas, en donde se vendían carísimos. Por otra parte, algunos aseguraban que

aquellos víveres no estaban consignados a los comerciantes y que debían haber ido al Ayuntamiento, y luego ser repartidos entre los vecinos; pero la verdad era que nadie sabía nada.

Los campesinos no se atrevían a apoderarse de los víveres, y su venganza consistía en apalear a algún comerciante judío en las afueras de la aldea, dejándolo medio muerto.

Por entonces era constante el paso de los carros, de los camiones llenos de soldados heridos y de furgones con víveres y de todo un mundo de comerciantes judíos alrededor.

Nos habíamos acostumbrado a estas eternas caravanas de carros con heridos y soldados enfermos que pasaban.

Al cabo de algún tiempo, mi padre vino a buscarme y fuimos a Viena, y, poco después, de Viena me llevó a Berlín, donde, según él, había más medios de vida.

III

Cuando Joe salió de una aldea de Austria y entró en Alemania, había terminado la guerra.

Tenía que aguardar en una estación. Había cien, doscientas personas esperando.

Nadie comió más que una sopa turbia, pobre y sin substancia. Nadie hablaba. Todo el mundo estaba como apabullado, con un aire desganado y siniestro. Los hombres, grandes, fuertes, huesudos; las viejas, feas, tristes y sombrías; los chiquillos, enclenques y encanijados, se sentían como ganado qu llevan al matadero.

Los cristianísimos ingleses y los humanitarios franceses habían condenado a todo un pueblo al hambre, con el bloqueo, ya después de hecha la paz.

La sopa pobre.—*Las sorpresas de Joe*

LA MISERIA EN LA GRAN CIUDAD

Mi padre no tenía tantas amistades en Viena como en Berlín, y decidió que fuéramos a Berlín. Cumplía yo entonces quince años. Estaba casi como ahora, pero

con un aire mucho más fuerte y sonriente. Era bastante agraciada; tenía una magnífica cabellera rubia y una voz muy bonita.

Mi padre me dijo que debía dedicarme al teatro, y en su compañía visité a varios maestros de canto. Uno de ellos era el célebre Krauss, especialista en música alemana, y otro el maestro Spinelli, que solía enseñar el *bel* canto y la música italiana.

Decidimos que al mismo tiempo me perfeccionara en el francés. Como no era fácil tener lecciones particulares, ingresé en un Liceo y comencé a estudiar para maestra. Entonces tenía yo grandes ilusiones. Mi padre me traía entradas para el teatro. Vi dramas de Schiller y óperas de Wagner, que me entusiasmaron.

El maestro Krauss quisó enseñarme principalmente música clásica; pero, según decía mi padre, no había en esto porvenir, y decidió que fuera a tomar lecciones con Spinelli del *bel* canto, pensando en la posibilidad de cultivar la ópera cómica y la opereta.

El profesor Spinelli me examinó atentamente, me probó la voz y habló con mi padre. Por lo que luego he sabido, hizo un contrato para darme lecciones, que le cobraría cuando yo fuese artista.

A las lecciones de canto solían ir a veces grandes señores, Una vez, uno de ellos, me agarró de la cintura y quiso besarme. Yo le rechacé con violencia. Mi padre, después, me dijo que no debía de ser demasiado adusta.

—Demasiado, no—le contesté yo—; pero sí lo necesario.

Las lecciones de música me producían cierta desconfianza. Prefería los estudios en el Liceo.

Nuestro Liceo de Berlín era muy triste durante la guerra. Al principio todavía se vivía pensando que había probabilidades de ganar la guerra o, por lo me-

nos, de que ésta sería corta; cuando se vió que se prolongaba y no tenía aire de acabar, entró el mayor desaliento.

¡Qué horrible miseria había en todas las casas! Lo único que en parte nos tranquilizaba o, por lo menos, nos impedía tomar una actitud desesperada, era que todo el mundo participaba de esta miseria general. En nuestra casa se murió un viejo al sol, de hambre, en un banco de la plaza, y nacieron varios niños como esqueletos, que no tenían pelos ni uñas.

El teatro era para mí el gran consuelo. Me hacía olvidar todas las miserias de la guerra. Mi amiga entonces era una muchacha de la vecindad, llamada Myriam, que estudiaba conmigo en el Liceo. Esta muchacha era hija natural de un banquero y de una alemana. Myriam había sacado los rasgos y las inclinaciones de su padre. Era muy guapa, muy inteligente, con unos ojos negros muy hermosos, la cara afilada, el pelo castaño y rizado y los labios rojos. Se sentía orgullosa de su raza hebrea y se creía superior a los alemanes.

Myriam tenía un novio que era también judío y rumano. Este era muy joven, pianista y de mucho porvenir. Creía que no tendría que ir al servicio militar, aunque sus padres vivían hacía murho tiempo en Alemania y él había nacido en Berlín. El caso fué que un día lo llamaron al cuartel y se conoce que le dijeron que la exención que alegaba no valía, que tenía que incorporarse a un regimiento e ir a la guerra.

El pianista judío volvió a su casa, se metió en su cuarto y se pegó un tiro en el corazón. Al parecer, la familia no oyó el ruido y al día siguiente lo encontraron muerto en medio de un gran charco de sangre.

A los dos o tres días, un teniente se presentó en la casa, y al saber lo ocurrido, insultó al muerto y a los

judíos, diciendo de ellos que era una canalla miserable y cobarde que debía expulsarse de Alemania.

Cuando le vi a Myriam, después de la catástrofe, me asombró, más que por su dolor, por la violencia contenida de su cólera. Me dijo que se alegraría que el Imperio alemán quedara vencido, deshecho, hundido para siempre.

No sé luego lo que fué de ella.

En esta época de trabajo, en que yo me esforzaba en estudiar, tuve la escarlatina y pasé una triste convalecencia. El médico me recomendaba leche; no había leche. La que había estaba falsificada. Mi padre no podía estar constantemente conmigo; tenía que trabajar en el teatro. Yo creí que me moriría en aquella convalecencia, larga y pesada.

Afortunadamente, nuestra patrona, la señora Muller, había tomado amistad por mí y me cuidó como a una hija.

Al parecer, la escarlatina detuvo mi desarrollo orgánico y me produjo una debilidad del corazón.

En Berlín conocimos todas las miserias de los pueblos hambrientos, las colas en las carnicerías, el pan malo, el hacinamiento en las casas.

El carácter de mi padre se agriaba por momentos; constantemente se quejaba de su suerte. Era una época de desesperación. La época en que en Alemania todo el mundo se moría de hambre.

Muchas veces le oí decir a mi padre: El que tú fueras cantante era mi única esperanza.

Estando tan mal en Berlín, se le ocurrió a mi padre ir a reunirse con un amigo que vivía en Nuremberg, y fuimos a esta ciudad.

La estancia en Nurembreg fué para mí tristísima. No conocía a nadie; no estaba bien. Llegué a tener como mi única amiga a mi muñeca y a divertirme hablando con ella.

En Nuremberg vivimos en un cuarto malo, oscuro. Mi padre salía de noche y no volvía más que al amanecer.

El pobre tenía que trabajar en el teatro, y muchas veces los compañeros le obligaban a quedarse en el café y a beber.

Por entonces, el violinista Feuerstein, mi tío, me dijo que iba a escribir a un amigo de Copenhague para ver si me buscaba una plaza de institutriz. Yo hubiera querido mucho más ir al Sur. Pero, ¿adónde? No conocíamos a nadie.

IV

Dos cosas igualmente tristes recordaba Joe como impresiones paralelas: unas filas de ciegos, vestidos de negro, en una ciudad de Marruecos, con los ojos como cicatrices, tostándose al sol, y un colegio de asiladas en una ciudad del norte de Europa.

En un lado, la tristeza del sol, del polvo y de la miseria; en el otro, la tristeza del frío, de la lluvia y del cielo gris.

Estas dos impresiones paralelas resumían para él la dureza implacable de la vida.

Los ciegos y el Colegio.—*Las Estampas Iluminadas*

DE INSTITUTRIZ

Nos escribieron de Nyborg y yo preparé mi viaje.

Los señores a cuya casa fuí eran unos alemanes establecidos en la ciudad hacía unos veinte años. Aunque ellos venían de Flensbourg, no eran naturales de Shleswig-Holstein, sino que procedían de Silesia.

Estos alemanes eran de una tristeza y de un humor negro. Vivían pensando únicamente en la guerra, dominados por un ansia patriótica, y a medida que la situación se hacía peor para Alemania su carácter se volvía más sombrío.

Creían que mientras durase la guerra no había ni que respirar. La gente de la vecindad no les quería. Estaban aislados. Su patriotismo alemán se mostraba completamente intransigente.

El señor Brinckmann era como una máquina; siempre hacía lo mismo, sin variar.

La señora de la casa, la señora Brinckmann, pasaba todo el día trabajando desde la mañana hasta la noche. No quería tener un momento de descanso; aseguraba que para ella el momento de descanso era el momento de las malas ideas. Después de trabajar, no había, según ella, más que rezar y acostarse. La señora Brinckmann pensaba que todos tenían que hacer como ella: trabajar y rezar.

La dueña, de por sí tan severa, se mostraba más severa aún con las noticias adversas de la guerra. Tenía siempre una mirada fría e imperiosa y una voz seca y dura cuando mandaba.

La casa era tan antipática como sus amos. Todo lo que no fuese útil, serio y piadoso, se consideraba como malo.

Una frase un poco viva, un deseo expresado con alguna energía, era una impertinencia. La vida debía ser dura, triste, implacable.

El matrimonio Brinckmann dividía su simpatía o su antipatía por los países del mundo, según que tuvieran amistad o no con Alemania. ¡Eran tan pocos los países que simpatizaban con Alemania! De aquí que el español les pareciese pasablemente simpático.

Para Frau Brinckmann, el que yo fuera católica, era un error. Los buenos alemanes, según ella, no po-

dían ser más que protestantes. La Reforma era la gloria mayor de Germania.

El matrimonio Brinckmann tenía varios hijos. Los dos mayores estaban en el servicio militar. Había en la casa dos muchachas, de diez y seis y diez y ocho años, y un joven de quince, y una niña. Las dos muchachas eran coquetas y frías. El joven, Carlos, era un bruto, que no quería más que mandar y pegar. Unicamente la niña pequeña, de nueve años, era simpática y cariñosa. A ésta le tenía que dar yo mis lecciones.

Las dos hijas mayores eran muy robustas; pero poco inteligentes, pesadas, sin gracia, sin ninguna simpatía ni atractivo.

Por sus gustos, eran completamente danesas, y hablaban danés más que alemán. Habían estado en Copenhague, y habían vuelto entusiasmadas de la capital. En cambio, el hijo que quedaba en casa, era alemán intransigente, y afirmaba que viviría con gusto en Dinamarca, pero siempre que Dinamarca fuese de Alemania, por conquista, por fusión o por otra razón cualquiera.

Los dos hijos mayores, que estaban en la guerra, escribían constantemente cartas patrióticas; pero a medida que la situación de Alemania iba empeorando, su patriotismo decaía, y decaían también sus esperanzas.

Yo no tenía ninguna simpatía por las dos muchachas mayores; pero al joven Carlos le odiaba profundamente.

Este era un bruto y no pensaba más que en hacerse grande y en ir a la guerra.

Quería tratarnos a todos como si él fuera un capitn y nosotros sus soldados. Se pegaba con los demás chicos y empleaba siempre malas artes, porque no

era valiente ni noble, sino principalmente malintencionado y agresivo.

El joven Carlos, muy orgulloso, creía que era una gran ventaja ser alemán.

Las dos muchachas mayores, tontas, egoístas y orgullosas, le respetaban por su violencia.

La señora de Brinckmann, como su marido y su hijo, creían que Alemania era el país elegido por Dios; todos los demás estaban hundidos en el vicio y en el pecado. Frau Brinckmann suponía que la gente de los países del Mediodía de Europa eran todos como gitanos. Los mismos alemanes del Sur y los austriacos, infectados con la religión católica, andaban, según ella, muy cerca del gitanismo. Los italianos y los españoles eran, naturalmente, mucho peor; aunque los españoles estaban algo purificados por no haber entrado en la guerra con los aliados. De todas maneras, era indudable para ella que los católicos eran idólatras y paganos, adoradores de imágenes y que no pensaban más que en placeres y en vicios. Los cómicos y los cantantes le parecían por el estilo de los católicos y de la gente del Sur. Unicamente los actores que representaban obras que incitasen al trabajo, al patriotismo, a la religión y al engrandecimiento del Estado alemán podían ser buenos.

En esta casa sufrí yo lo indecible.

Los primeros meses no sé cómo los pude soportar. Luego me fuí acostumbrando. El doctor Wegerland, que era el médico de la casa, dijo a los Brinckmann que yo no podía trabajar mucho, y gracias a esto el régimen se suavizó con respecto a mí.

La vida era triste en la casa de Nyborg. La sirena de los barcos en el silencio de la noche y las riñas de la señora Brinckmann se me antojaban algo parecido. En medio de la niebla, los silbidos de las sirenas;

en medio del aburrimiento, las pragmáticas del deber seco y adusto, me parecían igualmente desoladas.

El invierno, los días de frío, de hielo, las nevadas, el cielo negro, y luego el viento del mar, siempre rugiendo, me ponían en un estado de aburrimiento y de desesperación.

Algunas veces, dentro de mi cuarto, solía hacer trajecitos para mi muñeca, y me divertía en quitárselos y en ponérselos. Creo que le reñía también. Las hijas de la señora Brinckmann descubrieron que cosía estos trajecitos, y para defenderme le dije a mi ama que se los enviaba a unos sobrinitos que no tenían juguetes.

Teníamos en Nyborg una biblioteca circulante. La señora Brinckmann se consideraba con derecho para inspeccionar los libros que leíamos. Le chocó que, después de conocer a Larrañaga, yo pidiese con frecuencia libros sobre asuntos españoles. Me preguntó el porqué de este capricho y le dije que tenía parientes en España. A ella no le chocaba que tuviera parientes en España, porque, según ella, un cómico como mi padre no podía tener parentesco más que en sitios absurdos y poco honestos.

A raíz de llegar mi amigo don José, conocí al maestro Sinding y a la señorita Nord, y llegué a hacerme amiga de ambos.

El señor Sinding parecía tener un gran entusiasmo por la señorita Nord; pero ella no se rendía, y se presentaba siempre en una actitud fría y hermética. Alguien dijo que Julieta Nord estaba casada; pero otros arguyeron que, aunque estuviera casada, podía divorciarse.

El maestro, el señor Sinding, era hombre simpático, y en cierta época me pareció que tenía veleidades de hacerme la corte. Me dijo que yo le había hecho las únicas observaciones inteligentes acerca de su

libro de poesías, porque los demás, según él, no le habían dicho más que vulgaridades, sin ningún sentido.

Yo le repliqué que era difícil que mis observaciones valieran algo; que había comprendido que sus poesías estaban muy bien, pero que yo no conocía bastante el danés para poder apreciar de una manera concreta sus bellezas.

Sinding no se convenció. La misma señorita Nord, según él, no le había dicho nada. No había hecho más que sonreír.

Julieta Nord, mujer muy inteligente, se manifestaba muy reservada, como la reserva en persona. Era muy difícil conocerla y poder juzgarla. Estaba siempre en su puesto. No decía nunca más que lo que quería, ni más ni menos. Así estaba en una actitud hermética, siempre sonriendo, como con una gran seguridad de que no diría sus secretos. Tampoco quería oír confidencias de nadie; las rechazaba con un gesto amable que ocultaba su profundo desdén.

Como me dijo Larrañaga, a él esta mujer le había hecho la impresión de una avispa.

A Julieta Nord no le gustaba que le llamaran Fru Nord, como se dice en el país; prefería ser llamada Miss Nord y mejor Mademoiselle Juliette.

A pesar de su reserva, la señorita Nord se hizo amiga mía; me contó que había estado en Francia y en Italia.

—¿Son bonitos estos países?—le pregunté yo.

—¡Oh, son muy *chic!*—contestó ella.

Julieta Nord me dijo confidencialmente que ella era de familia católica. Su padre se había convertido al catolicismo; pero ella apenas practicaba la religión.

La señorita Nord me prestó también algunos libros. Una vez, al maestro Sinding, al doctor Weger-

land y a mí nos convidó a comer en un hotel de misiones cerca del puerto donde ella vivía.

Yo le conté a la señorita Nord que tenía correspondencia con el señor español que había estado en Nyborg. Ella me dijo que había tenido amores en Suiza con un italiano, pero este italiano había ido a la guerra, y ya no sabía nada de él.

Algún tiempo después, un médico joven nos convidó en el hotel Postgaarden a cenar cuando se casó. Las dos chicas de la casa fueron también al banquete, y se mostraron muy celosas porque otro médico joven, condiscípulo del que se casaba, estuvo hablando conmigo de Berlín, donde había pasado dos años de estudiante.

En este invierno algunos profesores dieron conferencias. Sinding dió una, con proyecciones, sobre Rusia, que nos entretuvo mucho; otro profesor disertó sobre el Renacimiento italiano, y un joven estudiante de Teología nos habló de las ideas religiosas de Schleiermacher y de Kirkegaard.

Esto fué lo que más nos apasionó. Unicamente Julieta Nord se sentía hostil a tales ideas y no quería ni oír hablar de ello.

Las demás personas que conocía discutieron con apasionamiento si debía uno apartarse del mundo o no y buscar la salvación en la soledad, y si las acciones tenían valor únicamente por su intención.

Al parecer, la guerra había provocado en algunas personas un gran fervor religioso.

Tiempo antes de dejar Nyborg me llamó la madre del maestro. La señora Sinding era una mujer ya vieja, muy simpática, muy trabajadora y con un aire muy bondadoso.

Se hizo amiga mía, y al cabo de algún tiempo me habló confidencialmente. Ella tenía miedo de que su hijo se dejase arrastrar por la señorita Nord.

Esta mujer era para ella una mujer misteriosa, ambigua y de poco fiar. ¿De dónde venía? ¿Qué se proponía? Ella no lo podía comprender.

—Mi hijo está muy entusiasmado con usted—me dijo una vez Fru Sinding, y añadió—: ¿Por qué no entenderse con él? Es un hombre joven, fuerte, bondadoso, de talento y de porvenir.

Yo le dije que comprendía que su hijo era un hombre joven y de talento, un buen partido para una muchacha; pero que a mí no me había dicho nunca nada, y que yo, por otra parte, estaba comprometida con el caballero español. Además, no tenía salud. Mi corazón había quedado débil, enfermo, después de unas fiebres, y yo no tenía resistencia para vivir como ella.

—Yo—terminé diciendo—necesito ir a un país donde haya sol. Si no, me moriré.

Ella me abrazó y me besó. Después me dijo que si en casa de los Brinckmann me trataban mal, fuera a la suya, donde me consideraría como a una hija.

Decidí no ir. Salir de casa de los Brinckmann no me costaba nada; salir de la casa de la madre del maestro me hubiera costado más.

Por este tiempo intimé con la señorita Nord. El misterio de esta mujer no estaba en lo que había hecho hasta entonces, sino en su carácter descontento.

Tenía un romanticismo enfermizo que probablemente ni en el Norte ni en el Mediodía hubiese podido satisfacer. Aseguraba siempre que prefería el hombre del Mediodía, aunque fuera canalla, al tipo del Norte, con todas sus virtudes, porque le parecía pesado y aburrido. Soñaba con unos hombres que supongo que no existen en ninguna parte: extraños, decadentes y perversos.

Yo creo que aquella mujer era un poco enferma y estaba envenenada por la literatura. Tenía una me-

lancolía, una ansiedad siempre insatisfecha. Era, al mismo tiempo, inquieta y perezosa, curiosa e indiferente. Cuando esperaba algo, vivía anhelante, y cuando llegaba lo que esperaba, se desilusionaba en seguida. Si emprendía algo, los primeros obstáculos le fatigaban y le descorazonaban. Yo intenté tranquilizarla, convencerla de que debía abandonar fantasías absurdas. Ella sonreía al hablarme y me acariciaba...

Esa ha sido mi vida los tres años que he estado en Nyborg. El primer año lo pasé aburrida y desesperada; los otros dos, soñando en salir de aquí. Ahora, al pensar en este pueblo, que pronto voy a dejar, lo recuerdo con complacencia y con cariño.

QUINTA PARTE

EL HOGAR IMPROVISADO

I

La luz de la guardilla misteriosa y confidencial, entre las vagas sombras de los tejados, de los saledizos y de las chimeneas de la gran ciudad, tiene su misterio y su encanto.

Esa luz romántica en la negrura de la noche exalta la imaginación joven y la lanza a los campos de la fantasía.

Seguramente de día el cuartucho del desván es un lugar de aburrimiento y de tedio, de calor brutal en verano, de frío horrible en invireno, de molestias siempre; pero la noche hace materia poética de la chimenea vulgar, del saledizo, del canalón y del poste del teléfono.

¿Qué habrá en aquella guardilla?, se piensa. ¿Quién vivirá allá?

Quizá vive el asesino o el suicida de mañana; quizá el poeta o el sabio destinado a sorprender a la Humanidad con un gran invento.

Siempre lo pequeño humano nos interesa a los humanos—se ha dicho Joe a sí mismo.

No nos sugiere tanto como esa luz de la guardilla mísera la estrella del crepúsculo, cantada por Ossian, cuando resplandece en el cielo del anochecer, ni el rayo vi-

brante lanzado por Sirio en las noches frías del invierno desde la inmensidad de los espacios siderales.

Las guardillas.—*Las Estampas Iluminadas.*

LO COTIDIANO

Antes de llegar a Rotterdam, Larrañaga pensó que tenía que arreglar la vida de Nelly y la suya propia, para no dar la impresión a sus conocidos de que entre ella y él había demasiada intimidad.

Cierto que a él no le importaba mucho la opinión ajena, porque su situación era bastante independiente; pero no tenía más remedio que contar un poco con la opinión.

Decidió hablar con la profesora inglesa que estaba también de pupila en la casa de la mujer del empleado del Hotel del Puerto.

Larrañaga pensó en miss Ross e hizo la gestión con gran habilidad.

Para disimular, llevaría primero a Nelly al Hotel del Puerto, que estaba debajo de su casa, y a los quince días o al mes vería de conseguir que se quedara en el mismo piso que él. Le explicó sus proyectos a la muchacha.

—Todo lo que usted haga me parecerá bien—le contestó ella.

Efectivamente, así lo hicieron. Larrañaga consultó con la señorita Ross, que había dicho varias veces a la patrona madama Grebber, la mujer del encargado del Hotel del Puerto, que le diera de comer, pero no se habían puesto de acuerdo porque la inglesa quería pagar poco. Larrañaga habló con la patrona y le pro-

puso que él, Nelly y la inglesa comieran juntos y tomaran una criada.

Madama Grebber aceptó y poco después Nelly se instaló en un cuarto del tercer piso que daba a la calle del Pelícano.

Pronto tomó aquello un aire de casa constituída, que era lo que pretendía Larrañaga.

Se almorzaba a las doce y media y se comía a las siete. Se sentaban a la mesa miss Ross, Nelly, Larrañaga, la patrona, la señora Grebber y sus dos hijas mayores.

La señora Grebber tenía una familia muy numerosa; pero a los chicos pequeños los llevaba a la cocina, con la abuela y con la criada.

Con aquella reunión de varias personas la casa iba adquiriendo cierto aire de hogar.

Larrañaga respetaba las costumbres que se habían creado.

A veces Nelly le preguntaba para qué tomaba estos cuidados y preocupaciones.

—Hay que defenderse de la opinión pública—decía Larrañaga.

Al principio Nelly, sola en casa, se aburría y quería salir; pero Larrañaga no se lo permitía.

—Por ahora no saldrás más que los días buenos, de sol. Primero, ponte buena, y luego ya veremos.

Desde que habían llegado a Rotterdam, Larrañaga le hablaba de tú.

—Yo quiero ganar y trabajar—replicaba Nelly.

—No hay necesidad de que trabajes. Tenemos para vivir los dos. Si te basta con ser dueña aquí, quédate.

—Me basta.

—Diré que eres mi sobrina o mi ama de llaves.

Ella se echó a reír.

En la casa, la más exigente de los comensales era

miss Ross. Nelly y Larrañaga no exigían nada. Las dos niñas de la patrona eran muy guapas y muy amables. El padre, el encargado del Hotel del Puerto, hombre grueso e inexpresivo, con una cara abultada, roja, y unos ojos saltones, los días de fiesta solía comer en casa. Hablaba poco y, al parecer, se emborrachaba con frecuencia. Era un hombre insignificante, al que no se le ocurría nada. Sonreía satisfecho, metido en una librea azul con galones dorados.

Las dos hijas de la patrona, Cornelia y Enriqueta, se mostraban muy serviciales.

La patrona, madama Grebber, tenía también un pariente que, a veces, aunque raras, solía presentarse en la casa. A este hombre se le conocía por el hombre del Polder; había sido de los que trabajan en desecar pantanos (polderjongen), y era un tipo sombrío, huraño, que había llevado una vida muy agitada y que hablaba sentenciosamente.

Nelly se enteraba de todo cuanto pasaba en la casa; tenía la curiosidad muy despierta y contaba a Larrañaga sus impresiones.

Miss Ross llevaba, según ella, una vida de insecto. Su cuarto era como un pequeño archivo. Dentro reinaba el orden más acabado y más completo. Guardaba todas las cartas, las cuentas, los periódicos donde había leído algo que le había parecido interesante, los retratos de sus amigas.

Tenía la manía de coleccionar noticias curiosas. Leía todos los periódicos que caían en su mano y recortaba o copiaba lo que le parecía raro. Había escrito una novela, muy larga y muy romántica, que leyó a Nelly. Esta novela pasaba en la Alhambra, en tiempo de Boabdil el Chico, y en ella miss Ross sacaba a relucir constantemente las palmeras, los naranjos y el sol brillante de España. Naturalmente, en este libro todos los malos quedaban al último aniquilados y

confundidos, y los buenos, a pesar de estar muchas veces expuestos a mil peligros, se salvaban y eran felices.

Nelly y miss Ross comenzaron a tener cierta rivalidad y con frecuencia se dedicaban indirectas. Nelly, en el fondo, se reía de su rival, con una actitud medio indiferente, medio enfadada, que a José le hacía mucha gracia, sobre todo por la cortesía que empleaban las dos. Se trataban con ceremonia, siempre llamándose señorita Baur o miss Ross.

—No tiene usted razón, señorita Baur. Lo que defiende usted es un absurdo—decía la inglesa.

—Perdone usted, miss Ross; pero lo que dice usted me parece completamente falso—replicaba Nelly.

No se hicieron amigas; pero, a pesar de todo, Nelly encontraba que la inglesa estaba muy bien y siempre en su puesto.

Las rivalidades entre Alemania e Inglaterra se convertían en discusiones muy cómicas sobre la belleza, el talento y la amabilidad de ingleses y alemanes. En la cuestión de la religión tampoco estaban conformes. A miss Ross le indignaba que los católicos holandeses llamasen herejes a los protestantes.

—Pues ¿cómo les van a llamar?—decía Nelly—. Para nosotros son ustedes heréticos.

Sus tiquis miquis tenían gracia. En las discusiones y en el juego se habían acostumbrado a no perdonarse nunca, y casi siempre el árbitro tenía que ser Larrañaga, que hacía equilibrios para no dejar descontenta a ninguna de las dos.

La inglesa se manifestaba muy dogmática. Esto no se podía hacer. Aquello no se podía decir. Pero dentro de sus pequeñas manías de solterona, era un carácter recto.

A ella le parecía que todo lo no inglés era defectuoso. Consideraba al continente europeo como algo

embrionario, no realizado. Unicamente en Inglaterra el hombre había madurado como una buena fruta. Unicamente en Albión se habían dado el *gentleman* y la *gentlewoman* completos, las flores de la Humanidad.

La inglesa hacía el té por las tardes, y lo servía como quien cumple un rito sagrado, trascendental.

A pesar de que Larrañaga quería conservar el equilibrio, a veces se producían pequeñas protestas y tendencia a la chismografía.

Una vez fué miss Ross a decir a Larrañaga que Nelly escribía con frecuencia, probablemente a algún novio que había dejado en su país, y poco después contó a Nelly que Larrañaga debía estar enamorado de una de las chicas de la patrona, porque la miraba mucho.

La estancia de Nelly en la casa se hallaba bastante explicada para que nadie se ocupara de ella. Unicamente la patrona y Olsen sabían la buena amistad que existía entre José y la muchacha.

Olsen se había casado con la danesa que había conocido en Nyborg, y los dos, marido y mujer, visitaban a Larrañaga y a Nelly.

Nelly, cuando pasó algún tiempo y se encontró bién, volvió a decir a Larrañaga que quería trabajar.

—Sí, sí. Está bien—contestó él—; pero hay que esperar a ponerse fuerte.

Mientras tanto podía distraerse haciendo algo en casa. Como don José no quería que saliera los tiempos fríos de lluvia, y hacía pocos días buenos, casi todo el invierno no pudo salir.

El había notado que la chica era propensa a los catarros, y que los días muy húmedos tenía a veces fiebre y dolor en las articulaciones.

Ella decía que se encontraba muy bien, que no se cansaba al subir las escaleras; pero Larrañaga nota-

ba algunas veces que se fatigaba y tenía la respiración anhelante.

Ella aseguraba, por el deseo que tenía de vivir y de estar sana, que gozaba de una perfecta salud. Larrañaga hizo que la reconociera un médico.

Efectivamente, la muchacha padecía una lesión cardíaca ya compensada.

El médico le dijo a Larrañaga:

—Esta muchacha, teniendo con ella mucho cuidado, quizá llegue a ponerse del todo bien.

Larrañaga le dijo a Nelly, aunque atenuándolo, lo que había dicho el médico, y cómo debía tomar muchas precauciones para ponerse completamente buena.

Nelly emprendió con entusiasmo una serie de trabajos para la casa. Comenzó a arreglar el comedor, el salón, la alcoba de José y la suya.

Larrañaga le trajo de la librería de su amigo algunos libros alemanes e ingleses, con láminas, que trataban de adorno de interiores y de mobiliario.

Para ella era una gran preocupación el arreglar la casa bien. Quería darle un aire de elegancia y de coquetería.

Copiaba todos los detalles de ornamentación que leía o que sabía por referencia.

En pleno invierno hizo unos días muy hermosos, y como Larrañaga tenía tiempo, llevó a Nelly a París, pues había dicho ella muchas veces que éste era uno de sus ideales.

Larrañaga hizo lo posible para que Nelly no se cansara en París y viera lo que más podía gustarle. Al parecer, el movimiento de la gran ciudad no produjo gran entusiasmo a la muchacha. Ella, sin duda, esperaba algo más reposado, más majestuoso.

Nelly sintió más bien una impresión de tristeza en París, y a los pocos días quiso volver a Rotterdam, a su casa.

Aseguró a Larrañaga que no tenía ya ganas de ir al Norte, ni al Mediodía; lo que más le entusiasmaba era su casita de Rotterdam. Allí se encontraba a su gusto.

Sentía una gran preocupación por los tres o cuatro cuartos de la casa. Aquel era su mundo, y la colocación de un sillón o de un cuadro eran para ella problemas importantísimos.

Larrañaga no quería desilusionarla y aparentaba también tomar todo aquello muy en serio, y era cierto que, a medida que pasaba el tiempo y vivía con ella, le interesaba más el adorno y la disposición de la casa.

* * *

A la vuelta de París, Larrañaga pudo notar que la muchacha se preocupaba de embellecerse y de ponerse elegante.

La chica tenía coquetería, cierta malicia un poco infantil, y quería dar impresión de salud y de fuerza. Se ponía tacones altos y se daba un poco de color en los labios y en la cara. A veces, con su traje claro, el pelo rizado, las mejillas con color, parecía más fuerte de lo que era en realidad.

Cuidaba también mucho de la indumentaria de Larrañaga y le convencía de que se afeitara todos los días y de que se presentase de noche en el comedor, cuando tenían algún convidado, de negro y con smoking.

Larrañaga se reía de esto, pero obedecía.

Quizá Nelly veía con gran tristeza que Larrañaga la trataba como a una niña.

Para él era solamente una niña, y además una niña enferma. Habían hablado ya de la posibilidad del matrimonio, cosa que a la muchacha le encantaba.

—De esto hablaremos en serio—decía Larrañaga—cuando peses por lo menos cincuenta kilos.

Larrañaga consideraba a Nelly como un hada bienhechora, pero no como una futura esposa... Aunque hubiera llegado a los cincuenta kilos, le hubiera sido difícil decidirse a hacerla su mujer.

Ella tenía una gran seriedad y un gran entusiasmo por la vida, por el trabajo.

No tenía la menor idea de sensualidad. Para ella todo era intelectual, porque lo que creía que era sensual era intelectual también.

Nelly sentía una gran aspiración a la vida de la mujer, a tener un marido e hijos. Sus ideas eran muy sensatas y muy lógicas; pero no quería comprender que su enfermedad, la debilidad de su corazón, le impedía toda actividad violenta.

Larrañaga la trataba con una ironía cariñosa, que ella muchas veces no comprendía, porque se figuraba ser una persona mayor.

—¿Me llevará usted alguna vez a España?

—Sí, seguramente.

Ella tenía en él una confianza ilimitada; creía que no podía engañarla.

Nelly le preguntaba muchas veces sobre su familia española y quería que le diera detalles: cómo era su madre, su hermana y sus primas.

Cuando ella insistía en la idea del matrimonio, Larrañaga replicaba con sorna:

—Mientras no llegues a los cincuenta kilos no hay coyunda.

Otra de las características de Nelly era el considerar una superioridad el ser católica. Creía que su madre había sido una gran dama, y que su padre era un gran hombre.

A Larrañaga, a quien enseñó las cartas del pa-

dre, le parecieron de un majadero egoísta, muy pagado de sí mismo.

Para Nelly hubiera sido muy triste la idea de pensar que su padre era un personaje vulgar. Ella tenía un deseo de vivir, de ser útil, de sacrificarse por los demás, de tomar la vida en serio, que a Larrañaga le conmovía. Naturalmente, José no bromeaba sobre estas cosas.

Era curioso comprobar qué sentido de orden y de seriedad tenía aquella muñequita.

Siempre metida en casa, en la época de las lluvias y del mal tiempo, Nelly pasaba las horas leyendo en el despacho de Larrañaga, al lado del fuego. También tocaba el piano. Habían mandado arreglar y afinar el piano viejo del salón.

* * *

Le gustaba también a ella coser a la luz de la lámpara, mientras él fumaba al lado del fuego.

Para Nelly no había sitio más bonito que aquel despacho, donde trabajaba, columbrando por una ventana el canal, y por la otra el puerto.

Se entretenía mucho observando lo que pasaba por las dos ventanas del cuarto, mirando por la ventana grande el panorama de tejados negros, mojados por la lluvia, y contemplando por la ventana pequeña las gabarras que se detenían en el canal; viendo a las mujeres gabarreras, que hacían la comida, y a los chicos, que corrían sobre la cubierta y jugaban con el perro.

El comedor era bastante oscuro, un poco sombrío, con una claraboya que daba sobre unos tejados de tejas planas y negras, con una mesa antigua de nogal y una estantería; pero Nelly llegó a adornarlo

con cortinas, cuadros y platos, de manera que no parecía triste.

Nelly interrogaba a Larrañaga; quería averiguar todos los detalles de su vida, y por la conversación supo que José había tocado el violoncelo en la iglesia de su pueblo hasta los doce o catorce años.

Nelly le dijo que debía adquirir uno, y ella le acompañaría en el piano. Larrañaga compró el instrumento y comenzó a ver si recordaba algo de lo aprendido en la infancia.

Lo primero que llegaron a tocar a dúo en el violoncelo y en el piano fué el *Aldeano que vuelve alegre de su trabajo,* de Schumann.

José prefería muchas veces encender su pipa, tenderse en el diván y escuchar. Seguía con la mano en el aire la curva de las melodías.

—Siento no haber cultivado más la música—decía a veces—. Creo que tendría el espíritu más suave.

—¿Pero le gusta a usted?—le preguntaba ella.

—Sí, aunque me da impresiones visuales—contestaba él—. Debe ser porque tengo poco sentido musical.

A Nelly no le pasaba esto.

Nelly tenía un gran entusiasmo por Schumann, Schubert y Wéber. Era la Alemania romántica que a ella se le representaba con un gran prestigio, con colores espléndidos y sugestivos.

Nelly tocaba bien el piano, sobre todo con mucho sentimiento, y tenía una voz muy bonita.

Para ella Schumann era el ideal de la múscia, y siempre estaba hablando de la frescura de las obras de este autor.

Larrañaga, a quien la música sugería ideas visuales, comparaba a Schumann tan pronto con una madreselva o un rosal cubierto por el rocío de la mañana,

como con un monte nevado, iluminado por el sol poniente.

Mientras Larrañaga pasaba la mañana en su oficina de Willemskade, Nelly andaba cuidando de su casa, y cuando se cansaba se sentaba en el sillón, con un gato negro en la falda, que se había hecho su acompañante perpetuo.

Repasaba en la memoria su vida con frecuencia y se estremecía de terror y de satisfacción; de terror, por lo que había visto y padecido; de satisfacción, por creerse en un remanso seguro de la vida.

El recuerdo de Hamburgo la horrorizaba. Pensando en la noche de aquella fonda de la plazoleta, temblaba de espanto.

El grito de mujer en medio de la noche, por su mismo misterio, la llenaba de terror. ¿Qué habría pasado allí?

Para aquella muchacha el mundo peligroso y terrible era el hotel de Hamburgo. Le daba la impresión del torbellino de la vida, con todas sus violencias y sus horrores. En cambio, la calma, la seguridad, era vivir en su casa de Rotterdam, con Larrañaga, con su gran amigo español, ya un poco viejo y tranquilo. Muchas noches solían leer libros en voz alta. Así leyeron las obras de Dickens y de Walter Scott, en inglés, anotando las frases que no conocían para consultarlas con miss Ross. Fué para ellos, sobre todo para Nelly, un gran entretenimiento.

Leyeron también juntos la *Biografía de Spinoza,* escrita por Colerus. A Nelly no le gustaba que el filósofo se riese viendo dentro de un vaso de cristal cómo una araña se comía unas moscas.

—No tiene nada de particular—decía Larrañaga—. Sin duda, Spinoza, como judío, era partidario de la ley, y la ley de la naturaleza es la fuerza.

Vieron la casa donde el filósofo panteísta había

habitado en Rynsburg, cerca de Leyden, porque el rincón donde vivió en Amsterdam, en el barrio judío, no se conserva.

Larrañaga le llevó también a Nelly una historia de las guerras de Flandes, en donde pudo leer las luchas de los holandeses con los españoles del duque de Alba y las hazañas de sus jefes, Sancho de Avila y Cristóbal de Mondragón. Como católica, ella sentía mucha más simpatía por los españoles que por los flamencos. Quizá éstos tenían razón; pero a ella le daban la impresión de más prácticos, más comerciantes, menos exaltados y nobles que los españoles.

También Larrañaga le llevó unos tomos de la vida de los insectos, de Fabre, que leyeron juntos y discutieron.

—No somos intelectuales—decía Larrañaga—. Yo, al menos, cuando leo en el libro de Fabre los capítulos sobre el escorpión, y veo cómo el naturalista le echa a reñir con una araña, y luego con una manta religiosa, y después con un ciempiés, y a todos los va matando con su aguijón, lleno de veneno, siento deseos de coger una piedra y machacar al escorpión. Es uno poco intelectual. Quiere uno intervenir y establecer la justicia en el mundo, cosa absurda.

—¿Cómo absurda? Así hay que ser. El que no es así es un egoísta miserable—afirmaba Nelly.

* * *

Nelly tenía un libro con las canciones de la Iglesia en latín. Muchas veces Larrañaga, los domingos, le oía cantar, sentada al piano, el *Tantum Ergo* u otra canción, con gran fervor.

Le oía también este himno:

Ave Regina Coelorum .
Ave Domina Angelorum
Salve radix Salve porta
Ex qua mundo lux ex orta.

Los domingos de primavera que hacía buen tiempo, Larrañaga iba con Nelly generalmente a la iglesia católica de Santo Domingo, y allí la oía cantar.

Como los fieles que iban a aquella iglesia no eran muchos, los llegaron a conocer, y conocieron también a los curas de la parroquia, entre ellos al abate Hackaert, con quien se confesaba Nelly. Este abate comenzó a frecuentar la casa de Larrañaga.

El abate no se parecía en nada al cura entrometido y despótico de España. Era un solitario, un místico, un cuitado, como decía Larrañaga. Vivía en pensión en una casa muy modesta, porque tenía pocas ganancias.

El abate reunía datos para escribir un libro de historia acerca de las Ordenes religiosas en los Países Bajos. La obra ésta consumía sus escasos medios económicos. Había estado, en sus vacaciones, en Bélgica, en Francia y en España a seguir sus trabajos.

Hackaert no era nada fanático; por el contrario, tenía un concepto laxo de la moral, al menos tratándose de los demás. Para él, la vida era una carga que había que soportar con resignación.

Larrañaga no sentía ninguna hostilidad contra el abate; por el contrario, simpatizaba con él. A Nelly le parecía quizá de un tipo demasiado protestante. Por sus continuas charlas, Nelly supo que Larrañaga había tenido veleidades de pintor y se empeñó en que le debía hacer el retrato. Estaba encantada con esta idea y consiguió que Larrañaga comprara pinceles y colores y se pusiera a la obra.

Larrañaga se encontraba torpe. No había llegado nunca a dibujar correctamente.

Muchas veces aseguraba con ironía que dibujaba como una mula y que lo que pintaba era detestable, una verdadera porquería.

Con intervalos de desilusión y de esperanza siguió pintando e hizo cuatro o cinco retratos de Nelly, en otros tantos lienzos, hasta que uno le salió mejor.

Cuando lo concluyó estaba vacilante; quería cambiarle algo, pero no se decidía. Olsen le convenció de que si lo tocaba, lo iba a echar a perder.

—Usted tiene algo genial—le dijo el danés—, porque eso que ha hecho usted, como color, es muy bonito.

—Pero no se parece del todo al modelo.

—Se parece bastante; pero tenga usted en cuenta que usted no domina el oficio, que es usted un aficionado, y que si quiere usted arreglarlo, lo va a estropear, como ha hecho con los demás retratos.

Larrañaga medio se convenció.

—Lo voy a dejar un mes sin verlo, y si al cabo de este tiempo lo encuentro bien, lo dejo, tal como está, y si no, lo cambio.

Mientras tanto hizo algunos paisajes desde la ventana del despacho y se puso también a pintar flores. Nelly ensayó esto mismo, y llegó a hacerlo con gracia.

Al mes, Larrañaga vió de nuevo el retrato y le pareció bien, y lo envió a una tienda para que lo pusieran marco y se colocó encima de la chimenea.

—Aunque haya salido por chiripa—solía decir—, para lo que yo puedo hacer, no está mal.

II

Queridos amigos: No hay amigos—solía decir el viejo Kant a sus contertulios de Koenigsberg, llevado por su afán de veracidad.

El hombre es un lobo para el hombre—afirmó un autor romano, y lo repetía Hobbes.

Somos puercoespines que se reúnen porque sienten frío y buscan un poco de calor al lado de los otros—explicó Schopenhauer en un apólogo.

—¿Hay amigos o no hay amigos? ¿Qué te parece, Joe?

—Los hay, aunque no lo quiera la canalla—ha contestado categóricamente Joe.

Los amigos.—*Evocaciones.*

LAS AMISTADES

Los días de invierno fríos y lluviosos, Nelly los pasaba en su casa. Cuando se sentía activa y bien, hacía sus quehaceres cantando, limpiando el polvo con un aspirador eléctrico; arreglaba el fuego y des-

pués se sentaba a coser delante de la ventana del despacho.

Desde allí se distinguía un gran panorama de tejados, que comprendía desde la torre de San Lorenzo, la iglesia mayor, que se presentaba muy a la derecha, hasta las torres de la iglesia evangélica alemana y la iglesia del Este, que se erguían en el extremo de la izquierda.

Se veía desde la ventana grande una parte del muelle. La gente que pasaba en medio de la niebla y de la humedad, parecían motas negras en la atmósfera gris.

Por entre los tejados sobresalían las cimas de los árboles sin hojas que bordeaban los canales.

Por la otra ventana pequeña, que caía sobre la calleja, surcada por el canal, el espectáculo era distinto. Los remolcadores pasaban con un resoplido echando bocanadas de humo negro que enturbiaban el aire.

De pronto, en el canal hundido en la calle, se paraba una gabarra panzuda y parecía como en un teatro un cambio de decoración. Se veía al gabarrero, a su mujer, a un chico. Estaban unos minutos y se marchaban en su barco.

A veces se detenía la gabarra delante de un almacén que había enfrente y se veían subir los sacos desde el lanchón. Bajaba la cadena de la grúa, subían primero los sacos por un plano inclinado, juntos, como buenos hermanos; luego ascendían hasta el último piso, en el cual dos hombres los cogían y los metían en el almacén.

Desde la ventana grande se veían casi todas las torres del pueblo, y era el paisaje de tejados fantástico con sus torres y sus chimeneas.

Los campanarios de las iglesias, de noche se iluminaban con la esfera del reloj, y en algunas torres, en las que había cuatro esferas, una a cada lado, y

de las que no se veían más que dos, parecían los ojos de un monstruo.

Era muy triste el anochecer, cuando brillaba todo húmedo, sin color, gris y negro; pero al lado del recuerdo de los días de Nyborg, aquello a Nelly le parecía alegre.

Muchas noches, sentada a oscuras delante de la ventana, miraba el panorama sombrío de tejados, que le parecía una representación amenazadora de la vida. Cuando se encendían las luces y llegaba Larrañaga, para ella cambiaba todo y comenzaban las horas alegres. Charlaban los dos largo rato, hasta la hora de cenar, en que pasaban al comedor.

Después de cenar jugaban a las cartas con miss Ross. La patrona se quedaba con sus dos hijas mayores y a veces venía Olsen y su mujer.

Larrañaga fumaba su pipa mirando el fuego.

Nelly tenía bastante sentido para no demostrar excesiva familiaridad con Larrañaga, pues se hubiera ofendido miss Ross.

A Olsen le gustaba jugar al ajedrez. Jugaba muchas veces con Nelly, con su mujer y con miss Ross; pero les ganaba a todas con tanta facilidad, que se esforzaba en no aprovecharse de sus olvidos y en alargar la partida. La patrona, la señora Grebber, sentía gran simpatía por Nelly, a quien consideraba como a una niña y tenía con ella grandes atenciones.

Los chicos pequeños de la casa, los hijos de la señora Gebber, buscaban a Nelly, y aunque ésta no sabía bien el holandés, les contaba cuentos.

* * *

Venía también a veces el pariente de la patrona, el hombre del *polder,* Juan Campen. Este hombre te-

nía un cuarto en la guardilla y se le oía pasar por la escalera con sus botas pesadas.

Larrañaga solía llamarle y le invitaba a tomar una copa de coñac.

El hombre del *polder* había navegado en alta mar, había estado en las Colonias y por entonces se hallaba empleado en un almacén y conducía una gabarra. Era un viejo grande, pesado, encorvado, huraño y sombrío, con la cara curtida, entre cobre y cuero, la nariz roja y un bigote blanco, tornasolado. Vestía de azul, con sombrero y polainas, y tenía unas manos cuadradas, duras, como si fueran de madera. Campen, el hombre del *polder,* era un solitario, un contemplativo. Con sus recuerdos y con sus ideas tenía bastante para vivir.

A veces el viejo se sentía locuaz y contaba historias y aventuras muy interesantes de Sumatra y Java, en que figuraban indios y antropófagos. A Nelly le regalaba conchas, que guardaba en su cuarto, cogidas en el mar de las Indias.

Don Cosme, el empleado de Larrañaga, solía venir también algunas noches de tertulia. Don Cosme era muy amigo de Nelly y le llevaba con frecuencia bombones.

Nelly y don Cosme se habían hecho amigos íntimos. Los dos tenían una idea ridícula y absurda de Larrañaga. Le consideraban como un hombre todopoderoso, joven, audaz, capaz de hacer lo que se propusiera. Para él no había dificultades. Era como el prototipo del hombre, y si se burlaba de sí mismo, era para disimular su fuerza, para no ofender con ella a los demás.

Los dos se extasiaban hablando de sus condiciones.

—¡Qué hombre!, ¡qué ingenio ático!—decía don Cosme con su fraseología de maestro—. ¡Cómo maneja la fina sátira! ¡Qué perspicacia la suya!

Algunas veces, al llegar a casa, Larrañaga preguntaba en broma a Nelly:

—¿Ha venido don Cosmético?

A ella no le gustaba este mote burlón.

—¿Por qué esa crueldad con un hombre tan bueno?—solía preguntar.

Larrañaga se reía y se encogía de hombros.

—En la vida, a los hombres buenos es a los que se mortifica, para que demuestren su bondad. Si a una persona buena no se le da alguna desgracia de cuando en cuando, no puede ejercer su bondad y en el fondo se le defrauda.

—Habla usted en broma.

—Sí; un poco en broma y otro poco en serio. El pobre don Cosme, por lo que me han dicho, es la Cenicienta de la casa. Su hija es una mujerona egoísta y mandona; el yerno creo que es un bestia, y los hijos del matrimonio, sus nietos, lo tienen como a un criado. Don Cosme se levanta temprano, prepara el desayuno de todos, se lo lleva a la cama a su hija, da el biberón al pequeño y luego, según parece, se pone a cepillar las botas de los miembros de la familia. Cuando ha concluído esta sublime ocupación, enciende el fuego, coge un pedazo de carne, probablemente el peor, lo asa, lo mete en un panecillo y viene a la oficina. En la oficina come su pedazo de pan y su trozo de carne, y cuando concluye su trabajo vuelve a la casa, donde tiene que fregar los platos y tener cuidado de los niños. El domingo hace de niñera: lleva a los chicos pequeños a pasear y viene al anochecer con alguno en brazos. El dinero que gana se lo quita su hija en seguida, y si le falta algo le arma terribles escándalos. Don Cosme encuentra todo esto muy natural, y si su hija le pega, le dirá, haciendo gestos amanerados y pedantescos: ¡Hija mía, no me pegues

así! Te vas a hacer daño en la muñeca... Pero, ¿qué te pasa? ¿lloras?

—¿Se puede burlar nadie de un hombre así?

—Es igual burlarse que no burlarse. Don Cosme es de esas pocas naturalezas seráficas que no tienen egoísmo y son felices viviendo mal y trabajando para los demás. Ese pobre don Cosmético irá al cielo... si hay cielo. Yo creo que debía haberlo. Un cielo de amor y de simpatía, por lo menos, para esa clase de tipos. A los demás, si tuvieran la fantasía de hacerlos resucitar en la gloria, después de muertos, les bastaría un asiento de automóvil o un bar con una pianola. ¡Pobre don Cosmético!

—No le llame usted así.

—Le llamaré don Cosme. Es igual. ¡Pobre don Cosme! O quién sabe si ¡feliz don Cosme! El ve el bien donde los demás no vemos más que el mal; él ve simpatía en donde los demás vemos antipatía; él ve cariño en donde los demás notamos odio y rencor... Para él su hija es una mártir, y a los demás nos parece una sargentona; para él su yerno es un hombre excelente, y todo el mundo lo tiene por un bestia; él cree que sus nietos son unos angelitos, y los demás los consideran como unos micos de muy mala intención.

—A usted le quiere mucho.

—Sí, a mí me tiene por un hombre de acción, por un hombre terrible. Eso prueba lo fuerte que es su penetración psicológica.

—Es usted implacable.

—No; no lo digo en son de burla. Está bien que él se engañe, porque es un ser seráfico; pero yo, que soy un hombre con los defectos de la mayoría, es decir, egoísta como todos, no me debo engañar.

—Usted también es bueno.
—Yo, no.
—¡Oh! Sí.
—No, no... Pero doblemos la hoja.

III

El barco espera. La vela está izada. El viejo marinero de sotabarba, con sombrero impermeable y sudeste amarillo, levanta el ancla.

—Vamos, mi querida amiga—ha dicho Joe.

Iremos por los canales verdes, sombreados por árboles; cruzaremos por entre campos de colza con molinos de viento; pasaremos al lado de las gabarras, repintadas, con sus cortinillas blancas. Llegaremos a remontar el Rhin, el río heráldico y feudal de los burgraves y de los emperadores.

Y cuando estemos cansados de canales y de aguas quietas, tomaremos el camino de Oriente, por el mar de las olas tumultuosas.

Veremos Padang, Batavia, Surabaya, Java, Sumatra. Visitaremos países fantásticos, de cielo inflamado, con rinocerontes, cocodrilos y antropófagos, y flores espléndidas, de un metro de diámetro, con un perfume embriagador...

Vamos, mi querida amiga.

LA PRIMAVERA

Al llegar la primavera y el buen tiempo, Nelly comenzó a salir. Daba un paseo por la mañana, y terminaba muchas veces su paseo en la oficina de Larrañaga.

Seguía a lo largo del río y se fijaba en todo: en los barcos de viajeros, llenos de empleados que iban a su oficina; en los tranvías, en el carrito del vendedor de leche, tirado por un hombre y por un perro que iba debajo; en el carro de la basura, que avisaba a las casas con una carraca.

Veía en el muelle cómo cargaban o descargaban quesos grandes, tirándolos como si fueran manzanas. Contemplaba la multitud que marchaba por el gran puente, al lado del viaducto del tren. Se metía por los callejones con las aceras de ladrillos puestos de canto, a mirar, a husmear.

Le chocaban las reuniones de marinos, congregados en algunas casas de consignación, vestidos de uniforme y gorra, esperando el embarque sin hablarse.

Otras veces iba al centro por Leuvenhaven y contemplaba el canal y celebraba la fraternidad rotterdanesa entre las ventanas de las casas y los baupreses de los barcos; miraba las tiendas de modas, las de muebles y las librerías. Saludaba al librero amigo de Larrañaga. Le chocaban también las tiendas de aparatos de náutica, unos de cobre y otros de latón; todos tan brillantes, las brújulas, las poleas y las campanas de cobre.

Cuando volvía a casa le contaba a Larrañaga lo que había hecho y dónde había estado.

Por entonces Larrañaga hizo que el médico amigo reconociera de nuevo a Nelly.

—Está bien—dijo éste—; aumenta de peso y la lesión cardíaca va compensándose.

—Habrá que tener cuidado todavía.

—Sí, hay que esperar y tener cuidado. Hay que ver cómo pasa el verano. Si el verano y el invierno siguiente lo pasara bien, quizá esta muchacha se podría casar; aunque siempre la posibilidad de la maternidad constituiría para ella un peligro.

—¿Cree usted que sería conveniente llevarla a un sitio alto?

—No; ¿para qué? Si tiene que vivir constantemente en Rotterdam, no creo que valga la pena.

—¿No le hará daño la humedad?

—No; creo que no.

—¿Cree usted que podría pasear en lancha?

—Sí; ¿por qué no? Eso no le puede hacer daño.

Cuando Larrañaga le dijo a Nelly que le iba a llevar en lancha a pasear, ella quedó encantada.

Larrañaga tenía para su uso, para cuando llegaba algún barco de Bilbao, una gasolinera, que dirigía un muchacho de Santurce. La lancha se llamaba "Pepita" y solía estar en el puerto de Veerhaven, cerca de la oficina.

—¿Por qué se llama así la lancha?—preguntó Nelly.

—Es el nombre de la hija de uno de los accionistas de la Compañía.

Poco después, cuando venía al puerto algún barco de Bilbao, de la Casa, iban a visitarle Nelly y Larrañaga.

Larrañaga le llevó también a la muchacha por el río y por los canales.

El puerto, con sus grúas y sus aspiradores mecánicos, era para ella de gran atractivo. Contemplaba

aquel movimiento vertiginoso; los grandes barcos y los pequeños, que salían, haciendo sonar su sirena y echando copos apretados de humo algodonoso; los remolcadores, que dejaban en el horizonte un surco de humo negro, ondulado y retorcido como el cuerpo de una serpiente; las gabarras, los balandros y gasolineras.

—Yo encuentro este pueblo muy simpático—decía Larrañaga—; aquí todo es puerto, todo el mundo trabaja en algo que tiene relación con el mar.

Rotterdam, visto así, le parecía a Nelly un hormiguero lleno de almacenes, una colmena marina, una ciudad de castores al borde del agua.

Nelly, en la lancha, en compañía de Larrañaga, recorrió los diques, atestados de mil cosas distintas: balas de algodón, cestas, toneles, montones de carbón de piedra, sacos, cajas de naranjas, quesos formando grandes pirámides. Vió los malecones de madera sobre estacas al mismo borde del río, sus planos inclinados, sus descargaderos, las pasarelas, los puentes giratorios y los levadizos. Contempló las grúas, altas, misteriosas, que iban sacando las mercancías del vientre de los barcos con sus ganchos. Pasó por delante de los almacenes de cables y poleas, que olían a alquitrán; de los muelles en donde los marinos viejos, de sotabarba y zuecos, descansaban apoyados en las barandillas, y los cargadores, encapuchados, marchaban en fila con sus sacos en la espalda.

Vió las dársenas de los barcos de vela, con sus bosques de mástiles y el entrecruzamiento de sus cuerdas, las escaleras musgosas; los vapores fantasmas envueltos en la niebla.

Pasaron cerca de los grandes diques secos, en los que sonaban terribles martillazos y donde los cargadores y los pintores trabajaban sentados en un andamio; contempló el gran río, turbio, amarillento, y los

vapores, que dejaban copos espesos de humo en el cielo gris. Luego, más lejos, cruzaron por delante de almacenes y tinglados de la orilla, donde había barcos viejos, sucios, deshechos, calderas grandes pintadas de rojo, chimeneas y chatarra de toda clase.

* * *

Pero si el gran puerto del río tenía atractivos, los tenía mayores, y era algo como leer la más misteriosa de las novelas, recorrer aquella red de canales del pueblo y mirar las casas de un lado y de otro, y ver sus rincones, sus escaleras, sus pisos. Eran casas altas, negras, estrechas, de ladrillo, con letreros de varios colores; casas ventrudas, con aire de hidrópicas, derrengadas, torcidas; torcimientos explicables, porque la mayoría de ellas estaban construídas sobre estacas.

En aquellas casas se veían almacenes, cerrados con cerrojos y cadenas; escalerillas roídas por el agua, losas cubiertas de una capa de cieno, fachadas de ladrillo, negras de humo, con grandes argollas roñosas. Dentro de los almacenes se oían ruidos de cadenas, ladridos de perros y chirriar de poleas. Parecían casas de cuentos, de duendes o de monederos falsos.

En muchas de estas callejuelas, surcadas por canales, estaba todo como enmohecido por el agua. Los hierros, las maderas, las piedras, el ladrillo; todo deshecho y sin color.

En algunas plazoletas pequeñas, como en las proximidades de los canales y de las dársenas, había montones de cajas, de sacos, de barricas, de toneles de hierro, de carros con grandes y pesados caballos.

Estos edificios que daban a los canales tenían cargaderos especiales, planos inclinados, letreros, fajas

azules en las paredes con letras blancas y negras y ventanas rojas. Estas ventanas eran casi todas de guillotina, altas y grandes. De los piñones de las casas salían poleas con cuerdas que daban hacia el canal.

* * *

Larrañaga y Nelly, después de recorrer los canales interiores de la ciudad, salieron fuera de Rotterdam, a través del campo de colza con molinos de viento y se cruzaron con gabarras de todas clases, con sus grandes velas oscuras, y llegaron a Delft, llena de silencio y de misterio; estuvieron en Brielle, en la desembocadura del Mosa, y en Dordrecht, con su río ancho, como una entrada de mar, sus casas de colores, sus molinos de viento, sus campanarios y sus torres.

A Nelly le entusiasmó el aire clásico de este puerto flamenco.

—¿Qué río es éste?—preguntó a Larrañaga.

—Este río es uno de los brazos del Rhin; probablemente el mayor. Este río feudal, este Rhin maravilloso, la arteria más grande de la Europa culta, que en Basilea amenaza y en Wessel parece un brazo de mar, aquí se divide y se subdivide en tantos brazos y canales, que pierde su unidad y llega en su miseria hasta perder su nombre. Este gran río, con sus castillos teatrales, es un río que fracasa al final, cosa que sucede a muchos hombres.

* * *

Larrañaga tenía cuidado de volver de sus excursiones antes que se hiciera de noche. Presenciaban cerca de la ciudad crepúsculos maravillosos. Cuando

ya entraban en Rotterdam, el sol pálido daba en una fila de casas de los canales y tenía un gran aire de tristeza y de melancolía.

A veces en el agua de algún canal que parecía que se iba a derramar por los bordes, en la que reposaban papeles de periódico, el sol arrancaba resplandores sangrientos.

IV

En el canal soñoliento de la avenida, sombreado por altos árboles, a donde va a morir el sol pálido al caer de la tarde, la gabarra negra duerme como un monstruo marino. Arrimada a la esclusa, espera la apertura de ésta para pasar a otros canales.

Lleva a popa su nombre, un nombre de mujer, y la bandera tricolor de Holanda.

Esas gabarras pintadas de verde y de negro, con su chimenea de la cocina que humea, el castillo de popa con la vivienda de la familia, sus ventanas, sus cortinas de cretona y sus flores, tienen gran encanto.

El hombre de la gabarra, mientras la embarcación duerme sobre las aguas tranquilas del canal, arregla sus cuerdas y sus aparejos; la mujer prepara la cena y los chicos juegan con un perrillo, alegre y ladrador.

Joe mira con envidia el cuadro y le gustaría vivir en una de esas casas flotantes.

Las gabarras.—*Las Estampas Iluminadas.*

POR LOS CANALES

Campen, el antiguo trabajados del *polder,* una noche les invitó a Larrañaga y a Nelly a ir en su gabarra.

Tenía que marchar a Delft a traer un cargamento de heno.

Si querían ir ellos, les arreglaría la cama en la gabarra. Podrían dormir, y luego, por la mañana, hacer el corto trayecto de Delft a Rotterdam al sol.

—Sí, sí; tenemos que ir—dijo Nelly.

Aceptada la proposición, al anochecer fueron al puerto de Delft, entraron en la gabarra y se acostaron.

Durmieron los dos bastante bien. De cuando en cuando, medio en sueños, Larrañaga oía el ¿Quién vive? de los aduaneros. Al amanecer, Campen los despertó.

Estaban en Delft, en el muelle de Zuidwal. Hacía un hermoso sol; habían cargado la gabarra de heno y a popa llevaban muchos tiestos de flores. Larrañaga y Nelly dieron una vuelta por el pueblo, que a las primeras horas de la mañana estaba admirable de silencio y de misterio, y volvieron a su barco. Al comenzar la mañana la gabarra se puso en movimiento, llevada por un remolcador.

El tiempo estaba espléndido, el sol brillaba como en sábanas de oro sobre el campo.

Nelly se mostraba alegre y contenta.

—¿Qué tal?—les preguntó Campen.

—Muy bien. Muy bien.

—Hermoso día, ¿verdad?

—Espléndido.

Se sentaron Larrañaga y Nelly en un banco a popa y contemplaron aquellas tierras planas por donde iban pasando. En algunas partes estaban haciendo turba, cortando la tierra en trozos cuadrados; en otras se veían edificios de ladrillo rojo y villas blancas con grandes parques y árboles magníficos.

—¡Qué arboles más hermosos!—dijo Nelly.

—Claro—contestó Larrañaga—. ¡Tenen las raíces en terrenos encharcados. Estas tierras son polder y están por debajo del nivel del mar.

Al avanzar en el canal se cruzaron con otras gabarras.

Los remolcadores las arrastraban; algunas iban hasta el tope con cargamento de madera, de paja y de heno prensado.

La mayoría tenían nombres de pueblos y de mujeres. Algunas nombres raros y pintorescos. Una se llamaba, en francés: *Rien sans Dieu.*

En muchas de estas gabarras detenidas a la orilla del canal, se veían las ropas puestas a secar, lo que daba la impresión de un barco empavesado.

En todas ellas se advertía la limpieza y el adorno, la coquetería de haber pintado con colores vivos las cámaras de popa y de adornar las ventanas con cajas con flores.

De estas gabarras, con las que se cruzaban, salían olores diversos: unas veces a madera, otras a café, a granos tostados, a hierba seca y a alquitrán.

Nelly contemplaba a estas mujeres de las gabarras, fuertes, rubias, sólidas, que preparaban la comida, mondando patatas y al mismo tiempo hacían la maniobra del barco, torciendo la larga caña del timón a derecha y a izquierda.

Quizá las envidiaba su fuerza.

Los chicos jugaban en la cubierta. En algunas ga-

barras el perro se paseaba, vigilando su dominio y ladrando con furia a los de fuera.

Estos perros de las gabarras tenían un aire muy inteligente.

En medio del campo, las embarcaciones, que marchaban por otro canal con las velas grandes, negras, amarillas y remendadas, parecían como si fueran corriendo por la tierra.

Al llegar a un puente, los remolcadores bajaban la chimenea y el mástil y pasaban muchas veces por un agujero que parecía menor que ellos.

Los guardianes de los puentes giratorios o levadizos los abrían moviendo una palanca.

Cada uno de los guardianes tenía una pértiga larga, con un hilo, como una caña de pescar, y al final del hilo, un bote de hoja de lata, donde el patrón de la gabarra que pasaba dejaba un recibo o una moneda.

—¿De dónde vienen estas gabarras?—preguntó Nelly a Campen.

—Estas gabarras navegan por el Rhin y por el Mosa, y por todos los canales que terminan en Rotterdam. Vienen de lejos, por esta tierra plana, surcada por corrientes de agua. Pasan pueblos y más pueblos, deteniéndose en las esclusas, en los puentes, con una calma muy flamenca, hasta llegar al punto de parada, que es algún canal de Rotterdam, donde descansan, para volver de nuevo a hacer su camino al interior.

* * *

Al llegar a Overschie la gabarra se detuvo. Campen dejó solos a Larrañaga y a Nelly, y entre los dos se entabló una conversación que a Larrañaga le parecía peligrosa.

Para cortarla, le preguntó varias veces a Nelly en broma:

—¿Cuánto te falta para los cincuenta kilos?

—Usted cree que yo no estoy fuerte. No hay que ser cobarde.

—Yo no soy cobarde por mí solo, sino por los demás.

—No hay que ser cobarde con nadie. Sea usted como su paisano don Cristóbal de Mondragón. Usted le tiene miedo al amor.

—Sí; pero no por mí, sino por ti.

—Yo soy valiente.

—Tú eres una niña un poco enferma y yo soy un hombre un poco viejo.

—No. Yo soy una mujer fuerte y usted es un hombre joven.

—No, no; hay que esperar. Es fácil dejarse llevar por el instinto; luego viene la catástrofe.

—¿Por qué va a venir la catástrofe?

—Puede venir. No somos niños, no somos locos para no pensar en el porvenir.

Nelly se calló, y luego de repente, se echó a llorar.

Larrañaga le agarró con las dos manos y la besó en la mejilla.

Nelly le abrazó y le besó también.

—Ahora, basta ya de lloros—dijo Larrañaga.

—Muy bien. Basta de lloros—repitió ella burlonamente.

V

Para mucha gente, humano es sinónimo de vil. Cuando saben de una canallada, de una ruindad, de una cobardía, dicen: "Es humano".

Estas gentes confunden la bajeza con la debilidad—ha pensado Joe.

Son grandes enamorados de la miseria moral. El descubrimiento de lo bajo les hace sonreír. Todo detalle humillante y triste, de envidia, de rencor o de hipocresía, les halaga. Sin duda lo encuentran en su fuero interno muy legitimado.

De ahí ese tópico de las impurezas de la realidad, frase estólida que parece inventada por el jefe de un partido conservador.

El hombre es la medida de todas las cosas—decía un filósofo griego—. En un sentido extenso, todo es humano. El hombre es la medida y es la cosa. En un sentido restringido, lo humano no es sólo lo sublime; pero tampoco es sólo lo innoble. Es la mezcla compensada de lo bueno y de lo malo que puede salir de nuestras cabezas.

Enamorados de la miseria.—*Fantasías de la época.*

EL PADRE DE NELLY

Al final del verano, Nelly recibió una carta de su padre que le produjo gran emoción.

Guillermo Baur anunciaba que venía a Rotterdam a ver a su hija. Tenía una contrata en una sala de espectáculos de la ciudad.

Nelly estaba muy contenta; no así Larrañaga, que, sin saber por qué, desconfiaba del cómico, que se retrataba en actitud de Goethe, con un papel en la mano.

Llegó Baur a Rotterdam. El hombre pretendió ir a vivir a la misma casa donde vivía Nelly y Larrañaga; pero éste pretextó que no había sitio y que no podía ir allí.

El cómico se marchó mohino y malhumorado.

Fueron a verle trabajar al teatro. A Larrañaga le pareció todo lo que hacía muy mediano.

El éxito del cómico fué tan precario, que a los cinco o seis días no tenía ya contrata y vagabundeaba por los muelles de Rotterdam, y por las noches se metía en los cafetines y en las tabernas de Schiedamschedyk.

Larrañaga estaba esperando de un día a otro que Guillermo Baur le pidiera dinero con cualquier pretexto, y efectivamente, así ocurrió. José se lo dió y le indicó con diplomacia que lo mejor que podía hacer era marcharse.

El padre de Nelly, muy secamente, aseguró que se tenía que ir en seguida. No quería estar allí. Allí no le entendían. Los holandeses eran unos bestias, una gente que no comprendía el arte y que hablaba

una jerga que pretendía que era un idioma. El cómico andaba siempre a vueltas con esos lugares comunes del arte.

Los habitantes de Rotterdam, según él, no podían servir más que para los viles usos de la industria y el comercio.

Era Guillermo Baur hombre de unos cincuenta años. Iba afeitado. Tenía una cara correcta, de cierta corrección, frecuente en la gente mediocre; los ojos, negros, brillantes; el pelo largo y muchas arrugas. Mirado de cerca, se adivinaba en él su doblez; se veía que era un histrión bajo y desvergonzado.

El padre de Nelly contaba a todas horas anécdotas evidentemente falsas, en las que él aparecía siempre en una actitud gallarda, y los demás, sobre todo si se trataba de cómicos y de cómicas, quedaban de una manera fea y humillante.

Si le negaban la exactitud de lo que contaba, era capaz de reconocer que mentía o de echarse a llorar, diciendo que todo el mundo le odiaba y le perseguía implacablemente.

En sus aventuras hacía figurar a los hombres célebres de Alemania y de Austria, que unánimemente le envidiaban a él. Sobre todo, como era natural, los que más envidia le tenían eran los cómicos.

En él reconocían el hombre de genio que ha sido abandonado por la sociedad. Este pensamiento entusiasmaba al cómico.

El histrión era un perfecto mentiroso.

Entre la verdad y la mentira, elegía siempre la mentira. Sin duda la encontraba más gracia, mayores encantos.

No mentía Baur siempre bien, porque el alcohol, sin duda, le había quitado la memoria; pero, al parecer, no le importaba mucho que le conocieran que mentía. Era embustero y embrollón por instinto.

Edificaba una historia falsa sobre la punta de un alfiler, y para sostener la primera mentira inventaba otra o una serie completa de falsedades.

Con salir del paso por el momento le bastaba, pues muchas veces hubiera podido pensar que sus embustes tenían que durar poco.

La vanidad se le subía a la cabeza, tanto como el alcohol.

Baur era la parte negra del hombre de genio. Tenía todo lo malo de los tipos geniales: la hiperestesia, la egolatría, la envidia, la vanidad y no tenía nada de lo bueno.

Quería mostrarse grande, importante. Todos los cómicos, según él, eran muy malos. El arte estaba muerto. El había perdido la voz. Los años de guerra le habían matado.

—Yo también he sido una víctima de la guerra—le dijo a Larrañaga.

—¿Por qué?—le preguntó éste.

—Con la guerra todo bajó; yo tuve que cantar en tabernas, donde se me daba de beber y no de comer, y entre beber y fumar, creo que se me trastornó el cerebro. Estos años de guerra me han matado. Durante ellos he vivido como un perro, sin poder cuidarme.

Baur se creía el centro del planeta.

El elogio mismo no le satisfacía. Si algún inocente le elogiaba, al poco tiempo él le decía que no lo entendía, o que era un imbécil, que no se debía permitir el lujo de tener opiniones.

El cómico sentía envidia de su hija; el que Nelly hubiese encontrado una persona que no pensaba más que en ella, que le atendía y cuidaba, le ofendía al viejo farsante.

Unos días después de la primera petición, el cómico volvió a pedir dinero a Larrañaga. Larrañaga le dijo

con claridad que se lo daría, a condición de que se marchara de Rotterdam inmediatamente.

El histrión prometió marcharse; pero no lo hizo, y tres o cuatro días después se lo encontró Larrañaga.

Baur, al verle, le dijo que le había deshonrado, llevándose a su hija a vivir con él. Larrañaga estuvo a punto de pegarle. Le indignaba, sobre todo, el ver claramente que aquello en el cómico no era una convicción falsa, sino una actitud que le parecía oportuna tomar, en parte por histrionismo, y en parte, también, por ver si podía sacar más dinero.

Larrañaga, muy violentamente, le dijo que le daría únicamente dinero para tomar el tren, y que si no se marchaba, avisaría a la policía.

Los días siguientes Larrañaga quedó tranquilo. Creía que el cómico se había marchado definitivamente. Al cabo de una semana le chocó mucho que Nelly estuviera inquieta y que le pidiera dinero para dos o tres cosas.

Unas semanas después, al llegar a casa, se encontró a Nelly en la cama con fiebre. Tenía un gran catarro. Se llamó al médico.

—¿Dónde se ha enfriado esta chica?—preguntó el doctor.

—No sé. Creo que no ha salido de casa—dijo Larrañaga.

—Es extraño.

—Yo, al menos, así lo tengo ordenado; que no salga con el mal tiempo.

—Averigüe usted, no sea que esta muchacha haya salido de casa.

Larrañaga preguntó e indagó y supo por la patrona que el padre de Nelly seguía en Rotterdam, y que casi todos los días enviaba a alguno pidiendo dinero a su hija, hoy desde una taberna y mañana de

la otra. La última vez le mandó un recado una noche de frío y de lluvia, y Nelly salió de casa y volvió completamente mojada.

Larrañaga, al saberlo, no quiso hacer ninguna reconvención; pero la muchacha se enteró de que le habían dicho lo ocurrido.

Nelly, al principio, tomó un aire de protesta y de terquedad, como si estuviera dispuesta a defender a su padre a capa y espada. Luego, al ver la actitud de Larrañaga, se echó a llorar.

—¡Es mi padre! ¡Qué voy a hacer!—sollozó ella.

—Yo lo comprendo. ¡Cálmate! No me duele que le hayas dado dinero; lo que siento es que te hayas puesto enferma.

—Perdóneme usted que le haya dado sus regalos.

—Al revés. Me parece muy bien que se los hayas dado. Me parece muy bien que se lo lleve todo, pero no que tú te pongas mala.

—Ya lo sé.

—Ten cuidado. Hazlo por mí. Ten en cuenta que para mí sería algo muy triste el que te pongas gravemente enferma. Si no quieres por ti, hazlo por mí.

Nelly, conmovida, temblaba al hablar. Cogió la mano de Larrañaga y la llevó a los labios. El la besó en la frente.

Luego la patrona le dió a Larrañaga nuevos informes. El padre de Nelly seguía emborrachándose en los garitos de Rotterdam y explotando a su hija. Ella le había dado su reloj, las joyas que le había comprado Larrañaga y hasta la ropa.

* * *

Don Cosme, el empleado, le acompañó algunas veces a Nelly por los garitos y por las tabernas a buscar al viejo cómico borracho.

Ella empezaba a dudar de que su padre fuera un grande hombre; pero pensaba que de ninguna manera podía abandonarlo.

Larrañaga preguntó a don Cosme detalles de sus excursiones, y el empleado, con algún temor, le confesó la verdad.

—No debe usted avergonzarse por ello. Usted lo ha hecho por su bien.

—Sí, es verdad.

—Usted, don Cosmético, es un hombre excesivamente bueno. Perdone usted que le llame don Cosmético.

—Usted me puede llamar como quiera, don José. Además, aquí nadie nos oye.

—No, no le puedo llamar así. Abuso, porque es usted bueno, y del bueno abusa todo el mundo. ¿De manera que usted ha acompañado varias veces a Nelly a buscar al canalla de su padre?

—No le llame usted de ese modo.

—Es un egoísta, un canalla, un perfecto miserable.

—Pero le quiere a su hija.

—¿En qué lo ha notado usted? Yo creo que no se quiere más que a sí mismo.

—Pero los animales más feroces quieren a sus hijos, don José. Esto está en el orden de la Naturaleza—repuso don Cosme.

—Ríase usted de ese orden, don Cosmético. Hay algunas arañas hembras que se comen a los machos y a los hijos.

—Pero nosotros no somos arañas.

—No cabe duda. ¿Pero para qué habla usted de los animales? ¿Una araña no es un animal?

—Sí, sí; indudablemente.

—¿Así, que le ha acompañado usted a Nelly a buscar a su padre?

—Sí.

—Yo no tengo energía; si la tuviera, a ese hombre le pegaría un tiro.

—Vamos, don José. No diga usted eso. ¿Usted no tiene energía?

—¿Usted cree que la tengo?

—Enorme.

Campen, el hombre del *polder,* dijo, al saber la enfermedad de Nelly y la causa de ésta, que lo principal en la vida era que el corazón resistiera.

—Si el corazón no resiste, todo está perdido—añadió—. La cabeza puede ir bien o mal, está en su derecho, allá ella; pero con poca cabeza se vive. Las piernas le pueden sostener a uno o no; sin tener las piernas fuertes se vive también. Ahora, si el corazón va mal, ya no hay remedio, y a esta muchacha lo que le falla, a mi parecer, es el corazón.

VI

La moza flamenca, un poco mujerona y pesada, se ha quedado dormida, vencida por el vino, recostada en el regazo de su acompañante, un viejo flaco y crapuloso.

El corsé escarlata muestra el seno blanco; la falda, levantada a medias, enseña la enagua violeta y las medias rojas. La mano derecha suelta una pipa que sin duda la buena moza estaba fumando.

El viejo de esta orgía es un viejo calvo, grotesco, frenético, una caricatura de Don Quijote. Está sentado en un banco, con la ropa en desorden, las medias en los talones y las pantorrillas al aire. No parece un viejo holandés, tranquilo y pesado, sino un meridional exaltado, un tanto mefistofélico, con los ojos turbados y la boca con una mueca agria.

Quizá es algún personaje caricaturizado, algún profesor, algún notario, algún burgomaestre de la ciudad.

Con la mano derecha levanta el vaso lleno y grita o canta con el aire furioso de un hombre que quiere aprovechar las fuerzas que se le van escapando con el alcohol.

Mientras tanto, unos músicos con aire burlón salen de la taberna, y una mujer, quizá la criada, roba la capa al juerguista.

Entre los restos de la orgía, un gato contempla pensativo a la mujer dormida.

Por encima de la cabeza del viejo hay una hoja en donde están dibujados un buho, unas velas y unos anteojos, y escrito en holandés un refrán que, traducido al castellano, dice así: "¿Para qué velas o anteojos, si el buho no quiere ver?

La orgía de Jan Steen.—*Las Estampas Iluminadas*

EL FARSANTE EN LA CALLE

Durante algunos días la situación quedó estacionaria. Nelly no mejoraba ni empeoraba en su enfermedad. Se decía que su padre seguía vagabundeando por los garitos y las tabernas del pueblo. Como no aparecía por la casa, Nelly expresó varias veces su deseo de verle.

Una noche, Larrañaga, al pasar por el muelle de Leuvenhaven, vió en un callejón al cómico, le siguió hasta la calle de Schiedamschedyk y entró tras él en una taberna.

Guillermo Baur se acercó a una mujer gruesa, que sin duda le esperaba.

Estaba el cómico flaco, mojado, harapiento, con las mejillas rojas; tenía un aire más desagradable que nunca. Se parecía al viejo de la orgía de Jan Steen. En la taberna había algunas mujeres de vida airada y algunos chulos.

Larrañaga se acercó al cómico y le dijo que su hija quería verle.

—Ya iré—contestó él, de una manera malhumorada.

—Que vea que no sólo va usted a pedirle dinero.

La mujer que acompañaba a Baur era una alemana gruesa, de aire brutal, que al parecer se reía de él.

De pronto Guillermo Baur exclamó:

—Yo no puedo vivir así. Me voy a matar.

—¡Bah!—exclamó Larrañaga.

—Sí; usted no lo cree, pero me voy a suicidar. Un día me encontrarán ustedes muerto.

—Eso sería una gran solución—le dijo Larrañaga—. Yo, naturalmente, me alegraría, y su hija lo sentiría unos días, pero después podría vivir tranquila. Aquí tiene usted medios magníficos de suicidarse. Estos canales están invitando a los aficionados.

—Eso querría usted, que yo me suicidara—gritó Baur.

—¡Ah! Naturalmente. Ahora, que ya sé que no se suicidará usted. Tiene usted de cobarde todo lo que tiene de farsante. Es usted un cómico en todo menos en el escenario, en donde no pasa usted de ser un detestable histrión.

—Le odio a usted y le desprecio—chilló el cómico.

—¿Usted que va a despreciar, pobre miserable? ¿A quién va usted a despreciar? Si usted mismo se reconoce bajo, vil y sin ningún talento. Es usted un parásito, un bufón sin asomo de dignidad.

—¿Ha concluído usted?

—Sí.

—Este bufón sin asomo de dignidad se llevará a su hija.

—¿Para dejarla en un hospital? ¿Para que se muera en el camino?

—Para que viva a mi lado. Para que viva con su padre.

—¿Con qué la va usted a alimentar? ¿Es que pien-

sa usted dejar su borrachera habitual y ponerse a trabajar?

Larrañaga esperó a que el padre de Nelly quisiera ir con él a ver a su hija.

—Estoy avergonzado—dijo de pronto el cómico—. ¡He sufrido tanto!

Luego se puso a hablar irónicamente, con sarcasmo. El era, sobre todo, un artista, que no se había rebajado nunca a pedir favores, y menos a los filisteos, incapaces de comprender lo que él era y lo que él valía. Larrañaga, incomodado, le dijo:

—No sé si se rebaja usted a pedir favores; pero a pedir dinero, sí. Al menos me lo ha pedido usted a mí, que soy un filisteo que indudablemente no comprende su arte, quizá porque me parece una cosa ridícula.

—Le tengo odio a usted, le detesto—gritó el cómico.

—Me parece muy bien. Nos pagamos con la misma moneda. Si no fuera porque su hija, que le quiere ver, es amiga mía, quizá yo, al pasar por el canal, le empujara para que fuera usted a hundirse en el cieno, que es donde debía estar.

De pronto, al oír que Larrañaga le negaba todas sus condiciones artísticas, Baur comenzó a llorar.

—Es verdad, es verdad—dijo—. No soy nada. Estoy perdido.

—Bueno; vamos a verle a su hija, que le llama a usted. Sea usted alguna vez un poco generoso y un poco fuerte.

VII

Estas muchachitas mueren tranquilas y satisfechas. "Si me muriera no me importaría—decía una—, porque conozco lo que es la vida".

¿Qué vida podía conocer? Lo creía, y eso basta. En esos cerebros débiles la misma enfermedad fragua un sueño que produce un gran bienestar, una completa euforia, y así pasan de la vida a la muerte por delante de esos espejismos que les acompañan en el camino.

¿Compadecerlas o envidiarlas?—se pregunta Joe—. Difícil es saberlo.

Mientras el viejo se agarra al vivir miserable, y la Dubarry, con sus canas, suplica al verdugo, al pie de la guillotina, un minuto más de vida, la muchacha joven suelta la amarra que le une a la existencia con su mano pequeña, con una serenidad que infunde pavor.

Las muchachas enfermas.—*Evocaciones*

NELLY VUELVE A LA INFANCIA

El médico decía todos los días, moviendo la cabeza:

—Esto va mal, muy mal.

Nelly, que al principio de su enfermedad estaba siempre intranquila y llorando por los disgustos que le daba su padre, comenzó a tranquilizarse. Si algu-

na vez su padre iba borracho a pedirle dinero, ella le daba lo que tenía. Sin duda, ya acostumbrada, no se alteraba.

Nelly hacía muñecas para los chicos de la casa, mientras estaba tendida en el diván, y se las regalaba y las ponía nombres. También les recortaba con unas tijeras figuras en un papel. El hacer vestidos para las muñecas era gran ocupación para ella. Solía estar muchas veces en el diván cosiendo, con el gato negro, que se colocaba en su regazo. Soñaba que vivía en un palacio, que el gato negro era un príncipe encantado. Su cabeza parecía llenársele de cuentos de hadas.

Era aquella una asociación especial de la muchacha, del gato y hasta de las muñecas.

Ella solía hablar sola y tenía una sonrisa misteriosa y extraña.

No era fácil comprender qué vagas ideas sonrientes le venían a la imaginación.

La muchacha enferma se sentaba al lado del fuego con la manta sobre las rodillas.

Había en ella como una vuelta a la infancia.

El gato parecía entender lo que ella le decía mientras que con sus dedos pequeños cosía los trajecitos de las muñecas.

La idea de que estaba fea era la que más le preocupaba a Nelly y le quitaba el miedo de la muerte.

En el sillón o en el diván se lavaba, se peinaba y se ponía un poco de colorete y de rojo en los labios. Cuando llegaba Larrañaga le hacía mil preguntas llenas de malicia. El la besaba y la acariciaba como a un niño.

A veces Nelly tenía miedo por cosas vagas, lejanas, por cosas que no tenían importancia, como si se equivocara y pusiera el miedo que debía tener por su salud en algo fútil y sin ninguna importancia.

Nelly vivía medio soñando. Estaba muy flaca y su pecho parecía haberse estrechado.

No le daba ninguna importancia a su mal, y la idea de la muerte no se le presentaba en la imaginación o, si se le presentaba, le parecía dulce y poética.

Unicamente el estar fea le preocupaba.

—Debo parecer una mona—solía decir.

La muchacha estaba ya siempre serena. Había hecho como un gran esfuerzo para dominarse y lo había conseguido.

Se hubiera dicho que ella y el gato se entendían y se decían algo que no podían comprender los demás. Con su aire reservado y misterioso, con sus pupilas amarillas y su cuerpo suave y fuerte, el gato negro parecía el espíritu familiar, el único que conocía el secreto de Nelly.

Larrañaga estaba cada vez más asustado.

¡Qué de noches de insomnio le costó la enfermedad de la muchacha!

Estas noches en que se oía el viento del invierno silbar con furia y luego el repiqueteo de la lluvia en los cristales de las ventanas.

¡Qué de sondeos quiso hacer en su espíritu para ver hasta dónde llegaba su preocupación y qué capas del alma cogía!

Este sondeo le resultaba casi siempre fallido. En su espíritu había la marea baja y la alta, y no era fácil encontrar un nivel constante. No era su preocupación como una zarza o una planta parásita a la que pudiera seguirse, en su tronco o en sus ramas, y a la que se pudiera arrancar. Era más bien como una corriente negra que enturbiara de pronto las aguas de un arroyo.

Su aspiración de encontrar algo firme y seguro donde descansar y posarse, había fracasado.

VIII

Aunque mal estudiante, Joe ha cogido la idea de alguno de sus profesores de que la etimología de una palabra aclara en parte su concepto o, por lo menos, aclara su historia.

De ahí que se le haya ocurrido esta disertación:

Burdel, en español, viene de *bordel,* francés, y parece que *bordel* se pronunciaba antes *bordeau;* es decir, *bord d'eau* (al borde del agua). Según esta etimología, burdel sería primitivamente una casa al borde del agua.

En cambio, la palabra lupanar viene del latín *Lupa* (loba).

En el norte de Europa, tierra de ríos y canales, florece el burdel; en el sur, en los países de sol, el lupanar.

El burdel es el prostíbulo a orillas de una corriente de agua. El lupanar es el leno de las tierras secas.

El Riet-Dijk, de Amberes; el Chateau Rouge, de París o el Wapping, de Londres, son barrios de burdeles.

San Juan, de Marsella; las Atarazanas, de Barcelona; la calle de Ceres, de Madrid, son barrios de lupanares.

En el burdel se estafa y se roba. En el lupanar se mata con la navaja o con el puñal.

En el burdel se conoce al marino, el opio y la droga de Oriente. En el lupanar hay relaciones con el criminal, con el hombre de presidio.

La mujer del burdel tiene algo del animal acuático, como la nutria; la del lupanar, algo del animal de monte, feroz y terrible.

Los burdeles.—*Fantasías de la época.*

EL PADRE Y LA HIJA

Pocos días después Baur escribió una carta a Larrañaga, muy humilde, pidiéndole el dinero necesario para tomar el tren, y diciéndole que comprendía que era un artista fracasado, hundido en todos los vicios, y que debía alejarse de su hija para siempre. A los tres o cuatro días de recibir esta carta, Nelly recibió otra, en la cual su padre le pedía dinero y le decía que se encontraba enfermo en Amsterdam.

Larrañaga pensó inmediatamente que esto sería mentira; pero Nelly no quería creerlo así y le daba gran pena y dolor el suponer que su padre pudiese estar enfermo en un rincón, en una ciudad desconocida.

Nelly pidió a Larrañaga que fuera a ver a su padre.

Olsen le advirtió a Larrañaga que tenía un amigo en Amsterdam que era de la Policía, y le dió las señas de su casa.

El danés le dijo que lo mejor que podía hacer antes que nada, si iba a Amsterdam, era presentarse a su amigo.

Larrañaga así lo hizo.

El de la Policía conocía ya al padre de Nelly y sabia su historia. Tenía su ficha, enviada desde Ber-

lín. Baur era un borracho, hombre de suerte con las mujeres, a quienes había explotado, y que no había podido vivir tranquilo por envidia y por mala intención.

El padre de Nelly, en su carta a su hija, ponía sus señas en un hotel de Hoog Strat.

El policía dijo que conocía el sitio; el hotel estaba en un barrio de mala fama del centro de Amsterdam, barrio de vicio, en donde se reunían perdidos de todas partes, vagabundos y comunistas.

Si iba Larrañaga al hotel de Hoog Strat, el policía le acompañaría.

—¿Está lejos de aquí?

—No. Está en el centro de la ciudad, cruzado por dos canales viejos, el Oude Zijds Voorburgwal y el Oude Zijds Achterburgwal. Es un barrio que queda apartado y aislado de los demás.

El de la Policía y Larrañaga entraron por la avenida que une a la estación con la plaza principal, o Dam, en el barrio del vicio.

Eran unas cuantas callejuelas, verdaderamente siniestras, que tenían una vida aparte del resto de la población.

Marcharon al borde de un canal, un canal negro, de agua inmóvil, que de noche parecía un asfalto o betún espeso, sobre cuya superficie se vían montones de papeles y de paja y estallaban pestilentes burbujas.

Los faroles espaciados iluminaban la calle misteriosa y trágica.

A ambos lados se veían casas pequeñas, de ladrillo, de todos colores. En los entresuelos estaban los burdeles. Por una ventana de guillotina se veían cuartos, iluminados con una luz fuerte, azul o rosa, y una mujer o dos escotadas, que se exhibían, algunas con el pecho al aire, casi todas con los brazos desnudos.

Una escalera pequeña subía a cada casa. El cuarto del burdel aparecía atestado de muebles.

En una mesa o en el alféizar de la ventana había un jarrón con flores o un gramófono.

En los puentes que cruzaban el canal, apoyados en la barandilla, se veían tipos siniestros de chulos, con sus gorrillas, los *runners,* en acecho, esperando algo.

Aquellos canales se hundían, en algunas partes, entre casas grandes y negras, con todas las ventanas iluminadas, que debían ser fábricas o almacenes en que se trabajaba de noche.

Las luces de los faroles se reflejaban en el agua siniestra y daban a toda la calle un aire clásico de aguafuerte.

Algún albergue chino, cuadrado, como una caja de puros, con las paredes pintadas de negro y con letras blancas, se destacaba entre las demás construcciones de la calle.

Asomándose a aquellos albergues se sentía un olor de establo, y algunos *celestes,* tristes, vestidos a la europea, como si el traje civilizado les diera mayor melancolía, descansaban sentados en unos bancos. En el fondo se veían camas donde otros chinos esqueléticos, tendidos, quizá fumaban opio.

En la calle, en algunos bares, se oía el sonido de los organillos y de los gramófonos, y algunas muchachitas, jóvenes y pintadas, bailaban juntas en el arroyo.

Este aire de paraíso de burdel, con sus luces azul y rosa, en el infierno del canal negro y fétido, tenía mucho carácter; no había las mujeres elefantinas de los lupanares meridionales, mujeres pesadas, grasientas y terribles; no abundaban tampoco los Ganimedes afeminados de los puertos orientales.

En aquellos burdeles había mujeres fuertes, agresivas, algunas con un aire amable.

En otros, el burdel tenía delante una especie de bar, con tabaco y licores; después, una cortina, y en el fondo, una alcoba.

Al pasar por este barrio del vicio, Larrañaga vió una sala iluminada, como de una capilla, donde unas muchachas rubias cantaban salmos religiosos, acompañadas de los sonidos de un armonio.

Preguntaron el policía y Larrañaga en el hotel de Hoog Strat por el cómico, y la dueña de la casa les dijo que estaría en una taberna próxima.

La taberna se hallaba en la parte baja de una casa grande y negra. Era un cuarto pequeño, repleto de muebles, con una ventana de guillotina, que daba a un canal, de donde llegaba un vago olor a agua en putrefacción.

El policía llamó y mostró su medalla a la mujer del burdel, que parecía una mujer inteligente y amable.

Le preguntaron por el padre de Nelly y le dieron sus señas.

—Sí, aquí está ese hombre—dijo la mujer—. Está jugando a las cartas con otros.

—¿Tiene dinero?

—Alguno; pero ha dicho que tendrá más; porque asegura que su hija está protegida por un español millonario.

Le pasaron al policía y a Larrañaga a un sitio sin ventilación y con un olor raro.

El cómico estaba jugando a las cartas y bebiendo, en compañía de unos granujas.

—¿Qué hay? ¿Qué quiere usted?—le preguntó el farsante a Larrañaga malhumorado.

Larrañaga le reprochó el haber alarmado a su hija, que estaba muy grave, diciéndole que se encontraba enfermo, y él, para excusarse, alegó que el día antes de escribir la carta le habían atacado varios hombres,

de noche, le habían atado y luego golpeado violentamente. Larrañaga le hizo escribir al cómico una carta para su hija diciéndole que no tenía nada, y que uno o dos días después iría a visitarla a Rotterdam. Salieron.

—Alguno estaba fumando ahí opio — dijo el policía.

—¿Lo ha notado usted por el olor?

—Sí.

* * *

Ya concluído este asunto, Larrañaga tomó el tren para ir a su casa.

Yendo en el tren, de noche, miró por una puertecilla en el compartimento próximo y vió a una mujer que se parecía algo a Nelly y le dió la impresión de que era un cadáver.

—Soy un visionario—se dijo a sí mismo—; pero le entró el terror al pensar de que iba a llegar a casa y a encontrar muerta a la muchacha.

Al llegar a casa, la chica estaba igual. Le dió la carta que le había entregado el padre y estuvieron hablando largo rato.

Al ir a acostarse, pensaba:

"Hay, seguramente, hombres afortunados, para quienes el amor viene unido con una gran confianza en la vida. Desgraciadamente, para mí mis amores vienen unidos a desconfianza y a tristeza. Con Margot, era el temor de ser burlado y puesto en ridículo. Con Nelly, la idea de la enfermedad y de la muerte, que se cierne sobre ella."

Larrañaga los demás días tenía que fingir con Nelly una indiferencia y una frialdad que espontáneamente no sentía. Estaba ya constantemente espantado. La inminencia de la catástrofe era para él se-

gura. Le dominaba con frecuencia la angustia, que ahora se había hecho en él crónica. Siempre que hablaba con Nelly, le entraban horribles pensamientos y fantasías fúnebres. ¡Cómo quedaría la muchachita en la caja de muerto! ¡Cómo estaría en la tumba!

Nelly iba muriéndose por días; hablaba mucho; decía que para ella los dos años de Rotterdam habían pasado como en un sueño, porque había conocido el amor, la tranquilidad y la dicha.

Larrañaga la contemplaba con admiración y con espanto.

Ella tenía en su cerebro, ya débil, impresiones distintas a las personas que vivían la vida corriente, y su enfermedad le producía a veces, más que dolor, un gran bienestar.

El mismo día que murió Nelly se presentó su padre un tanto borracho.

Aquel hombre, que se condolía tanto con sus penas, miraba con curiosidad, con los ojos secos y fríos, la muchacha muerta, tendida en la cama.

Nelly murió sin dolor, recostada en los almohadones, soñando como una niña. El abate Hackaert le acompañó, le confesó y le dió la extremaunción.

Murió la muchachita y quedó como un pájaro. El rojo de las mejillas y de los labios le daban aire de vida. El cabello rubio ponía un fondo de oro a su cabeza, inteligente y voluntariosa.

La frente se le destacaba con más energía.

El padre de Nelly cogió la ocasión de sentirse cómico y empezó a decir mil frases que no venían a cuento.

Larrañaga, con una brutalidad que él no sospechaba, lo cogió del brazo, lo sacó a la puerta y lo hubiera tirado por las escaleras a no aparecer la patrona en el descansillo.

Larrañaga solo envolvió el cadáver en una sábana.

Su cuerpo era como una pavesa, no pesaba nada. Así pasó toda la noche delante de la muchacha muerta. Olsen se encargó del entierro y de los funerales. Campen, el hombre del polder, estrechó la mano de Larrañaga, y don Cosme estuvo llorando en un rincón largo rato.

IX

Ya la han llevado. Ya la casa está vacía. Por la calle, lluviosa, ha pasado el coche fúnebre con un acompañamiento grotesco.

Ya se acabó. Llegó lo irreparable.

Mientras tanto, la vida sigue igual. Desde la ventana de la casa se sigue viendo el mismo panorama de tejados, las mismas grúas, que suben y bajan; la misma gabarra, que pasa por el canal hundido.

Los rincones, los muebles, los espejos; todo parece decir en silencio al que se queda:

—Ya se acabó. Llegó lo irreparable.

Lo irreparable.—*En voz baja*

LA VIDA RETORNA

El padre de Nelly quiso acercarse a Larrañaga varias veces. El rudamente le contestó:

—Dígame usted por dónde va, para que yo me marche por otro lado.

Larrañaga vivió durante algún tiempo en un estado de depresión. A pesar de esto, a veces se sor-

prendía a sí mismo con una sensación de descanso y de alivio por la muerte de Nelly.

"¡Qué cantidad monstruosa de egoísmo hay en uno!", pensaba.

Nunca soñó con ella. Unicamente soñó algunas veces que la muñeca y las figuras recortadas por Nelly en papel andaban por su cuarto y se le subían a la mesa.

Otras veces le venían a la imaginación impresiones de la infancia y las recordaba con todos sus detalles, un rincón de la botica donde había pasado la niñez, con su olor, una representación de una comedia.

Soñó también por entonces que había cometido un crimen, matando a alguien a quien no conocía ni recordaba, y que en el pueblo donde vivía había mucha gente que sabía su fechoría. Sobre todo, un hombre misterioso que le reprochaba el crimen en voz baja.

Tal malestar le producía esta impresión, que estaba decidido en su sueño a ir a la Policía y a denunciarse. Sin duda su dolor se equivocaba de lugar y se ponía como penumbra de actos ilusorios.

Muchas veces pensaba en dejarlo todo, en olvidar y en irse. ¿Pero adónde? El sabía bien que todo el mundo era lo mismo, y que el fastidio y la tristeza los llevaba él en el alma. Recordaba la frase del estudiante noruego que había conocido en el barco, entre Korsor y Nyborg, que afirmaba que había que inventar la finalidad de la vida. ¡Era esto tan difícil!

Pensó en si tomaría morfina o alcohol: pero la morfina y el alcohol tienen su despertar, y luego, ¿qué se hace?. ¿de qué se vive? De tomar una determinación, era mejor tomar una determinación definitiva.

Un problema que solía plantearse, como lo hubiera hecho el autor de las *Cuestiones morales,* era si desde un punto de vista sólo humano, sin trascenden-

talismo ultraterreno, convendría suprimir los momentos, las épocas de dolor. ¿No se aprendería algo en el dolor, naturalmente, no siendo agudo e intolerable? ¿No se enriquecería la esfera del conocimiento? Si se pudieran suprimir todos los momentos dolorosos, ¿qué quedaría de la existencia?

Cuando Larrañaga se veía solo en su cuarto, comprendía que había desaparecido uno de los puntales de su vida. ¿Qué hacer? ¿Tendría energía para seguir? ¿Y qué remedio le quedaba? Había que marchar adelante.

* * *

Durante algunos días pensó si sería mejor para él volver a ser piloto y pasar dos o tres años en el mar; pero al recordar mejor los detalles de la vida de a bordo, comprendió que éste no era un ideal, ni mucho menos.

Se decidió a vivir mecánicamente. Ya sabía que su dolor había de pasar, porque todo pasa; pero temía que el tiempo le pareciera demasiado largo. Además, tenía la seguridad de que cuando pasara este tormento, vendría otro.

Se le había quitado el sueño, y tenía ese terrible insomnio en el cual no se piensa nada, ni se tienen desvaríos, ni imágenes, ni planes, ni recuerdos, ni tristezas, ni esperanzas: un insomnio blanco, en que se pasa la noche como ante una pantalla de un cinematógrafo apagado. ¡Qué amargura! ¡Qué desolación la de levantarse de la cama sin haber descansado un momento!

Durante algún tiempo llegó a perder la afición a hablar y a leer. Vivía automáticamente, en un estado crepuscular.

Mientras le hablaban escuchaba atentamente, pen-

sando en otra cosa vaga; así que muchas veces contestaba de modo poco acorde.

Con frecuencia contemplaba la estampa que tenía de la Muerte, y repetía su inscripción: *O quan amara est memoria tua.*

A veces le entraba la desesperación. Acabar de una vez. Eso era lo que él ansiaba.

—Basta ya de ensayos fallidos—se decía—; de cosas sin objeto—. Acabar con la angustia que le devoraba. Y miraba al horizonte, pidiendo a las fuerzas ocultas una fiebre rápida que le consumiera pronto y le dejara en la otra orilla, donde no se sufre ni se piensa.

¿Valía algo esas frases de "La vida vale la pena de ser vivida"?—pensaba—. ¿Tendría algo que ver el razonamiento con el instinto vital? ¿Podrían aumentar a éste las reflexiones optimistas o disminuirlo las pesimistas? Probablemente esas reflexiones no influían nada.

Cuando se tranquilizó, Larrañaga envió el retrato de Nelly a la madre de Sinding y escribió al maestro de Nyborg y le contó lo que había ocurrido. Sinding contestó diciéndole que estaba muy triste, porque su amiga, la señorita Nord, se había marchado de la ciudad sin decir adónde. La madre de Sinding escribía algunas líneas sinceras de pésame en la carta.

Unas semanas después de la muerte de Nelly, Larrañaga comenzó de nuevo a sentir el placer de la lectura. Leyó por segunda vez *La vida de Spinoza,* de Colerus, y una traducción en inglés de Kirkegaard. Y la vida desolada y mísera del filósofo de Amsterdam y la desesperación del teólogo danés, en vez de entristecerle más, le consolaron.

Los días siguientes comenzó a ir a la iglesia católica, adonde había ido con Nelly. Allí, en un rincón sentado, se pasaba las horas divagando, sin pensar

en nada, oyendo a veces el sonido del órgano. Comenzaba el buen tiempo con la primavera, el sol brillaba en las casas y sentía de nuevo un brote de amor por la vida.

* * *

Al acabar de escribir estas palabras, Joe dejó la pluma en el tintero y apoyó la cabeza en la mano.

Deslumbrado por la luz eléctrica próxima, cerró los ojos y quedó dormido.

Su *Gran Torbellino del Mundo* se le había achicado en la imaginación y le parecía un diminuto torbellino.

La barraca de feria, que antes se le antojaba amplia, llena de figuras, de espejos y de paisajes, la veía ahora pequeña, vacía y desierta. En la noche silenciosa se oía un sollozo.

Era el ruido de un tranvía, que parecía suspirar a lo lejos.

FIN DE "EL GRAN TORBELLINO DEL MUNDO"

Madrid, enero 1926.

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO..... 7

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA VIDA Y DE LOS HECHOS DE JOSÉ LARRAÑAGA

I.—Encuentro en el hotel..... 13
II.—La cena..... 32
III.—El dancing elegante..... 48
IV.—Un taller de modas..... 64
V.—Larrañaga cuenta su historia..... 82
VI.—Los amores de José..... 110
VII.—Vuelta a Rotterdam..... 122

SEGUNDA PARTE

HISTORIAS SEPTENTRIONALES.—RECUERDOS DEL TIEMPO DE LA GUERRA

I.—El aparecido..... 137
II.—Día de fiesta..... 144
III.—Encuentros en el campo..... 151
IV.—En Kolding..... 162
V.—Rastros de España..... 166

Páginas.

VI.—Odensea..... 172
VII.—Nelly y su amiga..... 176
VIII.—Los maestros..... 182
IX.—Conversación en el barco..... 195
X.—Un mistagogo..... 291

TERCERA PARTE

LA FAUNA DE LOS ABISMOS. — IMPRESIONES DE DESPUÉS DE LA GUERRA

I.—Se encuentran..... 213
II.—Noche inquieta..... 223
III.—Desbarajuste..... 231
IV.—Los rusos..... 235
V.—Conversaciones en Potsdam..... 247
VI.—Los espartaquistas..... 250
VII.—Las ratas..... 254
VIII.—En el viaje..... 260

CUARTA PARTE

DIARIO DE NELLY

I.—El pueblo..... 267
II.—Tristezas de la guerra..... 273
III.—La miseria en la gran ciudad..... 279
IV.—De institutriz..... 284

QUINTA PARTE

EL HOGAR IMPROVISADO

I.—Lo cotidiano..... 295
II.—Las amistades..... 310
III.—La primavera..... 317

Páginas.

IV.—Por los canales..... 324
V.—El padre de Nelly..... 329
VI.—El farsante en la calle..... 337
VII.—Nelly vuelve a la infancia..... 341
VIII.—El padre y la hija..... 344
IX.—La vida retorna..... 352

BINDING LIST SEP 1 1938

LS
B264g

356004

Baroja, Pio
El gran torbellino del mundo.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED